MÁTAME OTRA VEZ



VICTOR NAVAJO

Mátame otra vez

Primera edición: noviembre de 2024.
Registro de derechos de autor número M-003120/2023.

Copyright del texto: Víctor Navajo.
Diseño de la cubierta: Manish @manish414
Maquetación: MAGHCHICH Mohamed Nouama (@Maghchich)

Twitter @navajolaz
Instagram @victornavajoescritor
TicToc @victornavajoescritor

Quedan prohibidos, de conformidad con la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio electrónico o mecánico, así como el tratamiento informático, el alquiler u otra forma de cesión de la novela sin la autorización previa y por escrito del titular de los derechos de autor.

MÁTAME
OTRA VEZ

VÍCTOR NAVAJO

A mis tres hijas.
Por orden de aparición.
Natalia, Cristina y Blanca.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14.

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16.

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 1

Majadahonda.
Lunes, 17 de junio de 2019.

A la una en punto de la tarde, el escritor Eliseo Samaniego abandonaba la urbanización en la que vivía, conduciendo su nuevo vehículo: un imponente GLS, rojo metalizado, que le había seducido por entrar en él sin tener que agacharse, capricho que se instaló, en ese rincón del cerebro donde se guardan los deseos incumplidos, la primera vez que subió a un taxi londinense.

Ninguna mano misteriosa de hombre, movida por algún dios, había escrito con letras de fuego, *Mane, Tecel, Fares* en su garaje; ningún gato negro se entrecruzó en su camino; ningún astro misterioso le envió señales refulgentes desde el firmamento. Ni la religión, ni la superstición, ni la astrología acudieron en su ayuda, anunciándole lo que le esperaba.

Mala la habrás Eliseo en esa de Peraleda.

Concluido un año de intenso trabajo, había terminado su última obra, una novela de intriga cuya trama se estructuraba en torno a la idea de que un criminal puede ser desenmascarado, no por lo que hizo, sino por lo que dejó de hacer.

Antes de enviar el manuscrito a la editorial, tenía la costumbre de retirarse en soledad a un coqueto hotel de ese pintoresco y apacible pueblo, situado al noreste de Madrid, donde solía presentarse a la hora de la comida, atraído por los sabrosos menús caseros que guisaba la esposa del dueño quien ejercía de cocinera. Tras reiterar en conserjería la prohibición de aceptar visitas o interrupciones, se consagraba al trabajo de pulir y enriquecer el vocabulario de la obra, una labor artesanal a la que llamaba *lijado fino*.

Al entrar en la M-40, activó el sistema de voz pidiendo al ordenador de a bordo que reprodujera en modo aleatorio la música seleccionada por él, en un USB, a lo largo de varios años. La cálida voz de Diana Krall en *All or nothing at all* le trajo a la memoria la década de los noventa en la que alcanzó la fama como escritor.

Te dije todo o nada.
Si es amor, no hay mitades.
No quiero empezar y luego llorar.
Por algo que pudo ser y no fue.
Preferiría no tener nada.

Tomó la autovía de Burgos y transcurrieron varios paisajes hasta circunvalar Torregaliana, municipio dormitorio que en cuatro décadas había crecido, de ser un pueblo de campesinos y pastores, hasta convertirse en una urbe de sesenta mil habitantes. Allí se desvió, rumbo a su destino, por una carretera comarcal. Un viejo Passat azul había circulado por ese lugar, y en la misma dirección, diez minutos antes. Lo conducía una joven e iba sola como él. Ambos ignoraban que, pocos kilómetros después, sus destinos se cruzarían trágicamente.

Nada más cambiar de dirección, avistó, frente a él, un gigantesco cumulonimbo en pleno desarrollo. Un horizonte de relámpagos amenazaba en la lejanía. Acercándose a Fuentesancho, el último pueblo que cruzaría antes de llegar a Peraleda, se desplomó del cielo una espesa cortina de gruesas gotas de lluvia. El agua ahogó la luz y transformó la tarde en un ocaso moribundo. Los faros automáticos del automóvil se encendieron.

Al escritor le gustaban las tormentas. Vivía en un chalé de Majadahonda, próspera ciudad cercana a Madrid, cuyo salón daba a una espaciosa terraza cubierta desde la que disfrutaba de bellísimas panorámicas del oeste de la capital. Si, estando en casa, escuchaba los primeros fragores acercándose, ponía en marcha el reproductor de CD preparado con la obertura 1812 de Tchaikovski, salía a la terraza y se apoltronaba en el butacón blanco dispuesto a gozar del prometedor espectáculo, en especial si era de noche. Cuando los cañonazos de la partitura se intercalaban con los truenos, entraba en éxtasis poniéndose de pie orientado hacia la tempestad y, extendiendo los brazos, marcaba el compás a seguir por aquella orquesta

gigantesca en su exuberante exhibición. Concluido el concierto audiovisual, degustaba un excelente vino tinto español y daba gracias al cielo, copa en alto, por la formidable función gratuita que le había ofrecido.

En la entrada de Fuentesancho, las gotas de lluvia se convirtieron en tromba de agua y pedrisco, el viento arreció alcanzando rachas huracanadas y los rayos se sucedieron a una velocidad inaudita apuñalando la tierra, inmisericordes, como si la odiaran. Tormenta iracunda, ruido y furia desatada contra una pacífica y confiada comarca que nada le había hecho. Uno de ellos, caído en las proximidades, al que siguió la seca y poderosa detonación del trueno, le hizo dar un brusco respingo sobre el asiento.

Era temerario proseguir y aparcó bajo una enorme morera que protegería a su vehículo del granizo mientras el ostentoso alarde de la naturaleza se desplazaba a otro lugar.

Una figura humana, inadvertida hasta ese momento, golpeó con los nudillos en el parabrisas. Era una mujer cubierta con un chubasquero amarillo, de esos que se pliega y se introduce en una pequeña bolsa con cremallera. Tenía la capucha bajada y apenas pudo distinguir su rostro. Samaniego apagó el reproductor de música y bajó unos centímetros la ventanilla de la puerta derecha. Ella se acercó para verle y comunicarse con él a través de la estrecha ranura que había dejado abierta. Se sintió satisfecha de su aspecto.

—Disculpa, ¿vas a Peraleda?

—Sí… saldré después de que escampe.

—¡Genial! ¿Me llevas, tío?… Los conductores de autobuses son unos cagados que se han metido en casita con su mamá. He pedido un taxi y me han dicho que por aquí no vienen ni de coña y lo malo es que debería haber llegado al pueblo hace diez minutos.

Él nunca aceptaba autoestopistas, una norma inviolable, pero verla sola, frágil y en medio de aquella cólera meteorológica, le conmovió.

—¡Pasa!… mejor aguanta un segundo… no quiero que se moje el cuero.

Sacó una pequeña toalla de la guantera, la puso cubriendo la butaca y desbloqueó la puerta, permitiendo que se pudiese abrir desde fuera.

—Veo que eres un chico precavido.

Dijo la mujer al sentarse.

Y retiró la capucha agitando la melena a izquierda y derecha con evidente gesto de coquetería. Tenía cierto atractivo que se adivinaba bajo una gruesa capa de maquillaje y pintura. Él se justificó, estaba acostumbrado a que sus manías resultaran estrafalarias a los demás.

—Una toalla es muy útil si vas de viaje.

—Claro que lo es, en mi oficio yo diría que indispensable.

Eliseo la observó de reojo. Hablaba con descaro, y sus labios, de un rojo obsesivo, desbordados por el lápiz de perfilar, las pestañas largas y espesas y la actitud desinhibida, le daban el aspecto de una prostituta. A pesar de ello, ante la eventualidad de que necesitara auxilio y la vergüenza que tendría que pasar obligándola a salir, accedió a que se quedara con él. Fue una flaqueza, una ínfima grieta en su sólida estructura mental acostumbrada a la disciplina y al método.

El escritor la miró de soslayo.

Bueno… Al menos tengo compañía.

La joven se giró hacia él.

—¿Y qué te lleva a Peraleda?

—Voy a corregir mi última novela. Allí se respira tranquilidad y aire puro, dos ingredientes imprescindibles, para mí, a la hora de hacer este tipo de trabajo.

—¡Eres un encanto! Conque escritor, ¿eh?… si te contase lo mío, tendrías tema para un culebrón de cien capítulos… no pongas esa cara, ¡hombre!, que era una broma.

Se refería al mohín de fastidio que apareció en el rostro de Samaniego. Le habían dicho tantas veces ese comentario… Sin embargo, comenzaba a sentir curiosidad por ella.

—¿A qué viene tanta prisa?

—Es por un cliente que me espera en el pueblo.

—¿Crees que no se habrá ido con la que está cayendo?

—Ni lo dudes… le he prometido un servicio especial que le vuelve loco. Soy meretriz, ¿es que no lo habías notado?

Él sonrió al oír esa palabra, en desuso, que había incluido en un archivo informático en el que registraba las que, pareciéndole bonitas, estaban a punto de ser borradas de la memoria colectiva. Una de las tareas del *lijado fino* era elegir veinte o treinta de esos vocablos moribundos e incorporarlos al texto de la obra, aun corriendo el riesgo de ser tildado de

cursi, algo que le traía sin cuidado. Era su peculiar recurso para sacarlos de la tumba.

—Ya que lo mencionas… no pasas desapercibida. Me gustaría que me explicases por qué has dicho la palabra meretriz para referirte a tu trabajo, es una expresión que casi no se usa hoy en día.

—¿De modo que tienes junto a ti un bombón y te pones a soltar bobadas? ¿Acaso eres gay?

Y bajó la cremallera del impermeable, dejando al descubierto el rotundo canal que separaba sus dos pechos.

—No, no lo soy.

—¡Ah!… tienes pareja y eres legal con ella.

—Acertaste de lleno.

—Pues la aprendí de un profesor de instituto que pillé en las fiestas de Buitrago. Le dije que me enseñara una que no fuera tan vergonzosa como zorra, puta o fulana, y me recomendó que usase meretriz.

—Eligió una palabra interesante… las meretrices eran señoras desenvueltas que en la época del imperio romano se movían en entornos sociales adinerados con el único objetivo de atrapar a un marido rico. Una vez conseguido su propósito, hacían ostentación de lujo y honestidad.

—¡Qué gracia! Según eso, este mundo está lleno de meretrices y *meretrizos*.

Eliseo soltó una carcajada.

—Llevas razón, y no les llaman putas o putos; yo creo que tú eres mejor, pues no pretendes engañar a nadie.

—Y tú eres un encanto. ¿Qué te parece si te hago una limpieza de bajos? Ya que vas a escribir en el hotel, te vendrá de meretriz madre descargar la pluma de dos tinteros antes de manejar la de uno solo. Así no tendrás distracciones.

A Samaniego le hizo gracia su desparpajo; había sido ingeniosa la oferta de un alivio orgásmico, aunque no iba con él.

—Prefiero que no, aparte de que utilizo un portátil… ¡Fíjate en el cielo! Está mejorando… seguro que nos largamos de aquí enseguida.

—Tú te lo pierdes, querido… ¿Cuándo te irás del pueblo?

—Quizás el viernes, ¿en qué estás pensando?

—Podríamos vernos el jueves. Te haría un súperdescuento incluyendo gratis el suplemento que te apetezca, s*acó una tarjeta del bolso,*

¡toma!, aquí tienes la carta de servicios y mi teléfono, llámame a cualquier hora, abro mañana, tarde y noche, lo mismo que los bomberos, con la diferencia de que yo apago fuegos de otra naturaleza.

—Es una sugestiva oferta que siento rechazar. Gracias.

Samaniego, incomodado, cogió la tarjeta y la introdujo en el alojamiento del reposabrazos central. Pasados unos tensos minutos de silencio, la meteorología le sacó del apuro.

—¿Ves lo que te dije?… no llueve, el viento está en calma y los truenos se oyen lejos; ponte el cinturón que nos vamos.

—¡Estupendo!… soy Ana.

Y le tendió la mano.

Él se la estrechó.

—¡Qué fastidio! Tengo el auto cubierto de hojas y moras… salgo un instante a quitarlas.

Sacó una gamuza del maletero, se afanó en retirar los numerosos restos de hojas y moras que el granizo había desprendido del árbol y volvió dentro.

—¿Es el nombre de guerra o el tuyo propio?

—Me caes genial y es el de verdad, el otro es Jésica.

—Yo me llamo Eliseo. ¿Te has puesto el cinturón?

—¡Ay!… ¡Perdona!, ya lo hago.

Lo abrochó y se dispuso a retocar el maquillaje bajando el espejo de cortesía.

—¿Te esperas un poquito a que me arregle?

—Vale… si el poquito es poquito.

Al terminar, olvidó subirlo. El escritor pensó que había escondido sus ojos tras las espesas pestañas y el rímel repartido generosamente por ellas.

¿De qué color serán?

Arrancó el motor, activó el sistema desempañador del parabrisas e inició la marcha. En un minuto alcanzaron la estrecha, empinada y sinuosa carretera que los llevaría a su destino.

—Dime Ana, he ido a Peraleda con frecuencia y, salvo las vacaciones, puentes y fines de semana, apenas hay forasteros. Es raro que te citen en un día laborable porque no pasarás desapercibida.

Ella se quedó dudando unos segundos para replicar con notoria desenvoltura.

—¡Qué listo eres! Lo que no sabes es que hoy ha llegado un grupo de empleados de la banca, que se reúne cada año en un hotelito del pueblo, para hacer un cursillo sobre como ganar más dinero aún con nuestra pasta. El director es mi cliente y nos hemos citado a las dos. El pobre estará intranquilo, de ahí las prisas.

—¡Ah!… comprendo.

—Le gusta lo que le hago porque siempre que viene me llama. Es un hombre tímido, dominado por su pareja y harto de la familia. Tiene tal pánico a la parienta que toma sus precauciones antes de vernos. Nos citamos dentro de su coche, en las afueras del pueblo, igual que los espías de las películas que se ven en secreto, como si su vida dependiera de que no los descubran.

El escritor se extrañó de tantas explicaciones. No venían a cuento entre dos personas que acababan de conocerse. Tardaría seis días en descubrir la causa.

En fin, su motivo tendrá.

El sol hacía tímidas apariciones y la visibilidad mejoraba. El profundo barranco del arroyo de Peraleda retenía, a duras penas, el enorme caudal de agua que había descargado la tormenta. En unos cientos de metros lo cruzarían a través de un puente sobre el que dos curvas cerradas, la primera a la derecha y la siguiente a la izquierda, dificultaban la conducción. Encima del barranco, a veinte metros de altura, un sólido acueducto de cuatro arcos y el pueblo en lo alto, que ya divisaban en la lejanía, conferían al paisaje una perspectiva sorprendente.

Aún había restos de granizo acumulados en las zonas bajas de la carretera. Samaniego redujo la velocidad y, al entrar en la primera curva, surgió en dirección opuesta un SUV de color negro que derrapaba invadiendo su carril. Pisó a fondo el pedal del freno a la vez que daba un volantazo a la derecha, intentando eludir la inmediata colisión. El otro conductor reaccionó con idéntica rapidez y ambas maniobras esquivaron el choque frontal, aunque no el roce lateral y el impacto entre los retrovisores, cuyos restos se esparcieron por el asfalto. Entretanto, Ana giró el cuello hacia la izquierda, siguiendo con la mirada al otro conductor, empujada por la curiosidad de ver lo que le ocurría. Le dio tiempo a observar al SUV

abandonando perpendicularmente la carretera para colisionar contra una señal de tráfico. Luego, el mundo se apagó de repente para ella. El escritor, que iba directo hacia el pretil, viró a la izquierda. Ni su fulminante respuesta, ni el sofisticado sistema antideslizamiento, pudieron evitar el encontronazo. Por suerte, la robusta obra de piedra resistió firme la embestida; sus sesenta centímetros de grosor y el hecho de incidir contra ella en dirección oblicua, le habían salvado de precipitarse en aquel profundo barranco repleto de aguas turbulentas.

A Eliseo no le angustiaba la idea de morir. En una conversación con su pandilla del golf, dejó clara su posición al respecto: Ya e*stuve difunto media eternidad hasta que fui engendrado y no tengo ni un mal recuerdo de aquella época.*

Conservó la calma, se cercioró de que carecía de lesiones y se ocupó de atender a la prostituta. Parecía haber perdido el sentido.

—Ana, ¿cómo estás?… ¡Ana!

Le tocó la mejilla con los dedos, dándole leves golpecitos.

—¡Ana! ¡Ana!

Le balanceó el hombro con suavidad.

—¡Ana! ¡Ana!

Cogió su muñeca izquierda.

—¡Ana! ¡Ana!

Le tomó el pulso en la arteria radial y en la yugular. No lo encontró ni observó movimientos del pecho al respirar.

—¡Está muerta! ¡Joder! ¡Está muerta!, *se repetía con los ojos clavados en aquella cara cubierta de espeso maquillaje.*

Carecía de heridas perceptibles, el habitáculo estaba intacto y ningún objeto extraño había invadido el interior. No entendía la causa de lo ocurrido hasta que recordó la fugaz imagen de su cuello girando a la izquierda en el momento de estrellarse contra el pretil. Estúpida e inútil curiosidad que, con toda certeza, le había provocado la rotura de alguna vértebra cervical. Él sabía que un golpe seco, incluso a baja velocidad, suele acabar en tragedia si el pasajero que lo sufre tiene el cuello vuelto hacia un lado. ¡Qué muerte tan absurda!

La presencia del cadáver de aquella joven a su lado le estremeció. ¡Pobre chica!, tan alegre e ingeniosa, había pasado a ser una cifra más en la lista de fallecidos en accidente de carretera. El destino se había ensañado

con ella y él nada podía hacer para invertir la flecha del tiempo y haber salido de Fuentesancho segundos antes del momento en que lo hizo.

Un pensamiento con franqueo de urgencia le hizo reaccionar: *Aquí corro peligro, tengo que abandonar la calzada ahora mismo…* Buscó alrededor un terreno en el que aparcar y lo hizo en la explanada donde se había detenido el SUV.

Se apeó para auxiliar al chofer esperando que no hubiese sufrido heridas graves. Por el contrario, la escena que vio era tan macabra que hubiera inspirado al músico clásico Saint-Saëns una sinfonía completa y no una sola danza. Se trataba de un joven que no llevaba ajustado el cinturón de seguridad y había salido impulsado hacia delante, rompiendo el parabrisas con la cabeza. La señal de tráfico, de forma triangular, que anunciaba con improcedente sarcasmo riesgo de desprendimientos y cuyo poste metálico se había doblado a causa del impacto, percutió violentamente con uno de los vértices contra su cráneo. Era imposible sobrevivir a un trauma tan severo. La mayor parte del cuerpo reposaba en el capó y solo los pies y las piernas permanecían dentro del habitáculo.

Un furibundo desahogo escatológico se escapó en voz alta de su boca.

—¡Me cago en la puta tormenta!

Luego decidió lo que debería hacer*: Primero llamaré a emergencias y después me conviene sacar fotos del lugar del accidente, no sea que quieran achacarme la responsabilidad.*

Echó una ojeada a la carretera buscando ayuda: nadie circulaba por ella. Sacó su móvil y marcó el 112. Le atendió un hombre al que, tras identificarse, notificó el siniestro.

—… ¿Dos fallecidos dice…? ¿Está seguro?

—Sí, una señal de tráfico ha penetrado en el cráneo del conductor varios centímetros. La herida es mortal de necesidad.

—¿Y el otro?

—Se trata de una mujer. Carece de pulso y no respira.

—¿Es usted médico o personal sanitario?

—No, no lo soy.

—¿Tiene lesiones?

—Ninguna… gracias.

—Quédese ahí y procure permanecer tranquilo mientras llega el servicio de intervención rápida.

Nada más colgar, bajó a la carretera e hizo varias instantáneas de la zona procurando que se vieran las rodadas, los restos de los retrovisores y los fragmentos desprendidos del lateral izquierdo.

De regreso a su GLS. Eliseo sintonizó en la radio una emisora local, elevó el volumen y se quedó esperando fuera.

La visión de los dos jóvenes, cuya vida se había truncado, le hizo pensar en sus familiares ignorantes de la desgracia que se había consumado en aquel hermoso paraje. Fue un tributo de aflicción, por el dolor ajeno, infundado. Nadie los lloraría. Ana había huido de su domicilio siendo una adolescente y él fue abandonado, a los pocos días de nacer, junto al mausoleo de Eva Perón, en el cementerio de la Recoleta de Buenos Aires. Pasó la infancia y la pubertad en distintos hogares de acogida y no arraigó en ninguno de ellos. Con el tiempo, se convirtió en un ladrón de poca monta que logró entrar clandestinamente en España a los dieciocho años.

La emisora comenzó a emitir un boletín especial sobre la violenta tempestad que azotaba el noreste de la Comunidad de Madrid. El río Jarama se había desbordado y el locutor recomendaba no circular por la comarca.

Samaniego, pagada la cuota caritativa que le exigían las víctimas, concentró sus pensamientos en el vidrioso problema que la fatalidad le había planteado: una prostituta yacía inánime en su vehículo. No era plato de gusto, pero, aunque su muerte le había afectado profundamente, poco le importaba la repercusión mediática que pudiera tener. Era un hombre curtido en esa clase de cordura por la cual le traía sin cuidado la opinión del resto de la gente, excepto la de los que quería o admiraba.

Una idea repentina surgió en su fábrica de maquinar planes. Revisó el interior del SUV y el habitáculo estaba intacto. El choque había dañado el espejo retrovisor; el lateral izquierdo del morro, donde impactó la señal de tráfico; el de la carrocería, en esta solo rozaduras, y el parabrisas. Se quedó pensativo, la escena le estaba enviando un mensaje que no tardó en descifrar: si el azar le había impuesto esta contrariedad, él podía alterar el natural curso del destino. Meditó un instante y apretó los labios, un gesto que repetía siempre que tomaba una decisión comprometida.

La ocasión de modificar las repercusiones previsibles de este acontecimiento le atraía con fuerza implacable, al igual que el seductor

canto de las sirenas a Ulises. No le movía el temor al posible escándalo, o eso creía él, sino el llevar a cabo un acto cuyo riesgo y originalidad justificaba la decisión. Aún desconocía la maestría de la providencia para castigar a los que la desafiaban; de intuirlo, se hubiera quedado quietecito, esperando la llegada de los servicios sanitarios. Lejos de atarse al mástil, como el héroe griego, sucumbió al atractivo del peligro y se enfundó los guantes que llevaba, lógicamente, en la guantera. Luego miró en el bolso de Ana y revisó su documentación, se llamaba Remedios.

Abrió las puertas derechas delanteras de ambos vehículos, cogió en volandas a la prostituta con la mayor delicadeza de la que fue capaz, cerró con el talón del pie la del suyo y la depositó en la butaca del SUV junto al fallecido. Vestía un polo de manga corta y, al sacar el brazo que la sujetaba, notó una arista dura y cortante rasgándole la piel por debajo del codo.

¡Vaya percance tan inoportuno!

Tras varias tentativas inútiles, por ir enguantada, asió con la mano izquierda el fragmento de cristal, lo introdujo en un bolsillo del pantalón y ubicó de nuevo el cadáver.

Dio unos pasos hacia el arcén mirando en ambas direcciones; la carretera seguía desierta. Prestó atención al rasguño, era superficial y no sangraba. Diversos trozos de vidrio, impulsados por la señal de tráfico, habían irrumpido en el interior. Era preciso localizar y extraer aquellos que estuvieran bajo el cuerpo de Remedios, pues, de lo contrario, sería obvio que no iba en ese asiento al producirse la colisión. Una vez recogidos, los esparció por encima de su cuerpo, lanzando al arroyo el que le hizo el rasguño. Colocó el bolso y los zapatos de ella en la posición aproximada en que habían quedado en su automóvil después del golpe contra el pretil y subió la posición del asiento, ya que, al ser de corta estatura, apenas alcanzaba a ver el salpicadero y ese nimio detalle podría despertar sospechas. Recordó que había dejado extendido el espejo de cortesía tras retocarse el maquillaje y lo puso en idéntica posición cogiendo y utilizando la mano de la joven, acto que repitió en los sitios que deberían contener huellas dactilares suyas de haber ido allí. Finalmente, le ajustó el cinturón de seguridad.

Regresó a su coche y limpió con la toalla todas aquellas superficies susceptibles de haber sido tocadas por la prostituta. Entonces descubrió un charco de líquido debajo del motor. Parecía anticongelante. Lo más

probable es que procediera del radiador. Su GLS nuevo estaba gravemente averiado, pero eso carecía de importancia en aquellos momentos.

El plan tenía dos debilidades: una era el bancario y la otra el difunto. El primero se cuidaría de mantener la boca cerrada. La perspectiva de que el segundo fuese un hombre casado le contrariaba. Esa inquietud le hizo volver al todoterreno con los guantes todavía puestos. Evitando mirarle a la cabeza, examinó sus dedos. Carecía de alianza. Extrajo el DNI de la cartera que llevaba en el bolsillo del pantalón. Solo tenía 23 años y se llamaba Antonio García Pérez, igual que un condiscípulo del instituto al que apodaron el polaco, en plan de guasa, por ser su nombre y apellidos los más corrientes en España. Su casi segura soltería le tranquilizó: Ninguna esposa iba a sufrir si se enteraba de que iba acompañado de una prostituta.

¿Cuál será el motivo del viaje? ¿Reside en Madrid, según figura en el DNI, o en Peraleda?... muy probablemente en Madrid, puesto que se marchaba del pueblo a la hora de comer. ¿Se aceptará sin recelo el llevar con él a una fulana? Sí... dada su juventud, ese detalle juega a mi favor.

Era el momento de comunicarse con su pareja, una mujer divorciada, madre de dos mellizos adolescentes.

—¡Hola, cariño! Estoy cerca de Peraleda y me apresuro a decirte que me encuentro perfectamente, ¿has oído?… Te insisto en ello porque no quiero que te alarmes. Un todoterreno, que venía del pueblo, derrapó en las curvas que hay cruzando el arroyo, rozó con el lateral izquierdo de mi coche y se ha estrellado contra una señal de tráfico… Repito que no tengo lesiones, salvo un rasguño superficial que me hice al querer auxiliar a la pasajera… Sí… hablé con emergencias y me han prometido enviar una ambulancia.

Durante la conversación, caminaba de un lado a otro vigilando la calzada.

—¿Cuántos iban en el todoterreno?… Ejem… dos personas y ambas han fallecido… Que no… que yo estoy ileso, ya lo comprobarás cuando me veas… Sí, lo notificaré al seguro… No puedo usar el mío, parece que se ha roto el radiador… Regresaré a Majadahonda en cuanto lo autorice el juez y llegue el vehículo de sustitución. ¡Ni se te ocurra venir!, te lo ruego, hay una tormenta horrible devastando la zona… ¿Qué irás a mi casa?… ¿En serio que puedes? No sabes cuánto lo agradezco, estoy muy afligido y te

necesito… Vale, tengo que colgar… Por supuesto, Daniela, iré despacio… Te avisaré de regreso… Y yo a ti.

Telefoneó al seguro. La voz fría de una máquina contestó al escritor quien se armó de paciencia hasta oír la de una operaria humana que resolvió los trámites con diligencia. Asimismo, hizo una llamada al dueño del hotel cancelando la reserva. Antes de colgar, le vinieron a la memoria unas palabras de la prostituta.

—¿Me podría aclarar si hay en el pueblo un seminario o cursillo de empleados bancarios?

—Ni hoy, ni en toda la semana, don Eliseo.

—Perdone que insista… ¿Está seguro?

—Por completo… aquí tenemos controladas incluso las moscas.

La noticia barrió del escenario una de las amenazas: el ejecutivo del banco. Le asombró el desenfado de la prostituta, su agilidad mental y la naturalidad con que le había engañado inventándose una historia compleja y verosímil. Respecto a lo que había preguntado al dueño del hotel, era improbable que la Guardia Civil, de enterarse, lo asociara con Remedios.

¡Vaya imaginación!

Un miembro muy suyo, con iniciativa propia, rebulló dentro de los calzoncillos; tenía un subidón del carajo análogo a los de su época universitaria, en la que florecía por el mero hecho de estar a corta distancia de un presunto ligue. Nada pudo hacer para evitarlo.

La emoción del riesgo que estaba corriendo, podría ser la causante. Además, le había dejado un sabor pastoso en la boca.

Oyó el ruido de un motor aproximándose. Era un utilitario. El chófer, atento a las dos curvas cerradas, apenas le miró una fracción de segundo. Siguió hacia Peraleda, dio la vuelta en el acceso al aparcamiento disuasorio del pueblo y se detuvo en la explanada, a poca distancia de donde él se encontraba. Le vio salir del coche con una máquina fotográfica colgada del cuello y una sonrisa inadecuada y falsa en la boca. El escritor apagó la radio. El bulto de la entrepierna se retrajo con idéntica rapidez que los cuernos del caracol al notar un roce ajeno.

¡Maldita sea!, ¡no me jodas que el primero en llegar es un periodista!

Se trataba de un hombre voluminoso, dotado de una lengua ágil e incansable.

—¿Se encuentra bien?… ¿Qué ha pasado? ¿Ha sido por culpa suya?… Oiga… ¡Si es usted Eliseo Samaniego el escritor! ¡Qué suerte verlo aquí! Yo soy Anselmo Franco, periodista.

Le tendió una mano regordeta y sudorosa que Eliseo ignoró.

Franco, haciendo caso omiso al gesto de rechazo, se encaminó hacia el SUV.

—¡Menuda carnicería! Jamás había visto algo parecido y eso que llevo un siglo en este puto trabajo… ¡Qué mala sombra la del chico y qué estampa tan tremenda la de esa señal de tráfico clavada en su cráneo!… ¡Hostia tú!, la puta también ha estirado la pata.

Efectuó varios ajustes y sacó un gran número de fotografías, a ráfagas, desde ángulos inverosímiles.

—¡Ajá! … Este reportaje me lo publican seguro… y ganaré un dinerito que me vendrán genial.

Volvió hacia Eliseo, quien estaba escandalizado por sus comentarios, asediándole a preguntas.

—¿Ha sido por culpa suya? ¿Reclamó la ambulancia?… ¿Podría concederme una entrevista? ¿O tal vez prefiere hacer una declaración? Siempre es provechoso salir en los periódicos, así sus lectores no le olvidan.

Al ver que seguía desdeñándolo, se alejó de él. De súbito, dio media vuelta y disparó la cámara reiteradas veces sin que Eliseo pudiera ocultar su imagen. Luego, con una agilidad impropia de su rollizo cuerpo, entró en el utilitario y se largó por donde había venido. Samaniego se quedó perplejo.

¿Cómo es posible que se haya adelantado a la Guardia Civil y a la ambulancia? ¿Será una casualidad o es un buitre capaz de oler la muerte a kilómetros de distancia?

Dedujo que era un independiente quien, de haber ido a propósito, estaría equipado con un moderno y prohibido receptor de radio capaz de escuchar las comunicaciones de los servicios sanitarios.

Momentos después, pasó un repartidor de butano en dirección a Peraleda, a la vez que oía el sonido lejano de una sirena. No tardó en ver luces rotativas aproximándose que activaron en su cerebro una repentina sensación de desasosiego: presentía un fallo en su meticulosa preparación del escenario. ¿Qué era? ¿Qué era lo que había hecho mal?

El chófer de la Unidad de Atestados aparcó en la explanada. Dos guardias civiles salieron apresurados del vehículo y pusieron en marcha el

protocolo que conocían a la perfección. Eran numerosas las colisiones con víctimas que se producían en las tortuosas carreteras secundarias de la sierra.

La contemplación del ajetreo relajó al escritor, quien averiguó espontáneamente la causa de su inquietud: no había dejado sus huellas dactilares en la manija de la puerta derecha al introducir a la prostituta con los guantes puestos. Enredado, como estaba, en un aprieto espinoso, era obligado evitar cualquier error, aunque fueran pocas las probabilidades de que la policía investigara otra cosa que la responsabilidad en un simple accidente de tráfico.

Las sirenas, ahora de una ambulancia, interrumpieron sus pensamientos: procedían de un VIR, vehículo de intervención rápida, del que se apearon un médico, un técnico de emergencias sanitarias y un diplomado universitario de enfermería. El médico y el técnico corrieron en socorro de los pasajeros. El escritor vio, aliviado, que llevaban las manos desnudas. Dejó de prestarles atención, el enfermero iba hacia él.

—Excuse, señor… he de hacerle varias preguntas: ¿tiene heridas, magulladuras o dolores?, ¿siente mareos o náuseas?

—No, en absoluto, ni heridas, ni lesiones… llevaba puesto el cinturón y el choque se produjo a baja velocidad.

Y le mostró el brazo.

—Únicamente tengo este rasguño que me hice con un fragmento del parabrisas al tomarle el pulso a la mujer.

—Ya veo… ¿Me permite que le haga una breve exploración médica?

—Claro que sí.

Minutos más tarde:

—No hay indicios de lesiones, no obstante, en el caso de que le surjan mareos, dolor de cabeza, náuseas o dificultades al hablar o sonreír, avísenos y, si no estuviéramos aquí, llame inmediatamente al 112.

—Lo haré… y le agradezco su preocupación por mi salud.

Concluido el examen médico, el guardia civil, que estaba aguardando, se dirigió a él.

—Disculpe, ¿me puede enseñar el DNI, el carné de conducir y la documentación del auto?

El escritor se los entregó.

—¿Es usted don Eliseo Samaniego Benito?

—Sí.

—¿Su domicilio es el que figura en el DNI?

—Correcto.

Se había propuesto responder con amabilidad y la máxima concisión. El guardia hacía anotaciones en un impreso sujeto con pinza a una tablilla rígida de plástico negro.

Un nuevo vehículo policial aparcó junto al de atestados. Aquello parecía una verbena llena de luces fijas y parpadeantes blancas, rojas y azules. Los recién llegados señalizaron la carretera con conos amarillos para controlar el tráfico, una tarea inútil: por ser el pueblo pequeño, la hora de la siesta y la tormenta, nadie circulaba por el lugar.

—He de hacerle la prueba del alcoholímetro y el test de drogas, ¿está usted de acuerdo?

—Naturalmente.

Mientras soplaba a través de la boquilla, el VIR salió de allí con gran despliegue de luces y sonidos.

Las pruebas terminaron.

—Perfecto… el resultado es cero, cero. ¿Ha dado el parte del siniestro?

—Lo hice mientras esperaba ayuda, solo me queda remitir los datos del conductor y el número de la póliza. Me han asegurado que la grúa y el coche de sustitución llegarán en algo menos de una hora.

—Ya sabe que ha de permanecer aquí hasta que el juez le autorice a irse. No tardará en llegar.

—Lo sé, es lo que procede.

El guardia civil llevó los impresos rellenos al otro agente, el cual, una vez revisados, se fue hacia Eliseo. Lucía galones de cabo en la bocamanga y un gesto de entusiasmo en el rostro.

—¿Perdone… es usted Samaniego, el escritor?

—Sí.

—¡Qué alegría conocerlo!, soy un incondicional admirador suyo. He leído todas sus novelas, me parecen tan… intrigantes; además, no contienen ni un solo fallo técnico. Aunque no se lo crea, he aprendido con ellas un montón de trucos útiles para mi trabajo.

Parecía un hombre educado, de porte agradable y gestos discretos, cuya elevada estatura empequeñecía a su compañero.

—Me abruma usted con tanto elogio. En realidad, el mérito es de un policía jubilado de la científica que las supervisa. Él sí que es un experto.

—Estaba siendo sincero señor.

Y se quedó dubitativo frente a él.

—¿…?

—Si me permite el atrevimiento… ¿Sería tan amable de dedicarme una de sus obras? Me haría una enorme ilusión tener un ejemplar firmado por usted.

—Nada de atrevimiento… será un placer. El *escritor sacó una tarjeta de visita de la cartera.* Aquí tiene mi correo electrónico, envíeme su nombre y dirección y yo le remitiré la última que, precisamente, tenía previsto finalizar en Peraleda.

—¡Oh!… Gracias, don Eliseo…

—Ni lo mencione… me halaga tener lectores en el Cuerpo de la Guardia Civil al que admiro y respeto.

—Es un honor para nosotros… ¿Seguirá con su trabajo?

—No. Mi estado de ánimo lo impide… regresaré a Majadahonda en cuanto pueda.

—Claro… claro, ¡qué mala suerte la del conductor! La escena es espantosa.

—Sin duda que lo es… ¿Han identificado a los ocupantes?

—A medias. Él vivía en Madrid y aún no hemos podido localizar a su familia, en cambio, ella es popular en la zona.

—¡Ah!, ¿sí?

A la espera del juez, el ambiente se había distendido. Garriga, encantado de charlar con su admirado escritor, aprovechó la oportunidad para explayarse.

—Se trata de una prostituta de Torregaliana. Es simpática, no da problemas, colabora con nosotros y la dejamos tranquila. Solo nos extraña su manía de maquillarse en exceso, quizás sea la manera que tiene de anunciar el oficio.

El escritor estuvo a punto de decirle que ya lo había notado. ¡Cielos! Tenía que mantener la alerta y no relajarse, ese comentario hubiera sido un error, revelaba que había estado con ella en condiciones normales. Advertir un detalle tan nimio, en una situación tan dramática como la que vivió a su lado, hubiera sido sospechoso.

—¿Trabaja por aquí?

—Ejerce el oficio en Torregaliana y se anuncia en una página web. Cuando no tiene citas, también ofrece sus servicios en las gasolineras o en los bares del entorno. Tiene una intuición especial porque nunca ha sufrido un percance. Si desconfía del fulano, pide excusas, le dice que se ha equivocado y se escabulle antes de que él se dé cuenta.

—Eso es peligroso… ¿no le parece?

—Se lo hemos dicho infinidad de veces y no nos ha hecho caso. Es independiente, carece de hijos o de chulo que la domine y odia trabajar en un burdel.

—A pesar del maquillaje, parece jovencísima.

—Lo es… acaba de cumplir 22 años. ¿Puede creer que está dada de alta en la Seguridad Social y que paga sus impuestos? En la unidad la apreciamos… es tan afectuosa y pizpireta… perdón… no se equivoque, ni nos ha ofrecido sus favores, ni, por supuesto, nosotros se los hemos requerido. A veces acude al bar donde tomamos el bocadillo. Le gusta conversar y nos relata historietas divertidas de sus andanzas e incluso nos habla de sus proyectos. Tiene la ilusión de retirarse y poner una floristería en un pueblo de la costa mediterránea antes de los cuarenta, aunque no ha dicho en cuál.

Al escritor le pareció que a todo el mundo se les desataba la lengua en su presencia.

—¡Qué prostituta tan interesante!

—Una caja de sorpresas, diría yo. Se desplaza en un Passat azul que hemos visto aparcado en la calle de Fuentesancho que sale a esta carretera.

Eliseo recordó que, justo en esa calle, se había detenido con su coche refugiándose de la tormenta. Era posible que a ella le hubiera sucedido lo mismo mientras iba a la caza de parroquianos. Al verle, le pidió ayuda con el pretexto de reunirse con un imaginario ejecutivo y la verdadera intención de trincarle una vez dentro.

—Cabo… he sido testigo de escenas escalofriantes y esta supera a todas. Ahora compruebo que no es lo mismo leer en la prensa la reseña de los muertos de cada semana en las carreteras, que ver de cerca los cadáveres de dos víctimas tan jóvenes. Supongo que ustedes se habrán acostumbrado con…

—¿Dos dice? ¡Pero si solo ha fallecido el conductor!, la pasajera vivía cuando la ambulancia se la llevó camino del hospital Norte de Madrid.

CAPÍTULO 2

Cuarenta y tres años antes.
Madrid
Miércoles, 8 de septiembre de 1976.

La violenta y seca detonación de un disparo se propagó a través de la vivienda y el resto del edificio, desvaneciéndose al momento engullida por las paredes, las puertas y la distancia. Eran las dos y cuarto de la tarde de un día prematuramente otoñal. Varios vecinos salieron precipitadamente de las viviendas. Sus rostros reflejaban miedo, o curiosidad, o excitación morbosa ante la expectativa de que hubiese ocurrido una tragedia que les diera la ocasión de salir en la tele. En poco tiempo, las barandillas metálicas de las galerías interiores de aquel edificio, diseñado a modo de una corrala, estaban repletas de personas ansiosas por saber lo ocurrido. Algunas aún masticaban el bocado de la comida que acababan de ingerir. El inquilino del quinto, letra A, llevaba una servilleta prendida del cuello.

Gritos, amenazas y blasfemias del hombre, mezclados con lamentaciones y llantos de la mujer, eran frecuentes en el piso donde se produjo el disparo. Con el tiempo, se habían acostumbrado y no les prestaban atención. En cambio, lo de ahora tenía el aspecto de ser un incidente grave.

¿Lo habéis oído? Fue un tiro, ¿no?

Los alaridos cesaron, reemplazados por gimoteos cada vez más débiles que fueron apagándose, al igual que un rumor que se aleja. Luego se hizo el silencio, un inquietante silencio, como si en esa vivienda se hubiera apagado la vida de repente.

La curiosidad de los vecinos pronto se convirtió en alarma. Uno de ellos, que vivía en esa planta, valiente o indiscreto o ambas cosas, se atrevió a pulsar el timbre y no hubo respuesta.

Entró en su casa y telefoneó a la comisaría del distrito.

CAPÍTULO 3

Peraleda.
Lunes, 17 de junio de 2019.

—No lo comprendo. Le tomé el pulso en la muñeca y en la carótida y fui incapaz de localizarlo, ni siquiera respiraba.

—Porque estaría muy débil. Es normal cometer errores de este tipo en circunstancias tan angustiosas.

—¡Me alegro tanto!… ¿Le han comunicado los sanitarios el alcance de sus lesiones?

—No, aunque los he oído comentar que han logrado estabilizarla.

A Samaniego le obsesionaba la información. Sus primeras gestiones, frente a cualquier problema, iban dirigidas a reunir el mayor número posible de datos, rutina que, asimismo, aplicaba antes de escribir una novela. Esta costumbre le había llevado a memorizar el DNI de la prostituta y le urgía a conocer el nombre y domicilio de sus familiares, ya que, en caso necesario, recurriría a ofrecerles dinero para evitar que ella le demandase por lo que había hecho.

—A pesar de no ser el responsable del accidente, me siento vinculado a la joven por haber participado en él y le agradecería que me remitiese, si es posible, el nombre, apellidos y la dirección de ella o de su familia a mi correo electrónico… deseo ayudarla si es que lo necesita.

El cabo le entregó una nota.

—Aquí tiene los datos que le faltan del conductor y de la póliza. Con ellos podrá rellenar el parte del siniestro a la compañía. Facilitarle los de la pasajera está prohibido. Pensará que es absurdo hablar de sus actividades y no poder decirle como se llama; la cuestión es que la ley así lo estipula. Al promocionarse en Internet y mediante tarjetas que deposita en zonas públicas, pierde el derecho a la privacidad de lo que anuncia. La sutileza está en que el nombre que utiliza es falso, está permitido que cuente lo que hace, pero sin mencionar quién es… ¿Entiende?

Al oírle, el semblante de Samaniego mudó del relativo aplomo que aparentaba a la súbita turbación que se esforzó en dominar. ¡Por todos los demonios del infierno! Nada de huellas dactilares en la manija; el fallo que le mantuvo en vilo era la tarjeta de la prostituta que había guardado en la consola central, una prueba irrefutable que le relacionaba con ella.

—Lo entiendo.

Era perentorio retirarla antes de que llegara el juez. Había recordado una película, basada en un hecho real, en la que se incluyó dentro del escenario del crimen un vehículo aparcado próximo a otro en cuyo interior había aparecido un hombre asesinado. Durante la investigación, se descubrieron, en el primero de ellos, las pruebas que condenarían al propietario del segundo, quien resultó ser el asesino. Este episodio no tenía relación con el suyo, pero era remotamente factible que algo semejante pudiera sucederle a él. Absorto en sus pensamientos, apenas pudo escuchar la proposición de Garriga.

—Un tío mío es cronista de sucesos y quizás pueda proporcionarle lo que usted busca. Le enviaré sus datos, junto con los míos, por correo electrónico. Dígale que va de mi parte.

—¿Qué?… ¡Ah!… sí, es un detalle que le agradezco.

Eliseo guardó silencio, planeando el modo de hacerse con la tarjeta. Su imaginación, ejercitada a conciencia, no tardó en resolverlo.

—Oiga… ¿Le apetece agua fresca? Mi coche tiene una pequeña nevera y esta desgracia me ha dejado seco.

Era verdad. La minúscula gota de saliva que acababa de ingerir le sabía a arena del desierto.

—Gracias… también solemos llevar agua y no tengo sed.

El escritor regresó con una botella en la mano y la tarjeta en el bolsillo del pantalón.

—¿Me dijo que la llevan al hospital Norte?

—Sí… estarán a punto de llegar.

—¿Qué opina si voy a preguntar por ella?

—No se lo recomiendo… tenga en cuenta que la ingresarán en la UCI.

—Lo sé… no obstante, me acercaré a averiguar lo que pueda. Le ruego que disculpe mi impaciencia… me agobia la idea de que yo podría

haber reaccionado mejor al producirse el accidente y por eso sería un gran alivio enterarme de que su vida no corre peligro.

Eliseo era sincero, deseaba que Remedios se recuperase de sus lesiones sin importarle las consecuencias que podrían tener para él esa eventualidad.

—Dígame… Ya que me lo enviará por correo electrónico para remitirle mi novela, ¿me podría decir ahora cuál es su nombre de pila?

—Por supuesto, me llamo Ricardo.

—Le agradezco su consejo, Ricardo. Deduzco, por su manera de hablar, que es usted universitario, ¿me equivoco?

—No se equivoca… terminé la carrera de derecho y me coloqué en un bufete. Mis colegas se pasaban el día humillándome con pequeños encargos más propios de un recadero que de un abogado y, encima, el sueldo era casi de subsistencia. Me sentía tan mal que, trascurridos unos meses, dejé el bufete y decidí prepararme para las pruebas de acceso a la Guardia Civil.

Le hubiera contado la Biblia para alargar la charla.

—¿Se ha arrepentido?

—En absoluto. Mi nuevo trabajo de servidor público me satisface hasta el punto de que, tras varios años de servicio, estoy opositando a la escala ejecutiva de la Policía Nacional.

—¿Y qué tal lo lleva?

—A nivel personal… bien. La perspectiva de ser comisario me ha ilusionado tanto, que no me supone sacrificio robarle horas de estudio al sueño. He superado las primeras pruebas y tengo el último examen el viernes de la semana que viene.

—Le deseo suerte… ¿No le importa que nos tuteemos?

—Me encantaría.

—Muy bien… ¿A qué unidad perteneces?

—Al puesto principal de Torregaliana, allí pedí plaza después de pasar el periodo de instrucción y prácticas porque fue el pueblo donde nací.

—¡Qué bonito!

Ricardo miró hacia la carretera, se oía el ruido de un motor.

—Veo que viene el juez. No se preocupe… ¡Perdón!… no te preocupes, las evidencias demuestran que el contrario ha invadido tu carril

y es el infractor, seguro que a ti te exculpará de cualquier responsabilidad. Respecto a las fotos, no nos hacen falta.

—Las guardaré… y te agradezco tus ánimos.

La grúa, transportando el vehículo de sustitución, llegó poco después que el juez de Torregaliana. Era este un hombre esquelético, de aspecto honorable. Garriga había atinado en su vaticinio. A continuación de leer el informe de los hechos y mirar a Eliseo como si fuera trasparente, habilidad más propia de la reina Isabel de Inglaterra que de un funcionario español, permitió el levantamiento del cadáver y se fue de allí con evidente prisa.

Samaniego se despidió de su admirador y puso rumbo a Majadahonda.

Era el escritor un hombre dotado de una fantasía fecunda que, ni sometiéndola a un inaudito esfuerzo, hubiera adivinado los acontecimientos que se precipitarían sobre él, al igual que el granizo sobre su coche, pero esta vez carente de un refugio en el que guarecerse.

Según el carnet de identidad, Antonio García Pérez vivía al final de la calle Fuencarral de Madrid. La Guardia Civil había enviado a una pareja de agentes con la misión de localizar a sus familiares y notificarles su muerte. Cuál no sería su asombro al abrirles la puerta un individuo con el mismo DNI, nombre y apellidos. Era obvio que esa persona estaba viva y no cadáver en Peraleda.

El insólito incidente siguió su curso reglamentario hasta llegar a la teniente Irene Lázaro Ramírez, jefa del puesto principal de Torregaliana del que dependía el municipio de Peraleda, quien ordenó a Garriga, todavía junto al SUV, realizar en él un exhaustivo registro en busca de la auténtica identidad del presunto Antonio García Pérez.

Su subordinado se apresuró a obedecerla. Volvió a inspeccionar el vehículo, con la ayuda de su compañero, y no encontraron documento alguno que pudiera descifrar el enigma del hombre duplicado. Se disponía a comunicarlo cuando, al cerrar la puerta trasera derecha, observó que el asiento de ese lado se había desencajado varios centímetros. Intentó ponerlo en su sitio y, al no conseguirlo, lo levantó quedando al descubierto un hueco que contenía un maletín de color negro similar al de las carteras de vuelo que los pilotos exhiben camino del avión. Era un descubrimiento sospechoso e informó de inmediato a su superiora. La orden que recibió fue escueta e incuestionable: *ábralo sin forzarlo.*

Iba el maletín equipado con dos cerraduras de seguridad, cada una provista de cuatro tambores metálicos giratorios con diez dígitos del cero al nueve, en donde había que introducir un código para abrirlas. Sería preciso acertar una combinación entre diez mil, siempre que fuera la misma en las dos cerraduras, y se tardaría demasiado tiempo en hacerlo. A Ricardo le pasó fugazmente una idea por la cabeza.

—Escucha, Nano… la jefa me ha indicado que no los forcemos, pero he tenido un pálpito de los míos… las dos cerraduras tienen puesta la clave de cuatro ceros, que es la que traen de fábrica, tal vez ni se hayan molestado en cambiarla. Voy a comprobarlo.

—¡Oye, ten cuidado, a lo peor hay una bomba para dar por el saco a los fisgones!

—¡Qué bombas ni qué bombas! Anda… apártate gallina, que esto lo resuelvo en un santiamén.

Los dos pequeños cerrojos se liberaron y lo que había en el interior dejó a ambos atónitos. Garriga no pudo reprimirse.

—¡Ostras! No me creo lo que veo.

—¡La madre que lo parió!

Fue lo poco que pudo decir el guardia, cuya boca se quedó tan abierta que parecía estar pronunciando una o mayúscula gigantesca.

—Esto es la hostia de importante, que te apuestas a que nos felicitan.

—Sería cojonudo, tío.

—Espera… voy a mirar debajo del izquierdo.

Examinó el mecanismo desencajado, apenas perceptible desde el exterior, y dedujo el modo de accionarlo. Otro maletín, idéntico al primero, les esperaba en el escondite. Lo abrió utilizando la clave de cuatro ceros. También estaba lleno de billetes envueltos en plástico.

—¡Joder, joder, joder! Lo presentía… Menuda la que se va a montar con tantísimo dinero. No creo que exista un precedente igual en la historia del cuartel. Vamos a inspeccionar a fondo, tú delante y yo detrás.

Ricardo, en su calidad de cabo, era el que tomaba la iniciativa, en este caso con mayor motivo, ya que su compañero era un pepinillo recién ingresado.

No hallaron más maletines ni documentos que pudieran aclarar el origen del dinero.

—Yo me encargo de avisar a la jefa, tú quédate aquí y no toques nada, seguro que van a procesar el auto y los alrededores.

—Vale, tío. ¿Cuánto calculas que habrá?

—A ojo… unos seis millones.

—¿De verdad?, pues aparenta menos.

—Es que hay cantidad de billetes de quinientos euros… El tío que ha hecho esto se va a enterar de lo que es una unidad de la Guardia Civil mandada por el pibón de la teniente. No me gustaría estar en su pellejo.

—Ni a mí. Menuda es… tiene a la unidad trabajando sin parar y nosotros contentos de hacerlo. ¡Qué rabia que yo sea bajito! Me pone malo la cantidad de mujeres a las que no me atrevo ni a mirar por culpa de mi estatura. Acabaría con tortícolis.

Lo dijo en un tono tan lastimero que a Garriga le costó contener la risa. Se apellidaba Torrecilla, lo que contribuía a darle un carácter más jocoso a su lamento.

—No me seas flojo, al menos mides uno sesenta y cinco, el mínimo que exigen en las pruebas de ingreso, ¿o acaso te pusiste unas cuñas pegadas en los talones antes de que te tallaran?

—No te burles de mí… menuda leche se me pone cuando estoy a su lado y veo que ni le llego a la nariz.

—Si quieres, te doy un clínex y le limpias los mocos. ¡Bueno… ya está bien, que hay trabajo que hacer!

—Confiesa que tú también estás colado por ella, ni te das cuenta de que pierdes el culo y se te cambia el color de la cara en cuanto la ves… que sepas que lo cotillea todo el cuartel.

Ricardo reconoció que esas afirmaciones eran ciertas. Al verla, le acosaban varios fenómenos físicos y psíquicos a la vez: se aturullaba igual que un adolescente tímido, le subía el ritmo cardíaco, la lengua trabucaba sus palabras, se le enrojecían las mejillas y le temblaba la mano al hacer el saludo militar. Intentaba hasta lo imposible para remediarlo, incluso ensayaba gestos y actitudes impávidas delante del espejo que luego, en su presencia, era incapaz de repetir.

Eliseo llegó a su casa exhausto. En la puerta reparó en que había olvidado la promesa de advertir a Daniela de su regreso. Ella no le hizo reproches, le dio el abrazo de reconfortar, se cercioró de que no tenía

lesiones y le rogó que le mostrase el arañazo. Era un simple rasguño que olvidó para interesarse por las consecuencias legales del siniestro.

—¿Qué te han dicho los de la Guardia Civil?

—Que la culpa ha sido del fallecido. El juez me dejó ir sin ejercer actuaciones contra mí.

—¿Eso significa que estás libre de cargos?

—Exacto.

—¡Qué tonta soy! Tendrás hambre y yo aquí, venga a darte la vara… He visto que hay táperes con comida en el congelador; si quieres, caliento uno que te guste y nos lo comemos. Yo también tengo apetito.

Eliseo, cincuentón y soltero, era el único residente del chalé. Una empleada de hogar de nombre Camila, oriunda de Perú, acudía todas las mañanas de lunes a viernes. Era la que se ocupaba de las labores domésticas, incluida la compra, y de mantener al día el kit de supervivencia: raciones de alimentos cocinados y congelados a los que el escritor recurría los fines de semana o cuando ella se ausentaba del trabajo por vacaciones o enfermedad.

—Bien pensado, yo te ayudo.

Eligieron albóndigas estilo Camila que engulleron sentados en torno a la mesa de la cocina.

—¿Estás mejor?... Imagino que lo habrás pasado fatal.

—No, cariño, no te lo puedes imaginar… Ha sido una experiencia horrible.

Y le relató lo sucedido, ocultándole el traslado del cuerpo de la prostituta. Un escamoteo con sabor amargo. Fue escueto y lo hizo con precipitación, deseando que terminara el mal trance.

Recogieron el menaje, hicieron el prelavado y lo introdujeron en el lavavajillas. Eliseo le dio varios besos surtidos y le anunció el programa de festejos.

—Tengo que ir al baño. Si quieres, tú ve al de invitados y quedamos en el salón.

El escritor abrió el monomando de la ducha, ajustó el termostato y se dispuso a lo que él denominaba higiene prenupcial, una modalidad del aseo rutinario en la que cada recoveco de su piel era visitado por la esponja pertinaz, el gel de pieles atópicas y el jabón Lagarto que le enseño a utilizar

su padre como desinfectante de sus partes íntimas cuando todavía era un niño.

Una vez niquelado y seco, fue al lavabo y se cepilló los dientes, enjuagándolos después con un colutorio antiséptico. Revisó que las uñas estaban a ras colocándolas a la altura de sus ojos; se veían impolutas, ningún riesgo de que allí hubiera una sola bacteria viva. Quedaba el toque aromático y roció una pequeñísima cantidad de su perfume favorito en el cuello.

Al acceder al salón, solo llevaba puesto el albornoz. Tomó asiento en el sofá hasta la llegada de una Daniela sonriente, también en albornoz, que se acurrucó junto a él apoyando la cabeza en su hombro. El escritor notaba el tibio calor de su fogoso cuerpo penetrándole a través de la piel, un cuerpo curvilíneo que había explorado poro a poro.

El vínculo entre ellos era peculiar. Su compromiso consistía en carecer de compromisos. Eliseo le puso el apodo de Guadiana porque aparecía y desaparecía de forma errática, aunque tenía la rara habilidad de anunciarle su visita en el justo momento en que comenzaba a dolerle su ausencia.

La vocación de Guadiana por la aviación irrumpió en su vida, en plena pubertad, tras devorar la biografía de Amelia Earhart y ver poco después un documental sobre su apasionante vida y trágica desaparición. Estos dos hechos provocaron en ella una epifanía que cambió su futuro. Ya no quería ser notario como su padre, quien la había ido mentalizando para ello desde que era una niña.

A los dieciocho años, se hizo piloto privado en una escuela de vuelos de Cuatro Vientos. Posteriormente, una vez alcanzadas las 200 horas de vuelo y superar el plan de estudios, consiguió el título de piloto de transporte de pasajeros. Luego tuvo que pasar un largo periodo de tiempo volando en pequeños aviones, dedicados a la paquetería, viéndose obligada a pagar dinero a la empresa por ejercer su trabajo, algo verdaderamente insólito en el mundo laboral, con el objetivo de acumular el mayor número de horas posible y tener opciones de ser admitida en una empresa importante.

A los veinticuatro años había alcanzado la suficiente experiencia y se presentó a las pruebas en diversas empresas. Después de varios intentos fallidos, fue contratada por una compañía aérea de prestigio. Una vez

aprobado el largo y costoso curso de calificación de tipo, la destinaron a la flota de Airbus A320, en la que promocionó a comandante tres lustros después. Esta carrera es la única en la que el título no da derecho a ejercerla sin más. Un piloto solo puede volar como tal si ha superado el curso de calificación de tipo del avión que va a manejar; además, es una licencia perecedera, pues tiene que renovarse anualmente tras superar un duro examen técnico en el simulador de vuelo, otro teórico y un reconocimiento médico. A pesar de tantas dificultades, Daniela consideraba que había merecido la pena el sacrificio. Era inmensamente feliz a los mandos de su avión y no se imaginaba que pudiera existir un trabajo más apasionante que el suyo ni una oficina con vistas tan increíbles como la cabina de vuelo.

Una frase suya reflejaba a la perfección sus sentimientos: *Yo normalmente pagaría por hacer mi trabajo, pero algunos días al año no hay dinero para pagarlos.*

Era diez años más joven que Eliseo y estaba divorciada de un marido guaperas y machista: un arquitecto apellidado Villa, el cual creyó que, una vez casados, podría someterla para que dejara su trabajo y se convirtiera en una simple ama de casa. A pesar de que tomaron precauciones para evitarlo, los dos mellizos llegaron a los once meses de la boda y el divorcio traumático un año después. Ella no consideró en ningún momento la posibilidad de abortar. Siguió con el embarazo, aunque la situación entre ambos ya era insostenible. Si algo aprendió de todo aquello es que jamás volvería a comprometerse para siempre con un hombre.

El divorcio había sido una liberación para ella, que achacaba a su juventud e ingenuidad el error de haberse casado con el arquitecto. Cuando las amigas le preguntaban qué tal le había sentado la separación, contestaba a todas con la misma frase:

—¡Genial! Yo creía que era una úlcera y lo que tenía de verdad era marido.

Eliseo se giró hacia ella.

—¡Ah! Olvidé decirte que la chica vive. Está en coma y la tienen ingresada en la UCI del hospital Norte de Madrid. ¿Qué opinas si me acerco mañana a ver si me entero de su evolución?… necesito saberlo.

—Haces bien en ir… pero recuerda contármelo.

—Descuida que te lo contaré. A propósito… hubo un contratiempo que me preocupa… ¿A que no adivinas quién llegó el primero al lugar del

siniestro?

Daniela se incorporó ligeramente.

—¿Quién?

—Un periodista, ¿te lo puedes creer? Antes que la Guardia Civil o la ambulancia se presentó un tal Anselmo Franco. Los comentarios que hizo fueron muy desagradables y su comportamiento también. Me reconoció y, al terminar de hacer su trabajo, sacó varias fotos de mi cuerpo serrano a traición. Mañana publicarán la noticia y desconfío del tratamiento que le va a dar.

—Es de suponer que se informará adecuadamente.

—Me temo que no.

Daniela volvió a acurrucarse a su lado. El escritor la abrazó buscando sus labios con urgencia; ella respondió con pasión, urgencia y pasión que los transportó en un vuelo sin escalas al dormitorio, dejando un reguero de caricias y abrazos flotando en el aire. Fue un polvo memorable, el cuerpo da a veces esas sorpresas. Eliseo, que había finalizado exhausto la jornada y tenía una seria amenaza acosándole en el horizonte, desplegó una fogosidad asombrosa desde el juego previo al terremoto convulsivo. Guadiana, jadeando, apenas pudo pronunciar una sincopada frase:

—Amor mío… ¿Qué me has hecho?… ¡Creí que me moría!… ¡Pero si aún me tiemblan las piernas!

Y le dio reiterados besitos sabrosos de agradecimiento.

Minutos después, relajado en la cama, él trató de desentrañar la causa de aquel milagroso fenómeno y recordó la excitación sentida al reubicar el cuerpo de Remedios que se esfumó al llegar el periodista.

¿Es posible que la extravagancia de Peraleda sea el origen? Quizás sí, y tendré que averiguarlo; el placer ha sido tan intenso que corro el peligro de padecer síndrome de abstinencia si tardo en repetirlo.

La relación entre ambos era perfecta. Siendo universitario, él había tomado la determinación de permanecer soltero y no tener hijos y, a su vez, Daniela le había reiterado su satisfacción por el tipo de convivencia que compartían. El pacto acordado era seguir tal cual, mientras continuaran disfrutando de una armonía gozosa y, en el caso de que uno de los dos resolviera irse, el otro lo aceptaría sin reproches ni discusiones. Un reciente diálogo mantenido entre ambos, reflejaba a la perfección sus criterios sobre la alianza entre una pareja.

—¿Ves lo fácil que es amar a una persona si compartes con ella solo el tiempo adecuado?

—No pretendas convencerme, Guadiana, lo descubrí hace muchos, muchos siglos.

—¿Sabes por qué es tan especial nuestro vínculo?

—¡Claro que lo sé!… porque yo soy especial.

—Un presuntuoso es lo que eres… te amo porque nunca me siento tan libre como cuando estoy contigo.

—Cariño… es lo más bonito que me ha dicho una mujer. Esa frase surgida de tu boca golosa ha logrado, ella solita, que mi tránsito por este mundo merezca la pena.

—Ya que me halagas de esa manera, ¿te gustaría que te explicase mi proyecto de reforma del matrimonio?

—No me digas que te has metido en política.

—De eso nada… Es una idea que se me ocurrió durante el proceso de divorcio. El matrimonio cristiano debería tener fecha de caducidad; dos décadas podría ser un plazo razonable puesto que los hipotéticos hijos estarán a punto o habrán completado su educación y los traumas serán menos graves. En la época en que se instauró el sacramento, veinte años era un tiempo superior al promedio de su duración; las guerras, las pestes, las hambrunas y las complicaciones del parto, mataban a cualquiera de los consortes antes de cumplirse ese plazo. Una convivencia matrimonial de cuatro, cinco y hasta seis décadas, hoy frecuente, era muy raro entonces. Se estipuló la fórmula *hasta que la muerte nos separe,* porque ese albur estaba a la vuelta de la esquina. Son incontables los jóvenes que hoy en día lo consideran una cadena perpetua sin remisión de pena por buena conducta y no se casan, se arrejuntan, según decía mi abuela. Tampoco tienen hijos, ni falta que hace dada la superpoblación del planeta.

—Oye, tu prop…

—¡No me interrumpas, que me distraes! El divorcio es la única escapatoria y sus excesivos gastos colocan a uno de ellos, o a los dos, en una situación económica precaria. Hay tragedias atribuibles a las repercusiones de la sentencia y parejas divorciadas que conviven en la misma vivienda por razones económicas, lo que es lamentable en el primer supuesto y absurdo en el segundo. Con mi propuesta de fecha de caducidad, se renovaría el contrato si ambos están conformes o se extinguiría previa

comunicación fehaciente de una de las partes. Ni juicios, ni reclamaciones, ni disputas… al suprimir el concepto de bienes gananciales, todos serían privativos y cada uno de los cónyuges tendría registrado lo que le pertenece.

—Intentaba decirte lo que me gusta tu proyecto. ¿Eres de carne y hueso o la holografía de una extraterrestre?

—Acércate y toca, incrédulo, luego me dices lo que opinas, maduro mío.

Eliseo abandonó esos recuerdos, no muy lejanos, y volvió al presente. Los efectos de su travesura, contemplados ahora desde la distancia, no le parecieron tan graves. No había hecho daño a nadie, resultaría difícil, aun en el peor escenario, acabar en la cárcel y esa eventualidad no le asustaba. Lo que sí le afligían eran los remordimientos. Haber mentido a Guadiana, le ponía mal cuerpo; fue una argucia a la que recurrió para no estropear el que sería fogoso combate cuerpo a cuerpo. Se confesaría con ella en su próxima visita.

Con esas elucubraciones andaba cuando le apremió la curiosidad de comprobar si Garriga le había enviado el mensaje, y acertó. En él figuraban sus señas, el informe médico de Remedios y el nombre, junto con el correo electrónico, del periodista familiar suyo que podría ayudarle. ¡Era Anselmo Franco!

El escritor tuvo la sensación de que, desde ahí arriba, le tomaban el pelo. La casualidad tenía visos de ser un nuevo sarcasmo del destino. El primero había sido el del hombre prudente que paga por ello, un tema tratado a menudo en la literatura; él se detiene bajo la morera, como medida de precaución, y sale en el instante preciso que provocará el accidente. Una demora o anticipo minúsculos hubieran cambiado el devenir de los acontecimientos posteriores.

Las tripas revueltas no le impidieron enviar un correo electrónico al tal Anselmo, solicitándole información de Remedios y de su familia.

Tanta agitación le había agotado y regresó a la cama. El sueño impuso su tiranía, durmiéndole acurrucado junto al cuerpo de Daniela.

CAPÍTULO 4

Madrid.
Miércoles, 8 de septiembre de 1976.

Un hombre yacía sobre las frías baldosas de color gris triste. Aún goteaba un líquido, teñido de rojo, a través del orificio situado en el cuello junto a la mandíbula izquierda. Una pistola Beretta, modelo 1934, reposaba en el suelo junto al cuerpo yacente. Era propiedad del hombre, heredada de su padre, quien la había sustraído durante la guerra civil española a un oficial italiano que encontró ebrio, junto a la catedral de Málaga, la noche en que fue ocupada la ciudad por las fuerzas nacionalistas.

Tenía en la mano derecha un cinturón de goma elástica cogido por el extremo contrario a la hebilla.

La mujer, sentada en el suelo junto a él, abrazaba la cabeza inerte que había levantado del suelo. La imagen era el paradigma de una Piedad. El amargo llanto, ahora silencioso, elevaba al cielo una oración por su alma. Un muchacho la ayudó a separarse del cadáver y a ponerse de pie, tratando de consolarla con tiernas muestras de amor. La cara, manos y ropa de ambos estaban manchadas de sangre.

—Madre, no llores, ¡no llores más!, te lo suplico. Se me rompe el corazón de verte sufrir. ¡Él merecía lo que le ha pasado! ¡Nunca te volverá a pegar!

Y la abrazó como si quisiera protegerla de todos los males de este mundo.

El muchacho intentó colocarle bien el pelo desgreñado. Luego cogió su cara con las manos llenas de ternura y la miró a los ojos.

—Escúchame… vas a ducharte, ¿entiendes?… a ducharte y a vestirte con ropa limpia. En cuanto termines, entra en tu dormitorio y te quedas allí hasta que yo te avise, ¿de acuerdo?

—Sí, hijo… sí… ya voy.

Toni, como se llamaba adolescente, observó angustiado su rostro cubierto de lágrimas y los dedos reteniendo mechones de pelo arrancados cuando la desesperación se le hizo insoportable. Iba con la espalda encorvada y sus pasos eran cortitos y lentos, igual que los de una anciana, una anciana de tan solo cuarenta y cinco años.

El joven comprobó que cerraba la puerta, fue a la cocina y telefoneó a su tío Salvador, único familiar en el que podía confiar. Tardó varios minutos en explicarle lo que había ocurrido. El hombre se negaba a creer sus palabras, obligándole a repetirlas. Toni, inquieto porque se alargaba demasiado la conversación, le suplicó que viniera corriendo a casa porque madre y él le necesitaban. Salvador, la cara palidecida, se dirigió apresuradamente hacia el domicilio de su sobrino quien, mientras llegaba, se duchó en el baño del pasillo, se puso ropa limpia, colocó la que se había quitado en la cesta de la ropa sucia y descolgó el teléfono dirigiéndose a su interlocutor con una voz firme y tranquila, impropia de su edad y de las circunstancias que estaba viviendo.

—¿Es la comisaría?… Buenas tardes… Me llamo Antón Postigo, vivo en la calle Tardienta, número ocho, tercero izquierda. Les informo de que mi padre ha muerto por un disparo de pistola en la sala de esta casa.

CAPÍTULO 5

Torregaliana.
Lunes, 17 de junio de 2019.

La jefa del puesto principal de la Guardia Civil de Torregaliana recibió una llamada desde las inmediaciones de Peraleda.

—¡A la orden, mi teniente!… soy el cabo Garriga. He conseguido abrir los dos maletines ocultos en el coche y contienen una importante cantidad de euros empaquetados en plástico.

Ricardo se sentía orgulloso de lo bien que había recitado el breve informe. Una vana ilusión. Las palabras habían salido temblorosas y vacilantes.

—¿Los ha abierto o los ha forzado?

—No, no los he forzado, llevaban puesta la clave de cuatro ceros, que es la que traen de fábrica, y los abrí sin dificultad.

—Excelente, cabo. ¿Qué tamaño tienen?

—Son de tipo medio, yo calculo que hay tres millones en cada uno.

—¿Seis millones en total?… ¡Qué pasada!

Lázaro, que le escuchaba de pie, se desplomó en la silla abrumada por el peso de una noticia tan grave. Su predecesor había colaborado, junto con la Unidad de Delincuencia Económica y Fiscal, en una operativa denominada Mercurio, cuyo objetivo era desarticular una banda mafiosa internacional dedicada al tráfico y blanqueo de dinero negro obtenido de la venta de drogas en Europa, operativa que, al carecer de resultados, se archivó unos meses antes de que ella fuera nombrada jefa del puesto. Y en ese momento, el más imprevisto, se enfrentaba a un delito aparentemente relacionado con el expediente Mercurio que ella había revisado a fondo poco después de tomar posesión de su cargo. El modus operandi: conductores veinteañeros, automóviles alquilados y documentación falsa, encajaba con los únicos indicios que había facilitado Europol.

—¿Sigue ahí?

—Sí, mi teniente.

—Llegaré en breve con el equipo para procesar el escenario. ¿Ha hecho alguna gestión con la empresa de alquiler?

Lo que Eliseo consideraba posible, pero improbable, se había cumplido. Un equipo de la Guardia Civil buscaría cualquier tipo de prueba en el SUV y sus alrededores.

—Aún no… estaba esperando sus órdenes… aunque tomé la iniciativa de buscar el contrato al que hice una foto y envié a usted por *guasap*. Se trata de la empresa Carlinga S.L. Está ubicada en el centro de Alcobendas y es popular por las tarifas tan baratas que ofrece.

—Lo tengo aquí, gracias… Le ruego que me escuche con atención, es indispensable que mantengan en secreto el hallazgo del dinero. Transmítalo a su compañero y póngase en contacto con el gerente de la agencia, notificándole que el SUV ha sufrido un siniestro con resultado de un muerto y un herido de gravedad y que será retenido hasta cumplir los trámites, en cuyo momento les avisaremos para que lo retiren. Recálquele que, en todo caso, deberán llevárselo hoy. El objetivo es que la aparición del dinero no se difunda… nos jugamos demasiado en esto y no podemos fallar.

—He comprendido y me pongo a ello ahora mismo.

La teniente, de 25 años, era hija, nieta y bisnieta de guardias civiles, la única de la familia que había alcanzado el grado de oficial. Los consejos de su padre, un sargento mutilado en acto de servicio, quien ahora seguía viviendo la profesión a través de su hija, le habían inculcado unas dotes naturales de mando desprovistas de gestos airados, gritos, u ostentación de jerarquía, empleando un lenguaje militar impregnado de amabilidad y de respeto.

El primer éxito de Irene, la desarticulación de una violenta banda de ladrones especializada en asaltos a chalés de la sierra norte, trascendió a los medios de comunicación y se vio obligada a dar una rueda de prensa. La última pregunta que le hicieron fue, a todas luces, inapropiada.

—Dígame… ¿Cómo posee tanta autoridad a pesar de ser joven y mujer?

Ella contestó imperturbable.

—Quizás porque no la gasto.

Lázaro notificó los hechos a la Comandancia de Madrid, desde donde lo remitieron a la Jefatura de la Policía Judicial. Era factible que,

dada la categoría del presunto delito, saliera de su jurisdicción para ir a la Unidad de Delincuencia Económica y Fiscal, UDEF, que fue la responsable de la operación Mercurio.

Entretanto recibía la respuesta, se desplazó a Peraleda con el equipo que procesaría el escenario y el coche. Era prioritario iniciar las pesquisas mientras se aclaraba la cuestión jurisdiccional. Allí escuchó, con suma atención, el relato del cabo referente al hallazgo del dinero. Extraídos los ciento cuatro fajos contenidos en los dos maletines, contó los billetes con su ayuda. Sumaban un total de 6.330.000 mil euros.

—Garriga… ¿Qué ha recogido del vehículo, aparte del dinero?

—El fallecido tenía en el bolsillo izquierdo del pantalón seis euros y treinta y dos céntimos en monedas; y en el derecho, una cartera con el DNI, el carnet de conducir y dos mil euros en billetes. La pasajera vive en Torregaliana y es conocida por ejercer la prostitución. Antes de que se la llevaran los de la ambulancia, hice una foto de su documento de identidad que le he enviado por *guasap*.

—Bien hecho. ¿Recuerda el domicilio del conductor?

—Vive en la calle Fuencarral de Madrid y ella, como ya le he dicho, en Torregaliana…

—¡Ah!… la conozco… ¿No le resulta insólito que el difunto careciera de móvil, tarjetas de crédito y llaves?

Esta técnica de interpelar a un subalterno la había aprendido también de su padre: *Pregunta consultando, no inquiriendo, parece lo mismo, pero no lo es. Tu subalterno se sentirá importante en el primer caso e incómodo en el segundo.*

—Sí… es poco habitual según mi experiencia.

—Mal asunto, se ve que son delincuentes profesionales. Ahora nos toca sacar el máximo rendimiento al contenido del contrato de alquiler. ¿Lo tiene a mano?

Ricardo abrió la aplicación de notas del móvil.

—Aquí está… se lo llevaron el sábado a nombre de dos conductores, Antonio García Pérez y un tal Juan Rodríguez González. Desde entonces, ha recorrido un total de 1.523 kilómetros.

—¿Cuándo iban a devolverlo?

—El próximo lunes.

—¿Se da cuenta de la información que se deduce de su contenido?

—Creo que nos permitirá delimitar la zona dentro de la cual iniciaron el viaje de regreso.

—Y tenemos la certeza de que no hacen intercambio de maletines, sino de coches con ellos ocultos dentro. Por eso figuran dos conductores, lo que requiere dos vehículos que habrán alquilado en agencias distintas. Uno va a Francia, vuelve y cambia el suyo, donde va el alijo, con el del otro correo, quien lo lleva de Peraleda a la Costa Sur y regresa a Madrid. Ninguno de ellos conoce la existencia de los maletines ni del dinero que llevan escondido. Y como ha sugerido usted, partiendo de la cifra que acaba de calcular, voy a hacer una simulación de la que saldrán las ciudades francesas con posibilidades de ser el centro de operaciones en ese país. Se habrá fijado en que la mayoría de los billetes se han emitido allí.

—Lo vi al contarlos, mi teniente.

—Estas pistas prometen. Tenemos que solicitar la cooperación de la Gendarmería Francesa, identificar al fallecido e interrogar a la prostituta.

—Habrá que esperar… todavía está en coma.

—Es verdad, lo había olvidado… Respecto a Carlinga, ¿sabe si instalan GPS en su flota? Hay muchas que lo hacen y, de ser así, podríamos averiguar en dónde les entregaron los maletines, aunque me cuesta creer que hayan cometido un fallo semejante.

—Lleva razón, sería una torpeza que los que la dirigen no lo hayan tenido presente. Por otra parte, aunque resulta muy fácil detectarlo y anularlo, la falta de señales alertaría a los propietarios quienes lo pondrían en conocimiento de la policía.

—En fin… voy a recoger al comisario que colaborará con nosotros… no se muevan de aquí y llámeme en el caso de que surja alguna novedad.

Ángel González Reverte, destinado en la Brigada Central de Investigación de Blanqueo de Capitales y Anticorrupción, integrada en la UDEF, era un verdadero caimán en la unidad. De aspecto sólido, abultado el abdomen y ojos inquisitivos, acababa de cumplir sesenta y cuatro años cuando le ordenaron, desde jefatura, que acudiera al cuartel de Torregaliana, demarcación a la que pertenecía el lugar del siniestro, para reunirse con la jefa del puesto principal. La Brigada Central y la comandancia de la Guardia Civil de Madrid habían acordado, en una videollamada

improvisada, reactivar el expediente Mercurio bajo el mando de Lázaro por haberse producido el hecho en su jurisdicción.

Reverte, quien aportaría su experiencia y la infraestructura policial que fuera precisa, se sintió ofendido al enterarse de que una mujer, a la que casi triplicaba la edad, ejercería el mando. Él se limitaría a colaborar. Enviarle a una misión de comparsa a estas alturas de su vida, lo consideró un agravio que no se merecía. Ese era el quid. La operación comenzaba mal.

Se citaron en Torregaliana. Al verla, se quedó apabullado, era mucho más alta que él y eso le humillaría cada vez que los vieran juntos, circunstancia que acentuaba su disgusto por haberle sido encomendado este trabajo. Un conductor de la Guardia Civil los llevó al pueblo de Peraleda.

A lo largo del trayecto, ella dio cumplidas explicaciones a Reverte sobre las pesquisas en curso. Este la miraba de reojo analizando sus aptitudes y defectos. *Lista, segura de lo que hace, fuerte carácter y con buen uso de la mano izquierda. Malo, malo, carece de debilidades, pero no importa, saldrán ellas solitas tarde o temprano, le falta práctica, que es lo que retuerce el colmillo de verdad.*

Decidió adoptar una actitud paternalista, parecida a la del profesor que supervisa a un alumno y permanece inactivo junto a él, al acecho de que se equivoque.

—Y dígame… ¿Qué tenemos en concreto para iniciar las investigaciones?

—Poca cosa. Aún ignoramos la identidad del fallecido y la acompañante está en coma, ingresada en el hospital Norte. Hay ciertos datos de interés en el documento de alquiler que ya le comentaré. El dinero proviene de Francia y hay un porcentaje mínimo de billetes emitidos en diversos países… lo habitual en alijos de este tipo.

—¿Y cuáles son sus primeras impresiones?

—Estoy persuadida de que pertenece a una multinacional de la droga, quizás la que se intentó desarticular en la operación Mercurio. En mi opinión, hay que convencerlos de que el dinero sigue en el SUV. Por tanto, propongo extremar las precauciones y que no se difunda la noticia de su hallazgo. Si lo conseguimos, tendremos la oportunidad de anticiparnos a su próxima maniobra.

—Sin duda… Por lo que me ha dicho, sus integrantes están muy organizados y tienen mucho dinero, o explotamos el factor sorpresa o perdemos.

Irene se apeó en la explanada. Ricardo, que llevaba consigo una bolsa de plástico, se acercó a ella.

—No hay novedad… aquí tengo los documentos y objetos que he recogido de los bolsillos de Antonio García.

—Bien… déselos al comisario, él se encargará de que los analice un departamento técnico de la UDEF.

No necesitaron moverse, Reverte se había aproximado a ellos.

—¡Ah! ¿Está aquí?… Le presento al cabo Garriga… lleva las pertenencias del difunto para entregárselas a usted; yo le enviaré una copia del DNI de la pasajera.

—¿Hay algo destacable… guardia?

Lázaro torció el gesto, lo correcto es que le hubiera llamado cabo.

Su subordinado le devolvió el golpe.

—No… inspector.

Y le dio la bolsa cuyo contenido revisó superficialmente.

—Mi departamento los verificará mañana y, en cuanto me den los resultados, se los remito… ¿Por dónde íbamos, teniente?

—Por lo decisivas que van a ser nuestras diligencias iniciales

—¿Y qué ha resuelto?

El zorro de colmillo retorcido era cauteloso.

—Yo lo veo de esta forma: tenemos sus seis millones de euros y ellos lo desconocen. Estoy seguro de que ya están preparando una intervención con el objetivo de recuperarlos. Supongo que estudiarán las dos posibilidades: o el dinero sigue donde lo escondieron o lo hemos incautado nosotros; ¡un momento!… hay una tercera. ¡Qué contrariedad!, esto nos va a complicar el trabajo.

—¿Una tercera posibilidad?

—El escritor pasó muchos minutos solo junto al alijo, si el jefe mafioso se entera, pensará que, en el caso de que hubiera quedado al descubierto como resultado de la colisión, podría haberse apropiado de él.

—¡Es cierto! No había pensado en ello. Pues habrá que resolver si hemos de proteger a Samaniego o no.

—Yo esperaría hasta leer el artículo. Mientras tanto, sería recomendable esperar.

—Conforme, teniente, si no se publica o, aun publicándose, no figura el nombre o una foto de su rostro o la matrícula de su coche, será improbable que averigüen su identidad y no hará falta la escolta.

—Ustedes tienen un departamento que se dedica a rastrear determinadas noticias, ¿se podría ocupar de esta?

—Por supuesto.

—Genial… Sigamos con el SUV: ¿cree que lo van a arreglar o lo enviarán al desguace?

La mujer insinuaba a Reverte que su participación era esencial. El inspector, en contra de su posición inicial, resolvió cooperar.

—Me he fijado en los daños y lo lógico es que lo arreglen y lo incorporen a la flota.

—Yo lo averiguo. En este caso habrá que planificar lo que nos convendría hacer cuando lo reparen.

—Dadas las circunstancias… podríamos usarlo de cebo. Pedimos a la agencia que, si alguien pretende alquilarlo, nos avisen de inmediato, montamos una operación de seguimiento e intervenimos en el momento en que aparezca un individuo para hacerse cargo de los maletines. El conductor no nos interesa, seguro que ignora lo que está haciendo.

La oficial hizo un ademán al cabo.

—Por favor, explique al comisario cómo localizó el dinero.

Garriga es competente a pesar de su timidez. Hoy rellenaré el formulario que me han enviado desde el Cuerpo Superior. Se merece tener una calificación excelente en su hoja de servicios.

—Fue casual… quise poner el asiento desencajado en su sitio y, al no lograrlo, lo levanté y vi el primer maletín. El segundo estaba debajo del otro asiento.

Ricardo le mostró los dos huecos. Reverte examinó la instalación.

—Estos delincuentes son unos artistas. ¿Ha visto lo bien que están diseñados? Es imposible localizarlos a no ser por un chivatazo. Todo indica que tienen un taller clandestino en el que realizan las modificaciones.

—Sin duda y podría ser una línea de investigación a considerar.

—¿Qué dejaremos dentro de los dichosos maletines, teniente?

—La opción perfecta sería el alijo. Lo voy a proponer a la Comandancia y eso que conozco la respuesta que me darán: un no rotundo. A falta de eso, que va a faltar, sugiero colocar billetes falsos empaquetados con las envolturas originales. La dificultad está en localizar una cantidad tan elevada.

—Yo sé dónde obtenerlos. Se me ocurre disimular en su interior un chip GPS en previsión de que perdamos la pista de los maletines.

—Eso es una gran idea, Reverte.

—¿Qué opina si, además, instalamos un mecanismo que nos alerte de su apertura? Ganaríamos un tiempo valioso a la hora de pillarles con las manos en la pasta. Podemos hacerlo en el taller fuera del horario laboral, así no habrá mirones.

Irene estaba satisfecha del cambio en la actitud del comisario. Había abandonado la reticencia y cooperaba con sus propias iniciativas.

—Opino que es una oportuna medida… disculpe, voy a hacer un resumen de lo que hemos acordado.

Lázaro sacó el móvil, pulsó un icono y grabó en audio los acuerdos tomados. Reverte no quitaba ojo a lo que estaba haciendo. Ella se dio cuenta.

—Este programa es una joya. Yo hablo, graba lo que he dicho, lo escribe y lo envía en los modos texto y voz a mi ordenador. ¡Fuera bolígrafos con la tinta seca y papeles que se pierden! Pero regresemos a lo nuestro… puede que Mercurio intente hacerse con el dinero esta noche, sea en el garaje de la empresa de alquiler o en el taller si lo llevan a reparar.

Reverte estaba asombrado de la facilidad con la que ella manejaba el móvil. Las nuevas tecnologías le producían alergia haciéndole sentir un analfabeto informático. Incapaz de dominarlas, las usaba solo cuando era imprescindible. Fue uno de sus nietos, todavía un niño, quien le enseñó lo esencial para desenvolverse sin hacer el ridículo.

—Es posible que las prisas los lleven a cometer errores.

—Entonces comencemos… yo montaré la patrulla de seguimiento al SUV. ¿Podrían ustedes encargarse de la seguridad del escritor? Garriga ha charlado con él, vive en Majadahonda y acude con frecuencia a la capital; sería una gran ayuda para nosotros porque andamos justos de personal.

—Conforme, pero su elevado coste me aconseja demorarlo, según hemos acordado, hasta que tengamos pruebas de que corre peligro. Lo

convocaré mañana en mi despacho. Quiero que me diga lo que recuerda del accidente, es el único testigo que tenemos.

—No cabe esperar nada de su declaración, aunque, en ocasiones, hay sorpresas. Perdone, ¿le ha interesado la aplicación que acabo de utilizar? He observado que miraba con interés lo que hacía. Se la puedo descargar ahora mismo, tardaré unos minutos y su uso es facilísimo, basta con pulsar un icono, decir lo que quiera y dar un toque a la pestaña *guardar*.

—Esta tecnología me trae a mal traer. ¿Me garantiza que es fácil?

—Se lo garantizo y, si no le gusta, lo desinstalo.

—En ese caso, adelante y que sea lo que Dios quiera.

—Démelo, que se lo devuelvo ya mismo…

Descargó la aplicación, le enseñó a usarla y le obligó a demostrar, en su presencia, que había entendido su funcionamiento. Encontró adorable el gesto de agradecimiento que le dedicó, parecía un niño al que han regalado un juguete mágico.

—Me gustaría volver a mi despacho… tengo la mesa a tope de papeles que revisar. Hoy va a ser una jornada muy larga, teniente.

—Muy larga… comisario.

Reverte se sentía perplejo. Había sido agradable, y fácil, compartir criterios y tomar decisiones con ella. Demasiado tal vez. Su cometido era participar en la investigación, atender a las prestaciones que solicitara y coordinar la forma de dárselas carente de cualquier tipo de autoridad y ella, en lugar de imponer sus criterios, había escuchado los suyos que, ante su agradable sorpresa, fueron aceptados. Le apetecía relajar los ánimos y le dio una muestra de confianza iniciando una conversación insustancial.

Reverte llegó una hora después a su despacho, remitió los carnets del fallecido y la copia del DNI de la prostituta Remedios Martínez a la Brigada Central de Falsedades Documentales y encomendó a uno de sus agentes que, de manera discreta, visitara al escritor rogándole comparecer al día siguiente por la tarde en su oficina.

CAPÍTULO 6

Madrid.
Miércoles, 8 de septiembre de 1976.

Sonó el timbre de la casa. Toni Postigo acudió a ver quién era. Miró a través de la mirilla y abrió la puerta lo justo para que pasaran los dos policías encargados de comprobar la denuncia. Varios vecinos se habían agolpado junto a la entrada con la malsana intención de curiosear el interior. El adolescente cerró de inmediato y apenas pudieron atisbar el lateral izquierdo de una alacena. Ninguno se desanimó y permanecieron allí a la espera de que volviera a abrirse.

El mayor de los dos guardias, Julián Quilmes, había sido compañero y amigo del padre de Toni durante dieciséis años. El otro, macilento, era joven. Ambos iban vestidos con el uniforme gris, color que les dio el nombre popular con el que se les conocía. Habían tardado casi una hora en llegar desde que salieron de la comisaría por culpa de un socavón en la calle de San Bernardo, producido poco antes, que había colapsado la circulación en el barrio de Chamberí.

Julián estaba acostumbrado a recibir avisos similares. Normalmente, provenían de personas mayores y asustadizas a las que la repentina explosión de un simple petardo les atemorizaba al creer que había sido un atentado. Tenían motivo puesto que, en esa época, el estruendo de las bombas asesinas de hombres, mujeres y niños, era una pesadilla que asolaba el país con desgraciada frecuencia. Al llegar al lugar de los hechos, el incidente solía reducirse a una pelea doméstica.

—Hola, Toni. No te enfades conmigo, es que un vecino nos ha comunicado que había oído un disparo y he tenido que venir por orden de mi jefe.… también es casualidad que me haya asignado a mí esta misión.

Al descubrir el cuerpo de su ex amigo, se precipitó hacia él.

—¡Antón!

Su instinto de veterano servidor de la ley le obligó a detenerse. La cabeza del cadáver estaba rodeada por una enorme mancha de sangre y su obligación era conservar el escenario intacto.

—¡Dios mío! ¿Está muerto? ¿Qué ha pasado, Toni? ¿Lo sabes?

—No se lo puedo decir, primero tengo que hablar con mi tío Salvador. Ya viene de camino.

—Haces bien. ¿El teléfono sigue en la cocina?

—Allí sigue, señor.

—¿Me permites usarlo? La radio funciona fatal y no podemos oírnos desde dentro de estos edificios tan antiguos.

—Si va a avisar a la comisaría, lo hice yo hace un rato.

—Aun así, tengo que dar el informe de lo que he visto aquí.

Julián, a pesar de que Antón presentaba síntomas claros de haber fallecido, se apresuró a pedir una ambulancia. Luego llamó al inspector.

—Soy el guardia Julián Quilmes, me han asignado un servicio en el domicilio de Antón Postigo, calle Tardienta, número ocho, piso tercero, izquierda…, eso es jefe, está a pocos pasos de la glorieta de San Bernardo. Hace dos años era policía y patrullábamos juntos el barrio. Ahora yace tumbado bocarriba en el suelo de la sala. Se aprecia un orificio de bala en la parte alta del cuello, casi en la mandíbula. Hay una enorme mancha de sangre en torno a su cabeza. En el suelo, junto a él, se encuentra una pistola Beretta y su mano derecha sujeta un cinturón elástico… Me he mantenido a distancia para no contaminar el escenario. Yo creo que ha fallecido.

—Me pilla con ello Quilmes… han llegado dos denuncias del suceso, una de un vecino que había oído la detonación, por la que le he enviado a usted, y la segunda del hijo de Postigo. En cuanto reúna el equipo, saldremos hacia allá. ¿Está seguro de que ha muerto?

—No. Sin embargo, dudo mucho que viva con la cantidad de sangre que ha perdido. A pesar de ello, y como medida de precaución, he reclamado una ambulancia a urgencias.

—Buena idea… le recuerdo que no debe consentir que nadie se acerque a él, ni siquiera la familia.

—Lo estoy haciendo, confíe en mí. He de advertirle que el tráfico en Chamberí está paralizado.

—Sí… lo sé… el socavón ha colapsado al barrio y a la comisaría. No damos abasto a resolver tantos problemas, pero nos las apañaremos para

llegar lo antes posible. ¿Cuántos hay dentro de la vivienda?

—Dos: el hijo y la esposa. Además, está al llegar el hermano de esta.

—Entendido. Cuelgue y cumpla con su trabajo.

Quilmes fue a la sala con la idea de examinar el cuerpo del fallecido. Aunque habían roto las relaciones a raíz de su expulsión de la Policía Armada, las largas horas patrullando juntos las calles del barrio o solucionando pequeñas contingencias, a veces tan triviales como organizar el rescate de un gato doméstico encaramado en la rama de un árbol, hizo surgir entre ellos y entre las dos familias, una intensa amistad.

El cadáver tumbado en el suelo y el charco de sangre alrededor perturbaron de nuevo al veterano policía, quien lanzó una mirada impaciente a la puerta con la esperanza de ver aparecer a alguno de sus superiores que le relevara de tan penoso trance. La amistad duradera deja cálidos rescoldos de los momentos inolvidables que se compartieron, incluso después de haber desaparecido. El verlo inánime sobre un suelo gris, cerúlea la cara, exangüe el cuerpo, había desencadenado en él una compasión afectiva insoportable.

Tras un ímprobo esfuerzo, volvió a inspeccionarlo con más detenimiento. Centró su atención en el orificio del cuello. Era el de entrada de la bala y había dejado de salir el líquido rosáceo por él. No localizó el de salida. Probablemente, el proyectil estaría alojado en el cerebro.

El silencio respetuoso, que se había adueñado del lugar, fue roto bruscamente. El novato, cuyas tripas se habían revuelto con la escena sangrienta, se tapó la boca intentando sujetar las fuertes arcadas que amenazaban expulsar el contenido del estómago y el propio estómago. Julián le llevó al baño del pasillo. Conocía la vivienda, había ido de visita en numerosas y cordiales reuniones familiares. Empujado por las náuseas, el del rostro pálido alcanzó el inodoro justo para vomitar dentro de la taza. Las cataratas que salían de su boca eran de tal volumen que Quilmes le dio unas palmadas en la espalda, temiendo que se ahogara.

—¡Ya basta, hombre! Es raro tropezarnos con un escenario tan sangriento, aunque conviene que te acostumbres. ¡Venga! Anímate que está a punto de llegar el inspector de la brigada criminal con *los lupas* y nos largaremos de aquí.

Agotada la escandalosa evacuación, el joven se lavó la cara con abundante agua fría.

—Me encuentro mejor. ¿Quiénes son los *lupas,* Julián?

—¡Joder! ¿Es que voy a tener que explicarte todo?, son los de la Brigada de Investigación Criminal, la famosa BIC, o también conocida como los de la científica. Lo de lupas es una jerga que usamos los veteranos.

Ambos regresaron a la sala. Quilmes vio a Toni sentado en la cama de su dormitorio cuya puerta estaba abierta. Tenía los codos apoyados en las rodillas y se sujetaba la cabeza con las manos. Se le veía concentrado en observar las baldosas grises del suelo desvaídas por la vejez. La voz de Julián le retornó al presente.

—¿Dónde está Rufina?

—En el baño… adecentándose.

—Cuando salga, avísala que he venido. ¿Vale?

—Vale… voy a ver cómo se encuentra.

—Anda con ella y no aparezcáis en la sala… he recibido la orden de que nadie se acerque al cuerpo de tu padre. Si me necesitas, llámame, pero no vengas.

—No se preocupe, nos quedaremos en la cocina o en cualquier dormitorio hasta que venga mi tío.

Toni golpeó con los nudillos en la puerta del baño.

—Soy yo, ¿puedo entrar?

—Pasa, hijo… casi he terminado.

El muchacho la inspeccionó de arriba a abajo. Se había duchado, vestido con ropa limpia y daba los últimos retoques a su maquillaje, empeñada en disimular la palidez de su piel. Ya no parecía una anciana; la ducha, la ropa limpia y el colorete, le habían devuelto una parte de sus energías y un aspecto saludable, solo el aspecto.

—No tengas prisa, al acabar ve a tu dormitorio y quédate allí. He avisado al tío Salvador y me ha dicho que viene enseguida. Uno de los que han venido es el señor Julián y nos ha prohibido ir a la sala porque si nos ve dentro el inspector, le ponemos en un compromiso. El otro es un desconocido.

—¿Y quién va a atenderlos?

—Olvídate de ellos, madre, no son invitados, son policías y están trabajando.

CAPÍTULO 7

Majadahonda.
Martes, 18 de junio de 2019.

Eliseo salió a comprar la prensa a las ocho de la mañana. Un solo periódico traía la reseña del accidente al pie de una fotografía suya. Era el escritor quien parecía el protagonista del suceso y no el desdichado Antonio. Su cara expresaba un gesto ridículo de estupor, el mismo que si hubiera sido sorprendido en plena fechoría. Detrás de él, y a la izquierda, se distinguía el SUV. El titular involucraba al famoso novelista Eliseo Samaniego en un accidente de carretera con resultado de un muerto y un herido grave.

En su fuero interno admitió que, en pocas palabras y sin faltar a la verdad, cualquiera que leyese la entradilla, leería el cuerpo del artículo impulsado por un malsano deseo de comprobar la imprudencia cometida por un personaje célebre como él. Involucrado es un vocablo injusto, la mayoría interpreta que el sujeto está implicado en un delito cuando su sentido es incluido, comprendido o envuelto en un asunto, sin más.

El periodista relataba lo acaecido, ocultando mencionar quién había sido el responsable.

Será cabrón el chafardero este. ¿O sea que muere un muchacho trágicamente y la noticia es que yo estoy involucrado? ¿Hasta qué extremo puede llegar el periodismo en su afán sensacionalista? ¿Dónde está la frontera que transgrede la ética? El artículo nunca lo habrían publicado si en mi lugar hubiese ido un ciudadano anónimo. Así pues, se trata de una excusa para destacar mi intervención en el siniestro y ponerme en ridículo con la foto. El resto da igual.

Examinó su correo electrónico. Franco le había enviado una escueta nota con los datos que le había solicitado, excepto los de la familia de Remedios porque, según él, carecía de parientes.

Volvió a casa. Daniela se encontraba, aparentemente, en ese duermevela en el que el cerebro está decidiendo si se despierta o no. En realidad, ya no dormía, estaba pasando el periodo en que el ciclo del sueño se ha cumplido y no hay necesidad de levantarse, era tan agradable que le gustaba prolongarlo. En ese momento tenía los ojos difíciles de abrir. Eliseo sopló en sus párpados. Al ver que se movían, aproximó la boca a su oído y le susurró una antigua y conocida estrofa:

Despierta, amor mío.
Tenemos toda la eternidad para dormir.

Guadiana le contestó con la mirada entreabierta mientras se desperezaba.

—¡Qué bonito! ¿Es algún poema tuyo?

—Me valoras en exceso cariño… se escribió en el siglo XI.

—¡Qué pena!, hubiera sido superromántico si te lo hubiese inspirado yo. ¿Conozco al autor?

—No lo creo, es Omar Khayyam, un musulmán persa, astrónomo, matemático, filósofo, poeta, aficionado a las mujeres, al vino y a otras cosas que ya no recuerdo. He modificado la versión inglesa debido a que su traductor, Fitzgerald, hizo una adaptación de los manuscritos a la idiosincrasia de su país y no una rigurosa traducción que, en esta estrofa, a mi juicio, desentonaba con el estilo general de la obra.

Daniela se incorporó en la cama, permaneciendo sentada en el colchón.

—¡Vaya! Desconocía su existencia… no me extraña dada mi escasa afición a la poesía.

—Es un escritor de culto en España y no ha participado en programas televisivos de cotilleo. Te gustaría leerlo; en determinados círculos literarios se le considera el primer poeta cuántico de la historia.

—¡Tonto! ¿Acaso he visto esos programas?

—¡Ajá! Has entrado al trapo.

—Te seguía la broma. ¿Y a qué viene lo de cuántico?

—A que en varios de sus poemas incluye conceptos que encajan a la perfección en ese misterioso mundo que nadie entiende… escucha uno:

Cuando yo muera, el universo se aniquilará.

—¡Oye! Eso suena a música moderna.

—Claro que lo es. Lo que nos está diciendo es que para que exista el universo tiene que haber observadores, un concepto que refrendan la mayoría de los científicos modernos.

—No me lo creo… ¿Pretendes convencerme de que el universo no existió hasta la aparición de seres inteligentes en él? Tendrá toda la coherencia que quieras, pero no me lo creo.

—Pues es la moda, la última teoría entre los físicos modernos…

Eliseo tomó un sorbo de café. Estaba ardiendo. Se quemó

los labios y dejó la taza en el plato, aguantándose las ganas de desahogarse. Un castigo que se imponía tras cometer estupideces de este tipo. Cogió el periódico y mostró a Daniela la página con la crónica de la tragedia.

—¡Qué foto tan horrible! Tienes un aspecto grotesco y sales más feo de lo que ya eres de por sí.

—¡Santo cielo!, *dijo imitando el tono de un inglés sorprendido*, llevas razón, lo malo es que mi nombre se ve con nitidez y eso va a dar mucho juego: a mis enemigos, que preguntarán lo que me ha pasado con la malsana intención de que sepa que lo saben, y a mis amigos, que querrán enterarse de los detalles.

—¿Te podrá perjudicar?

—En lo referente a mi trabajo, no, en absoluto, incluso promocionará mi nueva obra; quizás me fastidie tener que dar explicaciones a las muchas personas que me llamarán y responder a los mensajes que voy a recibir.

—¡Querido…! Permíteme una sugerencia, aunque te hayan dicho que fue culpa del contrario, creo que deberías consultar con tu abogado.

—Oportuno consejo, lo haré a lo largo de la mañana.

¡Ah!, el pragmatismo femenino, qué bien nos viene a veces a los hombres.

Desayunaron juntos. Eliseo tomó el último sorbo de café, ya a una temperatura bebible, dispuesto a irse.

—¿Estarás aquí a mi regreso?

—Lo intentaré…

—Eso significa que no y lo siento de veras.

El amplio vestíbulo del hospital Norte semejaba la boca de un hormiguero, con multitud de personas deambulando en busca de los carteles orientativos. Hizo cola en el mostrador de información donde le atendió una recepcionista de las del tipo amoroso, redondita y risueña, de esas que emanan natural cariño y simpatía y disfruta compartiéndolos.

—Disculpe… vengo a interesarme por Remedios Martínez… ingresó en estado de coma ayer tarde a causa de un accidente de carretera.

—¿Es usted familiar?

—No, yo solo conducía el otro vehículo. Aquí le traigo la foto que han publicado en el periódico… Este soy yo, ¿lo ve? Sé que la han llevado a la UCI y que tiene dañadas las vértebras cervicales.

La recepcionista le observó con curiosidad. Eliseo no era guapo ni feo, no obstante, gozaba de cierto éxito con el género femenino por su cara aniñada, sus grandes ojos oscuros y su mirada de perrito desamparado, atributos que despertaban ternurita y deseos de protegerle y mimarle igual que a un bebé.

—Imagino lo que le habrá afectado. Un momento…

A pesar de que disponía de dos teléfonos frente a ella, entró en un despacho trasero. Apareció poco después.

—Perdone la demora… me han corroborado que sigue en estado de coma y que tiene la segunda y tercera vértebras cervicales ligeramente desplazadas, apreciándose en ellas dos fisuras minúsculas. Fue operada de urgencia y el informe médico del cirujano dice que la médula espinal está indemne y que en el electroencefalograma no se advierten signos de disfunción.

—¿Y ha dado el pronóstico?

—Sí… está grave. El periodo crítico durará cuarenta y ocho horas y, en caso de que lo supere, hay muchas posibilidades de que viva. Todavía es prematuro afirmar en qué condiciones lo hará. Desde que fue operada no han variado sus constantes vitales, un síntoma tranquilizador, habiendo transcurrido casi un tercio de ese periodo.

—¿Ha venido alguien a verla?

—No que yo sepa. A lo mejor en el turno de tarde…

—Da gusto ser atendido por personas como usted. Volveré el jueves, quiero seguir de cerca su mejoría.

—Mi horario de servicio esta semana es de ocho a cuatro, si viene, diríjase a mí, soy Julia.

—Gracias, Julia… ¡Adiós!

—¡Adiós!, señor Samaniego.

Eliseo se dirigió a la editorial con el manuscrito grabado en un USB. Prefería llevarlo en persona que enviarlo por correo electrónico y, de paso, pretendía renegociar sus regalías con el director de publicaciones. Las ventas se multiplicaban con cada nueva obra y era la ocasión propicia para pedir un aumento. Había renunciado al lijado fino, ya lo haría el corrector.

El tráfico en Cea Bermúdez era viscoso. A las once y once minutos, oyó el agudo y leve sonido de su reloj: catorce señales apenas audibles a un metro de distancia que se sucedieron sin pausa. Sonrió. Se lo había regalado Daniela. Era perfecto. Funcionaba con células fotovoltaicas situadas en la esfera y se ponía en hora exacta a las dos de la madrugada con las señales transmitidas desde una emisora de radio. La noche que se lo entregó, estuvo revisando sus funciones y activó una de ellas: la alarma. Se disponía a suprimirla cuando cambió de idea y la dejó en modo *perpetuo*, con el volumen reducido al mínimo. Quería que le recordase cada día, a las once y once, que aún estaba vivo.

Le vino a la memoria que había prometido a Daniela consultar al abogado y lo hizo.

—No te preocupes, Eliseo, hago las gestiones y en breve te remitiré el dictamen del juez.

Cortó la comunicación para telefonear a Garriga.

—¡Hola, Ricardo, soy Eliseo!

—¡Eliseo!, ¿qué tal estás?

—Fatal… aún no he superado el trauma del accidente. Oye, he recibido tu mensaje y fui al hospital. Me atendió una señorita encantadora. Según parece, la operación de las vértebras ha sido un éxito y Remedios se mantiene estable.

—Coincide con lo que me han dicho a mí. Si aún quieres ir a verla, tendrás que esperar a que salga de la UCI.

—Contaba con ello… ¡Escucha! Estoy yendo a la editorial y, en cuanto publiquen mi novela, te enviaré un ejemplar dedicado.

—Eso es genial… estoy deseando leerla.

—Pues te falta poco… la distribuirán a mediados de septiembre. ¡Ah!, te quería comentar que el periodista Anselmo Franco, tu tío o lo que sea, fue el primero que apareció en el lugar del accidente. Hizo varias fotografías y, junto con la reseña, le han publicado una de ellas en la que aparezco con un gesto grotesco, como si fuera un niño sorprendido en plena travesura.

—Típico de él, es su forma de trabajar.

—Lo será, pero a mí no me gusta el artículo ni cómo me ha ridiculizado.

—No me extraña. ¡Oye! Tengo que colgar, me reclama la jefa.

Eliseo aparcó en la zona destinada a las visitas. Al apearse, descubrió que no había hueco entre su coche y el de la derecha, cuyo conductor tendría serias dificultades para acceder a él. Repitió la maniobra dejando suficiente espacio a ambos lados y se dirigió a las oficinas.

El director le recibió en la sala de reuniones donde acababa de concluir una junta. No tardaron en alcanzar un compromiso satisfactorio: Samaniego cobraría veinte céntimos adicionales por libro vendido y un rapel si pasaban de diez mil.

De nuevo en el aparcamiento, se halló con la desagradable sorpresa de que otro vehículo había estacionado en la plaza adyacente de la izquierda, fuera de las marcas, tan pegado al suyo que le impedía entrar. No se alteró, ni se enfadó, ni tocó el claxon, ni fue a conserjería en busca del propietario para montarle un número; se limitó a pasar a través de la puerta derecha. Conservaba el cuerpo ágil y no le costó alcanzar el puesto del conductor cruzando la consola central. Lejos de enfadarse, pensó que había tenido suerte, de no haberlo recolocado antes de entrar en el edificio, ahora todas las puertas hubieran quedado inaccesibles.

Su manera de enfocar la relación con ese tipo de individuos que nunca piensa en las molestias que sus acciones provocan al resto de personas y a los que denominaba *ineludible modalidad del egoísmo*, había evolucionado; de joven le irritaban, de mayor los ignoraba. La experiencia le había demostrado que una persona de esas características no admite el diálogo y mucho menos el error propio. Esta convicción hacía borrar el incidente de su cerebro maquinalmente, como si fuera un acto reflejo. Era

una conducta recomendada por las doctrinas estoicas a la que había llegado, sin saberlo, a través de sus propias reflexiones.

Camino de casa, consultó el móvil; tenía varios mensajes, contestó solo a uno, el de su abogado Tino Santacruz, quien le ratificaba haber sido eximido de cualquier responsabilidad en el siniestro.

Al acercarse a su chalé, vio al conserje de la urbanización junto a su buzón introduciendo un paquete de cartas. Se paró en la entrada y bajó a saludarle.

—¡Me alegro de verle, Cosme! ¿Qué tal el embarazo de su mujer? Ya le queda poco, ¿no?

—Qué memoria tiene don Eliseo, justo hoy sale de cuentas… al menos eso dice ella, aunque el ginecólogo opina que le queda una semana. Pobre… tiene tantas ganas que se desanima por la lentitud con que pasan los minutos.

—Nacerá a su tiempo… Creo recordar que es una niña, ¿verdad?

—Sí, se llamará María.

—Bonito nombre. Que sea un parto fácil y rápido… Transmítaselo a su esposa, por favor, y no se olvida de avisarme cuando nazca.

—Se lo prometo, don Eliseo.

Dentro de su chalé, encontró una nota en la consola del recibidor.

Lo lamento, tarzán, he tenido que irme. Lo de anoche fue puro fuego y me muero de ganas porque vuelvas a quemarme con él. ¡I loba you! Guadiana.

Dispuesto a comer, sonó el timbre de la verja exterior. Era un agente de paisano que le rogó acudir al despacho del comisario Reverte para testificar sobre un asunto grave.

—¿Tiene que ser ahora?

—No es tan urgente, ¿qué tal a las cinco de la tarde?

—De acuerdo… iré a las cinco.

Menos mal que no es tan urgente.

El escritor había torcido el gesto y el policía intentó apaciguarle.

—Descuide… el motivo del requerimiento no tiene que ver con usted sino con el conductor fallecido en Peraleda.

Y le dio una tarjeta de visita.

—Aquí tiene las señas y el número de teléfono, diríjase a la planta baja, puerta dos.

A las siete y media de esa misma mañana, Reverte estaba entrando en su despacho. Tenía un montón de documentos esperándole encima de la mesa. Buscó el resumen de las actuaciones policiales y de la Guardia Civil sobre la aparición del dinero, junto con un recorte del único periódico que había publicado la noticia del accidente, cuyo texto había sido resaltado con un rotulador amarillo fosforito. Se sentó en la butaca giratoria, se puso las gafas y leyó el artículo. Un rictus ceñudo le arrugó el entrecejo.

¡*Menudo contratiempo*!, *tendré que organizar la escolta del escritor y avisar a Irene.*

Archivó el recorte y cogió el informe resumido de las diligencias. Contenía un dato nuevo para él: el Passat de la prostituta había sido localizado en la calle que salía de Fuentesancho hacia Peraleda.

Organizó el servicio de escolta y a las nueve llamó a la jefa del puesto principal de Torregaliana.

—¡Buenos días, Lázaro!, ¿ha leído la noticia en la prensa?

—La he leído y es alarmante. Está claro que la vida de Samaniego corre peligro… sale su nombre y se distingue perfectamente su fisonomía. Mal que nos pese, es lo peor que podía ocurrir. ¿Ha establecido ya la escolta?

—Estoy en ello. He citado al escritor a las cinco y el primer turno comenzará cuando él salga de mi despacho. Después de darme su versión de lo sucedido en Peraleda, le notificaré la medida. ¡Pobre!, ¡menudo susto le voy a dar!

—Me lo imagino… seguro que durará poco, solo hasta que piquen con nuestro señuelo.

—Crucemos los dedos para que acaben en la cárcel… Otra cosa, he leído el resumen de las actuaciones de ayer y hay un pormenor que ignoraba: ¿es cierto que el coche de la prostituta está aparcado en Fuentesancho? Eso justificaría su presencia en el SUV.

—Muy cierto… el cabo Garriga lo vio al ir a Peraleda. Es un Volkswagen azul que Remedios compró de segunda mano.

—¿Entonces considera normal que esté allí?

—Se lo pregunté y me dijo que le resulta raro en un día laborable, ya que apenas hay tráfico por esa carretera. De todas formas, va a ir hoy a inspeccionar la zona.

—¿Investigará en Peraleda?

—Él no… He enviado a dos números de paisano, con la misión de interrogar a determinados vecinos de confianza a los que se les prohibirá hablar de la encuesta. Es una operación delicada, si los mafiosos averiguan lo que hacemos, podrían deducir que tenemos el alijo y perderíamos el factor sorpresa.

—Toda precaución es poca con esta gente… ¿Y qué ha resuelto el propietario de Carlinga?

—Lo reparará según usted supuso. Además, nos confirmó que no tiene incorporado el GPS. La grúa lo trasladó ayer a un taller situado en Torregaliana próximo a mi cuartel y lo hemos sometido a vigilancia desde que lo recogió en Peraleda.

—Eso habrá facilitado su labor.

—Ya lo creo…

—¿Alguna novedad destacable?

—No hemos descubierto movimientos sospechosos, ni a lo largo del trayecto, ni por la noche que ha dormido en la calle. El dueño del taller, a petición mía, ha permitido que instalemos el detector de apertura.

—¿Y cuándo empezarán a repararlo?

—Hoy… en cuanto lleguen las piezas de repuesto… Me toca preguntar a mí… ¿Cómo va la búsqueda de billetes falsos?

—Tengo los necesarios para cubrir el área superior de ambos maletines, el resto lo llenaremos con fotocopias de billetes hechos en nuestra imprenta. Nos vemos, Irene, ahora tengo mucho que hacer.

—Vale…

¡Bien! Me ha llamado por mi nombre de pila. Esto marcha.

Reverte telefoneó al dueño del hotel de Peraleda en el que iba a alojarse el escritor. Quería enterarse de la conversación que había mantenido con él.

Camino de la comisaría, el cerebro de Eliseo entró en erupción.

Veamos… el agente me ha dicho la verdad, salvo que sea un magnífico actor, luego este requerimiento nada tiene que ver conmigo. ¡Piensa!, ¿qué puede haber pasado?

Tras ponderar las alternativas y no hallar una sola razonable, se esforzó en prever las preguntas que podría hacerle el comisario y preparar las respuestas.

Reverte le recibió con una sonrisa cordial.

—¡Bienvenido, señor Samaniego! Le ofrezco mis sinceras disculpas; enseguida comprenderá por qué le he rogado presentarse en mi despacho.

Eliseo tuvo el presentimiento de que su interlocutor era un veterano perspicaz y temible.

—Es su trabajo y no tiene que justificarse… Le prometo cooperar en este asunto, que supongo grave.

—Usted sabe que hay episodios corrientes que traen consigo consecuencias imprevistas y nos complican la existencia… Le he pedido que venga porque hemos descubierto un acto delictivo en el automóvil que chocó contra la señal de tráfico. Quizás nos ayude en la investigación contándome al detalle todo lo que recuerde de ese viaje hasta que abandonó el lugar camino de su domicilio.

—¡Ah!… pues sí que es imprevisto.

A Eliseo le costó dominar el gesto de estupefacción que pretendía irrumpir en su semblante. No había considerado esa eventualidad al analizar las repercusiones que tendría el hecho de mover el cuerpo de Remedios. ¿A quién podría ocurrírsele un albur tan inverosímil? Sin duda, los hados, furiosos contra él, habían tomado represalias. Lejos de amedrentarse, se enardeció. El riesgo, y con ello la excitación, habían alcanzado un nivel extra. Logró mostrarse impasible el breve tiempo que tardó en describirle lo que recordaba del suceso.

—Eso es todo. Si quiere, repito lo que no haya explicado bien.

—No hace falta, gracias.

Reverte inició el interrogatorio.

—Comencemos en el momento que usted se detiene en Fuentesancho. ¿Cuánto permaneció allí?

—No lo sé con certeza, pudieron ser unos quince minutos.

—¿Vio pasar a alguien en dirección a, o desde Peraleda?

—No. Aunque apenas vislumbraba la calle debido al fuerte chaparrón, hubiera oído el ruido del motor y el chapoteo del agua.

—¿Y en el trayecto?

—Tampoco.

—¿Está convencido de que la joven era la única pasajera?

—Por completo.

Reverte examinó las notas extraídas de sus propias indagaciones.

—Aquí consta que usó el teléfono varias veces. Podría detallarme cuáles fueron.

—Cuatro en total: una a emergencias… otra a mi pareja… la tercera al seguro y la última al hotel cancelando la reserva.

La sensación de peligro le producía una euforia parecida a la que disfrutó poco antes de que llegara el fotógrafo a la explanada. Se veía jugando una partida de ajedrez en la que él tenía el control y su antagonista lo hacía a ciegas; sin embargo, resolvió andar con pies de plomo el resto de la reunión, hay jugadores capaces de enfrentarse a treinta adversarios y vencer a todos sin mirar a los tableros.

—¿Pasaron vehículos por allí después del accidente?

—Transcurrieron varios minutos hasta que oí el ruido de un motor. Asómbrese usted, se trataba de un periodista. Fue desagradable oír sus inadecuados comentarios. Para colmo, ha publicado la noticia con una fotografía mía ridícula y un texto deliberadamente ambiguo.

—Lleva razón, lo he leído esta mañana. ¿Iba adrede o por casualidad?

—En mi opinión, lo hizo adrede, puesto que siguió hacia el pueblo, cambió de dirección en el acceso al aparcamiento y aparcó a unos diez metros de mí. Terminado el reportaje, regresó hacia Fuentesancho.

—¿Le dijo su nombre?

—Sí… Anselmo Franco.

—¿Qué otros vehículos pasaron después?

—Solo una camioneta de reparto de butano subiendo hacia Peraleda.

—Todavía estamos en la fase informativa y cualquier asunto que se sale de lo normal nos vemos obligados a indagarlo. He tenido una conversación con el propietario del hotel donde iba a alojarse y usted parece que le preguntó por la celebración de un seminario de gestión bancaria en el pueblo. Dado que el presunto delito es de índole económica, le ruego que me diga el motivo que le indujo a ello.

Eliseo contestó con expresión de sorpresa.

—¡Me ha pillado, comisario!

CAPÍTULO 8

Madrid.
Miércoles, 8 de septiembre de 1976.

De nuevo sonó el timbre de la puerta. Julián Quilmes fue a abrirla. Rufina lo había oído desde su dormitorio.

—¡Toni, ve a ver quién llama!

—Ya ha ido el señor Julián, madre, quédate ahí que yo me ocupo de todo.

Era Salvador, el esperado. Al entrar en la sala, vio el cuerpo inmóvil de Antón tendido en el suelo y el charco de sangre alrededor. Se precipitó hacia él. Quilmes le sujetó enérgicamente de un brazo.

—Lo siento… no puede acercarse. Son órdenes.

—¡Ah!… ¡Perdone!

Y rodeó el cadáver mirándolo con insistencia. Su sobrino le recibió en el pasillo y se dieron un prolongado abrazo. El adolescente rompió a llorar con ruidosos gimoteos. Cuando pudo tranquilizarse, se separó de Salvador.

—¡Qué tragedia, tío… qué tragedia!

Entraron en el dormitorio, el muchacho cerró la puerta y, casi en susurro, le reveló lo sucedido con una serenidad que dejó sorprendido a su tío.

Salvador había presagiado que, tarde o temprano, el matrimonio acabaría mal, pero nunca imaginó que el desenlace pudiera llegar a ser tan dramático.

—¡Dios mío! Esto es horrible… horrible… En fin, lamentarse es inútil, hay que mantener la calma y actuar. Lo primero que tenemos que hacer es contratar a un abogado; conozco uno, que tiene fama de competente, al que le hice una reforma en sus oficinas y recuerdo que quedó satisfecho porque elogió mi trabajo. Voy a consultar la agenda, creo que aún guardo el número de teléfono.

Le temblaban las manos y a duras penas consiguió sacar una minúscula libreta del bolsillo trasero del pantalón.

—¡Aquí está!… su nombre es Federico Matey y tiene el bufete en Argüelles… Le voy a llamar ahora mismo.

Federico Matey se puso al teléfono tras ser avisado por su secretaria. Salvador le explicó, atropellando las palabras, la violenta muerte de Antón, la presencia de los dos agentes y la pronta llegada del inspector de servicio desde la comisaría del distrito.

—Le suplico que se haga cargo de la defensa, el difunto ha sido un salvaje maltratador de mi hermana. Ella y mi sobrino se merecen la mejor justicia.

—Cálmese, se lo ruego, si los hechos son tal cual ha descrito, me haré cargo de este caso. Preparo lo necesario y me dirijo a su domicilio de inmediato… Entretanto llego, no hagan declaración alguna a la policía. Indíqueme las señas, por favor.

—Es en la calle Tardienta, número 8, piso tercero, izquierda. Le advierto que el tráfico está colapsado.

—Conozco esa calle… Iré en el metro, no se preocupe.

Tío y sobrino se quedaron en la cocina. Los minutos transcurrían con una lentitud insoportable. Oyeron el timbre en el preciso instante en que Rufina salía del baño. Toni se apresuró a llevarla a su dormitorio. Salvador acudió a abrir.

Eran cuatro hombres: José Luis Rojas, inspector de la Brigada de Investigación Criminal, seguido por dos compañeros, y Federico Matey que había coincidido con ellos en el rellano, identificándose al inspector como el abogado de la familia. Al ir a cerrar, aparecieron dos enfermeros, provistos de una camilla, empeñados en llevarse al hombre herido. El inspector trató de poner cordura en aquel caos, la sala era pequeña y, además del cuerpo de Antón, había siete personas dentro. Cerciorado de que Postigo había muerto, se dirigió a los enfermeros.

—Les agradezco su ayuda, pero aquí no tienen nada que hacer… Sugiero que regresen al hospital.

Federico examinó el cuerpo del difunto. Yacía bocarriba. Un orificio circular, junto a la mandíbula, revelaba el punto exacto por donde había penetrado la bala en el cráneo. El inspector se aproximó a él.

—Señor abogado, le ruego avise a sus clientes que vamos a efectuarles las pruebas protocolarias.

—¿Aquí?

—Mejor en otra habitación… Si no les incomoda, el dormitorio principal sería el lugar idóneo.

—De acuerdo… Con permiso.

Federico salió de la sala y Rojas señaló a Julián el cadáver tendido en el suelo.

—Usted me ha dicho que este hombre fue amigo suyo, ¿es cierto?

—Sí, lo fuimos varios años.

—¿Ha tenido relación con su familia?

—Mucha. Nos veíamos con frecuencia. Rufina es una buena mujer, lo afirmo sin temor a equivocarme porque la conozco bien. Respecto al niño, tengo un hijo de su edad, del que es amigo desde que iban a la guardería, y ha venido a mi casa a jugar con él infinidad de veces. Es una deformación profesional el que los policías nos fijemos en las caras de la gente, igual que los zapateros en los zapatos de los demás. Este chico, al que he observado con interés, me ha impresionado por lo solidario, educado y sensible que es, se lo aseguro.

—¿Qué me puede decir del difunto?

—Lo que se llega a saber de un compañero y amigo con el que has compartido parte de tu vida diariamente. Al principio le cogí cariño, era un excelente policía y un colega leal hasta que cambió y se hizo compinche de un grupo de delincuentes del mundo de la droga a los que se chivaba de nuestras visitas a sus garitos. Fue denunciado y expulsado del Cuerpo. Desde entonces se ha convertido en un alcohólico y maltratador. Por aquellas fechas usted aún no había sido destinado a esta comisaría.

—¿Maltrataba a su esposa?

— Sí, física y psicológicamente.

—¿Y al hijo?

—Al hijo no, que yo sepa.

—¿Cree que se ha suicidado?

—No lo sé con certeza.

Julián era un hombre prudente y no quiso comprometerse, aunque ya había desechado esa posibilidad. Antón era diestro, la bala le había penetrado en el cráneo por el lado izquierdo y, según su experiencia, la

forma y color del orificio desvelaban que el disparo se había efectuado a cierta distancia de la piel, un metro al menos, lo que descartaba el suicidio.

—Pronto lo averiguaremos… ¿Cuándo acaba su turno?

—A las cuatro.

—Perfecto… Ustedes dos bajarán a controlar la entrada del edificio hasta que sean relevados. Solo dejarán pasar a los que vivan aquí y a los funcionarios que intervengan en las diligencias e impidan que los periodistas importunen a los que entren y salgan. Primero vayan a despejar los rellanos, que nadie se detenga en ellos ni ande subiendo y bajando las escaleras, ¡venga!, no permanezcan ahí parados, tienen mucho que hacer.

—¡A la orden!

El juez y el forense llegaron a la vivienda dispuestos a desempeñar sus respectivas obligaciones. Se tropezaron en la puerta con los dos agentes que salían a cumplir las órdenes de Rojas. Los de la BIC ya estaban practicando las pruebas habituales en un homicidio con arma de fuego, en los cuerpos y ropa de la familia Postigo, dentro del dormitorio principal. Federico supervisó que se hicieran con arreglo a la ley. A su conclusión, acompañó a la madre y al hijo a la cocina donde esperaba Salvador. Los cuatro se sentaron en torno a la mesa con un frutero de arcilla vacío reposando sobre el tapete de hule a cuadros blancos y rojos. El abogado redujo el volumen de su voz, no quería que la conversación fuese oída fuera de la cocina.

—Los gendarmes acabarán su trabajo y se irán enseguida. Yo tengo que centrarme en lo esencial: saber con toda exactitud como se ha producido el disparo. Lamento decirlo Salvador, mal que me pese, tengo que interrogar a Rufina, aunque sea muy doloroso para ella responder a las preguntas que me veré obligado a hacer.

El adolescente se apresuró a intervenir.

—Yo se lo digo todo, conozco bien lo que sucedió y ella no creo que pueda hablar. Está destrozada de dolor.

Salvador le secundó.

—Apoyo esa sugerencia, sería bueno permitirla descansar un rato y que luego se incorpore a la reunión si usted lo considera conveniente.

Federico, dubitativo, acabó cediendo.

—Conforme… Lo haremos así.

—Gracias… Voy a dar un calmante a mi hermana.

—Le ruego que no tarde, conviene que usted esté presente durante la declaración de su sobrino por tratarse de un menor. Además, se sentirá menos intimidado.

—No se preocupe, volveré enseguida.

Apareció al poco tiempo, sentándose a la izquierda del abogado. Toni, a la derecha, colocó las dos manos apoyadas en el tapete de hule y entrelazó los dedos, excepto los pulgares que giraba continuamente uno alrededor del otro. Era un tic que había aprendido de su padre y que repetía, de manera inconsciente, en situaciones de tensión. Su tío se quedó contemplando el pequeño frutero vacío como si jamás lo hubiera visto. Federico carraspeó varias veces.

—Toni… deduzco, por lo que has dicho, que tú y tu madre conocéis las circunstancias que han provocado la muerte de tu padre. Quiero que me lo cuentes, ahora mismo, con toda la exactitud que puedas, de modo que llegue a conocer cuanto sucedió como si hubiese sido testigo presencial del hecho, es la única opción que tengo para comenzar mi trabajo partiendo de una base sólida. Cuando termines, le tocará el turno a tu madre. ¿Lo has comprendido?

—Sí, señor.

—Pues empieza.

CAPÍTULO 9

Madrid.
Martes, 18 de junio de 2019.

Eliseo sonreía a Reverte con aire de complicidad.

—También es coincidencia, ¿no?… y paso a explicarle lo que digo. Al igual que la mayoría de los escritores, me fascinan las personas. A veces salgo a pasear o a tomar un aperitivo para observarlas y escuchar su lenguaje, tanto lo que dicen como los gestos que utilizan, que son lenguaje, al fin y al cabo. No es un atentado contra la intimidad, se lo garantizo, sino una faceta de las muchas que abarca mi oficio: explorar la comunicación humana que, especialmente la verbal, es más imprecisa de lo que se cree. Supongo que lo entiende.

—Entiendo que usted está ejerciendo un tipo de fisgoneo que yo llamaría profesional. Hay que tener cuidado con ciertas actuaciones relacionadas con la confidencialidad, la sociedad está muy sensibilizada con este tema.

—Conozco los límites y nunca los he cruzado.

—Estoy seguro… Le ruego que prosiga.

—El sábado me senté a tomar un piscolabis en una terraza de la Gran Vía de Majadahonda. La mesa más próxima a la mía estaba ocupada por una pareja, quizás un matrimonio, tan cerca de mí que oía su conversación sin pretenderlo. A los propietarios de los bares les cobra el ayuntamiento conforme al espacio que ocupan y juntan las mesas todo lo que pueden.

—Eso es innegable, las terrazas son lugares indiscretos y los parroquianos lo ignoran, dedicándose a desvelar sus intimidades sin el menor recato, bien cotorreando en voz alta con el vecino de mesa o bien a través del móvil.

—De eso va mi historia… Ella tendría treinta años. Simpática y vivaracha, gesticulaba a menudo. Él aparentaba unos cuarenta, con pinta de

ejecutivo ambicioso y chulo. Apenas presté atención a lo que decían… era un diálogo insulso hasta que oí el nombre de Peraleda, adonde yo iba a viajar el lunes siguiente, y me puse a escuchar lo que decían. Enseguida comenzaron a discutir. La mujer le reprochaba no haberla avisado con tiempo y le exigía, de mal humor, que le aclarase por qué tenía que ir a ese pueblo y dormir allí nada menos que dos noches. El hombre respondió que lo supo esa misma mañana y que se trataba de un seminario sobre inversiones al que su jefe le obligaba a ir en sustitución de un colega que había enfermado la noche anterior, momento en que apartó la vista del rostro de ella de forma sesgada y perdió firmeza el tono de su voz. Deduje que la estaba engañando.

Eliseo había plagiado la mentira del cliente bancario a la que Remedios recurrió mientras charlaban bajo la morera.

Calló unos segundos, permitiendo al comisario asimilar su larga parrafada.

—Entonces, hice una apuesta conmigo mismo: si le había contado un cuento chino, me daría un agasajo y, en caso contrario, me castigaría con un mes de ayuno marisquero. He reducido su consumo por el exceso de ácido úrico en mi cuerpo y estos trucos, cuando gano, me ayudan a calmar el mono de tarde en tarde.

—¿Y se tomó el marisco?

—Con tanta preocupación lo había olvidado y, ya que me lo recuerda, lo haré mañana mismo porque acerté de lleno. El dueño del alojamiento me aseguró que no se celebraban cursillos en el pueblo, ni siquiera de moscas.

—¿De qué?

—Perdone. Es una broma que me gastó el hostelero.

Reverte, que había convocado a Eliseo por su intervención en el accidente, estaba disfrutando de la charla. Era un hombre famoso y eso fascina, incluso, a los servidores de la ley.

—Debe ser divertido lo de estudiar a la gente. Yo no tengo tiempo ni para leer, es una de las desventajas de mi oficio, de ahí que me gusten las historias breves. ¿Ha incluido alguna de esas experiencias en sus novelas?

—Sí… ahora que lo dice, siendo todavía desconocido, gané un concurso de relato corto con un episodio del que fui testigo precisamente junto a la Gran Vía de Majadahonda.

—¡Genial!… si es breve me gustaría oírlo.

A Eliseo le pilló desprevenido la proposición, ¿a cuento de qué le incitaba a hablar?

—Me halaga, señor, intentaré resumirlo. Fue en una de mis incursiones peatonales en busca de personajes y chácharas. Poco antes de llegar a esa calle, vi venir hacia mí a un hombre y una mujer. Eran mayores y distinguidos. Iban del brazo, orgullosos de poseerse el uno al otro, mostrando un donaire poco habitual. Caminaban a la altura de una terraza en la que, a causa del frío, solo había dos personas: una dama, sentada de espaldas a mí, pendiente de la puerta de la cafetería, y un hombre, enfrente de ella, que mantenía la cabeza inclinada a la derecha y hacia abajo, absorto en un móvil sujeto con la mano de ese lado descansando en la rodilla cruzada sobre el muslo izquierdo. ¿Lo ha visualizado?

—Sí… a la perfección.

—Entonces continúo… La dama decidió ir en busca del camarero, que aún no les había atendido, y, al incorporarse, tropezó con la silla, precipitándose al suelo, ella y la silla, produciendo un fuerte estrépito. La pareja acudió en su auxilio y lograron ponerla de pie.

Por fortuna, no había sufrido daño. A pesar del alboroto producido por la caída, el hombre ni se inmutó. Yo llegué al escenario y el matrimonio prosiguió su paseo. Al cruzarme con ellos, los oí criticar el comportamiento de aquel hombre impasible.

Tiene que ser un mal educado, dijo él.

Ni siquiera levantó la cabeza para mirarla, repuso ella.

Yo me sumé a las censuras: *Disculpen… he oído sus comentarios y visto lo sucedido. Estoy de acuerdo con ustedes, lo que ha hecho ese individuo es una grosería imperdonable.*

Reverte… cada día procuro refrenar mi tendencia a la crítica chismosa; a pesar de ello, con desgraciada frecuencia me voy de la lengua. La pareja se marchó y yo, irritado contra mi modo de actuar, me acerqué a la mesa con el pretexto de preguntar a la dama si necesitaba ayuda y el propósito de observar de cerca al hombre. ¡Dios!… era ciego y tenía unos auriculares introducidos en los oídos. Entonces recordé que transmitían un partido crucial de la selección española de fútbol que él estaría escuchando. ¡No pudo ver ni oír nada! Créame… me cabreó mi estupidez y aún me duele revivir el episodio.

—No me extraña… ¿Fue así o lo ha adornado con su vena literaria?

—Fue tal cual he dicho.

—Pues lo he encontrado interesante y aleccionador. Volviendo al trabajo… tengo que comunicarle el hallazgo que se produjo en Peraleda a continuación de irse usted: un cabo de la Guardia Civil ha descubierto, en el SUV accidentado, dos maletines conteniendo un alijo de dinero que, según todas las apariencias, pertenecía a una mafia europea de la droga. Entretanto ignoren lo que ha ocurrido, podrían sospechar que, a consecuencia de la colisión, quedaron a la vista y usted se apropió de ellos mientras estuvo a solas esperando ayuda. Pese a no tener pruebas de que corre peligro, es conveniente tomar medidas destinadas a protegerle. ¿Entiende la situación?

La noticia dejó estupefacto a Eliseo, era un nuevo y cruel sarcasmo que le causó una profunda inquietud. Poco le importaba morir de un infarto, un ictus o un golpe en la cabeza de la chatarra cósmica que amenaza nuestras vidas desde el espacio, incluso consideraba la idea de convertir su cuerpo, anticipándose a la decrepitud, en firme candidato a fallecer de repente hartándose de marisco, torreznos, callos, mollejas y jamón de pata negra; ahora bien, caer asesinado a consecuencia de una extravagancia de las suyas, le parecía una manera chusca de largarse al otro barrio.

O sea que todo esto lo desencadena un hallazgo fortuito de mi nuevo amigo Ricardo, quien encuentra dos maletines llenos de dinero camuflados en un coche con el que he colisionado por ser cauteloso. Es para mear y no echar gota.

—Entiendo que estoy jodido… dispense el exabrupto… me dice que un grupo mafioso me va a perseguir y yo le aseguro que hoy mismo iré al notario para hacer mi testamento.

—Es natural que se preocupe. No hay escolta que garantice la seguridad total, sin embargo, las probabilidades de que usted sea su objetivo en los próximos días, son nulas.

—Gracias por sus ánimos, aunque me cuesta creerle. He estudiado a fondo las actividades de esa organización y lo que averigüé de ella superó mi capacidad de asombro.

—En lo que a usted se refiere, la situación no es tan angustiosa… el objetivo principal de las medidas que hemos tomado es su seguridad… si fracasa la operación, los delincuentes sabrán que hemos incautado el dinero

y le borrarán de la lista negra en el caso, remoto, de que usted hubiese figurado en ella.

—¿Y si sale bien?

—Lo mismo, pero estarán en la cárcel.

—¡Bueno!… eso es alentador.

—Me alegra su actitud. Sería pertinente que me diga lo que piensa hacer… nos ayudará a vigilarle mejor y usted tendrá total libertad de desplazamiento para ir adonde y cuando quiera.

—No sé qué decir, Reverte… Veo lo complicada que… ¿Y si me fuera lejos de España?

—Como no sea a Marte… en la Tierra no hay escondite a suficiente distancia de este tipo de criminales, por eso me atrevo a garantizarle que estará más seguro aquí. Tenemos una ventaja: la certeza de que solo intentarán secuestrarle, ya que es la única alternativa eficaz con la que podrán recuperar el dinero, y eso, créame, se lo pensarán con mucho cuidado por el riesgo que supone llevarla a cabo. Cada turno, de cuatro horas, lo va a realizar un agente de paisano. El primero de la mañana le llamará cerciorándose de que usted está bien. Antes de notificarse algo, intercambiarán dos claves, una cada uno, que le habremos enviado la noche precedente desde la comisaría. Podrá moverse a su voluntad siempre que avise al agente de servicio con anticipación.

Le dio un papel impreso.

—Aquí tiene las normas preventivas, si las cumple, se lo pondrá harto difícil a los mafiosos. He de insistir en que el peligro que corre estos primeros días es mínimo. Antes de ir a por usted, intentarán hacerse con el SUV, sea robándolo o alquilándolo.

Reverte le entregó una cajita.

—Dentro hay un botón de pánico y las instrucciones de uso. Le ruego que lo lleve consigo… nada más actuarlo, el escolta acudirá a su lado.

Eliseo cogió el papel y la cajita y los introdujo en un bolsillo de la chaqueta, deseando no tener que abrirla.

—Me veo obligado a indagar en el delicado terreno íntimo… según mis pesquisas, permanece soltero y vive en Majadahonda.

—Correcto.

—¿Y qué hay respecto a su familia?…

—Familia directa, no tengo, pero sí pareja, una mujer con la que me reúno irregularmente.

—Esto nos facilita las cosas… ¿Dónde se reúnen?

—En mi chalé. También hacemos alguna escapada juntos… dos o tres al año.

—Señor Samaniego, esta gente es experta en aprovecharse de las debilidades de los demás, sean enemigos o víctimas. Su pareja es su debilidad y se servirán de ella para presionarle, no lo dude. Le sugiero que no se vean y, si lo hacen, cumplan las recomendaciones que le he dado.

—Prometo que así será, por la cuenta que me trae.

—Hay un detalle que nos favorece, usted es socio del club Los Arcos, ¿cierto?

—Lo soy.

—Me confirma que tiene dos accesos.

—Los tiene, uno da a la carretera y el otro a la autovía. El club es público, cualquiera puede pasar si abona la tarifa y muestra el DNI.

—Perfecto… de acuerdo con ello, el plan que hemos preparado es el siguiente: Al abandonar su vivienda, vaya al sitio que vaya, diríjase al club, ingrese por una de las puertas y abandónelo por la otra. Elegido un orden, lo repetirá siempre. Nos conviene que tenga dos accesos y no se necesite ser socio, pues en el caso de que alguien le siga, le identificaremos. Como no les interesa correr ese riesgo, se quedará fuera a la espera inútil de que usted aparezca, y perderán su rastro, lo que les va a desorientar uno o dos días. Hoy instalaremos cámaras web en las garitas de control. Confíe en nosotros, protegeremos su integridad física y pondremos tanto empeño en ello como si se tratase de la nuestra.

—No tengo duda… gracias.

Reverte le estaba advirtiendo que iban a utilizarle de cebo en la operación. Él, que había captado el mensaje, no quiso pedir explicaciones. Confiaba en su profesionalidad.

—Debo resaltar la entereza que ha mostrado y desearle suerte con su nueva novela. Hemos terminado esta grata conversación.

—Y yo a usted en su trabajo, entre otras cosas, porque mi vida depende de él.

Al salir a la calle, miró maquinalmente a su reloj sin retener la hora que marcaba.

Esto sí que es cojonudo, *querías emociones, ¡toma emociones! A ver cómo sales de este atolladero, ¡capullo esférico!*

Eliseo sentía un intenso cansancio de tipo nervioso. El interrogatorio había sido agotador. La atención mantenida para no cometer un desliz y la revelación del comisario, le habían pasado factura. El mejor remedio sería ir a divertirse con los amigos en el Sanatorio, nombre que había puesto a su club, quienes habrían concluido las partidas de golf y estarían organizando las de pocha, mus o dominó.

En el trayecto, evocó la mañana en que fue admitido en aquella pandilla merced a la intervención de su amigo Enrique Rubio Conde, de apodo el Menti, derivado de mentiroso. No era rubio, ni conde, sino moreno y plebeyo.

Samaniego desplegó sus dotes seductoras en busca del afecto incondicional de sus nuevos amigos, la mayoría jubilados resueltos a disfrutar de lo que se tercie mientras la salud lo permitiera. Desde el principio, le sorprendió la profunda camaradería que palpitaba en sus relaciones. Si surgía un altercado, los hay en cualquier juego y peor aún en el golf a causa de unas reglas de juego perversas, se zanjaba con la bufonada de uno de ellos que hacía reír al resto.

Meses después, apenas había avanzado en su empeño. Se mostraban cordiales con él, pero faltaba ese punto adicional que separa la cordialidad de la familiaridad espontánea. No encontraba la solución y recurrió a Enrique, al que veneraba, un hombre mayor que él con el que tenía una deuda de gratitud que se remontaba a la época en que intervino en su favor para que le publicaran su primera novela.

—A ver… eres el pipiolo del grupo; el que tiene mejor hándicap; el único famoso; estás soltero; forrado de pasta; a veces vienes al club en un coche de lujo y, todavía peor, acompañado de una hembra de bandera, ¿y pretendes que nos desvivamos contigo? Parece mentira que presumas de comprender el carácter humano y no tengas ni idea de la envidia que despiertas doquiera que vas, de manera que deberás aprender a soportar la angustia de que no saltemos de alegría al verte.

Al escritor le sorprendió la diatriba de su amigo. Hizo una breve reflexión y se vio obligado a aceptar que había dado en el clavo.

—Tienes razón… no había pensado en algo tan elemental.

—Ahí verte quiero, Samaniego.

Eliseo se tomó con interés la búsqueda de un subterfugio. Dando por hecho que la clave era la envidia, era preciso descubrir el modo de eliminarla. ¿Qué podía ofrecer a sus amigos para que le compadecieran?… No tardó en hallar la respuesta, bastaría con desvelarles un viejo y molesto compañero de camino al que se había acostumbrado con el paso de los años.

En invierno del año dos mil, esquiando en Sierra Nevada, fue atropellado por un joven novato, que descendía a gran velocidad por una pista roja, produciéndole una aguda desviación lateral del coxis. Los dolores fueron tan intensos que se los paliaron en el hospital con un derivado de la morfina. Trasladado a Madrid, acudió a un famoso fisioterapeuta que logró reducirlos mediante una rectificación a través del recto. No disponía de medios adecuados para seguir el tratamiento y le recomendó acudir a una prestigiosa clínica en donde le hicieron una radiografía, una resonancia magnética y una gammagrafía, a lo que siguieron infiltraciones, masajes, magnetoterapia, osteopatía, quiropraxia, bloqueo del ganglio impar izquierdo y una sesión de hipnosis a la que se sometió por curiosidad y no por convencimiento. Al no obtener mejoría, el director del centro le propuso la extirpación que Eliseo rechazó. Tres meses de tratamientos para conseguir una notoria disminución del saldo de su cuenta bancaria y ninguna de su dolencia.

Si el grupo conociera su calvario, la envidia desaparecería. Su amigo Enrique, al que explicó la ocurrencia, se avino a ser el mensajero indispensable.

—Chicos, ¿os habéis enterado de lo de Eliseo?

—¿Qué le ocurre… se ha roto el pene?

No te hagas el chistoso que va en serio, os lo digo a condición de que me prometáis ser discretos… ya sabéis que es muy reservado en lo que a la salud se refiere.

—¡Anda!… que se te notan las ganas que tienes de soltarlo.

El Menti se puso serio.

—Vosotros veréis… si no os interesa, me callo.

—¡Que sí nos interesa, hombre! Y descuida que no lo comentaremos con él.

—Vale… Pues resulta que sufre un dolor crónico en la rabadilla que le amarga la existencia y solo deja de sentirlo cuando está de pie o andando,

por eso juega al golf. Durante la noche se despierta a menudo y tiene que cambiar de postura a causa de las molestias que le impiden dormir. El pobre lo está pasando fatal.

—¡Qué dices… pues lo lleva de puta madre!

Poco a poco, los saludos de sus amigos se hicieron más afectuosos y las sonrisas más francas. Había logrado su objetivo.

Eliseo se alarmó al entrar en el club, esos recuerdos le habían abstraído con tal fuerza que ignoraba cómo había llegado hasta allí ni lo que hizo durante esos veinte minutos trascurridos desde que salió de la comisaría. Su mente puso en marcha el piloto automático y el cuerpo se limitó a cumplir lo programado, mientras que él se mantenía ajeno a la conducción, abstraído con viejas historias.

Tendré que estudiar esta curiosa capacidad del cerebro humano.

Vio a dos del grupo sentados en la terraza, abastecidos con sendas jarras de cerveza y aperitivos de ensaladilla rusa y patatas fritas. Eran Enrique y Adolfo, al que apodaban Agolfo, un viudo octogenario, dueño de varias agencias de viajes y animado facundo, que soltaba historias desternillantes recibidas con jolgorio por el resto de la pandilla, en las que relataba sus aventuras amorosas a lo largo y ancho del planeta Tierra. Comenzaron un lustro después de fallecer su esposa, luctuoso episodio del que ya se habían cumplido tres décadas. Presumía de ser un gourmet del sexo y exhortaba a no morirse sin haber intimado con una mujer trigueña, en su opinión, la flor y nata de las hembras hispanoamericanas e incluso del mundo entero.

Eliseo, reconfortado con los abrazos de sus amigos y su interés por el accidente, pidió una caña y un pincho de bonito, se apuntó a la pocha, pasó con ellos a la sala de juegos y los minutos se consumieron a la misma velocidad que las cervezas. Jugó tres partidas y las perdió todas.

Regresó a su domicilio. Esa noche había luna nueva. Se distinguían las estrellas a pesar del resplandor de la iluminación madrileña y fue a observarlas desde la terraza. En realidad, el subconsciente buscaba una distracción con la que esquivar la costumbre de someterse, antes de ir a la cama, a una crítica ética sobre sus actos de ese día. El lunes se la había saltado por razones obvias y esa noche le daba miedo enfrentarse a su conciencia. Se empeñó en observar el firmamento por si conseguía

distraerla, pero no alcanzó su propósito y la mente se rebeló contra sus deseos.

Tengo que asumir mi propensión irresistible a modificar los designios del destino que me ha llevado a cometer actos fuera de lo común sin poderlo evitar.

Recuerdo que recién acabada mi antepenúltima novela, se me ocurrió una peregrina iniciativa que acabó en éxito. Desoyendo los consejos del editor, me comprometí, con una frase en la faja del libro, a reintegrar su importe a los que hubiesen adquirido la obra impresa y no les gustase, siempre que la devolvieran junto con la factura, en un plazo máximo de un mes y carente de anotaciones o deterioros, frívola iniciativa que aumentó mi popularidad tras ser entrevistado en diversos medios de comunicación, incluida la tele. Las ventas, que en un principio eran las habituales, se duplicaron. El único reintegro que hice fue a un lector del cual supe, por el propietario de la librería de Madrid, adonde fui a llevar personalmente el dinero, que era un conocido crítico literario. Puse en marcha el plan porque alteraría el futuro previsible y por su originalidad. Ahora compruebo que las consecuencias de mi nueva aventura están empujándome a un abismo peligroso. Me parece que he excedido los límites y no hay marcha atrás. Mi plan es ir mañana al hospital e informarme de la evolución de Remedios, luego, según lo que me digan, resolveré lo que hacer.

Cerró las puertas y ventanas y activó el moderno sistema antirrobos que protegía el chalé de cualquier intruso que accediese a la parcela. Fue al salón, encendió el aire acondicionado, se sirvió una copa de su tinto de crianza favorito, unas lonchas de jamón ibérico, se desató el nudo de la corbata y se derrumbó en el sofá. Consumidas tres copas, el vino y el jamón hicieron su efecto, no el de amodorrarse, sino al revés, sus musas se habían animado con el exquisito caldo y le aportaron nuevas ideas que le hicieron ir a su despacho y crear en el procesador de textos una carpeta, a la que denominó *Sarcasmos,* que sería el título de su siguiente novela.

Estaba encendido.

O sea que inicio una tontería estrafalaria de las mías y el destino se dedica a castigar mi insolencia, forzándome a sufrir un rosario de acontecimientos inauditos, cuya amenaza principal, la mafia, me acojona. Vengo a mi casa, me siento en el sofá, tomo vino, unas lonchas de jamón y

mi mollera se abre de par en par. ¡Joder!, ¡lo que hace un ibérico regado con un buen tinto!, si estoy viviendo una de las aventuras más estrambóticas que imaginarme pueda, ¡escríbela gilipuertas!, haz borrón y cuenta nueva, ten confianza en la policía, investiga hasta los cotilleos de las hormigas de Peraleda y ponte a trabajar porque tienes una historia cojonuda con la ventaja de que te la escribe el albur y, cuando la publiques, nadie te va a demandar acusándote de plagio. El mayor sarcasmo, ¡manda narices la cosa!, es que lo que creías controlar en Peraleda ha sido un desbarajuste y ahora los hados se ríen de ti tomándote el pelo igual que a un tonto de capirote.

Y se puso a trabajar en la descripción de cada una de las peripecias que le habían perseguido desde el fatídico lunes.

El comisario, terminada la declaración de Eliseo, llamó a la teniente y se citaron en Torregaliana. Le fascinaba tanto su presencia que un nimio pretexto justificaba ir a hablar con ella. Alegó que quería ver el taller en el que se repararía el vehículo, analizar juntos las medidas a tomar, planear la trampa a los que intenten recoger el dinero y detallarle la reunión que había tenido con el escritor.

Habían quedado en el despacho de jefatura.

—¿Qué tal Lázaro? ¿Hay novedad?

—La hay… Garriga tomó la iniciativa de ir a inspeccionar el Passat aparcado en Fuentesancho y vio que la rueda delantera derecha estaba pinchada, incidente que obligó a la señorita Martínez a dejarlo allí. Resumiendo: tenemos a una chica y a un chico, también joven, que pasa a su lado camino de Peraleda con anticipación al horario, porque retrasarse en una misión de ese tipo se castiga con dureza. La vio apurada o ella le pidió ayuda. Antonio se detiene, charlan entre ellos, y se la lleva con la intención de usar sus servicios al ir sobrado de tiempo. Muy humano, ¿no cree?

—Sí, y nos permite datar ese encuentro antes de la tormenta, ya que el escritor me ha confirmado que no vio pasar a vehículo o persona alguna mientras permaneció aparcado bajo la morera.

—Recordando que el alquiler iba a nombre de dos conductores, he deducido que no intercambiaron los maletines en el aparcamiento, sino que intercambiaron los coches por una razón de peso: los correos no pueden saber lo que llevan escondido. Es probable que bajase a la prostituta en un

lugar cercano al aparcamiento, hiciera el intercambio y la recogiera después de que el segundo conductor, se hubiera ido de allí. Entretanto, se desató la tormenta y se quedó con ella en el aparcamiento hasta que mejoró el tiempo.

—Eso tiene sentido. No quiero dármelas de listo, pero le aseguro que se lo iba a comentar… ¡Huy!, disculpe… me vibra el teléfono.

Reverte lo sacó del bolsillo del pantalón y al tocar la pantalla cortó la transmisión.

—Este artefacto infernal me supera. Hago lo imposible para dominarlo y él se dedica a reírse de mí. *Verificó el número desde el que le habían llamado y lo metió en el bolsillo.* Era de un desconocido. Cada día me llaman para darme la enhorabuena por el montón de euros al mes que me voy a ahorrar con la oferta que han preparado exclusivamente para mí. Son tan pesados que, antes de desplomarme en el sofá, me veo obligado a desconectar el teléfono de casa y el móvil. ¿Cómo es posible que ningún gobierno haya promulgado una ley que lo regule? Estoy convencido de que su agresividad alcanza la figura delictiva del acoso, lo que considero un argumento convincente para, al menos, presentar un proyecto de ley que lo regule.

—Yo sufro las mismas molestias y, al igual que usted, creo que tendrían que tomar medidas al respecto. Si quiere le enseño la manera de impedirlo, aunque tardará mucho porque utilizan infinidad de números distintos.

—¡No importa!… me encantaría librarme de ellos, son una pesadilla y estoy dispuesto a lo que sea para hacerlos desaparecer de mi vida.

Lázaro le pidió el móvil y le mostró el procedimiento para bloquear el número intruso. El hombre, al sentir la proximidad de su cuerpo y el posterior contacto de uno de sus dedos al coger el aparato de sus manos, notó un agradable cosquilleo que le recorrió la espina dorsal, el vello de sus brazos erizándose y la piel adquiriendo la granulosidad de la carne de gallina. El aroma de su perfume era fresco y deportivo. Le gustaba su desenvoltura, cada gesto suyo rebosaba energía y confianza.

Esta moza puede volver loco al más cuerdo.

—¡Qué fácil! Le estoy muy agradecido, Irene.

—Veo que lo lleva en el bolsillo del pantalón junto con las llaves y eso le causará problemas si tocan los mandos o la pantalla cuando anda.

Lleve las llaves en otro lugar y siempre que lo introduzca, hágalo con la pantalla hacia el muslo y los botones de encendido y volumen hacia abajo.

—¡Parece un consejo muy útil! Lo pondré en práctica… si me acuerdo.

—No se preocupe, Reverte, lo que me ha contado le pasa a la mayoría de los usuarios, incluso a mí.

—Eso me consuela, a pesar del dicho que trata de tontos a los que lo hacen.

—Me alegro… Sigamos con la tarea: el resultado de la encuesta de los dos guardias civiles enviados a Peraleda ha sido descorazonador, nadie recuerda haber visto al fallecido o a la joven. La única explicación lógica es que se reunieron fuera del pueblo.

—Lo que apunta a que hicieron el relevo en el aparcamiento.

—Exacto, lo han programado un lunes a la hora de comer, en plena canícula, y se citan en la ampliación que está vacía y oculta a miradas indiscretas. La combinación es perfecta.

—Y nos plantea una pregunta: ¿por qué lo han elegido? Peraleda es recóndito, mal enlazado por una estrecha y tortuosa carretera que finaliza en el propio pueblo, donde la mayoría de los que acuden son turistas de la provincia. Es notorio que quien lo hizo ha debido visitar la zona previamente.

—Lo es, y habrá que considerarlo. Asimismo, hemos analizado el tráfico telefónico, que se hizo en las cercanías desde treinta minutos previos al siniestro a treinta después, y ninguna llamada era sospechosa. En lo relativo a las cámaras web de los alrededores, hay dos y no funcionan… Cambiando de tema, ¿qué opina si vamos a tomar un café y de paso echamos una ojeada al taller? Es mi territorio e invito yo.

—Estupenda idea, sobre todo la de invitarme.

—Entonces vamos allá.

—¿Y qué hay de los empleados del taller?

Se dirigían caminando hacia un edificio de cuatro alturas y redujeron el paso al llegar.

—Tiene tres y desconocen lo que hacemos. Para más seguridad, la instalación del detector de apertura se hará fuera de la jornada laboral, según hemos acordado, así que no perdamos tiempo con ellos. Fíjese en que

el local tiene dos puertas de acceso, la basculante y la peatonal integrada en ella. Eso facilitará la vigilancia.

—Sin duda… Creo que nuestros enemigos planearán apoderarse del coche en el trayecto a la agencia Carlinga una vez reparado, o al incorporarlo a la flota. Opino que esta es la opción menos arriesgada y la que van a elegir con toda probabilidad.

—Seguro. Aunque no podemos descartar que lo intenten en cualquier momento, agobiados, como están, por las previsibles amenazas de su jefe. Es una mera especulación y tendremos que esperar a que muevan ficha.

—Ahí está nuestro punto fuerte, nos sobra tiempo, a nosotros o a los que nos sustituyan; ellos, en cambio, tienen prisa en resolver.

CAPÍTULO 10

Madrid.
Miércoles, 8 de septiembre de 1976.

Federico, sentado en la cocina junto a Toni y Salvador, colocó el portafolio encima de la mesa y sacó de él un pequeño magnetófono que puso en marcha.

—Toni… estoy obligado a advertirte que este aparato va a grabar todo lo que hablemos tú y yo a partir de ahora. Lo que manifiestes ha de ser cierto, no inventes ni exageres, cíñete con precisión a los sucesos y, si de algo no estás completamente seguro, es mejor que lo calles o me lo adviertas; en caso contrario, las repercusiones serán graves para ti y para tu madre. ¿Admites que haces esto libre y voluntariamente?

—Lo admito.

—¿Me autorizas a grabar todo lo que digamos en este casete?

—Le autorizo.

—Mi ética profesional me obliga a guardar secreto de tus palabras, ¿entiendes lo que eso significa?

—Sí, señor, es como confesar mis pecados al cura.

—Exacto.

El muchacho, que prestaba atención al giro de la cinta del casete, dejó de hacerlo y comenzó su testimonio.

—Pues esta mañana, jugando con mis amigos, me dio el dolor de cabeza que sufro desde que a padre le cambió el carácter. Lo aguanto mejor si me acuesto y cierro los ojos, por eso vine a casa antes que otros días. Me había tumbado en la cama cuando le oí dar golpetazos en la puerta y gritar igual que un loco pidiendo que le abriéramos. A menudo se olvidaba de coger las llaves al salir o no las encontraba en los bolsillos al llegar. Tenía la voz enronquecida, la que se le pone después de hartarse de beber. Daba miedo oírlo, créame, sus vozarrones eran tan fuertes que, además de mi cuerpo, temblaban hasta los muebles.

—¿Te asustaste?

Toni crispó el rostro.

—Mucho… en ese estado, aparte de gritar, blasfemaba, insultaba y pegaba a madre.

—¿Desde cuándo lo hacía?

—Desde hace dos años.

—¿Y cómo la pegaba?

—Al principio con el puño, luego con la guía de teléfonos y después empezó con el cinturón.

—¿Le veías pegarla?

—No. Se cuidaba de hacerlo en mi ausencia.

—¿Y por qué lo hizo hoy si estabas en tu dormitorio?

—Debió pensar que aún no había llegado. Ya le he dicho que regresé pronto… siempre estoy aquí a las dos y media, a la misma hora que vengo del cole. Tengo vacaciones y paso las mañanas en la calle jugando con mis amigos.

—Según eso, no has sido testigo de los maltratos.

—No los he visto… no, lo que sí he visto son los moretones que le salían en la cara y en las piernas a pesar de que ella me los ocultaba para que yo no sufriera. A veces se quedaba medio coja de la paliza que le había dado y me encargaba pedir un taxi para llevarla a curar.

—¿Sabes si le denunció en alguna ocasión?

—Creo que no… Ella iba a diferentes hospitales para que no sospecharan que se lo había hecho padre. Yo insistí en que, al menos, se lo dijera a Julián, el policía que fue amigo nuestro, porque en una de esas palizas le iba a herir de gravedad. Ella se negó excusándose con que le quería mucho, que estaba padeciendo una racha horrible y que volvería a ser el hombre con el que se casó si le demostraba su cariño ocupándose más de él. A veces se achacaba la culpa diciendo que debería haberle apoyado durante el juicio.

El abogado comprobó que la grabadora funcionaba correctamente antes de proseguir.

—Dígame, Salvador, ¿usted estaba al tanto de las agresiones?

—Sí… y he tenido muchas broncas con mi cuñado… la última terminó propinándome un puñetazo en la mandíbula. Esa tarde le denuncié en la comisaría.

—¿Le procesaron?

—No, mi hermana fue allí al enterarse y declaró que yo había mentido alegando que tenía inquina a su esposo. De resultas, le entró miedo y cesó de agredirla, pero enseguida volvió a las andadas, incluso con mayor brutalidad. Es una pena que el inspector no lo pudiera investigar, se hubiera impedido esta tragedia.

—Toni… retornemos al instante en que él está gritando y golpeando la puerta… has dicho que insultaba a tu madre. ¿Eran insultos normales o vejatorios?

—Le llamaba lo primero que se le ocurría, desde inútil a cosas horribles que no puedo repetir aquí.

—Es natural muchacho… ¿Y qué hacía ella?

—Creo que se puso nerviosa y tampoco localizaba sus llaves. Los gritos, las amenazas y los golpetazos en la puerta eran tan violentos que, siento vergüenza contarlo, me moría de miedo.

—¿Y reaccionaste?

—No… seguí tumbado en la cama, inmovilizado por el dolor y por la cobardía. No soy muy valiente, que digamos.

—A mí me da la impresión de que sí lo eres. ¿Con qué la amenazaba?

—Con matarla.

—¿Dijo eso? ¿Estás seguro?

—Sí, lo estoy, señor.

—¿Qué otras cosas oíste?

—Oí que se abría la puerta, le oí entrar, oí los pasos precipitados de madre y oí cerrarse el pestillo de su dormitorio. Él lo descorrió al poco sin parar de insultarla y amenazarla. Después, sus gritos y lamentos se oyeron en el pasillo y al momento en la sala. Supongo que la llevó hasta allí arrastrándola. A un breve silencio le siguieron los golpes del cinturón, los lamentos de ella y las voces de padre que no cesaba de decir: ¡te voy a matar… te voy a matar! Esos gritos me hicieron creer que lo iba a hacer de verdad en un arrebato de los suyos y, sin saber cómo, se me pasó el miedo.

—¿Y te quedaste en tu cuarto?

El abogado tuvo que repetírselo, el joven estaba pendiente de la puerta de la cocina, como temiendo que alguien fuese a entrar por ella.

—¿Toni… te quedaste en tu cuarto?

—Perdón… no… no me quedé. Pensar en lo que le podía ocurrir a madre me hizo levantarme de la cama, meterme en su dormitorio, abrir el escondite que hay dentro de la cómoda, coger la pistola del abuelo y…

—Espera… espera. ¿Me dices que cogiste una pistola que guardaban en el dormitorio? ¿Qué pistola?, ¿la que había en el suelo del salón?

—Esa… la Beretta. Cuando yo era pequeño, él la ocultaba para que no pudiera cogerla, pero me empeñé en descubrir el escondite y lo encontré una noche que se fueron al cine, Estaba detrás de un cajón. Recuerdo que por entonces ya me gustaba fisgonearlo todo.

—¿Te permitió tocarla?

—Muchas veces… los domingos que hacía buen tiempo, nos llevaba a una cantera abandonada en la que practicaba con ella y luego me enseñaba a limpiarla y las precauciones que hay que tomar mientras se maneja una pistola. Esos días tan bonitos comíamos en un encinar cercano en el que había mesas y bancos para la gente.

—¿A ti te gustaba ir?

—Claro que me gustaba… y más todavía desde que me dejó disparar cuando cumplí diez años. Fue el mejor regalo que me podía hacer. A madre le preocupaba que anduviéramos trajinando con un arma, pero él dijo que no había peligro y quiso obligarla a que lo hiciera ella también. Estaba empeñado en que aprendiéramos los dos por si un ladrón se metía en casa a robar y él estaba fuera. Por esa razón me mostró el escondite que yo había descubierto de pequeño.

—¿También disparaba ella?

—Le costó muchísimo hacerlo, y eso que puso todo su empeño, pero le daba tal pánico cogerla, que le temblaba el cuerpo como no había visto cosa igual. Padre, que se hartaba de reír al verla tan despavorida, se la puso en las manos y sujetándola también con las suyas, la obligó a apretar el gatillo. Al oír el disparo, dio tal grito que pensé que se había herido a sí misma… menos mal que solo era por el miedo que tenía. Poco a poco se acostumbró y se le quitó el miedo. Para mí, todo aquello era una aventura fardona… disparar con una pistola de verdad… yo creo que no hay nada en el mundo tan chulo. Lo malo es que nos prohibió contarlo a nadie, era un secreto entre los tres, no…, entre los seis; a veces venía Julián con su mujer y su hijo Miguel Ángel, que es mi mejor amigo y que aprendió a disparar conmigo. Menudos campeonatos reñidos echábamos en la cantera.

—¿Me confirmas que te enseñó a manejar la Beretta?

—Ya lo creo que lo hizo y menudo orgulloso que se sentía cuando yo atinaba en el blanco; de premio me daba un golpe cariñoso en la espalda diciéndome: ¡gran tiro, hijo! Yo quería vencerlo, pero nunca lo logré. Él participaba en todos los concursos de tiro de la Policía Armada y su obsesión era quedar el primero a toda costa. A pesar de lo bueno que era, no pasó del segundo puesto. Entonces pidió su parecer a un compañero jubilado que lo había conseguido cuatro años seguidos, quien le aconsejó modificar un muelle del gatillo. Le hizo caso y en el siguiente concurso ganó la medalla de oro. Eso fue antes de que vinieran los problemas.

—¿Competía con ella o con la reglamentaria?

—Con ella. Eran campeonatos libres… cada uno llevaba la que quisiera con la condición de que estuviese legalizada y él lo había hecho cuando se la regaló el abuelo.

Federico se tomó un respiro, según el cariz que había tomado la confesión de Toni, estaban llegando a la parte crucial.

—Escúchame con atención… te reitero que lo que digas aquí ha de ajustarse con toda exactitud a lo que hiciste. Las repercusiones pueden ser extremadamente graves si mientes o exageras.

—No tenga cuidado…

—Bien… explícame lo que pasó después de que cogieras el arma del escondite del dormitorio.

CAPÍTULO 11

Madrid.
Miércoles, 19 de junio de 2019.

Eran las nueve de la mañana cuando Eliseo llegó al mostrador de información. Julia le reconoció al instante.

—Encantada de verle de nuevo señor Samaniego, hoy tengo una esperanzadora información que darle.

—Venga esa alegría Julia…

—La señorita Martínez superó anoche el coma y esta mañana ha recuperado la consciencia. Van a trasladarla a planta a lo largo de la tarde. El equipo médico se ha sorprendido por la rapidez con la que está mejorando.

—Es la mejor noticia que me podía dar. Me ha quitado un gran peso de encima, se lo aseguro.

—Me lo imagino, ayer le vi tan preocupado.

—Lo estaba… y mucho. ¿Cuánto tiempo la tendrán interna?

—Eso depende de cómo evolucione la fisura. De momento le han inmovilizado el cuello y permanecerá en observación.

—¿Ha venido alguien a verla?

—No ha recibido visitas; solo ha llamado un hombre interesándose por ella. Acababa de comenzar mi jornada y le atendí yo. Serían las ocho y cinco más o menos. Pobre chica, debe tener pocas personas que la quieran.

—¿Y le dio su nombre?

—No. Solo quería saber cómo se encontraba Remedios.

—¿Mencionó su relación con ella?

—¡Qué va! Colgó enseguida. Por la voz, era un veinteañero.

—Quizás sería un amigo… Telefonearé esta tarde hacia las cinco para enterarme de cuando puedo venir a visitarla. ¿Lo hago al número de recepción?

Julia escribió en un pósit.

—Utilice mejor este. Si le permiten entrar a verla, no se alarme cuando la vea porque le han colocado un halo cervical, que es una estructura metálica aparatosa sujeta al cráneo mediante tornillos para impedir el movimiento del cuello. Parece una jaula de cabezas y es de una eficacia contrastada.

—¿Halo cervical?… no he oído hablar de él, buscaré su foto en Internet y me hago una idea. Ahora tengo que irme, pero antes quiero agradecerle su inestimable ayuda.

—No tiene motivo. ¡Que le vaya bonito!

El escritor abandonó el hospital optimista. Remedios iba a curarse y era la mejor de las noticias que podía recibir. El enorme júbilo que sentía le hizo reflexionar sobre sus causas. Era excesivo, iba más allá de lo que cabía suponer de una noticia como la que acababa de recibir. Reflexionó sobre ello hasta que se dio cuenta de la verdadera naturaleza de ese sentimiento. Ahora, que Remedios había superado la crisis, se le había planteado una inquietante responsabilidad: durante el traslado de su cuerpo de un coche a otro podía haber provocado su muerte con cualquier movimiento inadecuado. ¡Qué insensatez la suya al haberle hecho correr ese peligro y que suerte había tenido al no haberla dañado con su irreflexiva actuación! No la había visto desde el accidente, a pesar de lo cual se sentía unido a ella por un extraño lazo, un lazo fabricado con remordimientos, cariño y cierta admiración. Ya no le inquietaba la posibilidad de que le denunciase.

Consultó el móvil sentado en el coche. Tenía tres mensajes, uno de Guadiana y dos de su amigo, el Menti. Abrió el primero, al Menti lo vería en el club. Su pareja le proponía ir a verlo y compartir la velada con él. No dudó en aceptar su seductora oferta y quedaron a las ocho de la tarde; el comisario le había recomendado no verla y, si lo hacía, debía cumplir las normas de seguridad y eso es lo que pensaba llevar a buen término, cumplir con su pareja y con las normas.

Respondió con una breve frase: *contaré las milésimas de segundo.* Y determinó confesarle esa noche lo de Peraleda.

Al acercarse al bar del club, vio corrillos de socios en la terraza con cara de consternación. Entre ellos estaba el Menti.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué ha pasado?, ¡engreído de los cojones!, ¿por qué no contestaste mi *guasap*? Si vuelves a ignorarme la tenemos tú y yo…

Bueno… es mejor que me calme… lamento tener que darte una mala noticia… Adolfo acaba de fallecer junto al *green* del hoyo 18.

—¡Joder! ¿Qué me dices? ¡Pero si lo vimos ayer y el pobre estaba tan animado!... ¿De qué ha muerto?

—Tiene toda la pinta de ser un infarto. Ocurrió tras embocar su bola en el último hoyo desde unos treinta metros. Él sabía que, con esa genialidad, su equipo ganaba las cervezas. Al ver como entraba, levantó los brazos y dio varios saltos agitando en el aire el hierro que había utilizado. Estaba riéndome de sus exagerados aspavientos cuando le vi desplomarse en el suelo igual que un guiñapo.

—Me has dejado de una pieza… tan de repente… Esto es duro de digerir. ¡Qué tremenda pérdida para el grupo!

—Y para el mundo… El Patas, que iba de pareja con él, y yo, que estaba viendo el final de esa partida, acudimos corriendo a socorrerlo. El Patas empezó a preguntarle si se encontraba bien… si quería que le pidiese una ambulancia… si le aflojaba la ropa o si le traía agua… ya conoces lo pesado que es. Adolfo le dijo, apenas en un susurro: *déjame tranquilo Patas, ¿no ves que estoy muy ocupado muriéndome?* Entonces arrancó unas briznas de hierba, las olió extasiado, las besó, cerró los ojos y se despidió de este mundo con una sonrisa en la boca. ¿Te lo imaginas?… ¡con una sonrisa en la boca! De no haberlo visto, jamás lo hubiera creído.

—Adolfo en estado puro, ¡qué mutis!, ¡qué modo tan sublime de despedirse de este mundo! Me gustaría morir así…

—Y a cualquiera, ¡no te jode el listo!

—Era una broma… el humor nos ayudará a recuperarnos de esta desgracia. ¿Se lo han llevado al tanatorio?

—Hace un rato. Mañana lo incineran. Te enviaré otro *guasap* con la hora y la dirección y esta vez confío en que lo leas. ¿Comerás aquí? Vamos a jugar a la pocha y nos falta uno.

—Comeré, pero he de irme al terminar, tengo asuntos que resolver.

—A ver si te jubilas de una puta vez; de no hacerlo, te vamos a echar del grupo por fallar más de lo debido, he dicho fallar, que quede claro.

Consumido el café, Eliseo se puso en contacto con el hospital Norte.

—… quiero visitar a la señorita Remedios Martínez, hablé esta mañana con Julia y me indicó que llamara a este número.

—¡Ah, sí!… Tengo aquí una nota suya, a ver… ¿Es usted Samaniego?

—Lo soy…

—Julia me pidió que le informara por ser la única persona relacionada con la paciente. Según figura en su ficha, la han subido a planta y ha superado el coma, pero sufre un proceso de amnesia postraumática contusional y no se permiten las visitas.

El escritor necesitó desahogarse.

—¡No me lo puedo creer!… ¿Qué tipo de amnesia dice que tiene?

—Olvide el nombre… lo que le interesa es que no recuerda lo que le pasó ese día.

—¿Se da la circunstancia de que sea una pérdida definitiva?

—En raros casos y si el cerebro ha sufrido algún daño.

Eliseo estuvo a punto de soltar una carcajada. Se despidió de la señorita, miró al cielo y dijo:

—¿Os cachondeáis de mí? ¡Qué oportuno truco habéis sacado de la manga! Este sarcasmo alcanza la categoría de burla persecutoria, ¿no creéis?

Obviando las ganas de seguir en el club, regresó a su chalé. El Menti había buscado un cuarto jugador y a él no le gustaba quedarse de mirón. Fuese cual fuese el resultado del juego, el perdedor le culpabilizaría de su derrota y le pondría la etiqueta de gafe que ya no se quitaría de encima hasta su muerte.

Daniela, puntual como buena piloto que era, irrumpió alborozada en el recibidor de Samaniego.

—¡Qué calor! He aparcado lejos y casi me derrito en el camino.

—Eres una coqueta empedernida, me provocas con la intención de que te suelte un piropo facilón y no voy a caer en la trampa.

—No me gusta que me conozcas tanto, es peligroso…

—Te encanta y lo quieres disimular. Acércate, que te quite la pintura de los labios…

La mera presencia de su amante le animó el día. No pensaba darle la mala noticia de la muerte de su amigo, bastante tenía con revelarle el asunto de los maletines. Además, no era el momento oportuno.

Se dirigieron al salón cogidos de la mano.

—Te veo radiante, ignoraba que mis besos fueran tan eficaces.

Guadiana arrugó la nariz y entrecerró los párpados dibujando un gesto tentador que le hacía cosquillas en una zona indefinida de su cuerpo desde la coronilla a los pies, un mohín muy suyo y muy femenino que a Eliseo le parecía delicioso.

—Qué presuntuoso eres, ¿de verdad que me besaste?, pues siento decirte que ni me he enterado, será por la alegría que tengo al haber sido nombrada instructora de la flota.

—Cuánto me alegro. Por fin reconocen tus méritos. ¿Te va a cambiar la vida ese cargo?

—Yo creo que sí y para bien. Ahora estaré más tiempo en Madrid dando simuladores de refresco o de calificación de tipo y algunas clases teóricas. Me viene genial porque cambiará mi ritmo de vida, llevo demasiados años en el A320 y ya sabes lo que me gustan las nuevas experiencias. Además, volaré lo suficiente para no echarlo de menos.

—¿Eso supone que estaremos más tiempo juntos?

—De momento no quiero correr ese riesgo, y espero que tú tampoco. Nuestra relación funciona de maravilla tal y como está y no veo motivos para cambiarla.

—Ahí te doy la razón, aunque haya días que te añore hasta el sufrimiento.

—De eso se trata, que nos echemos de menos y no de más.

—Sí… ese es el precio a pagar

Habían tomado asiento en el sofá del salón.

Eliseo, que tenía preparadas las bebidas sobre la mesita auxiliar, le preparó un gin-tonic corto de ginebra y mucho hielo. Al ir a escanciar la ginebra, ella puso la mano impidiendo que se la sirviera.

—Ponme solo la tónica; no puedo beber porque vuelo mañana, aunque no madrugo.

—¿A dónde vas?

—A Tenerife sur, ida y vuelta. Despego a las dos de la tarde. ¿Y a ti como te ha ido desde el lunes?

—Han sido dos jornadas intensas: el martes llamé al abogado y me confirmó que estoy eximido de cualquier responsabilidad; a renglón seguido negocié mis regalías con el editor y he logrado un pequeño incremento. Al disponerme a comer, un policía de paisano me citó para

presentarme ante el comisario Reverte a las cinco de la tarde. Mantuvimos una larga e intensa conversación en la que me vi obligado a detallarle lo que recordaba del accidente. Esta mañana hice una visita al hospital y esta tarde he llamado por teléfono para interesarme por Remedios. La buena noticia es que ha salido del coma y la mala es que sufre una amnesia de nombre raro que le impide recordar lo que le pasó el día del accidente.

—¿Pobre… debe sentirse muy asustada con todo lo que le ha ocurrido?

—Seguro que sí. Estoy a la espera de que me autoricen para ir a verla. Según me han dicho allí, soy el único que se interesa por ella y, como aún no puede recibir visitas, se pasa el día sola en la habitación.

—A pesar de no conocerla, me imagino que será una mujer muy especial si te preocupas tanto por ella.

—Lo es, no te quepa duda… Cambiando de tema, ha surgido un problema, respecto al accidente, que me reveló el comisario durante el interrogatorio. No te lo vas a creer, en el coche del fallecido descubrieron, después de irme de allí, un alijo de varios millones de euros procedentes, según parece, de la venta de droga. Está convencido de que ese dinero pertenecía a un grupo mafioso cuyo jefe podría sospechar que me lo apropié durante el tiempo que permanecí solo junto al vehículo en el que lo transportaban. Como medida de precaución, ha establecido un servicio de escolta para protegerme. Además, me ha entregado un botón de pánico que tiene GPS; en cuanto lo accione, el agente acudirá a mi lado en un santiamén. Al principio, me alarmé, pero luego me tranquilizaron sus explicaciones y las medidas de seguridad que han montado, incluso me garantizó que hay pocas probabilidades de que vayan a por mí, de modo que no deberías preocuparte y confiar en ellos como yo lo hago.

—¿Qué dices?… ¡Cómo no me voy a preocupar con la que tienes encima! Aunque te proteja un escuadrón de superhéroes y mil pares de botones de pánico, estaría muerta de miedo.

—Escucha, cariño y no te pongas nerviosa… no les serviría de nada eliminarme dado que, en el caso de que yo hubiese cogido ese dinero y quisieran recuperarlo, lo único que podrían intentar es secuestrarme. Por otra parte, el comisario ha organizado de tal manera la operación, que los mafiosos se enterarán enseguida de que el dinero lo tiene la Guardia Civil.

—¿Y te parece poco que te secuestren?

—Es dudoso que lo intenten hasta que sepan si el alijo sigue en el coche o no. Correrían un riesgo innecesario sin saber siquiera dónde se encuentra.

—¡Vaya faena!… también es mala suerte, casi te matan en Peraleda y ahora te ves amenazado por unos delincuentes por culpa de un dinero con el que nada tienes que ver. Dime, ¿dónde está tu ángel de la guarda? Yo no lo he visto.

—Ni yo… su propia seguridad le obliga a esconderse. Son seis en total y hacen turnos de cuatro horas. Cada mañana me llama el de relevo cerciorándose de que estoy bien, y cada noche me dan la clave que servirá de contraseña las veinticuatro horas siguientes. Minutos antes de salir de casa, tengo que indicarles adonde me dirijo.

—Esta situación me angustia tanto que no soy capaz de pensar. ¿Puedo ayudarte de alguna forma?

Eliseo se fijó en su rostro, un rostro amado que había perdido la alegría por una trastada de las suyas. Las cejas, finas y oscuras, ahora estaban fruncidas; los ojos, privados de su vivacidad habitual, y la boca carente de esa media sonrisa que solía florecer seductora y alegre.

—Ya me has ayudado viniendo a verme. Te lo agradezco porque, hasta que se resuelva este problema, no es saludable que nos volvamos a reunir. Me lo ha recomendado el comisario y conviene seguir su consejo mientras no me avisen de que estoy fuera de peligro, ¿lo comprendes?

—Sí… y no estoy de acuerdo, esa decisión me corresponde tomarla a mí, ¿no crees?

—Claro que te corresponde, yo me limito a pedirte que medites lo siguiente: si se enteran de lo nuestro, te utilizarán, a ti y a tus dos hijos, para hacerme chantaje, y todos os veréis envueltos en este embrollo. Es un argumento persuasivo, así que hay que sacrificarse y dejar que haya una sola diana colocada en mi cabeza y no en la tuya o en la de ellos.

Daniela frunció el ceño de nuevo.

—Tengo que admitir que no hay otra alternativa, involucrar a mis hijos sería una temeridad.

Necesitaba ocultar su cabreo y cambió hábilmente de asunto.

—Con estos trajines había olvidado decirte que terminé de leer tu novela.

—¿Tan pronto?… pero si te remití el manuscrito el lunes.

—Mis motivos tendré…

Eliseo se calló. Ella se impacientó.

—¿No quieres mi opinión?

—No.

Daniela siguió la broma.

—Tú te lo pierdes…

Y enfrentaron sus miradas con la prohibición de pestañear, parecido a lo que se hace en el juego de quien ríe el último. La mujer solía ceder la primera.

—Eres un gamberro… que sepas que estoy enojada contigo.

—Explícate Guadiana.

—Anoche reanudé la lectura y no pude detenerla hasta la palabra fin. He perdido un tiempo valioso de sueño y esta mañana, en vez de arreglarme, he tenido que restaurarme. ¿Imaginas lo que eso duele a una mujer como yo?

—Te conozco lo suficiente para asegurarte que sí.

—¡Felicidades, Samaniego! Es fantástica… en serio, te atrapa y no hay manera de soltarla. Tu prosa resulta fluida y hay capítulos que alcanzan un ritmo frenético. ¡Bravo, escritor!, vas camino de codearte con las grandes figuras.

—Hay diversas razones por las que te adoro, una, que me encandila, es tu capacidad de elevar la escasa confianza que tengo en mi trabajo. Yo piso terreno firme y no me considero un creador de literatura. Desde que comencé a escribir, he asumido que mi trabajo consiste en manufacturar entretenimiento, sin embargo, tus alabanzas han despertado en mí la idea de que puedo estar equivocado. Convivo con una duda, al hacer examen crítico de mis novelas, no me gustan; ahora bien, al compararlas con las de mis colegas… ¡ah!, entonces la cosa cambia. A ver, piloto de mis entretelas, Camila nos ha preparado una cena fría, ¿qué te parece si, en su lugar, tomamos unas gambitas en Guadarrama?, tengo mono de marisco y no me perjudicará comerlo porque mi ácido úrico está deprimido. De paso, cumplo una cosa que dije al comisario.

—Eliseo… a veces, pocas, eso sí, tienes buenas ocurrencias.

—Pues vámonos, hoy quiero volver pronto.

—Eres el abominable hombre de las nueve… ¡que manía la de cenar a una hora tan temprana!

—Sí, reconozco que lo soy… aunque hoy tengo motivo justificado, mal que me pese, estoy exhausto y no quiero trasnochar. ¿Cuándo tienes que irte?

—De madrugada…

—Genial, eso me da tiempo a recuperarme.

Eliseo reservó una mesa y pusieron rumbo al pueblo.

La música del USB los acompañó durante el corto viaje. El escritor lo había retirado de su coche, instalándolo en el de sustitución después de haber grabado las obras favoritas de Daniela. Los dos escucharon embelesados esas melodías tan antiguas y románticas que ya apenas se oían. Una de las canciones, cantada por Frank Sinatra, contaba su breve historia. Habían asistido, con recelo y pocas expectativas de divertirse, a una fiesta de compromiso invitados por un amigo común. Aún no se conocían, eran unos extraños en la noche intercambiando miradas.

El amor estaba a una sola mirada de distancia.
A un cálido baile de distancia.

Terminada la cena regresaron al chalet de Samaniego. Se acomodaron en la terraza. Ambos tomaron café bien cargado.

En el horizonte fulguraban las luces de Madrid. No se oía más que un susurro lejano producido por la circulación en la carretera de La Coruña. Una sensación de paz inundó a ambos. La serenidad, la soledad compartida y la suave música que se deslizaba por el aire desde el salón, invitaban a la confidencia. Además, una ligera brisa del noreste había refrescado la temperatura. Eliseo resolvió confesar a Daniela el secreto que le quemaba el alma. Se aproximó a ella y la miró intensamente a los ojos.

—Tengo que revelarte una deslealtad hacia ti que cometí el lunes. La vergüenza me ha obligado a aplazarlo y necesito hacerlo ya. Te he mentido y no puedo vivir con ese peso aplastándome el alma.

—Querido… sea lo que sea, ten la seguridad de que te escucharé con todo mi amor dispuesto a comprenderte.

Eliseo empezó su relato dubitativo, quería puntualizar a Daniela los motivos que le indujeron a trasladar el cuerpo de Remedios y a mentirla después. Había una enorme diferencia entre la cobardía y una simple

extravagancia. Le costó un gran esfuerzo expresar sus sentimientos, pero logró vaciar su conciencia.

—Eso es lo que deseaba contarte.

Guadiana tardó en asimilar lo que había oído. Le sorprendió que su amante hubiera sido capaz de trasladar el cuerpo de lo que creía un cadáver para quitárselo de encima, depositándolo en el otro vehículo. No cuadraba con el concepto que tenía de él y que le hacía tan irresistible a sus ojos: un hombre inteligente, generoso, bueno y dispuesto a ayudar a quien lo necesitara. ¿Cómo era posible que hubiera cometido un acto semejante? Aun así, ni se le pasó por la imaginación la idea de reprochárselo. Sin duda, lo que le había descrito como una tendencia irresistible, era fruto de alguna inestabilidad o desequilibrio mental que podría superar, especialmente si le ayudaba. Confiaba en que su cariño y dedicación podrían acelerar el proceso. Es más, le atraía la posibilidad de ser ella la quien le liberara de esa morbosa inclinación e incluso estaba convencida de lograrlo. Una actitud muy propia de una madre con un hijo descarriado.

—No sé qué decir… recuerdo que me has comentado, medio en broma, tu afición a este tipo de despropósitos.

—Iba en serio, lo que te pareció broma era una forma de quitar hierro al asunto. Lo cierto es que he perpetrado actos similares en más ocasiones, aunque nunca tan graves como este. Si tropiezo con un aprieto que puedo solucionar de una forma insólita, me atrae con tal fuerza que lo hago sin pensar en las consecuencias. Me gusta retorcer el futuro previsible alterando lo que parecía inevitable. Podría afirmar que soy un coleccionista de sucesos inesperados, sus irresistibles encantos me seducen hasta el punto de anular la poca cordura que tengo.

—¿Has ido al psicólogo o al psiquiatra?

—Sé que soy injusto, pero los psicólogos me intimidan, no te dan medicinas, te dan palabras que son más peligrosas. Tampoco me convencen los psiquiatras, todavía se pelean entre ellos sobre el origen de las rarezas humanas. Por eso evito el contacto con unos y otros.

—En mi opinión, deberías recapacitar tu postura… esa tendencia a buscar lo imprevisto, tú mismo lo admites, tiene repercusiones graves en tu vida y sería bueno acudir a un especialista.

—¿Cómo voy a poner mi mente a disposición de cualquiera de ellos si recelo de sus conocimientos?

—De acuerdo en que es preciso confiar en quien vas a requerir sus servicios, pero, dada tu situación, buscar a uno bien acreditado parece necesario.

—Vale… te prometo que lo pensaré.

Daniela tomó nota del amargo trance que pasaba Eliseo y dio por zanjado el tema.

—Si te apetece sacar a relucir este asunto otro día, dímelo, yo te escucharé encantada.

Se quedaron contemplando el firmamento que, al igual que la noche anterior, se distinguía con cierta nitidez.

Así permanecieron treinta minutos, en silencio, cogidos de la mano, transmitiéndose el amor que sentían el uno por el otro a través de ellas. Las manos, decía el escritor, son muy elocuentes, hablan sin palabras y pueden transmitir toda clase de sentimientos y emociones.

Fue él quien rompió el largo momento mágico.

—Ya me encuentro mejor. ¿Te parece que subamos a ducharnos?

—¿Estás seguro? No tienes obligaciones conmigo, ya lo sabes.

—Obligaciones no, pero si devociones.

Ella llevaba consigo todo lo que iba a utilizar en el domicilio de Eliseo; durante sus visitas jamás dejó olvidado algo suyo, ni siquiera el cepillo de dientes; ese simple descuido podría ser interpretado como un preludio de invasión; ni ella lo deseaba, ni él lo consentiría. Los malos entendidos, decía, son la principal causa de las desavenencias entre personas que mantienen cualquier tipo de relación, sea amorosa, amistosa o laboral.

Eliseo se acostó en la cama y apagó todas las luces del dormitorio, excepto las del zócalo. Transmitían una agradable sensación de intimidad.

Estuvo atento a la puerta, dejada abierta a propósito, acechando la entrada de Daniela que vendría desde el baño de invitados. Nunca le había ofrecido una ducha erótica juntos, le avergonzaba su higiénica escrupulosidad. Tras una ansiosa demora, se encendió el plafón del distribuidor. Era un moderno equipo que permitía graduar la intensidad y el color de la lámpara y reproducir música vía *bluetooth*. Lo había regulado en un rojo frenesí. Los primeros compases del canon de Pachelbel llegaron, exquisitos, a los oídos de ambos.

De súbito, apareció una silueta desnuda vestida con dos zapatos de aguja y una corbata ceñida a la cintura, con cuya parte ancha, la pala, pretendía en vano ocultar sus intimidades. Se detuvo en el umbral y apoyó la espalda en el quicio, exhibiendo al amador su tentadora carnalidad. Era consciente de que estaba a contraluz y el perfil de su cuerpo se vería resaltado. Le dirigió una sonrisa juguetona, que se había descolgado de sus labios, y permaneció sin mover, ni siquiera las pestañas, el tiempo justo para que el hombre, con los ojos muy abiertos, degustase cada uno de los fotones llenos de energía erótica que irradiaba en su dirección. Entonces recorrió el pequeño tramo que le separaba de su amante, contoneándose igual que un junco al viento, y se introdujo en la cama. Cuando sus labios se iban a unir, le susurró seductoramente…

—Todo esto que has visto es tuyo… Ya no lo tienes a una mirada de distancia, tan solo a una piel de distancia.

CAPÍTULO 12

Madrid.
Miércoles, 8 de septiembre de 1976.

Toni, cabizbajo, se sentía abrumado bajo la fuerte tensión a la que se había visto sometido. Como si de pronto hubiera recuperado energías, irguió la cabeza y prosiguió su relato.

—Comprobé que había balas en el cargador, quité el seguro, la monté y fui a la sala. Los insultos, las blasfemias y los ruidos eran horribles y, sobre todos ellos, oía los lamentos de madre que me hicieron correr a toda prisa. Lo que vi me hizo tal impresión que no podía respirar, lo mismo que si me hubiesen pegado un puñetazo en la boca del estómago.

Se calló de súbito. A Federico le había afectado el dolor del muchacho tan gráficamente descrito y suspendió, una vez más, la sesión. El manejo de los tiempos, en una situación tensa, era importante para él.

—Vamos a descansar unos minutos y lo reanudamos cuando te sientas capaz de hablar. Tranquilo… lo estás haciendo genial.

Toni, que había salido de la cocina, no tardó en volver.

—Ya estoy mejor, si quiere seguimos.

—Me alegro… entonces cuando quieras.

—Ella estaba de rodillas en el suelo con una brecha en la frente de la que salía sangre. Padre se disponía a pegarla de nuevo con el cinturón. Me acerqué por detrás con la pistola en posición y, de un salto, me puse delante de él apuntándole al pecho. Se sorprendió al verme y quedó pasmado al oír mi amenaza de disparar si se atrevía a pegarla de nuevo. Nos vigilamos unos segundos, él, quieto, con cara de incrédulo, y yo, firme en mi postura. De repente, reaccionó lanzándose hacia mí con la intención de quitarme el arma. Me llevé un susto porque no lo esperaba y, de resultas, apreté el gatillo. Al momento vi un orificio en el cuello del que salía sangre a la vez que su cuerpo caía al suelo. Madre paró de chillar y se quedó muda hasta que se dio cuenta de lo que había pasado. Entonces se sentó pegada a él,

gritando y llorando. Luego cogió su cabeza entre los brazos y yo me acerqué a consolarla. Eso es lo que ocurrió, señor abogado.

Un pegajoso silencio inundó la cocina. Federico abría y cerraba el cartapacio, Salvador observaba fijamente a su sobrino y este humilló la cabeza. Los tres permanecieron inmóviles, igual que un grupo escultórico. La voz del abogado deshizo el tenso mutismo.

—Lo que te voy a preguntar tienes que contestarlo con la mayor precisión. ¿A qué hora fue? ¿Lo recuerdas?

—Llegué a las dos a casa y debió de ser hacia las dos y cuarto.

—Bien… Quédate en tu dormitorio hasta que te vuelva a llamar. Salvador… le ruego indique a su hermana que venga.

El adolescente intervino.

—Ya le he dicho lo que pasó y ella está destrozada… Creo que sería mejor si la deja descansar.

—Lo siento, no hay alternativa; el tiempo me apremia y es inaplazable que esta tarde resuelva el enfoque que urge dar a vuestra defensa. Tengo que oír la versión de tu madre ahora.

—Bueno… Si no hay otro remedio…

Tío y sobrino salieron de la cocina. El joven se topó en su dormitorio con dos agentes de la BIC que recogían sus bártulos.

—Pasa… pasa, nosotros nos vamos…

Toni se tumbó en la cama con las manos entrelazadas detrás de la nuca. Un rictus de dolor le deformaba los labios; sin embargo, se adivinaba un imperceptible gesto de satisfacción en la mirada.

Salvador se había acercado a Rufina tocándole el hombro reiteradas veces. Ella tardó en despertarse. Al hacerlo, recordó la desgracia que acababa de vivir.

—¡Mi marido!… ¡Mi marido!… ¿Dónde está? ¡Quiero verlo!

—Calma hermanita… Está en el salón y no podemos entrar en él, la policía nos lo ha prohibido.

—¡La policía!, ¿qué policía?… ¡Dios mío! ¡Antón! ¡Antón!

—Vamos, cariño… ya no hay remedio, ahora tienes que levantarte, don Federico está esperándote en la cocina, desea hablar contigo…

—¡Oh, Salvador! ¡Qué bueno eres y cómo me cuidas! Siempre que te necesito, estás a mi lado.

—Es que te quiero mucha hermanita. ¡Anda!… Haz lo que te he dicho.

La mujer que vio el abogado no era una mujer, era una angustia caminando hacia él.

—Póngase junto a mí, señora… me oirá mejor y yo también a usted… eso es… ¿Prefiere que su hermano la acompañe?

—¡Ay, sí! Que se quede conmigo.

—Muy bien, sentir el afecto de la familia es lo mejor dadas las circunstancias. ¿Está en condiciones de hablar o esperamos?

—No, no… me encuentro bien.

Matey puso en marcha la grabadora.

—Ha de saber que todo lo que digamos aquí será grabado en este aparato. ¿Ratifica que declara por propia voluntad?

—Sí… lo ratifico.

—Además, ha de facultarme a usar esta grabación, y la que hice a su hijo, en aquello que yo crea conveniente.

—¿Terminó con él?

—Hace un ratito.

—¿Y qué le ha contado?

—Se lo diré en el momento oportuno… ¿Me autoriza lo que le he pedido?

—¡Ah!… claro que le autorizo.

—Perfecto… Mi nombre es Federico Matey y, mientras me otorguen su confianza, les voy a representar, a usted y a su hijo, en todas las instancias a las que nos lleve este caso, a no ser que ustedes me la retiren. Le ruego que me explique lo sucedido después de que su esposo golpease en la puerta. Es preciso que se ajuste fielmente a los hechos. ¿Entiende lo que le digo?

—Lo entiendo, señor.

Rufina tragó saliva varias veces, miró a Salvador, al abogado y, con palabras vacilantes, inició su declaración.

—Pues… Yo me había sentado en la butaca de la sala, haciendo punto… eso es… pendiente de que viniese mi esposo a comer, cuando oí su voz al otro lado de la puerta, esa voz que se le ponía tras hartarse de vino. Todo lo que soltaba por su boca eran maldiciones y blasfemias a causa de que tardaba en abrirle; desde que se dedicó a beber, perdía las llaves con

frecuencia y acabábamos descubriéndolas en cualquiera de sus bolsillos. Tocaba el timbre y golpeaba la puerta, una y otra vez, exigiéndome que le abriera. Me puse tan nerviosa que no pude localizar mi llavero. Él nos obligaba a tener el cerrojo echado para que nadie entrase a robar metiendo una cartulina o una radiografía a través de la ranura de la puerta. Nos hizo una demostración abriéndola con toda facilidad, tal y como había dicho. Yo seguía buscando las llaves y él se enfureció tanto que cambió los insultos por las amenazas.

—¿Qué amenazas?

—Decía a voz en grito que me iba a matar, que estaba harto de mí, que era una inútil y cosas peores que me da vergüenza decir.

—¿Está completamente segura de que utilizó la palabra matar?

—Sí, la repitió varias veces.

—Eso es importante… Le ruego que prosiga.

—Al fin di con las llaves, ¡se lo puede creer!, las tenía encima de la mesa al alcance de mi mano; las cogí, abrí la puerta y Antón irrumpió, lleno de rabia, dándome un empujón, de resultas del cual me tiró hacia atrás, con la suerte de que caí en la butaca. Al verle tan fuera de sí, hui a toda prisa hacia mi dormitorio donde me refugié echando el pestillo.

—Disculpe, Rufina, ¿recuerda la fecha aproximada en que su marido comenzó a agredirla?

Ella cerró los ojos. Parecía haberse ausentado de la habitación. Por fin los abrió.

—Cuánta razón llevabas, Salvador, debí separarme de él el primer día que me pegó.

—No pienses en eso, hermana, contesta a don Federico.

—¿Le has dicho lo de Antón y la manera tan indigna con la que le expulsaron del Cuerpo?

—Se lo he dicho con todo detalle…

—A partir de entonces empezaron los maltratos… De esto hará dos años.

—Dígame de qué forma lo hacía, me interesa la frecuencia y lo que utilizaba para maltratarla.

—Al principio me insultaba, hasta que una tarde, que le respondí, me dio un puñetazo en la boca abriéndome una herida en los labios. Luego cogió la costumbre de pegarme cuando llegaba borracho de la calle.

—¿Fue al hospital?

—No era tan grave y me curé yo sola. Como se hacía daño en la mano, empezó a usar la guía de teléfonos. Jamás pensé que un golpe con ese mazacote de libro podía hacer tanto daño que conseguir levantarme del suelo era un martirio. Me sentía tan mal que pedí a mi hijo llevarme a urgencias. El médico me preguntó quién me había causado aquellos moretones y le dije que nadie, que fue por un tropezón que me hizo caer escaleras abajo hasta el rellano. A la guía le siguió el cinturón que usaba por la parte de la hebilla a modo de látigo.

—¿Recuerda cuántas veces y en qué centros fue atendida?

—Aunque me pegó con frecuencia, solo fui al hospital diez o doce, cuando realmente me encontraba muy mal. Repetí algunos porque a los que no había ido quedaban lejos.

—Si le es posible, haga memoria y procure recordarlos todos. Ahora no es el momento adecuado; en cuanto se sienta mejor, me escribe una relación con las fechas aproximadas y centros sanitarios en que la atendieron.

—Lo haré, se lo prometo.

—Eso me gusta, Rufina. Su hijo y su hermano le ayudarán a investigar cuáles fueron. ¿Está conforme Salvador?

—Por supuesto que ayudaré y mi sobrino también. ¿Verdad, Tony?

—¡Pues claro!

—Genial… sigamos… usted se había refugiado en el dormitorio cerrando el pestillo…

—Así es… mi marido intentó abrir la puerta y, al no lograrlo, fue a la caja de herramientas, que está dentro del aparador de la sala, y, al poco, regresó con un punzón. No lo había usado desde que Toni, siendo un niño pequeño, se quedó encerrado dentro. Es increíble que después de tantos años se acordase de que estaba allí. Yo fui a la cómoda, abrí el cajón detrás del que escondía la pistola y la metí en un bolsillo de la bata con la única intención de asustarle… solo asustarle, señor abogado… solo asustarle, le aseguro que no era otra mi intención. Justo en ese momento vi que se abría la puerta.

CAPÍTULO 13

Madrid.
Jueves, 20 de junio de 2019.

A la una de la madrugada, Daniela salió silenciosa del dormitorio y se marchó a su domicilio. El escritor se despertó sobresaltado a las diez. Por culpa del festejo nocturno, había olvidado activar la alarma del móvil y tenía que haber llamado al hospital. Lo hizo desde la cama.

—¿Julia?… buenos días, soy Eliseo Samaniego, ¿hay alguna novedad?

—¡Hola, señor Samaniego!, si la hay… y muy buena, ya han autorizado las visitas. Está en el piso cuarto, habitación 403. Consulte con un sanitario de planta si puede entrar.

—Tomo nota… habitación 403. ¿Ha recuperado la memoria?

—No, en cambio, su mejoría física sigue evolucionando con mayor rapidez de la esperada y las fisuras de las vértebras apenas se distinguen.

—¡Qué alegría! Voy hacia allá.

—¡Un momento!… Volvió a llamar el joven, se interesó por su salud y le di el número de la habitación.

—Agradecido de nuevo Julia…

Se saltó el desayuno, pero no olvidó avisar al escolta de su inmediata partida al hospital Norte de Madrid, quien le recordó la conveniencia de utilizar los dos accesos del club.

—Si no le importa, entraré por el de la carretera. Me viene mejor.

A las diez y cuarto pasaba por delante del mostrador de Julia. Varias personas esperaban ser atendidas. Se limitó a saludarla desde lejos antes de ir a los ascensores.

A pesar de haber visitado la página web, le produjo un fuerte impacto ver aquel aparatoso artilugio compuesto de una estructura metálica equipada con cuatro tornillos que la sujetaban al cráneo y un arnés fijado al tronco. Julia llevaba razón, la cabeza estaba prisionera dentro de una jaula.

Se encontraba sola, medio incorporada en la cama, con almohadones distribuidos alrededor del cuerpo que encajaban su espalda e impedían cualquier movimiento inadecuado. Un equipo electrónico monitorizaba las funciones vitales. Dos finos tubos de plástico se internaban en las fosas nasales. El irremediable gotero, conectado a una vena del brazo, le suministraba un líquido cristalino y vital.

Remedios, al oír el ruido de la puerta, desvió la mirada hacia él sin mover el cuello. Su cara estaba limpia de maquillaje y productos de belleza. A Eliseo le costó identificarla, en nada se parecía a la prostituta que recogió bajo la morera, aparentaba ser una virgen buena salida de una estampa religiosa. ¡Era rubia! Le habían afeitado el cráneo y asomaban sus pelos incipientes semejando partículas diminutas de purpurina espolvoreadas por el cuero cabelludo. Su nueva imagen le desveló el motivo por el que se pintaba y maquillaba en exceso y que le intrigó al verla. Ninguno de los que hubiese utilizado sus servicios la identificaría cuando viviese en su pueblo secreto de la costa mediterránea.

Ella no mostró gesto de extrañeza ni de reconocimiento.

—¡Hola, Remedios!… Soy el conductor del otro vehículo que intervino en tu accidente. He venido a interesarme por tu estado y a ofrecerte mi ayuda.

—¡Ah!… ¿y cuál es tu nombre?

—Eliseo Samaniego.

—No recuerdo lo que me pasó… ¿acaso fue culpa tuya y quieres pedirme perdón?

Daba la impresión de estar rebuscando las palabras en la memoria. Era una consumada actriz.

—De culpa mía ni hablar, el juez ha dictaminado que la responsabilidad es del que conducía tu coche.

La conversación se había tornado embarazosa y, en cierto modo, paradójica: engañar a una mujer que había extraviado sus recuerdos, restituyéndoselos adulterados, no era de fácil digestión.

Las secuelas de su excentricidad se enmarañaban más que las zarzas en primavera, obligándole a soltar mentiras que crecían a un ritmo exponencial. Era el aspecto que menos le gustaba de su aventura. En fin, ya le daría explicaciones. Entretanto, no tenía intención de rendirse.

¡Menudo embrollo! Si salgo con bien de este compromiso, prometo, solemnemente, que no repetiré semejante disparate.

—Sí que lo deseo… esto de que haya un día que se te ha borrado de la memoria te da cantidad de… inquietud.

Dos ligerísimos destellos de regodeo brillaron, cuál relámpago fugaz, en sus ojos.

Eliseo se había colocado junto al piecero, de forma que ella no necesitara girarse para verle.

—¿Estás enterada de lo que le ocurrió al conductor?

—Sí… Según me han dicho… la ha palmado.

Simulaba costarle un esfuerzo pronunciar cada palabra. El escritor lo notó y se dirigió a la enfermera.

—Quizás sea mejor que me vaya.

—No lo creo… le conviene que ejercite el cerebro tras haber estado tanto tiempo en coma.

Y salió de la habitación

—Escucha Remedios, si te cansa hablar conmigo vengo mañana.

—Prefiero que te quedes… tengo curiosidad por lo que me vas a decir.

—Entonces te lo cuento.

Eliseo le relató su versión.

—Ves… ahora lo sé igual que si no hubiese tenido amnesia.

Otros dos destellos fulguraron en sus ojos.

—Me alegro, he oído que has mejorado mucho. ¿Es verdad?

—Sí, eso dicen… aunque lo peor es esta jaula que disfruta haciéndome sufrir, lo mismo que hace la enfermera. No me extrañaría que la hubiesen copiado de esos aparatos de tortura que salen en las películas.

—A mí, tampoco, tiene pinta de ser dolorosa. ¿Cuándo has recobrado la consciencia?

—Empecé anoche, que se me venía… y se me iba, hasta que al amanecer regresé a este puto mundo.

E hizo un pequeño mohín de fastidio que no pasó desapercibido al escritor.

—Si te cansas, dímelo y volveré mañana.

—¡Qué va!, son los tornillos que me tocan los… sesos, sigue y no te preocupes de mí.

—Lo hago si prometes avisarme cuando te sientas cansada.

—Te lo prometo…

—Vale… Dime lo que recuerdes del lunes.

—Del lunes ni idea, y el domingo lo tengo confuso… que lo veo y no lo veo.

—¿Sabes si vas a recuperar la memoria?

—No me han dicho nada, pero sigo con un vacío mental que me está volviendo loca.

—Se pasará pronto. Otra cosa, sé que nadie ha venido a verte, ¿quieres que llame a tus familiares o amigos?

—Gracias… pese a que estoy más sola que la una, hay personas que se ocupan de mí… como el Duque, un cliente que me ha prometido solucionar mis… problemas.

—¡Ah! Eso es fenomenal y me alegro por ti.

Eliseo se acordó del veinteañero que preguntó por Remedios a Luisa.

—¿Te ha telefoneado?

—Él no, lo hizo uno de sus obreros.

Remedios parecía desenvolverse mejor a medida que transcurría la charla. De hecho, estaba desafiando a Eliseo, quien no se percató de la guasa que se traía con él desde su llegada.

—¿Dices que es un cliente tuyo?

—Sí… vive en el valle del Lozoya y le traigo loco con mi chuquí. Su nombre de verdad es Hermenegildo. Está casado, tiene un montón de hijos y vive en un casoplón en el medio de una dehesa de no sé cuantísimas hectáreas… al menos es lo que me ha dicho él, pero yo nunca he estado allí.

Samaniego desconocía el vocablo chuquí, si bien dentro del contexto era fácil deducir su significado. Le gustó, sugería un pequeño pájaro tropical de vivos colores y melodiosos trinos. Se propuso investigarlo mientras desayunaba en la cafetería. El estómago le reclamaba ingerir comida y si era dulce mejor.

—¿Y en qué trabajas?

—Soy meretriz, ¿es que no lo habías notado?

Y dedicó a Eliseo una inapreciable expresión provocadora. Había repetido la misma frase que le dijo bajo la morera y él seguía en la inopia. Le costó un gran esfuerzo contener la risa.

—¡Ah!… O sea que el ganadero tiene dinero…

—Ni te lo imaginas. Me ha dicho que cría en la finca una docena de yeguas de carreras y un semental que le costó un pastón. Lo más cachondo es que hace de chulo con él. Le traen hembras de Inglaterra y de Francia, al caballo, no al duque, y le pagan cien mil euros después de preñarla, al Duque, no al caballo, que es el que se la cepilla. Eso sí que es cobrar por un quiqui y no lo mío.

—¡Ja… ja… ja…! ¿Cuándo le conociste?

—En verano… un fin de semana en la playa de Santander. Yo había ido acompañada de un cliente y estaba tumbada en una hamaca tomando el sol, vestida con un mini bikini. Él se me acercó aprovechando que el pavo se había ido a correr descalzo por la arena. Era de esos que se empeñan en joderse la salud a base de hacer ejercicio hasta que revientan de un…

—Espera mujer, no creo que te convenga hablar tanto tiempo seguido.

—Tranquilo… cuando me sienta mal, me callo, ya te lo he prometido… Total, que el Duque vestía un bañador y un peluco de marca. Yo me di cuenta y puse en marcha mis encantos sin dejar de vigilar al cliente. Él no tardó en averiguar cuál era mi oficio y me pidió el número de mi móvil. Yo se lo di, mi instinto profesional me decía que era rico a pesar de su aspecto de campesino. Antes de que volviera el corre caminos, concertamos una cita el viernes siguiente, a las once de la mañana, en un hotel de Madrid.

—¿A las once de la mañana? Menuda hora intempestiva de echar un polvo.

—No tienes ni idea de que va este tema, por muy escritor que seas. Los maridos suelen hacerlo a esas horas, sobre todo si son autónomos o empresarios, porque es el momento perfecto en el que se escaquean con la tranquilidad de que no van a ser descubiertos.

—Eso es lógico y cambia mi creencia de que las escaramuzas amorosas clandestinas se conciertan mayoritariamente de noche. Veo que el Duque toma sus precauciones para evitar que le pille la superioridad… Voy a desayunar y enseguida vuelvo. ¿Quieres que traiga revistas u otra cosa que te apetezca?

—¡Qué mono eres!… cómprame todas las de cotilleo que tengan, quedarme aquí moviendo solo las pestañas, es igual de aburrido que los rollos que me cuentan mis parroquianos, que se creen que soy su confesora.

Encima, los putos tornillos me dan por saco, sin tener respeto a una herida grave como yo, y no me conceden ni un respiro.

A medida que avanzaba la charla surgía la pizpireta que Eliseo recordaba.

—Bajo a comprar las revistas…

—¡Aguarda!… Ya que eres tan generoso, tráeme también chocolate… que sea del bueno.

—¿Te han autorizado a comer?

—Comer, todavía no me dejan, chupar, sí.

En la planta baja, al salir del ascensor, Eliseo se tropezó con un hombre, pretendiendo entrar, vestido con una impecable ropa que contrastaba con la apariencia rústica de su cuerpo. Tenía las manos enormes y toscas, un cuello bronceado estilo albañil y una cabeza esculpida a martillazos en la que destacaban los labios agrietados, las superpobladas e hirsutas cejas, dos orejas tamaño entrecot y una nariz superlativa, porosa en la textura y aberenjenada en la forma y el color. Ese retrato lo hubiera podido firmar el pintor Arcimboldo. Ambos se excusaron y prosiguieron su camino.

Eliseo fue a saludar a Julia. No había cola y le recibió con su cálida sonrisa.

—¡Hola, señor Samaniego! ¿Qué tal está Remedios?

—Con magnífico aspecto y parlanchina, a pesar de estar recién salida del coma, y de las molestias que le causa el artilugio.

—Se lo avisé… da repelús, ¿verdad?

—¡Exacto, Julia! Esa es la palabra que mejor lo define. En fin, voy a desayunar y subiré a la habitación en cuanto termine.

—Que aproveche… y recuerde que estoy a su disposición.

—Es usted adorable… lo tendré presente.

Pedida la comanda al camarero, buscó el significado de chuquí. Pertenece al caló y significa anillo, sortija y, en su tercera acepción, partes femeninas. Aquello le intrigó, la meretriz no era gitana y, si usaba vocablos de ese idioma, debía haber tenido relación con ese grupo étnico. Un misterio más que la convertía en una mujer enigmática y, por ello, atractiva para él.

Le sirvieron café largo y un cruasán a la plancha, con mantequilla y mermelada.

Dispuesto a pagar la consumición, apareció el curioso individuo con el que se había tropezado en el ascensor, sentándose junto a una mesa situada frente a él. No había objetos interpuestos entre ambos que ocultaran su figura a Eliseo, quien preparó la cámara del teléfono y disparó varias instantáneas en planos contrapicados al tenerla apoyada sobre la mesa para disimular su uso. Además de ladrón coleccionista de gestos y conversaciones, lo era de tipos pintorescos.

Compró las revistas, el chocolate y subió a la habitación. Consultó a la enfermera si Remedios podía comerlo y le dijo que una pequeña cantidad y diluyéndola en la boca.

Se dirigió a la cama balanceando la bolsa.

—Aquí tienes lo prometido.

—Pásame el chocolate que tengo un ansión.

Y alargó los brazos al igual que una niña pequeña y glotona. Eliseo le dio las dos tabletas, ella abrió la de color rojo, separó una pastilla, la dividió en cuatro trozos e introdujo una en su boca. El escritor gozó contemplando el éxtasis que reflejaba su cara al paladear el pequeño dulce.

—No sabía cuál querías y te he traído del normal y del negro.

—Me gustan los dos… Yo no soy racista y menos con el chocolate. ¡Anda, majo!, acércame un clínex de la mesilla, que tengo los dedos pringosos.

Eliseo se lo entregó.

—Oye… ¿la amnesia ha afectado a todos tus recuerdos del lunes?

—Ni idea… si he olvidado una cosa, ¿cómo sé que la he olvidado?

Una lección de lógica que Eliseo no había tenido presente.

—Tienes toda la razón. Verás… soy escritor y me interesa tu vida, intuyo que ha tenido que ser fascinante, por eso te ruego que me permitas venir a verte al hospital dos o tres mañanas que te apetezcan, me relatas aquello que recuerdes y yo tomo apuntes o grabo tus palabras. ¿Estás de acuerdo?

—¿Quieres escribir mi vida?… pues si me traes un detalle y me gusta, te cuento lo que quieras.

—En principio tendrías que hablarme del entorno en el que te has criado, de la gente que te rodeaba, tus sentimientos respecto a ellos o los episodios originales, o divertidos, que recuerdes, así me ayudarías a crear

uno de los personajes de mi próxima novela… o tal vez la protagonista. Te garantizo que ningún lector podrá asociarla contigo.

Eliseo había comenzado la fase informativa.

—Y yo te garantizo que eso me da igual… si no sale mi fotografía ni mi nombre de verdad.

—No saldrá… y prometo pagarte una gratificación.

—¡Ah!, entonces sí… ¿Cuánto me pagarás?

—Más de lo que estás pensando… mejor dicho, de lo que pensabas antes de decirte yo, *más de lo que estás pensando*.

Eliseo tuvo una intuición.

—¡Oye!, ¿ha estado aquí el Duque?

—Vino a poco de irte tú… Pobrecillo… aún no se ha recuperado del susto; menos mal que el golpe me lo he pegado en el cuello de arriba y no en el de abajo; de haber sido así, se me hubiera muerto de pena.

—¡Ja… ja… ja…! ¿Es uno que tiene grandes orejas y una nariz enorme, con pinta de gañán?

—El mismo… ¿Acaso eres adivino?

—Puro olfato… Nos cruzamos en el ascensor, yo salía, él entraba y casi tropezamos. Al verle me dio el pálpito de que era tu cliente. Tiene una pinta curiosa.

—Es cierto… Cualquiera diría que se dedica a cavar zanjas. Le llaman el Duque en plan coña y a él le gusta, lo de Duque, no la coña. Si vieras lo bien que se porta conmigo… fíjate que un empleado suyo vendrá hoy para llevarse las llaves de mi casa y del coche que tengo, arreglarle el pinchazo, traerme los dos móviles que me dejé olvidados en el dormitorio y una maleta con ropa. ¿No es un cielo?

—Sí, da esa impresión por lo que has dicho.

Samaniego, que se sentía muy a gusto en compañía de aquella mujer, se disgustó al descubrir lo tarde que era. Tenía que marcharse, las ojeras de ella se habían acentuado y a él le quedaban varios asuntos que atender.

—Siento tener que irme. ¿Cuándo quieres que vuelva?, ¿te apetece mañana a las diez?

—Vale a las diez… recuerda traerme el detalle.

Eliseo levantó la mano derecha solemnemente.

—Prometo que lo traeré.

—Adiós… escritor.

Al verlo irse, las chispas de regodeo se acentuaron en sus ojos.

Ya sé lo que ocurrió, cacho cabrón, me creíste fiambre y le endilgaste mi cuerpo al difunto. ¿De modo que viajabas solo?… En cuanto salga de aquí, te saco el higadillo, la floristería y las flores.

Mala la hubiste Eliseo en esa de Peraleda.

Samaniego ignoraba la dura experiencia sufrida por ella la noche anterior. La pasó en un estado semi letárgico, fronterizo entre la consciencia y la inconsciencia, con la sensación de tener el cuerpo roto en dos mitades. Ella se esforzaba en unirlas, recurriendo a las pocas energías que le quedaban, para escapar de la oscuridad y elevarse hacia la diminuta salida que se adivinaba en lo alto, mientras un dolor insoportable golpeaba su cráneo sin tregua.

A las ocho de la mañana abrió los ojos. Había salido definitivamente del coma. La habitación se encontraba en penumbra. Intentó tocarse la zona dolorida. Al notar el frío contacto de varias piezas de metal envolviendo su cráneo, se sintió atrapada dentro de una máquina infernal. El pánico le hizo gritar con todas sus pocas fuerzas. La enfermera acudió presurosa y encendió una luz indirecta. Remedios supo que se encontraba tumbada en la cama de un hospital. Dos varillas metálicas, frente a los ojos, obstruían parte de su visión.

—Buenos días, Martínez, bienvenida a este mundo.

—¿Qué?… ¿Qué ha pasado?… ¿Qué es esto?

Y tocaba cada uno de los barrotes de la estructura del halo.

—Sufriste un accidente de carretera que te ha afectado a las vértebras cervicales. Ese aparato te sujeta el cuello e impide que lo muevas. Gracias a él te vas a curar.

—Eso todavía está por ver, lo que quiero es que me lo quites ahora mismo. ¿Has oído? ¡Ahora mismo!

—Mi nombre es Amparo y no te voy a hacer caso porque podrías morir, ¿lo has captado bien?… morir. Deberías tomártelo en serio y no pedir lo que es imposible darte. Dentro de un rato vendrá un asistente social al que podrás explicar cuáles son tus sentimientos tras el trauma que has sufrido. Él te ayudará si lo necesitas.

—Que se vaya al cuerno el fulano social. Me da igual morirme si ya me está matando de dolor el artefacto este.

Remedios se palpó el cuero cabelludo, introduciendo sus dedos entre los barrotes.

—¡Joder!… ¿Dónde está mi pelo?… ¡Quiero un espejo!… Hay uno en mi bolso, ¿qué esperas?, ¡tráemelo!

La enfermera, que estimaba imprudente meter la mano en bolso ajeno, tenía uno, que utilizaba en casos similares, dispuesto en el mueble auxiliar junto a la cama. Ese objeto era lo primero que reclamaban la mayoría de las accidentadas al volver en sí.

—Escúchame… te voy a prestar el mío si me prometes relajarte y ahorrar energías, no conviene que te alteres en exceso.

Ella se examinó a conciencia en el espejito mientras lo movía a ambos lados.

—Esto es horrible, seguro que me lo ha hecho un sádico que disfruta jodiendo al prójimo. ¡Y el pelo!, ¡si mi cabeza parece una patata!

—¡Basta de quejarte! El halo te lo quitarán, el pelo te crecerá, las vértebras se colocarán en su sitio y te pondremos de patitas en la calle. Piensa en el pequeño precio que vas a pagar por un trauma del que muchos afectados mueren o quedan tetrapléjicos, ¿lo entiendes? Y quédate calladita de una vez.

—Tengo que…

—¡He dicho que chitón! Se acabó la cháchara, no eres la única accidentada de la planta, ni siquiera la más grave, así que no me incordies que tengo que trabajar.

Y se dispuso a tomarle la presión sanguínea y la temperatura.

Remedios advirtió que recobraba el dominio de su consciencia y los recuerdos empezaban a fluir con normalidad.

Sí… Todo comenzó en Fuentesancho con un pinchazo en mi auto. Logré aparcarlo malamente y enseguida vino la tormenta. Al poco, enviado del cielo, un vehículo de lujo paró delante de mí; era un tipo maduro, con buena pinta… Escritor, eso es… dijo que escritor… Me permitió entrar y luego charlamos, y luego se fue la tormenta y nos pusimos en camino hacia Peraleda… Al coger la curva, vi el coche de frente, ¡ese coche que se viene encima!, y luego el golpe, y luego la oscuridad. Menudo marrón me ha caído… Deberé tener paciencia, lo mejor es hacerse la tonta y quedarse

quietecita y mudita, que es lo que me aconsejaba la yaya Lola: chiquilla, recuérdalo siempre, si quieres hacerte mayor en este jodido asentamiento… tú oír, ver y callar. ¡Hostias!… Me va a reventar la cabeza de lo que me duele.

—Una pregunta enfermera… se lo prometo.

—A ver…, que sea cortita y no me replicarás.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Son las ocho de la mañana del miércoles y has permanecido en coma un día y medio.

Un día y medio… en coma, ni viva, ni muerta, la que me ha caído encima y con la de cosas que tengo que hacer…

Cerró los ojos, necesitaba concentrarse.

Amparo terminó sus tareas y se encaminó a la oficina de planta. Había recibido el encargo de avisar a la administración del final del coma de Remedios y lo iba a cumplir.

El asistente social se reunió con la enfermera. El trabajo que tenía por delante era desagradable: comunicar a la señorita Martínez que había fallecido su pareja, pero antes debería averiguar el tipo de relación que la accidentada mantenía con el fallecido y así poderle dar la noticia de la forma menos traumática.

—¿Se ha dormido?

—Tiene los párpados cerrados, aunque parece despierta. Le ha trastornado lo del halo y el corte del pelo y está inaguantable. Es de las que, si no la sujetas al principio, te trae a maltraer hasta que le dan el alta.

—Lógico… Soportar ese engendro tiene narices.

—Las tiene… Entra si quieres.

El psicólogo se aproximó a la cama de Remedios, quien había abierto los párpados al oírlos susurrar al otro lado de la puerta.

—Soy el asistente social, mi nombre es Antúnez, ¿me oyes?

—¿El asistente qué?

—Antúnez… Armando Antúnez. ¿Qué tal estás?

Ella era fuerte y había superado el coma inducido por su cerebro para impedir el colapso.

—Si quitamos el… lo que sea cervical… el pelo que me lo han birlado… quedarme en la cama inmovilizada… ¿y qué otras cosas?… sí…

las ganas de mear… y perder el curro… estoy que no me lo creo.

—Me gusta tu sentido del humor.

—¿Qué quieres… que me suicide?

—¡No, mujer! Solo te seguía la broma.

—¡Pero si hablaba en serio!

—En serio o no, ha tenido gracia. Estoy aquí para intentar restablecer tu situación anímica. Primero debes contarme tus emociones negativas o describirme los sentimientos que te han provocado la crisis en la que te encuentras sumida.

Amparo intervino:

—Si tienes ganas de hacer pis, hazlo, llevas puesto un pañal recién cambiado.

—Va a ser que no… el pis estropea mi herramienta de trabajo y yo la mantengo limpia y relimpia. Mejor me lo quitas, me traes una cuña y me lavas, ¿vale? Y tú… Atunes… dime lo que te parezca mejor… todavía estoy un poco empanada.

El psicólogo ignoró el error con su apellido, tal vez lo hubiese hecho con intención de burlarse de él y no iba a caer en la trampa.

—Lo que respecta a tu evolución física, te lo aclarará el cirujano; yo he venido con la intención de equilibrarte a nivel psicológico. Primero has de indicarme si tu acompañante es familiar o persona allegada.

—¿Acompañante?

—Sí, el que conducía el vehículo en el que viajabas. ¿Recuerdas que ibais de Peraleda hacia Fuentesancho y se estrelló contra una señal de tráfico?

La sorpresa alteró el rostro de Remedios.

¡Esta sí que es buena! El escritor de la toalla se quitó el marrón de encima y se lo encasquetó al otro, menudo jeta. No entiendo por qué lo hizo si le puedo denunciar… tú sigue haciéndote la tonta que acabarás sacándole pasta al del cochazo.

—No lo recuerdo, ¿es grave?

—Eso pregúntaselo al médico. Lo mío es mostrarte el camino para superar las secuelas mentales que te hayan podido quedar del siniestro.

—Haberlo dicho… Que sepas que ese día se ha pirado … lo último que recuerdo es de la noche anterior que me acosté a las tantas, viendo una película que pusieron en la tele.

—¿Qué película?

—Una chulísima que se titula Instinto Básico, donde la *Estone* sale enseñando el chuquí a todo quisque. Menuda propaganda que hace a su clientela.

Antúnez sudaba perplejidad, las réplicas de Remedios no se contemplaban en los manuales que había estudiado. Reír o llorar, esa era la duda.

—A ver… quiero que me digas si te suena el nombre de Antonio García Pérez.

—No me suena ni agitándolo dentro de una maraca… Antonio y García separados sí… juntos ni idea.

—Pues era el conductor.

—A lo mejor hice autostop.

—¿Quieres decir que no tenías relación con él?

—No lo quiero decir, lo he dicho.

—Me alegro, eso simplifica mi trabajo. Si deseas que te ayude a superar el trauma psicológico causado por la rotura de tus vértebras, tienes que describirme cuáles han sido tus reacciones anímicas, lo que me facilitará elegir las técnicas adecuadas para retornar a la normalidad.

—Explícame en qué consisten y a lo mejor sí.

—Se trata de darte unas pautas concebidas para eliminar las secuelas mentales motivadas por el accidente, entre ellas la depresión postraumática, la negación del…

—¡Vaya coñazo!… mejor que no sigas porque me vas a marear. Mi cabeza funciona que te cagas y no necesita que la arregles.

—¡Bien!… entonces me marcho. He de seguir con otra paciente y aquí ya no tengo más que hacer.

—¡Quieto, tío!… ¿te vas a pirar sin contarme lo que le pasó al pavo ese?

—Creí que no te interesaba… pues el pobre murió en el acto.

—¿Qué me dices?… ¿La ha palmado?

—Exacto… supongo que, siendo un desconocido, apenas te habrá afectado la noticia.

—Apenas no… ¡nada!

—Me alegro. Si no quieres otra cosa de mí… he de marcharme.

—Eso me lo dices cuando me den el alta.

Remedios movió el dedo índice, invitándole a que se aproximara. Él, sorprendido, se acercó. Ella le susurró un deseo en voz baja, no quería que lo oyese la enfermera.

—¿Vienes después de que se marche la sádica de la bata blanca y me quitas este engendro infernal? Te pagaré lo que pidas.

Antúnez salió de la habitación, Remedios le siguió.

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha ofrecido dinero si le quito el halo. Es una bromista que pretendía cachondearse de mí. Me voy… Te recuerdo que un comisario quiere interrogarla y habrá que comunicarle la amnesia para que no pierda el tiempo viniendo al hospital.

—Olvídate que lo resuelvo yo. Voy a quitarle el pañal y a lavarla, que esta me organiza un pollo en cuanto me descuide.

—No sé cómo eres capaz de lidiar con ella y mantener la calma, ¡menuda la que te ha tocado!

CAPÍTULO 14.

Madrid.
Miércoles, 8 de septiembre de 1976.

El abogado y Salvador intercambiaron dos miradas atónitas. Este no pudo quedarse sentado y fue al baño. Al entrar, se preguntó a qué había ido allí. No lo recordaba, era un tipo de despiste que se repetía con cierta frecuencia. Solo tenía cincuenta y dos años, aún se consideraba joven, pero la memoria comenzaba a deteriorarse. Mal asunto.

Permaneció unos segundos observando a través de los visillos del ventanuco sin prestar atención a las difusas imágenes del patio interior. De inmediato regresó a la cocina. Federico, que seguía sentado en la silla, tenía la espalda ligeramente encorvada y el aspecto de un hombre al que se le han torcido las cosas. La declaración de Rufina había tomado un sesgo imprevisto que complicaba su defensa. Recuperado de la sorpresa, reanudó el interrogatorio.

—¿Y qué ocurrió entonces?

—Lo que me temía… entró hecho una furia en el dormitorio, me derribó al suelo y me arrastró a la sala como si yo fuera un saco de patatas. Allí empezó a darme puntapiés. Uno de ellos me alcanzó en el riñón y pensé que me moría. Al rato me volvió bocarriba y comenzó a pegarme con el cinto, tan lleno de rabia, que semejaba haber enloquecido. Yo me protegía con las manos y los brazos. Una de las veces, la hebilla me dio de rebote en la frente y sentí correr sangre por ella. Cuando levantó el brazo para golpearme de nuevo, saqué las pocas energías que me quedaban y conseguí abrazarme a sus rodillas todo lo fuerte que pude. Él quiso desprenderse de mí, empujándome con las piernas y yo aproveché para separarme, ponerme de pie, sacar la pistola del bolsillo de la bata y… ¡Dios mío!

Rufina se derrumbó sobre la mesa y lloró apoyando la frente en sus brazos. Los dos hombres la dejaron que terminara de desahogarse.

—¿Se encuentra mejor?…

—Sí… Perdone… no lo he podido evitar.

—Calma, mujer, no hay nada que perdonar. Ahora tenemos un asunto importante que resolver: es necesario que venga el forense para revisar las cicatrices y hematomas que le ha ocasionado su difunto marido. Si me autoriza, voy a buscarlo.

—¿Cuándo llegará?

—Quizás ya esté aquí.

—Hágalo, si lo estima conveniente.

—Bien… me ocupo de ello.

El abogado se dirigió a la sala. Rufina se recobró poco a poco gracias a las muestras de cariño que le prodigaba Salvador, acariciándole el pelo, dándole besos en la cara y reiterándole lo mucho que la quería.

Matey apareció acompañado del forense, que acababa de certificar la defunción de Antón, y del juez que la había refrendado. Este último pertenecía al grupo reaccionario y tenía fama de ser duro con los acusados. Su presencia revelaba que había sido nombrado instructor del caso. Le apodaban la Horma, porque en todas sus actuaciones se constreñía a un esquema rígido y su corazón era de hormigón armado. Un duro revés para la ya delicada situación de Federico.

El doctor, observado por el juez, hizo fotografías de la brecha en la frente, de las cicatrices todavía visibles en su piel y de las contusiones en la zona lumbar que le produjo la cruel patada de Antón; luego desinfectó la herida y le colocó un apósito. Concluida la cura y firmada la autorización para el levantamiento del cadáver, los dos funcionarios abandonaron el domicilio. El forense habló con el juez mientras bajaban las escaleras. El edificio carecía de ascensor.

—He investigado infinidad de heridas y cicatrices provocadas por la violencia doméstica, y nunca algo equiparable a las que ha sufrido esta señora. ¿Se ha dado cuenta del enseñamiento del marido?

—Sí, me he dado cuenta.

—La pobre tiene marcas en todo el cuerpo. No es mi costumbre dar opiniones prematuras, pero, ante esta brutalidad, me atrevo a afirmar que el marido era un canalla. El abuso de los maltratadores tiene que erradicarse de España con nuevas leyes; nos jugamos nuestra credibilidad si queremos llevar a cabo una transición democrática respetada en el extranjero.

—Yo no lo tengo tan claro… estoy pendiente de que el fiscal me entregue las diligencias previas… entonces estudiaré las medidas que he de tomar en función de sus conclusiones.

—Sean las que sean, es indudable que la muerte de Antón Postigo ha salvado la vida de su esposa.

—Lo que es indudable es que el medio del que se ha servido el autor es desproporcionado, un simple cinto versus un arma de fuego no tiene punto de comparación.

El doctor se calló, las frágiles flechas de sus palabras nada pudieron contra el duro hormigón.

En el ínterin, Salvador y Federico se habían sentado junto a Rufina. El abogado reanudó el interrogatorio.

—¿Tiene fuerzas para continuar?

—Creo que sí… ¿Por dónde iba?

—Logró apartarse de su esposo y sacar la pistola del bolsillo.

—Ya recuerdo… le disparé, ¡ay, señor!… le disparé porque me iba a matar. Aún no sé cómo lo hice… le prometo que no lo sé… ¡Es tan increíble lo que ha ocurrido! ¡Qué sabiduría tenía la abuela al pedir a Dios que no me obligase a hacer todo lo que yo era capaz de hacer! Él se desplomó en el suelo y yo me agaché para abrazarlo. Al darme cuenta de que estaba muerto, grité y lloré y me tiré de los pelos igual que una loca. En aquel momento, mi hijo se vino a mí a consolarme dándome besos. Eso es lo que pasó, señor abogado.

Ambos hombres no podían creerse la inesperada declaración de Rufina.

¿Qué está pasando aquí?

Se preguntó Federico.

La autoinculpación de la mujer le planteaba varios problemas. El más apremiante era averiguar cuál de los dos, madre o hijo, había mentido, sin excluir la remota eventualidad de que lo hubieran llevado a cabo de común acuerdo. Su dilatada carrera profesional no le libró de la perplejidad. Tras unos minutos de duda, decidió reunirse con Toni y dar a su madre un respiro. Le convenía mantenerla ajena a lo manifestado por su hijo hasta que tuviera las ideas claras.

Una ambulancia había retirado el cuerpo de Antón Postigo y los funcionarios que intervinieron en las actuaciones policiales y judiciales iban

camino de sus respectivos departamentos.

—Señora… debería descansar de nuevo. El día ha sido agotador y le conviene recuperar fuerzas.

—Es verdad… mi cuerpo y mi alma están tan maltratados… sí… voy a mi cuarto, lo necesito.

Federico, Salvador y su sobrino, se reunieron en torno a la mesa de la cocina; los tres permanecían cabizbajos.

El letrado cambió su táctica; de ser amable, pasaría a mostrarse riguroso con el muchacho. Especulaba con la idea de que Rufina hubiese sido veraz y su hijo, quien forzosamente presenció la escena por las extraordinarias coincidencias de los dos testimonios, pretendía asumir la culpabilidad con un objetivo claro: librarla de la cárcel. No era prudente inclinarse por ninguna de las dos versiones hasta recibir los informes de la BIC.

El abogado simuló que revisaba varios documentos, ignorándolo por completo. Su cliente se movía inquieto esperando que se dignara hablarle. Trascurrido un tiempo eterno para el adolescente, Federico levantó la cabeza y pronunció las palabras que había elegido durante ese silencio premeditado.

—A ver… estoy molesto contigo, me prometiste que ibas a ser sincero y no has cumplido esa promesa. Tú no disparaste ni tenías intención de hacerlo. Es loable que quieras atribuirte la autoría en un intento de proteger a tu madre, acto que demuestra lo valeroso, buena persona y buen hijo que eres; ahora bien, si persistes en tu postura, mi defensa se va a debilitar. En el sumario hay pruebas que me permitirán, si os ponéis de acuerdo, utilizarlas con un objetivo asequible: que no os enjuicien. ¿Tienes idea de los efectos que desencadena una mentira en cualquier proceso criminal?

—Señor… yo fui el que disparé… se lo aseguro. No entiendo el motivo que le ha llevado a cambiar de opinión.

Un gesto de suma incredulidad había invadido su rostro, el de quien no admite lo que está oyendo.

—Escúchame atentamente… tu madre ha confesado ser quien sacó la pistola de detrás del cajón, quien se enfrentó a tu padre y quien apretó el gatillo. Por eso ya no confío en ti. ¿Lo entiendes?

Toni inquirió a Salvador.

—¿Tú también, tío? ¿Piensas que es invención mía? ¿Alguna vez te engañé?

—No… es cierto que nunca lo hiciste.

—¿Y por qué no me defiendes?

Salvador miró a Federico solicitando auxilio. Este prosiguió.

—No te enfades, por favor… has de comprender que entre lo que habéis declarado ambos, elija la versión de Rufina. Eres un adolescente, tienes exceso de fantasía y tus palabras se corresponden con lo que te hubiese gustado hacer: el caballero que salva a la dama en aras de su honor. Juzgas imposible dar marcha atrás al haber adquirido un compromiso contigo: seguir manteniendo tu postura hasta sus últimas consecuencias y librarla, no ya de un castigo, sino de un juicio. ¿Me equivoco?

—Siento decirle que se equivoca… yo cogí la Beretta, yo revisé el cargador, yo quité el seguro, yo la monté y yo apreté el gatillo. Usted ha dicho que protejo a mi madre y ¿no es más natural que sea la madre quien protege a su hijo siendo todavía un niño como yo? Eso es lo que ocurre en la vida, ¿no?

A Federico le sorprendió la obstinación del muchacho; se había convencido de que desmontaría con facilidad el testimonio de Toni, sin embargo, el breve argumento, persuasivo, pronunciado con firmeza impropia de un embustero, hicieron tambalear su convicción de que Rufina se había ceñido a los hechos y su hijo no. Afrontaba un dilema de características insólitas que era imprescindible solucionar antes de decidir lo que debía hacer en pro de sus clientes.

CAPÍTULO 15

Madrid.
Jueves, 20 junio 2019.

El comisario Reverte tenía previsto ir esa mañana a interrogar a la prostituta. Dispuesto a salir del despacho camino del hospital, recibió un aviso comunicándole que Remedios había sufrido una amnesia. Era un experto en mil batallas y sospechó que estaba fingiendo por recelo a la policía. Aunque se la calificase de colaboradora con la Guardia Civil, no podía descartar esa hipótesis. La noticia le puso de mal humor, era un revés fastidioso que dificultaba el avance de la investigación. Sus únicas expectativas se centraban ahora en la operación Lombriz que se iniciaría esa mañana. El SUV había sido reparado, el sistema de detección de apertura de los maletines instalado y el GPS funcionaba a la perfección.

Reverte creía inverosímil que, incluso teniendo éxito, lograran desenmascarar a un miembro destacado de la banda; con suerte detendrían a un correo de los que transportaban los maletines a la costa. Aun así, meterle en la cárcel iba a ser una tarea ardua. Bastaba con que alegase desconocer su existencia, lo cual sería cierto, y que su trabajo consistía en trasladar el coche adonde le habían ordenado. Era probable que fueran jóvenes legales ansiosos por ganar una jugosa cantidad en metálico no declarable. La urgencia que tendrían por recuperar el alijo los responsables de su pérdida, brindaba una pequeña posibilidad de capturar a un jefe de zona o un gerente al que hubieran encargado la dirección del rescate.

Irene avisó al comisario.

—¡Hola, Reverte! En media hora saldrá el cebo camino de la tienda de alquiler. Quería revelarle el plan para conocer su opinión.

—Gracias por el detalle… adelante con ello.

—El objetivo no es detener al conductor, solo seguirlo sin que mis agentes sean descubiertos. Prefiero que lo pierdan de vista a que los localice. El GPS facilitará tenerlo bajo control a distancia. Cuando llegue al

lugar del intercambio, se pondrá en marcha la segunda fase y serán sustituidos por otra unidad que mantendrá una troncha vigilando que aparezca un nuevo miembro de la banda a recoger el dinero. Entonces intervendremos.

—Nada que objetar, creo que es la mejor de las alternativas.

—Le aclaro lo que he dispuesto, se me ocurrió la idea anoche, medio dormida en la cama: un guardia de paisano conducirá el SUV circulando por el carril derecho a una velocidad ligeramente inferior a la del resto del tráfico. En los dos controles que tendrá que cruzar, hemos emplazado una cámara que grabará las matrículas de los automóviles circulando detrás de Lombriz, que es el nombre en clave del cebo. El sistema acepta requisitos selectivos. Cualquier coche que detecte siguiéndole en ambos controles, activará una alerta. Al ir Lombriz más despacio, lo suyo es que cuantos vayan detrás lo adelanten y si hay uno que no lo hace, o está paseando, o tiene una avería, o le sigue a propósito.

—Es una idea brillante… a ver si pican.

A las doce, el cebo abandonó el taller hacia Alcobendas. Garriga y su compañero le vigilaron desde el K2 a mayor distancia de lo habitual. La teniente iba detrás de ellos en el K1. Poco después de que el SUV cruzara el segundo control, se activó la alarma anunciando que un coche circulaba siguiendo al cebo.

—K1 y K2 de control… tenemos un sospechoso. Tomen nota de la matrícula…

Ambos acusaron recibo repitiendo el número.

—K1 a K2… síganlo conforme al plan.

El objetivo se desvió hacia el antiguo centro comercial de la Moraleja, donde aparcó. Era un anciano que se dirigía a la sucursal de un banco. Minutos después, desde el K2 informaron que se trataba de un conocido empresario de 92 años residente en esa urbanización, ajeno por completo a lo que buscaban.

—K2 de K1, diríjanse al cuartel. Yo seguiré a nuestro cebo. Su servicio ha concluido.

—A la orden.

Lázaro enlazó con Reverte.

—Fue un fracaso, el hombre iba tan despacio porque era un anciano. Le identificamos en la puerta de un banco de La Moraleja. Se trataba de un

famoso empresario que aparecía, hace tiempo, en las revistas de cotilleo como pareja, una detrás de otra, de varias famosas actrices y cantantes.

—Le recuerdo que lo teníamos previsto… Sin embargo, es raro que no hayan movido ficha. Algo extraño tiene que haber pasado, pues era fácil encargar a un legal la recuperación del dinero durante el tiempo que el SUV permaneció aparcado en la calle. Si nadie interviene, se lo llevan tranquilamente y si aparecemos, hubiésemos detenido a un pringado mientras que su jefe se habría esfumado… es lo lógico.

—La demora se justifica por la dificultad de organizar un rescate de esas características. Hay que asignar al cabecilla de la misión, organizar el equipo, planificar cuándo, dónde y cómo se va a actuar y, ponerlo en marcha.

—Me ha convencido. ¿Qué le sugiere el que la gran mayoría de los billetes incautados sean franceses?

—Quizás nos confirma el motivo que indujo elegir a Peraleda como lugar idóneo de intercambio.

—Correcto. Si vinieron desde París a Madrid, es natural cambiar de correo a mitad de camino; de no hacerlo, la línea logística se alargaría en exceso, debilitando la operación.

—¡Vaya!, me deja usted boquiabierto… jamás hubiera pensado en un cálculo tan geográfico.

—Ser novata tiene sus ventajas y una de ellas es que todavía está fresco en tu memoria lo aprendido a lo largo de la carrera. Es lógico utilizar para sus fines el aparcamiento de Peraleda donde hay nulas posibilidades de que sean observados. Piense que el correo puede incorporarse desde aquí a las autovías del sur, bordeando la capital a través de carreteras secundarias de la zona este y eludiendo los controles de peajes o cámaras, con lo cual su detección se complica.

—Estoy de acuerdo… atravesar la capital incrementaría el riesgo de ser identificados.

—No le demos vueltas… hay que arriesgar y decidir una línea de investigación. Yo me inclino por la idea de que hay una delegación en Madrid desde la que controlan el tráfico de dinero, sea el que traen de las comunidades españolas o de Europa. El correo de turno va al sur de Francia, regresa al día siguiente y es relevado en Peraleda. Por el contrato de alquiler sabemos que ha recorrido, desde el sábado que se alquiló al

lunes que se estrelló, un total de 1.523 kilómetros. Si descontamos los trayectos intermedios, la ciudad de origen tiene que estar a una distancia de 500 a 700 kilómetros de aquí.

—¿Y ha elegido las candidatas?

—Mis preferidas son: la zona de Burdeos, la de Dax, que está a mitad de camino entre Madrid y París y, por último, la de Bayona. He enviado un informe a Europol y a la gendarmería francesa y supongo que ellos harán sus propias simulaciones.

Reverte no pudo reprimir un gesto de asombro.

—He de admitir, con sana envidia, que su trabajo es magnífico.

—Me halaga… aunque yo creo que exagera.

—Pues yo no. Es más, estoy seguro que acabaremos con ellos, por su profesionalidad y porque somos los buenos.

—Sí… ganaremos a pesar de enfrentarnos a una multinacional de la droga cuyo presupuesto probablemente sea mayor que el de nuestro ministerio. En fin, ahora tengo que irme a una reunión con mis subordinados y me gusta ser puntual.

Eliseo necesitaba recordar las circunstancias en las que se produjo el accidente para luego describirlas con la mayor fidelidad posible. Por eso decidió ir a Peraleda. No quería ocultar sus actividades y se comunicó con su invisible guardián al que, intercambiada la contraseña, le advirtió de sus intenciones.

Llegó al pueblo de Fuentesancho a las cinco y media. Se paró bajo la morera y buscó el Passat. No estaba.

¡Vaya! El Duque cumple lo que promete.

Cerró los párpados y proyectó en su interior las imágenes de su encuentro con Remedios. Oyó sus nudillos golpeando el parabrisas, vio el chubasquero amarillo, el descaro con el que se movía, el generoso escote y recordó la divertida conversación que mantuvieron.

El escritor prosiguió su viaje hacia el lugar del accidente. En el cielo se veían nubes dispersas. Miró a la carretera, en dirección a Fuentesancho, por si veía a su ángel de la guarda. Ni rastro de él. Reverte le había explicado la razón que le obligaba a esconderse: un servicio de esas características, interviniendo la mafia, sería peligroso si el escolta se hace ostensible.

La señal de tráfico había sido reemplazada por otra de altura normal colocada más lejos del arcén. Le gustó que las fuerzas de seguridad se ocuparan de su seguridad.

Desde allí, obtuvo varias fotografías de la explanada y del pueblo, que asomaba en lo alto, destacando el alojamiento en el que solía hospedarse.

Se dirigió al parking disuasorio en el que habían construido una ampliación al oeste y un antepecho que la separaba del barranco, ambos situados en el margen izquierdo de la torrentera por la que circulaba un hilo de agua. ¡Qué contraste con el impetuoso caudal que provocó la tormenta! El paisaje era de postal. El arroyo se internaba en el profundo y sinuoso valle, semejando a una descomunal serpiente plateada reflejando la luz del sol. Peraleda desapareció de su vista y no se veía un alma por los alrededores.

Era el pueblo tan apacible, antiguo, con calles angostas y empedradas, sillerías de granito, arcos de medio punto y paisajes espectaculares, que se llenaba de turistas madrileños los fines de semana y las vacaciones, la mayoría aficionados al senderismo. Casi la mitad de los edificios se dedicaban a la restauración, alojamiento y tiendas de productos de la zona. Tenía varias ventajas: su silencio, la belleza del entorno y el tamaño justo para que cada vecino fuera alguien. A él, forastero, se le consideraba un residente honorífico y le saludaban al verlo pasar.

—Buenos días tenga usted don Eliseo.

También era alguien como ellos.

A la hora del aperitivo, entraba en una tasca y conversaba con los parroquianos trasegando cerveza y vino de la zona. Por haber permanecido aislados durante siglos, los nativos utilizaban palabras arcaicas y dichos, muy antiguos, que registraba meticulosamente.

Subiendo hacia Peraleda, descubrió la cañada, pegada a la ladera, que bordeaba el aparcamiento en dirección al valle. Las obras la habían desplazado unos diez metros de su posición original.

Este es el acceso que usa Pascual conduciendo su rebaño valle arriba camino de los pastos.

Habían charlado en las frecuentes ocasiones en que salía a estirar las piernas y se lo encontraba por el pueblo. Era una persona que, desde el principio, le pareció peculiar. De ahí su interés por él. Se entendían a la

perfección y no tardaron en intercambiar ideas comunes, o discordantes, con las que aderezar sus largas y animadas pláticas.

Se dirigió al hotel. El dueño salió a recibirle ofreciéndole su mejor sonrisa servicial.

—Don Eliseo… ¡Qué sorpresa tan agradable! Sea bienvenido a su casa… ¿Qué le trae a este pueblo?

—Vengo a pedirle, si es tan amable, que me cuente lo que haya oído y visto aquí, relacionado con mi percance. Intento recopilar información que quizás utilice algún día para mi trabajo.

—Comprendo. Menudo revuelo se organizó con lo suyo. Fue, y es todavía, la comidilla del pueblo. Me vi obligado a desmentir el rumor de su fallecimiento mostrándoles su foto en el periódico… luego está lo de los dos guardias de paisano que vinieron el martes a mi establecimiento.

—¿Guardias?… ¿Qué querían?

—Saber si yo había hospedado a una pareja de jóvenes el domingo 16 o el lunes 17. Me mostraron sus fotos y les dije que ella viene por aquí a veces… pero no lo hizo ese día, y que a él jamás le había visto. Le ruego que se sirva guardar la confidencia en secreto, pues me pidieron total discreción.

Eliseo se dio cuenta de que su interlocutor había vacilado al nombrar a la prostituta.

¡Ay, bribón, que se te ve el plumero!

—No se preocupe, en lo que a mí respecta nada diré.

—La noticia de su percance sigue dando pie a los cotilleos; si supiera las versiones tan asombrosas que circulan acerca de lo que le pasó a usted, se partiría de risa.

—Lo imagino… Conozco sus aficiones, un simple episodio inusual lo exageran transformándolo en un acontecimiento histórico… Otro asunto… vengo del aparcamiento y he comprobado que ya terminaron la ampliación.

—Hace poco menos de un año que se inauguró. Es de agradecer la oportunidad de la obra. El anterior era insuficiente y los turistas aparcaban dentro del pueblo dificultando el tránsito peatonal. Claro que no todo son ventajas; las meapilas del pueblo están indignadas porque lo usan las parejas, al anochecer, haciéndose cucamonas dentro del coche. Vienen hasta

de los pueblos vecinos y lo convierten en un espacio concurrido. La verdad es que no molestan, van a lo suyo y ni se les ve, ni se les oye.

—He observado que han movido de su lugar la cañada, ¿sigue Pascual con el rebaño?

—Sigue… sigue… aunque en vez de cinco, ahora va tres días a la semana. Le empieza a cansar la edad y los compromisos que tiene. En marzo contrató a un vecino jubilado que le sustituye esos dos días y los otros dos continúa yendo su hijo pequeño por propia iniciativa. Está haciendo la carrera de ingeniero agrónomo y dice que, con las nuevas tecnologías, estudia mejor mientras cuida de las ovejas. Su padre no tardará en volver, sé que hoy ha ido él… lo vi salir de madrugada.

—Pues voy a buscarle…

Samaniego encaminó sus pasos a la cañada y, tras una larga caminata, lo encontró sentado sobre un peñasco, que le servía de otero, desde el que vigilaba sus ovejas pastando apacibles por los alrededores. Algunas habían ascendido por la ladera y se las veía concentradas en procurarse alimento. Eran ciento sesenta, todas de raza merina, cada una con su etiqueta identificativa de color amarillo colgada de una oreja. Junto a ellas, un carnero, de mirada horizontal y lujuriosa, protegía a su harén armado de largos y nudosos cuernos enrollados junto a su cabeza. A Eliseo, esa estampa, desde la distancia, le recordó a la mítica Dama de Elche. Completaban el rebaño una cabra con aspecto de matrona generosa y dos perros pastores de raza gos d'atura, vivaces y cariñosos, que se aproximaron a olerle. Él adelantó su brazo derecho para que le identificaran. Ellos se pegaron a sus piernas pidiéndole caricias. Eliseo les restregó detrás de las orejas y enseguida se alejaron raudos a cumplir con su misión pastoril.

Pascual era un septuagenario recién estrenado. Hombre enjuto, iba tocado con un amplio y rústico sombrero de paja. Tenía esa cara socarrona del hombre que, tras gozar de una dilatada existencia, está de vuelta de todo y se divierte con lo que ve. Su luenga barba, que llegaba hasta el tercer botón de la camisa, componía un catálogo exhaustivo de grises. Un pequeño lazo verde agresivo recogía el extremo inferior, evitando que el viento la dispersara por ser sus pelos de tan fina naturaleza que se alborotaban con el batir de las alas de una mosca. A los que le preguntaban la razón de ese color respondía, a cada uno, con una historia diferente y siempre pintoresca. Era su particular manera de entretenerse. Quienes no le hacían esa pregunta,

confesaba a los íntimos, o eran tontos o eran muy listos, cosa curiosa por demás, añadía. Debajo del labio inferior, destacaba un semicírculo amarillo nicotina, mancha que también lucía en los dedos. La figura de Pascual iba asociada a un cigarrillo sempiternamente colgado de la boca, a veces encendido, a veces apagado. Los dos únicos objetos que indicaban su oficio eran: una nudosa cachava apoyada en el suelo, cuyo curvo mango, cercano a su mentón, asía con las dos manos, y un morral depositado en el peñasco junto a él. Vestía ropa de verano y botas con suela antideslizante.

—Buenas tardes, Pascual.

—¡Buenas tardes nos dé Dios!… ¡Pero si es el escritor! ¿Qué tal está usted, señor Samaniego? Menuda se ha organizado en el pueblo con lo suyo… sepa usted que le liquidaron a base de bien.

—Pues ya ve que sigo dando guerra.

—¿Y a qué se debe el honor de su visita?

—Quería consultar con usted un asunto confidencial… si me lo permite.

—Cómo no se lo voy a permitir. ¿De qué se trata?

—¿Le han interrogado dos guardias civiles vestidos de paisano que estuvieron indagando en el pueblo el martes?

—¡Quia! Que van a interrogar… yo andaba con el rebaño por la Redreja, ahí en eso, una legua arroyo arriba, y no aparecieron. Tengo que cambiarlo de lugar con frecuencia, si no lo hago, las ovejas se ponen malitas. Menos mal que este junio llovieron abundantes chubascos que han caído como agua de mayo. Lo malo fue lo de la tormenta… una catástrofe de las peores que se han dado aquí. A ellas no les afectó porque las pude refugiar a tiempo. Cada año me cuesta más encontrar el pasto necesario para todo el rebaño. A veces creo que el campo se va a cansar de tanto dar y de tanto perjuicio que le hacemos.

—Ese lunes, ¿adónde las llevó?

—Al Charcón… está al lado del pueblo y fui allí porque barrunté la tormenta. En cuanto oí la primera tronada, las puse en marcha hacia el aprisco. Menuda potra, fue llegar y se desmoronó el cielo. Esa fue gorda, ¿eh? Jamás había visto caer tantísimos rayos y tan seguidos. ¡Válgame el cielo!… miedo daba, ¡oiga!

—¿Se fijó si había coches en el aparcamiento?

—Sí, uno con las ruedas grandes que parecen de tractores. Se ven tantísimos que da la impresión de que todo bicho viviente tiene una finca en este país… digo yo que, si hubiera una por cada auto de esos que circulan por España, ocupábamos la Europa entera. ¡Hay que ver lo que le gusta presumir al personal!

El comentario del pastor hizo sonreír a Eliseo

—Eso es muy cierto, Pascual… ¿Recuerda el color?

—Era oscuro y había personas dentro… no pude distinguir si una o varias… pasé lejos y mis ojos han perdido agudeza con el trascurso de los siglos.

A Samaniego, excitadísimo, se le llenó la boca de ese sabor pastoso que se prodigaba desde el lunes.

—¿Había otros vehículos en el aparcamiento?

—No lo sé, iba apurado de tiempo y hay que estar muy atento a las ovejas por esa zona.

—¿Entonces lo vio antes de que estallara la tormenta?

—Estallar… lo que se dice estallar… no sé si lo hizo, que la organizó gorda, ya lo creo. Sí, lo vi antes.

—Ha sido muy amable. Siento tener que marcharme, pero he quedado con un amigo en Fuentesancho.

—Pues qué pena… una cosa… dígame a cuento de qué viene tanta pregunta… es por curiosidad.

Eliseo consideraba a Pascual una reserva natural de la calidad humana. Esa admiración no era fruto de la estereotipada imagen del pastor sabio y poeta, sino de la extraordinaria vida que había tenido y seguía teniendo. Entre otras cosas, ejercía el cargo de alcalde, insólito en un pastor. Los vecinos lo querían por su entrega a ellos y al pueblo. Promovió varias obras públicas, incluida la ampliación del aparcamiento, que lo mejoraron y embellecieron, dando empleo a los parados que quisieron aceptarlo. Llegó a conocerlo como una persona puede a conocer a otra, que suele ser poco. Cualquier ser humano evoluciona y cambia imperceptible, pero continuamente, incluso en lo sustancial. Lo mismo que los niños cuando crecen. El escritor había archivado una de sus muchas ingeniosas frases: S*oy igual de imbécil que el resto de la gente, la diferencia es que yo lo sé.*

—Viene a causa de un problema que quiero resolver.

—O sea… que no me lo va a decir.

—No ahora… Prometo que lo haré en su momento.

—Pues no tarde… con los años que tengo hay poco futuro.

—Lo intentaré. *Consultó su reloj*. Es hora de irme… le agradezco su inestimable ayuda.

—Para eso estamos, señor Samaniego. ¡Que la salud le acompañe!

—Y a usted.

Al aproximarse a Torregaliana, el escritor llamó a Garriga. Se citaron en la tasca de Basilio, tan antigua, que fue fundada, junto con la iglesia, el año que se terminaron los primeros edificios del pueblo. Su amigo, sentado en la terraza a la sombra de un viejo roble, se levantó para saludarle.

—¡Hola, Eliseo! Es un honor que hayas venido a mi pueblo.

—Me pillaba de paso. He ido a Peraleda esta mañana y luego debo asistir a la incineración de un amigo en Tres Cantos. Te quiero aclarar que mi presencia en ese pueblo ha sido por motivos profesionales. Voy a escribir una obra basada en los sucesos que me están complicando la existencia y hoy me he dedicado a evocar lo sucedido y a obtener fotografías del entorno.

—Es justo que saques beneficio de la mala suerte que tuviste… espero que los lectores no lo asociarán con el cuartel de Torregaliana, eso sería improcedente.

—Me he anticipado a tus temores y la voy a ubicar en un pueblo cercano a Roma al que he ido de veraneo varias veces. Es pequeño y pintoresco como Peraleda y puedo ambientarla con rigor gracias al nutrido archivo de fotografías, videos y grabaciones de voz que hice durante mis estancias.

—No se te escapa una, eso resuelve el conflicto. ¡Oye! Te veo optimista, ¿has recibido buenas noticias?

—Pues sí, y os atañen. Después de hablar con el dueño del hotel y rememorar las circunstancias en las que se produjo el siniestro, fui a charlar con Pascual, el pastor, y me dijo lo que vio en el aparcamiento al pasar por allí con su rebaño huyendo de la tormenta. ¿Adivinas que fue?

—Supongo que el SUV, ¡no imagino otra cosa que quisieras contarme con tanto entusiasmo!

—Acertaste… recordaba dos detalles: era de color oscuro y había alguien dentro, aunque no pudo precisar si era una o varias personas.

—¡Eso es muy interesante! Mañana comienzo mi turno a las ocho y será lo primero que trate con la jefa. Seguro que me pedirá interrogar al pastor… descuida, no le revelaré lo que has dicho, aunque te ve venir de lejos y lo va a sospechar.

Ricardo era muy considerado, Irene y él habían llegado a la conclusión de que el intercambio se produjo en el aparcamiento, pero al advertir la ilusionada cara de Eliseo, prefirió dejarle creer que esa pista la había aportado él solito.

—Llevas razón, le conozco y es un lince. ¿Qué me dices del caso de los maletines? ¿Hay novedad?

—Ninguna, hemos iniciado ciertas pesquisas y esperamos los resultados.

Eliseo fue consciente de lo inoportuna que había sido su pregunta.

—Lamento haberte colocado en un aprieto… olvidé que tenéis prohibido hablar de los casos abiertos.

—Lo comprendo… es normal que busques información que te dé seguridad.

—Quizás sea eso… ¿Qué tal te va en el trabajo?

—Fenomenal. Me gusta mucho lo que hago y los compañeros también están entregados de lleno al servicio de los ciudadanos. Esos sentimientos crean un entorno laboral agradable.

—¿Te llevas bien con tu jefe?

—No tengo jefe, sino jefa, una oficial recién graduada que se comporta igual que si fuera veterana y a la que da gusto ver de uniforme. Tiene la habilidad de tratarnos con firmeza y, a la vez, con afecto; es increíble que haya alcanzado tan joven ese difícil punto de equilibrio… dicen que su padre, un guardia civil mutilado en acto de servicio, le da consejos que sigue al pie de la letra.

—Te desborda el entusiasmo. ¡Estás enamorado de ella!

—He de admitir que me gusta, el problema es que, al ser un subordinado suyo, estoy en una situación delicada y encima se chismorrea en el cuartel que me aturullo al verla y pierdo el culo por cumplir sus órdenes, lo cual es innegable. Me ahoga un mar de dudas… Tengo que tomar una iniciativa y no sé cuál.

Eliseo agradeció la confidencia. No le dio consejo alguno, sabía que era inútil, había aprendido que quien se desahoga contigo, quiere ser

escuchado y apoyado. Muy raras veces espera ni siquiera una sugerencia.

—Sí que es un conflicto. ¿Cómo lo vas a resolver?

—Intentando subsistir hasta las oposiciones. Lo tengo complicado… es única y dudo que se haya fijado en mí… Lo peor es que su presencia me intimida y me impide pensar con lógica. Menudo compromiso el mío, a su lado he aprendido lo que significa caminar descalzo por el filo de una navaja. Solo me consuela la idea de ingresar en el Cuerpo Superior, si lo consigo, estaríamos al mismo nivel y mis opciones aumentarán.

—Debe ser una mujer especial.

—Lo es, puesto que nos gusta a todos. El cuartel funciona de maravilla porque competimos entre nosotros para hacerlo mejor que nadie. Es asombroso cuánto ha cambiado la unidad y eso que ya funcionaba bien o, al menos, así lo creíamos.

—¿Y qué tal tus estudios?

—Regular… me quedan varios temas por revisar y voy retrasado. Lo malo es que tengo curro el fin de semana. Menos mal que me han dado permiso desde el lunes y dispondré de horas extra que dedicaré al repaso. No obstante, ya conoces lo que son las oposiciones, te pones nervioso en el examen y no te seleccionan.

—Ese riesgo siempre lo tienes, aunque tú das la impresión de ser un tipo equilibrado y estoy seguro de que lo vas a bordar. En fin… ha sido una visita rápida y agradable. Espero verte pronto.

—Siento de veras lo de tu amigo.

Acabado el acto social de la cremación, regresó a su chalé donde se vistió con ropa cómoda y preparó la acostumbrada ración de jamón y pan candeal acompañada de una cerveza servida en jarra de grueso y labrado cristal que había sacado del congelador. Puso en marcha el aire acondicionado y disfrutó del refrigerio y del paisaje de Madrid a través del enorme ventanal del salón mientras oía la banda sonora de *Farinelli il Castrato*, cuyas obras se escucharon en el palacio de Aranjuez bajo el reinado de Felipe V, cantadas por el propio Farinelli con la intención, exitosa, de curar al rey de su locura. Era lo que hoy se denomina musicoterapia.

Satisfecha el hambre y la sed, fue a su despacho. Allí permaneció el resto de la tarde ocupado en escribir las peripecias de ese día y la lista de tareas para el siguiente. La tenía repleta: ir al taller y recoger su automóvil

arreglado y lavado conforme a sus deseos; visitar a Remedios y, a las doce, la señalada cita con Luisa, una mujer excepcional, su secreto mejor guardado. Dispuesto a seguir trabajando, advirtió inequívocos síntomas de agotamiento en su cuerpo. Había comido jamón en abundancia y se fue a la cama. Necesitaba recuperar energías durmiendo a pierna suelta.

CAPÍTULO 16.

Madrid.
Miércoles, 8 de septiembre de 1976.

Federico Matey, abogado, cuarenta y ocho años, veintitrés de ellos dedicados a su profesión, observaba el semblante de aquel muchacho que transmitía franqueza y del que, por instinto, sospechaba que no había dicho toda la verdad. Necesitaba ir a su despacho donde, alejado de la influencia perturbadora de esa familia, podría reflexionar con mayor tranquilidad hasta hallar una solución al conflicto que le habían creado, el hijo primero y la madre después.

—Salvador, ayude a su hermana en la tarea de recordar las fechas, los hospitales y las clínicas a las que ha ido a curarse. No comente con ella lo que ha declarado Toni. Lo haré yo cuando lo estime oportuno.

—Descuide, abogado… indagaré en los hospitales que ella me indique y mantendré en secreto lo que ha dicho mi sobrino.

—Estupendo… Ahora procuren descansar. Yo voy a mi despacho. Regresaré mañana a las nueve, con tiempo para explicarles lo que han de decir en la comisaría.

Se despidieron en la puerta. Al volver hacia la cocina, Salvador se fijó en el espacio, ahora vacío, donde había caído muerto el cuerpo de su cuñado, un pequeño y fatídico lugar que, a partir de ahora, quedará marcado indeleble en la memoria de la familia. El resto de la habitación se desvanecerá, cada vez que uno de sus miembros pase por allí, para fijarse solo en esas baldosas hasta hoy ignoradas.

El hombre buscó la manera de eliminar esa pesadilla y la única alternativa que encontró era cambiar de domicilio. Convendría hacerlo en cuanto fuera posible.

Los restos de las manchas de sangre y el desorden de los objetos que las rodeaban eran vestigios hirientes de lo que había sucedido en esa

pequeña sala. Fue a la cocina y recogió la fregona, echó agua en el cubo y vertió un chorro de líquido jabonoso.

—¿Dónde vas?

—A limpiar y ordenar la sala… tú quédate aquí.

—Déjame que te ayude.

—¿Estás seguro de que podrás?

—Sí… y entre los dos tardaremos poco.

—Vale… coge tú la fregona y una bayeta, yo llevo el cubo.

Tío y sobrino se afanaron en borrar los recuerdos materiales del drama, que eliminaron en pocos minutos.

—Vamos a la cocina… estar aquí duele.

—Duele mucho, tío.

Se sentaron alrededor de la mesa, resueltos a darse mutuo consuelo y a recuperar energías.

Toni sentía un ahogo en el pecho que le impedía respirar; eran excesivos los sentimientos acumulados en su alma. Le apremiaba a desahogarse con su tío, no solo por el drama que estaban viviendo, sino también por un misterio que le mortificaba: ¿Qué pasó para que la vida familiar se convirtiera de la noche a la mañana en un infierno?

Si eran tan felices; si sus padres se amaban y le amaban a él; si salían juntos al cine o a cenar, o de excursión al campo; si madre cantaba al hacer la comida o al arreglar las habitaciones; si padre tenía trabajo; si jugaba con él y le ayudaba a hacer los deberes y cuando le ponían buenas notas le premiaba con una mirada de orgullo y una frase que le elevaba al cielo: bien hecho hijo, ¿por qué toda esa felicidad tuvo que acabar en desgracia?

Algo había ocurrido, algo que no le dijeron y que pudo ser el origen de tanta desdicha. Un mal día, comenzaron los gritos, las peleas, los llantos de ella que ya no cantaba ni sonreía, y los moretones en su cuerpo que nunca había tenido.

Padre perdió el trabajo, perdió los amigos y salía a la calle con la cabeza agachada para que no le reconocieran. Siempre de mal humor, tampoco sonreía, ni jugaba con él, ni le decía: bien hecho, hijo, aunque sacara buenas notas.

Le vino a la memoria uno de los últimos acontecimientos felices juntos: su primera comunión. Ambos estrenaban un traje confeccionado con la misma tela. Los familiares decían al verlos que parecían hermanos

gemelos. Y allá que iba tan orgulloso, entrando en la iglesia, rodeado de familiares y amigos. En un arrebato de amor besó con devoción su mano cálida que tanto le alegraba al notarla apoyada en su hombro. Esa noche buscó una foto de cuando su padre comulgó por primera vez, la apoyó en el espejo junto al reflejo de su imagen, y se regocijó al ver que la gente llevaba razón, que eran iguales, hasta tenían idénticos el nombre y el primer apellido: Antón Postigo. A él le llamaban Toni para evitar confusiones.

Se esforzaba en imitarle peinándose con la raya a la izquierda, copiando sus gestos, sus andares, la entonación al hablar o las frases hechas que utilizaba a menudo. La única diferencia era que le costaba mirar a los ojos de la gente por culpa de su timidez; en cambio, a padre no.

Y luego estaba su olor. Todas las mañanas se rasuraba la barba. A veces, siendo él un niño de corta edad, le dejaba quedarse a su lado para aprender cómo se afeita un hombre. Toni ponía toda su atención en el cuidado con el que cercenaba los pelos que sobresalían de la piel. Eran tupidos, gruesos y fuertes, hasta el punto de que se oía el peculiar sonido de la navaja al cortarlos. Después se daba la loción. Le divertía escuchar el ritmo de los cachetes, suaves al principio, que iban haciéndose más vigorosos y finalizaban con un repiqueteo semejante al de las campanas de la iglesia al redoblar. Algún efecto tendría la fricción, pues el líquido se trasfería a la piel y su aroma perduraba hasta la hora de contarle el cuento en la cama antes de dormir. En ocasiones, se colaba a hurtadillas en su baño para sisarle una sola gota que distribuía por su rostro, para luego regocijarse al comprobar que también olía como él.

—Tío… Tío… necesito que me expliques la causa de este ahogo que tengo en el pecho y que me dificulta respirar.

—No te preocupes… eso es la angustia y pronto la superarás… ¿Qué es lo que te inquieta tanto?

—Lo que hizo padre. ¿Por qué ya no era el hombre que me quería y por qué no me lo contasteis? Lo poco que logré averiguar fue a través de los que fueron mis amigos y no quise creérmelo… les gusta exagerar y mentir. El único que no me abandonó, Miguel Ángel, el hijo de Julián, me dijo que no hiciera caso de las murmuraciones, que todo eran falsedades. Es tan leal que se volcó conmigo para que yo no sufriera. Entre unos y otros me crearon mucha confusión. Duele que me hayáis tratado lo mismo que si fuera un cero a la izquierda en esta familia y no entiendo el motivo… soy lo

suficientemente mayor y tengo derecho a que me digáis la verdad. Vuestro convencimiento de que me perjudicaría enterarme de lo que pasó era una equivocación. Lo que me ha perjudicado, de cierto, es no saberlo.

Salvador dudaba entre ceder o eludir la respuesta; era un secreto que Rufina y él resolvieron ocultarle por considerarlo un mal menor. Incluso le enviaron a un campamento durante el verano en que sucedieron los hechos, tratando de impedir que le salpicara el escándalo. Ahora, a la vista de lo ocurrido, carecía de motivo el mantenerle ajeno a los sucesos que destruyeron a la familia y optó por contárselo.

—Teníamos nuestras razones: dependías de él, hasta tal extremo, que nos asustó la posibilidad de que cayeras enfermo. Era más que tu ídolo, era tu dios. Pero estoy de acuerdo con lo que has dicho, es justo que sepas las circunstancias que le convirtieron en una persona carente de principios, olvidando sus responsabilidades con la familia, y con la sociedad, al meterse en actividades delictivas que le alejaron de vosotros.

Salvador se calló. La situación era conflictiva y si cometía un desliz haría daño a su sobrino. Lo mejor sería revelarle lo que hizo su padre sin tapujos.

—Es cierto que al principio parecía buena persona, simpático, trabajador y con las ideas claras. Cuando me lo presentó tu madre, ya eran novios. Se casaron y al año naciste tú. Si hubieras visto su reacción al decirle la comadrona que eras un niño… yo estaba con él y le vi dar saltos y gritos de alegría. Era admirable la ternura y el fervor con que se desvivía por ti. Te adoraba y no veía llegado el momento de terminar el servicio para ir a jugar contigo. Créeme que jamás he visto a nadie mostrar parecido amor hacia su hijo.

—Eso lo tengo metido muy adentro, lo primero que recuerdo de pequeño es ponerme a horcajadas encima de su pie, con él sentado en la butaca, y sujetarme las manos mientras subía y bajaba la pierna cantando arre borriquito, arre burro, arre, anda…

Toni no pudo seguir, la pena quebró su entereza y empezó a llorar. Salvador le abrazó, dándole cariñosas palabras con las que intentaba reconfortarlo.

—Vamos, sobrino… vamos… Sé lo que sufres, llora si eso te desahoga.

Esperó a que se recuperase para reanudar la conversación.

—Verás… aquellos fueron años felices, luego él se trastornó y dejó de ser el que queríamos. Piensa en que, de alguna forma, el hombre que amabas murió y su lugar fue ocupado por un desconocido. Quizás te alivie pensar que ya no era él, sino un descarriado por culpa de dos cosas muy dañinas que cambian a las personas haciéndolas perder el juicio. Te pido que no lo juzgues con dureza, al principio le movió el propósito de daros una vida mejor, aunque eso no justificase sus actos. Posteriormente, los acontecimientos se volvieron en contra suya y acabaron convirtiéndole en un delincuente maltratador.

—¿Qué cosas fueron, tío?

—La ambición y el alcoholismo. Este es en especial insidioso, capaz de convertir en un esclavo a cualquiera sin percatarse de ello. El que cae en sus garras nunca lo admite negando su sometimiento con una frase que he oído a mucha gente, incluso a él: tranquilo, que yo controlo… yo controlo. Maligna convicción que les precipita a un abismo del que es casi imposible salir.

CAPÍTULO 17

Torregaliana.
Viernes, 21 de junio de 2019.

A las ocho de la mañana, Ricardo llamó a la puerta del despacho.

—¡Adelante!

El cabo se cuadró frente a su jefa.

—Solicito permiso para exponerle la conversación que mantuve ayer con don Eliseo Samaniego… es el escritor involucrado en lo de Peraleda.

—Sí… lo recuerdo. Permiso concedido.

El pobre e*stá nervioso como un flan, me conmueve verle sufrir a causa de su timidez.*

—Siéntese, por favor, y cuénteme lo que le dijo.

Ricardo empezó a desgranar las frases que llevaba memorizadas, dándoles el soniquete que un alumno, con la lección bien aprendida, suelta a su profesor. Entretanto hablaba, eludió sus ojos, pero al cruzarse las miradas de manera fortuita, no pudo aguantarlo y desvió la suya. Terminó el relato acelerándose, deseando escapar de aquel suplicio.

¡*Eres un cagado!, o te comportas como debes, o lo tienes crudo con ella. ¡Idiota!*

—Garriga, la aparición del SUV en el aparcamiento, confirma lo que habíamos supuesto. ¿Tiene algo nuevo que añadir?

—Sí, Samaniego me dijo que estaba reuniendo información sobre lo sucedido en Peraleda con la idea de escribir una novela basada en el accidente y las consecuencias que le están amargando la vida. Insistió en que no pretende entrometerse en nuestras investigaciones, solo quiere documentarse.

—No veo cómo puede ser una cosa sin la otra… me gustaría que le explicase a usted, ya que son amigos, qué tipo de tratamiento le va a dar y si los lectores relacionarán la historia con esta unidad.

—Se lo planteé y me dijo que lo había resuelto situándola en un pueblo vecino a Roma que ha visitado a menudo.

—Eso zanja la cuestión… Respecto al pastor, ¿cree conveniente interrogarlo?

—Nada se pierde y, si me autoriza, quisiera ir yo. Nos conocemos desde que exploraba con mi bicicleta esos senderos por donde conduce el rebaño a los pastos. A él le encanta charlar y a mí escucharlo.

—De acuerdo, puede retirarse… mejor espere… advierta al escritor que no se le ocurra volver a tomar iniciativas semejantes porque está interfiriendo en nuestro trabajo y eso no se lo voy a tolerar.

—¡A la orden!

Ya me temía yo la bronca. Va a ser un jarro de agua fría para él, con lo ilusionado que estaba.

Esa mañana, una llamada telefónica alborotó el cuartel de la Guardia Civil de Torregaliana. Irene notificó la incidencia al comisario.

—Reverte… dispóngase a incorporarse a la persecución si no se quiere perder la fiesta. Voy en un K hacia Alcobendas. La empresa Carlinga acaba de avisarme de que un tal Luis Miguel de Castromena está alquilando el SUV. Según parece, lo ha pedido exprofeso. El DNI es auténtico y el titular, de 26 años, no tiene antecedentes en nuestra base de datos. Tardarán en concluir el papeleo, y darle las llaves, unos quince minutos. La operación, con el nombre de Barbo, está en marcha.

—Hola, Lázaro. Una noticia prometedora… es veinteañero… legal… elige el cebo… justo lo que buscábamos. Salgo de mi despacho y me uno a ustedes. Seguiré sus comunicaciones por la frecuencia segura.

—Perfecto. Si tiene algún problema, utilice la línea privada.

—Lo haré, aunque espero no necesitarlo.

Castromena abandonó Alcobendas, en dirección a Madrid, conduciendo el SUV. El equipo policial lo integraba el coche Alfa en vanguardia; Lima detrás, cada uno de ellos con dos agentes vestidos de paisano y, en último lugar, Iris, que conducía la teniente. Llevaban los modelos K, nombre que se da a los vehículos camuflados de los cuerpos de seguridad. Todos seguían a Barbo a prudente distancia. Reverte se uniría a la operación con el suyo, también carente de distintivos policiales.

El pijo recorrió el paseo de la Castellana, cogió el lateral en la plaza de Cuzco, se desvió por Raimundo Fernández Villaverde, giró a la derecha

en Orense, se internó en los subterráneos de Azca y aparcó en el sótano de unos grandes almacenes. Alfa Uno, continuó hacia el parking exterior, evitando la suspicacia de Barbo en caso de que se hubiera fijado en que le seguía. En cambio, Lima Uno lo siguió al segundo sótano, estacionando más adelante que él, nada más sobrepasar la salida peatonal. Lima Dos se quedó en el K controlando al SUV, cuyo GPS dejó de funcionar al interrumpirse las señales del satélite, mientras Lima Uno, que era una agente, subió las escaleras de peatones, anticipándose a Barbo, y se apostó en la sección de perfumería de la planta baja dominando el acceso a la escalera por donde saldría el perseguido.

Los miembros de la operación se intercambiaban los mensajes a través de una frecuencia codificada con equipos que funcionaban igual que un móvil y de parecido aspecto. Reverte dominó el suyo con facilidad. El mundo se estaba volviendo de color rosa.

—Lima Uno a Iris… Tenemos a Barbo en las escaleras que suben desde la segunda planta del sótano. Estoy en la sección de perfumería esperando su aparición y Lima Dos se ha quedado en el K. ¡Atención! Veo a Barbo… se dirige a la librería… si no manda otra cosa, mantengo posición.

—Iris a Lima Uno… de acuerdo.

Lázaro había estacionado su coche cerca de Alfa y Reverte llegó enseguida con el suyo. Este se sentía eufórico, no recordaba la última vez en que había participado en una persecución. Ella le sugirió subir a su K porque así se simplificarían las comunicaciones. Él aceptó complacido y sonriente.

—Reverte… Me pregunto por qué ha venido Castromena a este centro comercial y la única respuesta lógica es que le han enviado de cebo para descubrir si alguien le sigue. Veo improbable que recojan aquí los maletines.

—Yo también… correrían un riesgo innecesario teniendo opciones más seguras.

—Se limitarán a observar. Si Castromena continúa su viaje hay dos posibilidades: están convencidos de que nadie le sigue, o nos han desenmascarado. En los dos casos continuarán con su objetivo, que es averiguar si tenemos el dinero o no. Lo que le pase al mindundi les importa un comino.

—Aquí Lima Uno, Barbo sale de la librería con una bolsa de la que asoma un periódico y una revista de cotilleo… procedo a seguirlo… cambio.

El tiempo volaba y Lázaro, expectante, repetía en voz baja:

—Venga… venga… venga… no huyas y dirígete a tu coche de una vez.

Reverte se asombró de la intensidad, casi apasionamiento, con que su compañera de fatigas vivía la operación. Su admiración por ella crecía con cada hora que pasaba a su lado.

—Iris de Lima Uno… Barbo pagó en el cajero y ha sacado un pequeño papel del bolsillo de su chaqueta. Lo ha leído… va hacia el SUV y no muestra recelo.

—Lima Uno de Iris, ¿le ha visto tropezar con alguien en las escaleras?

—Iris de Lima Uno, no lo he visto… son estrechas y es fácil que se lo haya entregado cualquiera de los muchos que subían o bajaban… o que lo hubiesen hecho en la librería.

—Aquí Iris, recibido… continúe conforme al plan.

Barbo sacó la pequeña tarjeta que, según le habían advertido, hallaría en su bolsillo después de pagar en el cajero. Contenía una breve orden: A*pertura en el aparcamiento de superficie de la plaza de Colón a las doce cuarenta.*

—Lima a todos. Barbo ha tomado la Castellana en dirección a Atocha. Le sigo.

—Aquí Iris, me sumo a la persecución, confirme Alfa Uno.

—Alfa confirma.

Barbo cruzó las plazas de Colón y Cibeles. En la de Neptuno, accedió al aparcamiento de superficie, a la vez que un coche, aparcado en la zona central, lo abandonaba dejando la plaza libre.

¡Joder!, ¡qué suerte!

Un juicio erróneo, consecuencia lógica de su falta de información. Ese pequeño espacio era esencial en el plan elaborado por el conductor que lo abandonaba camino de otro aparcamiento. Lucía enormes y postizas gafas de miope. Su nombre en la organización era Svimtus.

Castromena se sentó en la terraza del café situado en la fachada del edificio del Hotel Palace que daba a la plaza de Neptuno. El reloj marcaba

las doce menos cinco. Pidió al camarero un doble de cerveza y una ración de patatas fritas.

Era una mañana soleada. Las aceras soportaban un hervidero de almas yendo y viniendo al museo Thyssen, al Prado, al CaixaForum o al Reina Sofía. Barbo saboreaba esporádicamente una o dos patatas fritas, empujadas por un sorbo del dorado líquido mientras leía la revista u observaba a los viandantes. La mayoría eran turistas, muchas jóvenes llevaban un pantalón corto y un sujetador de vestir, que estaba de moda, exhibiendo, sin pudor, su enrojecida piel. El pijo las seguía con mirada libidinosa.

Los agentes habían iniciado una fase tediosa de la operación: la troncha. A ninguno le gusta este servicio que obliga a sufrir horas y horas de aburrimiento capaz de impacientar al mismísimo Job. Aparte de espiar a Castromena, tendrían que detectar e interrogar, si fuera preciso, a todos los que mostraran interés por lo que sucedía en el SUV.

A las doce y cuarto se produjo un suceso imprevisto: varias unidades de fuerzas antidisturbios ocuparon los alrededores. Una de ellas, acordonó la entrada hacia la las Cortes con la misión de impedir el acceso. Las demás formaron pelotones en torno a la plaza de Neptuno. Vestían esa parafernalia tan peculiar que les diferenciaba del resto de cuerpos de seguridad.

Se habían anticipado a una multitud aproximándose por las calles y avenidas que confluían en la plaza. Eran musulmanes y simpatizantes, reclamando la supresión de cualquier vestigio de cerdo en las comidas escolares. Habían programado dar siete vueltas en torno a la fuente en sentido contrario al del reloj, igual que hacen los peregrinos alrededor de la Kaaba.

Neptuno observaba impasible la marea giratoria de personas que gritaban frases y pareados alusivos al gobierno y a su reivindicación, agitando pancartas de gran tamaño, con lemas escritos en español y árabe. La mayoría de los hombres vestía ropa occidental y algunas mujeres ropa árabe. Una de ellas comenzó a ulular el proverbial Zaghareet jaleada por sus compañeras con ruidoso alborozo.

El tráfico rodado se interrumpió y los turistas, regocijados con el espectáculo, sacaron fotos y vídeos de lo que les parecía un acontecimiento pintoresco. Dos operarios de televisión se esforzaban en realizar un reportaje decoroso y un grupo de fotógrafos había desenfundado sus

cámaras listos para cubrir la noticia. El comisario tomaba notas de su identidad en la APP que le había instalado Lázaro, con intención de reclamarles copias de su trabajo si fracasaba la operación.

Los antidisturbios, a falta de desmanes o actos descontrolados, se limitaron a mantenerse a distancia. Las asociaciones organizadoras habían dado instrucciones al respecto y la manifestación se desarrollaba con una disciplina escrupulosa.

La oficial llamó a Alfa Uno y Lima Dos pidiéndoles que se dirigieran hacia Neptuno y vigilaran el área próxima al vehículo. Luego rogó a Reverte que la acompañara y este lo hizo como el acto más natural del mundo. Se detuvieron en la entrada del museo Thyssen y desde allí barrieron la zona hasta el aparcamiento, observando atentamente a los peatones.

Barbo consultó su reloj; quedaban cinco minutos para entrar en acción. Apartó la silla incorporándose con lentitud, tenía que encajar sus huesos y músculos entumecidos por la inmovilidad. Un fulano, con gafas de culo de vaso, le había citado, el miércoles por la noche, en uno de los reservados del pub *On The Rocks,* donde le ofreció un trabajito. Apenas había luz y no pudo distinguirle la cara. Estaba de pie al fondo del reservado y le hizo una seña para que se acercara. Le expuso lo que tendría que hacer con una voz claramente artificiosa. Él aceptó encantado, era un encargo facilón. Pactadas las condiciones, le pagó trescientos euros, doscientos para él y cien para alquilar el automóvil por un día. No tendría que devolverlo en Alcobendas, solo entregar las llaves a un tío que le llamaría por su nombre y apellidos. Además, debería tener el móvil abierto hasta la mañana del día siguiente en previsión de que le necesitaran. Si la operación salía bien, cobraría doscientos adicionales y la promesa de darle uno mejor remunerado en una próxima ocasión.

A pesar de las cosas extrañas que me ha pedido el tío de las gafas, este curro es guay. Sería genial que me encargase otro. Lo que me fastidia es tener que llevar chaqueta, ¡con el calor que hace y lo poco que me gusta!, claro que así les he facilitado meter el mensaje en mi bolsillo. ¡Joder!, qué manitas el que lo haya hecho, ni me he enterado a pesar de estar atento. Esto tiene toda la pinta de ser ilegal, ¡bah!, me da lo mismo, a fin de cuentas, consiste en conducir un coche de Alcobendas a Madrid y no

hay pruebas que demuestren lo contrario. ¡Fuera temores!, cuatrocientos euros son cuatrocientos euros.

La muchedumbre entorpecía su camino y él iba abriéndose paso a codazos y empujones. Antes de llegar al SUV, vio a una turista vestida con un mini pantalón que dejaba al descubierto la curva inferior de los dos glúteos, denominado coloquialmente *chochort*, y una camisa traslúcida cuyos faldones había anudado en el ombligo. Sus alegres senos, bailando libres del sujetador bajo la camisa, le soliviantaron la libido y le dio un cachete, al cruzarse con ella, en el lugar donde, según dicen que escribió Quevedo, *la espalda pierde su casto nombre*. En un santiamén, recibió un sonoro bofetón. Fue tan repentino que Barbo consideró imposible que hubiera sido ella. Buscó, y no encontró, al que se lo había propinado.

Abrió la puerta trasera derecha del SUV a las doce y cuarenta. Siete pares de ojos espiaban sus movimientos; uno lucía enormes gafas de miope agudo. Castromena levantó el asiento izquierdo, siguiendo las instrucciones que había recibido, sacó un maletín de su escondite y lo abrió.

—¡La hostia! ¡Qué cantidad de pasta! ¡Que pena que no sea mía!

Una luz ámbar parpadeaba en el receptor de Lázaro, quien, junto con el comisario, estaba pendiente de lo que hacía el pijo. Al contemplar la enorme suma de dinero, tomó conciencia del grave asunto en el que se había metido. Lo peor es que ya no podía dar marcha atrás. Aún le quedaba verificar la legalidad de los billetes haciendo un muestreo. Extrajo los paquetes de encima y descubrió, estupefacto, que debajo solo había billetes falsos burdamente impresos. Quiso largarse a toda velocidad y sus piernas, temblorosas, tardaron en obedecerle. La teniente ordenó, con un ademán, a Alfa Uno y Lima Dos, que lo apresaran. Fue fácil alcanzarlo, la aglomeración le impedía correr. Los dos agentes, cada uno de un brazo, lo sujetaron y le pusieron los *grillos* con el mayor disimulo, lo que no evitó que un hombre, desde una posición inimaginable, viera la escena.

Svimtus había calculado a la perfección el recorrido y se hallaba apenas a diez metros del SUV. Su rostro palideció y el corazón había emprendido una carrera errática con latidos que se aceleraban o se interrumpían a punto de detenerse para, enseguida, reanudar la marcha a un ritmo frenético. Le costó un intenso esfuerzo de concentración recobrar el control. Era perentorio huir de allí. Lo más prudente sería abandonar la plaza por la calle Felipe IV.

El plan de Svimtus había sido ingenioso; en aquel entorno caótico sería imposible que se fijaran en él; una agrupación suficientemente numerosa de público es el mejor sitio para pasar desapercibido, en especial si no se desentona con el resto, lo que era el caso, pues iba vestido con ropa occidental parecida a la que usan los inmigrantes de origen marroquí que viven en Madrid: vaqueros desgastados, zapatillas deportivas y una camisa blanquecina, con cuello de tira, manga larga y faldones al aire. Su tez cetrina, la barba cerrada y el pelo corto contribuían a ello.

Estaba orgulloso del detalle de las gafas, él veía bien y eran de pega. A los jóvenes que contrataba y a la policía, aun analizando las imágenes de la manifestación, les resultaría difícil identificarlo. Le daba rabia que una argucia tan original hubiera sido inútil porque la Guardia Civil había localizado el alijo. No se sentía culpable del fracaso y, sin embargo, estaba seguro de que ningún argumento que alegara iba a convencer a su jefe, el Gatopardo, de que lo de Peraleda era incomprensible y ajeno a su incumbencia. Nunca había hablado con él. Recibía sus órdenes a través de mensajes codificados en chats multitudinarios de Internet en los que no escribían una sola palabra que pudiera pertenecer al vocabulario sospechoso que alertaba automáticamente a los cuerpos de seguridad encargados de vigilar las redes sociales y del que tenían la lista completa.

La oficial, el comisario y los cuatro guardias Civiles permanecían, ignorantes de ello, a unos veinte metros del hombre cetrino. Las probabilidades de alcanzar su objetivo se desvanecían con idéntica rapidez que los segundos en sus relojes.

Svimtus abandonó la plaza dirigiéndose al aparcamiento en el que había dejado su vehículo.

O tomas la iniciativa o te despides de este mundo. Tengo que escapar de Madrid ya mismo. Ni se te ocurra ir a casa. Menos mal que tengo dinero en una caja de seguridad que me permitirá subsistir una larga temporada. ¡Qué rabia!, se acabó lo que se daba y se daba fantástico, en fin… son gajes del oficio.

Al alcanzar la calle de Felipe IV, a la altura del museo del Prado, se quitó las gafas y las guardó en una funda sujeta al cinturón. La ansiedad le hizo girarse hacia la plaza de Neptuno, comprobando, aliviado, que nadie le seguía.

Los seis miembros de las fuerzas de seguridad que habían participado en la operación, se reunieron en el paseo del Prado, frente al museo Thyssen. La normalidad circulatoria había sido restablecida.

Sentado en uno de los bancos estaba Luis Miguel, el Barbo. Era un pijo que se había sentido feliz ante la perspectiva de ingresar cuatrocientos euros en el bolsillo, y que ahora se enfrentaba a la amenaza de ingresar, él mismo, en la trena, habiendo tenido que sufrir, además, la humillación de ser esposado en presencia de numerosos peatones que le miraron igual que si fuera un malhechor. Aunque quería persuadirse de que era difícil acusarle de un delito, el miedo hacía temblar sus piernas que producían un ruido característico de huesos alborotados. Sus coqueteos con la droga, su desinterés en estudiar o sudar un sueldo honesto, a lo que había que añadir ciertos problemas con las chicas, le convirtieron en una persona detestable en su propio domicilio. La obstinación de la madre en redimirlo, hizo ceder al padre, quien le amenazó con ponerle de patitas en la calle en el caso de que se repitiera cualquier incidente de ese tipo. Era de familia clasista y, si su detención se divulgaba, la amenaza de expulsarle de casa se haría efectiva.

Lázaro intentó animar a sus subordinados.

—Agentes… Tengo que felicitarles por su magnífico trabajo. Han cumplido a la perfección las instrucciones que les he dado y estoy muy orgullosa de su comportamiento. Ahora regresen a la Unidad y vayan a descansar, que lo tienen bien merecido. Carecemos de motivos legales para incomunicar al detenido, así que déjenle usar el teléfono si lo pide. Yo iré a interrogarlo después de comer.

El Comisario caminaba junto a ella, detrás de aquellos servidores públicos, en dirección a los vehículos Zetas. Los estuvo observando, su lenguaje corporal era de abatimiento, el fracaso había sido un doloroso golpe para aquellos guardias civiles entregados en cuerpo y alma a la ciudadanía.

—Bueno… El fiasco se digiere mal y eso que lo habíamos pronosticado.

—Qué quiere que le diga comisario… es duro admitir una derrota. Mezclarse con la multitud, mal que nos pese, ha sido hábil y no hemos tenido posibilidad de capturarlo. Lo peor es que carecemos de pistas, Barbo, ya lo ve, es un pijo que ignora el lío en el que se ha metido; era la única

baza que nos quedaba y sé que, incluso presionándole, no va a decirnos nada de provecho. He aprendido a esperar del prójimo solo lo que me puede dar y de este prójimo lo único que voy a recibir son molestias.

—No tengo duda… ¿Sabe?… Esta mañana me he levantado de la cama pensando en un nogal.

—¿En un nogal?

—Sí… en uno que hay en el valle del Alberche, cerca de una hospedería donde veraneo con mi familia. Frondoso como pocos, me ha hecho comprender que su estructura es semejante a la de la organización mafiosa. Un recio tronco, ramas de las que salen otras y de estas otras y otras y otras… y, soterradas, las raíces invisibles que sostienen el entramado y que representan a las jerarquías corruptas de los países que participan en el escandaloso negocio del dinero ilegal en connivencia con sus bancos. Es obsceno que sean respetados e incluso admirados en el concierto internacional, olvidando el deshonroso origen de su riqueza.

—¿Adónde quiere ir a parar?

—A Castromena… la última hoja de la última rama. Si capturamos a su jefe, será otra rama que, podada, brotará con mayor vigor. Hay dos maneras de destruir al árbol: eliminar sus raíces o talarlo y ambas están fuera de nuestra capacidad.

—Le veo pesimista.

—Quizás sea debido a que me voy a jubilar y tenía la ilusión de hacerlo con un éxito memorable. Me temo que no será hoy y haya pasado de largo mi última oportunidad. Disculpe el rollo, cuando sufro una decepción, suelo elucubrar estupideces.

—Permítame que discrepe, lo que ha dicho tiene lógica, al menos para mí. Mal que me pese, yo también me encuentro descorazonada y no lo diga a nadie porque perdería mi prestigio. ¿Qué tal si damos por terminada la operación y nos vamos a casa? Lo hemos ganado a pulso.

—De acuerdo. Avisaré a mi mujer de que hoy comeremos juntos, va a figurarse que es una broma.

—Yo iré con mis padres, hace tiempo que no los veo.

—¿Y cuándo piensa interrogar al pijo ese?

—Hacia las cinco, ¿le gustaría venir?

—Sí, me gustaría. ¿Qué opina si solicito a mi departamento reclamar con urgencia copias de los vídeos y fotos que han sacado los periodistas de

la manifestación? Las tendré disponibles antes del interrogatorio.

—Sería estupendo…

—No hay mal que por bien no venga y hay alguien que se va a alegrar de esto.

—Imagino a quién se refiere… sentirse perseguido por la mafia tiene que ser una experiencia angustiosa.

—Seguro que lo es… si no le importa, le llamo ahora.

Eliseo respondió al tercer tono.

—Dígame…

—Samaniego… voy a darle una buena nueva que le va a gustar mucho… Los traficantes saben que usted no se quedó con su dinero y está libre de sospechas. En unos minutos cancelaré la escolta.

El escritor estuvo a punto de dar un grito de alegría, pero se reprimió al oír la opaca voz de Reverte. Parecía abatido.

—Es un alivio superar esta pesadilla. Los últimos días han sido muy complicados para mí y para mi pareja. Le agradezco el interés que ha mostrado en protegerme y el magnífico servicio que me prestaron sus policías.

—Nos hemos limitado a cumplir con nuestro trabajo. Antes de cortar, quería desearle éxito con su novela… adiós, Samaniego.

Y retornó a su charla con Irene.

—Es la única satisfacción que he tenido hoy: aliviar de su angustia a un prójimo.

La teniente le llevó al aparcamiento de los grandes almacenes para que recogiera su vehículo. Entretanto llegaban, Reverte había aceptado que su misión no era salvar al mundo, sino detener al mafioso escabullido de forma tan habilidosa. La crisis estaba superada.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Ahora a por ellos, teniente… a por ellos sin darles un respiro.

Samaniego se puso en contacto con Daniela, quien había regresado a Madrid la noche anterior desde Tenerife.

—Hola, cariño, te voy a dar una alegría infinita… me ha dicho el comisario que estoy a salvo de los mafiosos, pero no de morirme en tus brazos.

—¡Qué gran noticia! ¡Jo!, me ha dado un subidón tal, que tengo ganas de saltar. Saber que estás fuera de peligro es lo más de lo más.

—Ya lo creo. Tengo la sensación de que mi capacidad pulmonar ha aumentado, como si hubiera desaparecido la angustia que me oprimía el pecho. ¿Y tú que me cuentas?

—Pues que estoy muy ilusionada esperando comenzar con mi nuevo trabajo como instructora, aunque antes deberé dedicar muchas horas a preparar los temas. No te puedes imaginar la cantidad de manuales técnicos, operativos y legales que tenemos que conocer a fondo para poder volar y, aún más, para dar clases, tanto teóricas como prácticas. En este sentido, han suprimido los vuelos de entrenamiento porque los simuladores son tan perfectos, que la ley permite utilizarlos sustituyendo al avión. Así se disminuye el gasto sin que afecte a la seguridad.

—¿Es verdad que las nuevas tecnologías han reducido los accidentes de aviación?

—No lo dudes. Te voy a dar un dato estadístico que lo corrobora. Hoy en día estás más seguro dentro de un avión volando que en tu propia casa, donde tienes más probabilidades de tener un accidente grave en el baño, la cocina o la escalera.

—Nunca lo hubiera pensado. Pues deberán divulgarlo, porque son muchos los viajeros que pasan miedo.

CAPÍTULO 18

Madrid.
Miércoles, 8 de septiembre de 1976.

—Escucha tío… el que padre bebía en exceso y se estaba destrozando la salud lo sabía todo el barrio, lo que no he entendido, y sigo sin entender, es cómo llegó a cambiar tan de repente y se hizo un hombre odioso que pegaba a madre, que no jugaba conmigo y que decía blasfemias horribles, cosas que nunca había hecho. Si me acercaba a él para preguntarle por qué estaba de mal humor, me apartaba con un manotazo sin darme explicaciones. Aunque no le pusiera fuerza, me dolía más que si me hubiese pegado con la porra. Tienes que contarme lo que le sucedió y el motivo por el que me mantuvisteis ajeno a ello, incluso me enviasteis a un campamento para quitarme de en medio. Desde que comenzaron los problemas, no pienso en otra cosa. Creo que el dolor de cabeza me viene de darle vueltas y vueltas a todas horas.

—Ya te he dicho lo bueno que era tu padre al principio, pero, por desgracia, también tenía excesiva ambición y se le metió la idea de que la vida modesta que llevabais no se correspondía con sus méritos. En ese momento crítico, se tropezó con un individuo que, aprovechándose de sus debilidades, lo manipuló para usarlo en su propio beneficio.

—¿Se juntó con malas compañías?

—Exacto, sobrino, muy malas en este caso. En aquel tiempo, los adictos a las drogas aumentaban año tras año y los trapicheos se dispararon, en especial el de la maldita heroína que está destruyendo a tantísimos jóvenes mal informados de su peligro. Si aumentan los clientes, crece el número de cuantos se dedican a facilitarles lo que piden, ¿entiendes? Por eso abrieron en el distrito varios bares de copas y salas de baile en los que se vendía y consumía droga. El amigo de tu padre, un mal nacido, le propuso ser el protector de esos garitos a cambio de ganar al menos diez veces el sueldo que cobraba de policía. Su cometido era revelar, a ese

compinche, las fechas en que iban a ser inspeccionados o en que recibirían visitas de agentes de incógnito o chivatazos, lo que les permitiría ejercer el negocio con toda tranquilidad, esquivando los controles de la policía especializada. Así empezó su vida de delincuente.

—¿Acaso ignoraba que las drogas matan y que él sería responsable de esas muertes?

—Conocía bien lo que estaba haciendo, pero la codicia pudo más que su conciencia a pesar de las repercusiones que sus actos iban a tener en la vida de muchos jóvenes.

—Ahora entiendo… esa fue la época en que compró una tele grande, a madre le hacía regalos bonitos y a mí me trajo juguetes caros.

—Pero nunca gastó en exceso. Era listo y lo hizo con prudencia, evitando que sospecharan de él.

—¿Cuánto tiempo permaneció metido en esa basura?

—Demasiado… hasta que se produjo una pelea entre las dos bandas que luchaban por el control de la zona y le denunciaron, a él y a los propietarios de los tugurios que le pagaban, eliminándolos del mercado.

—Según eso, le traicionaron otros delincuentes que luego se hicieron cargo del negocio; ¿le metieron en la cárcel?… no recuerdo que se ausentara durante mucho tiempo.

—Hubo un juicio y el fiscal pidió cinco años de prisión. Su abogado era competente y demostró que habían intimidado a los testigos de la acusación. Todas las pruebas se declararon nulas. Salió absuelto, a pesar de lo cual fue expulsado del Cuerpo con deshonor.

—Ver cómo se destruía esta familia fue duro para mí y lo peor es que no sabía el motivo, solo me atreví a preguntaros si era cierto lo que oí en el colegio al incorporarme de las vacaciones y os apresurasteis a desmentirlo. Me afectó mucho… mucho… que me mantuvierais apartado porque pensé que no contaba en vuestras decisiones.

—Lo siento y reconozco que cometimos un error…

—¿Y de qué manera reaccionó padre?

—El mundo se desplomó bajo sus pies. La deshonra le martirizaba y sus ahorros disminuyeron con rapidez porque carecía de ingresos. Además, el abogado le cobró muchos miles de pesetas. Apremiado por la necesidad, buscó un empleo y nadie quiso dárselo. Yo le ofrecí que se viniera conmigo, pero aún le dolía la denuncia que puse contra él y lo rechazó. El escándalo,

el aburrimiento y la frustración, le llevaron a la bebida y la bebida le llevó a pegar a tu madre con la que desahogó su fracaso. Finalmente, al avergonzarse de sí mismo, se alejó de ti.

—Te agradezco que me lo hayas aclarado… No hay cosa peor que enfrentarte a un problema y no saber cuál es la causa. Al ser incapaz de resolverlo, te obsesionas buscando la solución. ¿A que es verdad?

—Sin duda que lo es… Yo sentí lo mismo hasta que me separé de mi mujer.

—Madre me ha hablado de ello. Dijo que estaba muy preocupada por vuestra relación y que, a pesar de ser por entonces una niña, se dio cuenta de cómo era tu novia desde que se la presentaste, incluso te avisó de que no te quería, pero que tú no le hiciste caso porque el amor te había cegado el entendimiento. Luego pasó lo que pasó y no tuviste otro remedio que separarte de ella. Menos mal que no teníais hijos.

—Eso es agua pasada, pero ya ves que son cosas que le pueden ocurrir a cualquiera. Te acuestas cada día sin tener ni idea de lo que va a suceder al siguiente y en un segundo todo cambia ignorando, a veces, o muchas veces, el motivo.

—Además del fallecimiento de padre, tengo dentro una congoja de la que necesito hablarte…

—Dime de qué se trata, querido sobrino.

—Cuando era niño, me quedaba largos ratos mirándome al espejo para disfrutar del parecido que teníamos los dos. Le imitaba en todo, incluso en la forma de hablar… Me sentía tan orgulloso de que fuera mi padre… Hoy, en cambio, tengo miedo de hacerme mayor y convertirme en una mala persona como él; por eso me esfuerzo en esconder lo que tenemos en común. ¿Te has dado cuenta de que me he quitado la raya y me peino hacia atrás? Basta con un cepillo y no uso el espejo.

La congoja le anudó la garganta y una lágrima se deslizó por su mejilla, una sola lágrima que sería la última de su vida. ¿Cuánto dolor cabe en una pequeña gota de esa sangre transparente y salobre destilada por el alma? Él lo había aprendido muy pronto: un dolor infinito.

Salvador quiso reconfortarlo.

—Atiende bien a esto que te voy a decir… ahora te ves encerrado en un lugar oscuro en el que te atemoriza pensar en lo que va a sucederte, presientes y no ves, imaginas y no pasa nada; entretanto, la incertidumbre te

reconcome por dentro haciéndote daño. Ten claro que tu vida será lo que tú quieras que sea, basta con no mirar atrás, fijarte unos objetivos y trabajar firme hasta alcanzarlos; ¿no decís los jóvenes: el que la sigue la consigue? Pues eso, persevera y obtendrás lo que desees. Tú tienes capacidad de sobra para triunfar en lo que te propongas.

—¿Cuáles son los objetivos, tío?

—El primero es aceptar una realidad obvia: la semejanza física no significa que vayas a ser igual que tu padre, el rostro en el espejo será el tuyo y no el de él. Después tienes que quererte mucho. Si lo haces, el tiempo te ayudará y lo que hoy juzgas imposible de lograr: volver a ser alegre, tener unas relaciones normales con los demás y sentirte orgulloso de lo que haces, un día formará parte de tu rutina diaria. Te lo prometo… te lo juro si quieres.

CAPÍTULO 19

Madrid.
Viernes, 21 de junio de 2019.

Eliseo entraba en recepción del hospital Norte poco antes de que Barbo saliera de Alcobendas hacia Madrid.

No vio a Julia en el mostrador y se encaminó a la habitación de Remedios. Al verle entrar con una bolsa, su cara se iluminó y alargó los brazos para que se la diera.

—Parece que el escritor ha cumplido su promesa. ¿Qué me has traído?

—Revistas, prensa y un perfume.

La joven cogió la bolsa y extrajo el pequeño paquete adornado con un lazo de color rojo. Lo desenvolvió, temblorosa, al igual que abren los niños sus regalos de Reyes.

—¡Joder, tío!… si es de los caros… Gracias, generoso, siempre quise tener esta marca, pero costaba demasiado dinero para mí.

—De nada. ¿Qué tal te encuentras hoy?

—Mejor… incluso me he atrevido a recorrer el pasillo hasta los ascensores cuatro veces. Luego vino el doctor a hacerme un examen del cuello y ha asegurado que me dará el alta enseguida y que la jodida jaula me la quitarán esa misma mañana. Le he dicho a la enfermera que no me importa diñarla y que se la lleven hoy. La muy sádica me ha mirado como diciéndome… pide, pide, que te quedas con ella hasta que revientes.

—¿Y qué tal tu amnesia?

—Sigue ahí. Esta mañana me miraron los sesos poniéndome un aparato lleno de cables y luego me dijo el doctor que estaba estupenda, lo mismo que me dicen los clientes… ¡Ah!… y que lo de la amnesia se me quitará en cualquier momento.

No aparecieron las chispas de regodeo, ya no tenía gracia.

—Ánimo… piensa en el lado positivo de la situación. En cuanto te liberen del halo, vas a notar tal alivio, que subirás al escalón supremo de la felicidad. Te va a pasar como a los esquiadores cuando se quitan las botas. Estoy convencido de que la afición a ese deporte viene del fantástico gusto que da desprenderse de ellas. Es un éxtasis divino. ¡Qué placer tan increíble! Aún lo recuerdo y eso que dejé de practicarlo hace muchos años.

—Sabrás escribir, consolar, te digo yo que no, aunque lo hagas en plan finolis.

—Anda… deja de fastidiarme que no me lo merezco… La verdad es que te aprecio y voy a echarte de menos.

—Eso solo son excusas, tienes mi tarjeta y puedes hablar conmigo cuando quieras.

—Es cierto que la tengo… Te recuerdo que prometiste contarme tu historia, ¿sigues dispuesta a ello?

—¿Tendré que devolverte el perfume si me niego?

—Ni hablar… Se trata de un regalo y no de un pago. ¿Qué tal si empiezas explicándome tu convivencia con los gitanos?

—¿Cómo te has enterado?

—Es fácil… ayer dijiste una palabra que desconocía y al buscarla en Internet vi que era Caló.

—¿Qué palabra?

—Chuquí.

—¡Ah!, me gusta y por eso la uso. Ya veo que eres un perniqué

—¿Me quieres camelar?

—No, perniqué significa inteligente, así que has metido la pata… Es verdad que viví de niña en la Cañada del Arcipreste, un asentamiento ilegal dividido por una hondonada que separa dos comunidades: la de los gitanos y la de los payos. Mi chabola se construyó justo al borde del terraplén y me hice amiga de Rocío, una gitanilla que vivía al otro lado y con la que me llevaba muy bien. Las dos nos reuníamos en el fondo y jugábamos con la arena. Después de llover mucho, quedaban grandes charcos, aquí y allá, que duraban varios días. Entonces nos hacíamos la ilusión de que estábamos en una playa y los charcos eran mares, cada uno con un nombre que inventábamos nosotras. Al poco tiempo salían montones de flores pequeñitas y amarillas y yo me quedaba contemplándolas, embobada. Era un milagro que algo tan bonito naciera de una tierra tan pobre. A veces

íbamos a casa de Rocío, donde me presentó a su Yaya, una anciana a la que adopté como la abuela que nunca tuve.

—He oído hablar de ese poblado. Intenté ir allí para investigar si era verdad lo que se contaba de él, pero no me permitieron el acceso.

—Eso fue cosa del basqueró. Anda listo, ¿a ver si sabes lo que significa?

—Déjame que piense… ¿alcalde?

—Ya me has chafado. ¿Eres tocapelotas o qué?

—Soy qué… Perdona el chiste. Conozco esa palabra porque, como te he dicho, hace tiempo encargué a mi colaborador ir a pedirle que me autorizara a visitar el asentamiento y se negó. Aún no lo he olvidado, hirió mi orgullo profesional y me sentí ofendido. Fíjate qué casualidad: transcurridos doce años, te conozco y resulta que por entonces vivías en la Cañada. Si el basqueró me hubiese concedido el permiso, quizás nos hubiéramos visto en la escuela donde pensaba hacer una visita.

Remedios había dedicado la mañana a informarse sobre Eliseo a través de Internet. Averiguó que era famoso, rico y soltero; perfecto para pedirle pasta. Pero antes tendría que resolver sus problemas y no era el menor de ellos, la estancia forzada en el hospital con una máquina de tortura en el cráneo.

—Es verdad, vivía allí con mi madre y mi padre como única familia y dudaba de que lo fueran. La Yaya, que me quería casi lo mismo que a su nieta, me dio a entender que no eran los de verdad. Yo me buscaba la vida como podía y, a pesar de que no teníamos de nada, hubo una cosa que nunca me faltó: la comida. Nos la proporcionaba Moncho, un cura que dirigía la escuela instalada dentro de un barracón tan destartalado que nos daba la impresión de que se iba a derrumbar de los ruidos tan fuertes que hacía cuando soplaba el viento. Sin embargo, estaba mejor construido de lo que parecía y sigue en pie a pesar de los años que han pasado. Todas las mañanas, de lunes a viernes, él y su colega venían en una furgoneta a darnos las clases y luego compartían con nosotros la comida que habían traído. A veces nos regalaban ropa usada pero limpia. Ese hombre tenía un don, ¿a ver si adivinas cuál era?

—Dímelo tú…

—Pues que una se sentía a gusto estando a su lado. Tan generoso, tan pendiente de nosotros y tan alegre que a todas horas le veías con la

sonrisa en la boca ofreciéndosela a cuantos se cruzaban con él. Decía que uno de los regalos más valiosos que recibimos al nacer es la alegría. Era tal la dependencia de él que, al verlo irse, nos sentíamos desamparados y los niños pequeños lloraban mientras le seguían corriendo hasta que abandonaba el asentamiento.

—Alguna vez he tenido la suerte de relacionarme con hombres y mujeres de esa categoría moral cuya sola presencia te alegra el espíritu.

—¿A que no sabes lo que mis padres hicieron conmigo al venirme la regla?

—Prefiero que no lo digas.

—¿Lo prefieres? ¿Eres un delicado de los que evita hablar de lo cruel que llega a ser este puto mundo para la gente que lo sufre?

—Creo que me has malinterpretado… a mí me importa la gente, lo bueno y lo malo… es parte de mi trabajo. Lo he dicho pensando en ti, en el daño que te hará revivirlo y además sospecho lo que vas a decirme.

—¿Seguro que lo sospechas?… ¿Sospechas que subastaron mi virginidad? ¿Sospechas que publicaron fotografías mías, en las que aparezco desnuda, en un portal clandestino de pederastas?

—Reconozco que lo ignoraba. Esa práctica es una de las más repulsivas que puede cometer un ser humano. Debió ser horrible para ti. Lo siento.

Y le acarició la cabeza con tierna muestra de pesar.

Remedios rumiaba en silencio. Estar enojada con Eliseo le remordía la conciencia. El modo en que se había librado de su cuerpo era propio de un cobarde, pero su mirada franca y el afecto que le mostraba, desmentían esa imagen. Era posible que su actitud, tan generosa con ella, no la provocara el miedo de que declarase a la policía lo que hizo en Peraleda, más bien parecía consecuencia de un interés auténtico por su vida. Era de las escasas personas que, al igual que Moncho, se había preocupado de protegerla a cambio de verla feliz. Ni siquiera el Duque quien, aunque la cuidaba y le hacía regalos, después exigía su ración de sexo y, al terminar, se iba y ella se quedaba sola. Eso era lo malo, el que se quedara sola. Estas consideraciones acabaron con su recelo hacia él.

—He sido una bruta enfadándome contigo y no te lo mereces. Es que estoy acostumbrada a que los hombres solo busquen mi carne y no tengo una relación de verdadera amistad con nadie, ni siquiera con las

compañeras del oficio a las que apenas veo. Apenas tengo práctica de alternar con personas que me traten bien. A veces pienso que me he gastado los años en busca del afecto de quien me lo pueda dar.

Eliseo observó una enorme tristeza en su voz. Remedios le había abierto su alma, desvelándole los secretos que ocultaba celosamente. Quiso reconfortarla y, en un gesto de delicada ternura, alargó la mano y tocó la sábana encima de su rodilla derecha, posándola los segundos precisos para transmitirle su aprecio a través del leve calor de su piel.

—Eso tiene sentido para mí. He de confesarte que estoy en deuda contigo y me gustaría que el destino te compensara por lo mal que te ha tratado. ¿Deseas seguir o prefieres que hablemos de otra cosa?, lo que vas a contarme te traerá malos recuerdos.

—No creas que tan malos… Yaya averiguó cuándo me iban a llevar al pederasta y se lo dijo a Moncho. Ambos acordaron sacarme del poblado a escondidas. Yo tenía que ir a la casa de Rocío con una bolsa de plástico, llevando dentro lo que más necesitase, de la que asomara mi única muñeca, simulando que iba a jugar con ella. Lo hice tal cual me dijeron y sobró sitio. ¿Te imaginas?, toda mi vida cabía en una bolsa del supermercado. La Yaya me aseguró que iban a trasladarme a una residencia muy bonita de Madrid, en la que vivían niñas de mi condición. Al principio me negué hasta que insistieron en que mis padres no eran mis padres, que los auténticos habían muerto siendo yo un bebé y que, si no me marchaba, iban a dejarme sola con un señor que pagaría mucho dinero por abusar de mi cuerpo. Yo estaba enterada de eso más de lo que ellos creían y entendí de qué iba el asunto, así que me vi obligada a separarme de Rocío, que era lo peor que me podía ocurrir.

—¿Y cómo te sacaron del asentamiento?

—En una furgoneta. Era de un electricista, amigo de Moncho, que simuló ir a colocar un enchufe a la casa de Yaya. Nunca he llorado tanto como al despedirme de Rocío y ella tampoco, estoy segura. Todavía sufro recordándolo.

Y cerró los párpados, un minúsculo movimiento con el que intentaba borrar esos recuerdos tan tristes.

—Descansa…, llevas demasiado hablando de cosas que te afectan. ¿Quieres beber agua? Si te apetece, te la traigo fresquita de una máquina que hay al lado de los ascensores.

—Eres un tío legal, Samaniego. Yo no estoy acostumbrada a estas finezas y me gusta que lo hagas.

—Enseguida vuelvo con la botella, ¿o prefieres un refresco?

—Mejor agua fresquita, que lo has dicho como si fuera a curar todos mis males.

Remedios comenzaba a sentirse querida por aquel hombre maduro. Observó el regalo, era un frasco precioso, ni pequeño, ni mediano, sino grande. Ahí estaba el detalle que le diferenciaba de la mayoría: era un hombre generoso y no pedía nada a cambio, igual que Moncho. Presionó el espray y roció unas gotas en el dorso de la muñeca izquierda que acercó a su nariz.

¡Joder! ¡Qué bien huele!... este debe ser el aroma que tiene la vida cara.

Eliseo regresó, le dio la botella de agua y ella bebió con ansiedad. Tenía sed y no se había enterado, el escritor sí.

—Me da en la nariz que te has puesto el perfume… ¿Te gusta?

—Mucho… Solo lo usaré si estoy con alguien especial, el resto que se fastidie.

—Eso me complace, significa que yo soy especial, ¿a que sí?

—Pues lo he estrenado para probarlo, de modo que no te hagas ilusiones.

—¡Menudo chasco!… Pareces cansada, ¿continuamos mañana?

—Me falta poco, mejor sigo y gano el premio…

—Haz lo que te apetezca.

—Entonces voy con ello… La furgoneta se detuvo en una estación de servicio, a dos o tres kilómetros de la cañada, donde me aguardaba Moncho para llevarme a un internado religioso de Madrid, donde las monjas me atendieron con tal aprecio, que me sentí muy a gusto con ellas. La hermana Virtudes, una de las que mandaba, me llevó a mi cuarto. Era pequeño, estaba amueblado con modestia y limpio que resplandecía. Me dio dos toallas, una de baño y otra pequeña; un pijama; un par de zapatillas; ropa de quita y pon; un vaso de plástico; un cepillo y pasta de dientes. De seguido fuimos a los aseos donde me enseñaron cómo limpiármelos y cómo usar la ducha y el retrete porque jamás había visto esos aparatos. Si vieras lo que gocé con el agua caliente cayendo a chorros sobre mi piel y con el olor a rosas del jabón. Me convertí en una obsesa de la higiene, era muy

agradable purificarme con el agua y el jabón tras haber eliminado la suciedad de mi cuerpo. Después de la ducha me vestí con la ropa nueva, y la vieja la tiraron a la basura. Esa noche dormí tan profundamente que, al despertar, creía que acababa de acostarme.

—Supongo que estarías acobardada con tantas caras nuevas y vivencias desconocidas.

—¡Qué va! Las monjas se mostraban conmigo tan dulces y afectuosas, diciéndome que me querían y cuidarían de mí lo mismo que si fuera una hija, que me sentía segura a su lado. Mis compañeras también me recibieron con simpatía. La mayoría había sufrido igual que yo y eso une.

—¿Y cumplieron su palabra?

—La cumplieron, ya lo creo. Siempre estaban pendientes de mi salud, de mis progresos en las clases, de cuánto me gustaba la comida, hasta mis inquietudes les preocupaban. A la semana vinieron a verme un señor y una doctora muy simpática. El señor me hizo preguntas acerca de lo que me pasó desde que tenía recuerdos, luego me sacó fotografías y me dio a firmar unos papeles. La doctora estuvo haciéndome un reconocimiento de todo mi cuerpo, y cuando digo todo, digo todo, para ver si estaba bien de salud. Al terminar me sonrió y me dijo que, si todos sus pacientes estuvieran tan sanos como yo, se moría de hambre. Antes de irse, me extrajo sangre del brazo que metió en varios tubitos transparentes e hice pis en un frasquito de plástico. Al mes volvió el señor y me entregó un documento que nunca había visto: mi carnet de identidad. Al tenerlo en mis manos, lo apreté contra mi pecho. Por primera vez me sentía una mujer y no una piltrafa. El señor era un policía y me dijo que habían detenido a mis presuntos padres acusados de pederastia y secuestro. Gracias a la sangre que me sacaron, pudo averiguarse que no lo eran y que los auténticos habían fallecido, los dos juntos, siendo yo un bebé. Nadie me dijo lo que les pasó y eso que le pedí a Moncho que se lo sonsacara a la Yaya, quien es la madre del Basqueró y se entera de todo lo que pasa en La Cañada. En la siguiente visita me contó que se lo había preguntado y que ella no recordaba de qué murieron. Lo que sí recordaba era que mis falsos padres se quedaron conmigo para explotarme sexualmente cuando me hiciera mayor.

—¿Qué tiempo permaneciste en el internado?

—Cinco años en los que tuve de todo: comida, ropa, atención médica, aprecio… incluso me daban una pequeña propina los sábados para

comprar chucherías. Además, descubrí un montón de cosas nuevas, una de ellas fue mi curiosidad. En los ratos libres me iba a la biblioteca a leer lo que me dejaban leer y a la hora de estudio devoraba los libros de texto. De ese modo, aunque no te lo creas, me convertí en una alumna ejemplar. Al principio hablaba tan mal el español que me costaba hacerme entender y solía estar callada. En cuanto dominé la gramática, dejé de hablar el caló, excepto las palabras bonitas que sigo usando, y me hice la parlanchina de la clase.

—¡Ah!… ya sé por qué te expresas a veces de esa manera tan peculiar y si quieres, hablas el español muy correctamente. ¿Cuándo te marchaste del internado?

—Al cumplir dieciocho, justo recién aprobado el bachillerato. Las monjas me buscaron un empleo, lo malo es que había paro y el único que consiguieron fue el de empleada de hogar en un casoplón de ricos. Los dueños eran amables conmigo, pero me agobiaba aquella esclavitud, sometida a toda clase de órdenes de sus dos hijas, que eran unas arpías. Podía salir a divertirme el sábado y el domingo. Iba con una colega que trabajaba en el mismo edificio. Fue ella la que me convenció para que acudiéramos, aquella tarde, a una cafetería de la calle Princesa donde nos esperarían dos chicos guapos y con dinero, lo que resultó ser cierto. Anduvimos de baretos, tomamos cantidad de copas y, aprovechando que yo estaba un pelín moña, me insistió en que fuéramos los cuatro a un hostal que había cerca. Yo me negué al principio y ella, que era la que lo había organizado, me aseguró que nos pagarían cien euros a cada una y que era de tontas rechazarlos. Mi pareja se llamaba Alberto y me gustaba mogollón, tanto, que me moría de ganas por averiguar lo que era hacer el amor con él, que es la frase con la que envolvió el caramelo la zorra de mi amiga. Me costó, pero acabé aceptando y subimos a la habitación con dos camas que había alquilado el otro chico.

—Tómate un respiro… voy a traerte otra botella de agua fresquita de la máquina. No digas ni mu que te veo venir.

Al advertir que se disponía a replicarle, puso su dedo índice cruzando los labios. Ella se quedó mirando a la puerta hasta su regreso.

—Aquí está el agua prometida… la pongo en la mesilla. ¿Te apetece seguir?

—Claro que me apetece… El entretenimiento me relaja y hablar me entretiene. Desde que vine a este hospital, mi lengua se pasa las horas muertas de aburrimiento en la boca y me pide darle caña… Alberto, que también era virgen, se desvivió tratando de satisfacer mis deseos y lo hizo con delicadeza y respeto. Yo también me esforcé en ello y el polvo resultó genial. Tengo que admitir que fue inolvidable, o sea… que me flipó. Cuando nos separamos, me moría de ganas por repetirlo, él me lo pidió y lo volvimos a hacer. Nos veíamos una vez al mes hasta que, de repente, desapareció. Fue un palo para mí porque estaba enamorada de él y se largó sin que yo supiera el motivo.

—No suele pasar a menudo que esa primera experiencia sea tan satisfactoria. Por lo menos, en esto tuviste suerte; aunque no lo hayas vuelto a ver, siempre te quedará el recuerdo.

—La tuve… pero por otra razón, esa noche supe que era posible ganar un pastón y disfrutar durante el curro. Sospecho que la amiga ya ejercía el oficio, pues me pidió que trabajáramos juntas. La verdad es que acepté encantada. Al principio nos ocupábamos los fines de semana, hasta que abandonamos nuestras respectivas casas para alquilar un piso en San Sebastián de los Reyes. Dormíamos en una habitación e instalamos en la otra una especie de gabinete con camilla y futón. Empezamos anunciándonos de masajistas eróticas en Internet y enseguida recibimos el primer *guasap* interesándose por nuestros servicios. Después de ese, vinieron otros muchos y comenzamos a ganar dinero suficiente para las dos. El día que no teníamos citas, íbamos a las gasolineras y hoteles de carretera en busca de viajeros con necesidades urgentes.

—¿Y cómo es que ahora trabajas sola?

—A los dos meses nos separamos. Era desordenada, perezosa y guarra. O le dolía algo, o estaba con la regla, o el fulano de turno apestaba, lo cual tiene gracia porque era ella la que apestaba. Íbamos a medias, yo ponía el cuerpo y la zorra, la mano, una relación desventajosa para mí. Se agarró un rebote y no la volví a ver. Por entonces ya tenía algunos ahorros y me fui a Torregaliana… Señor escritor, este cuento se ha acabado, aunque no haya comido perdices porque no me gustan.

Samaniego decía que detrás de cada persona hay, al menos, una historia original. Lo de Remedios era un drama. Le conmovía que, superando su desdichada existencia, conservara esa frescura, esa

espontaneidad y ese ingenio que la hacía tan única. Había explicado los motivos que la llevaron a prostituirse sin fingimientos ni justificaciones; para ella, lo más natural del mundo era ser meretriz. Esa actitud, desprovista de hipocresía, la encontró admirable.

—¿Has tenido noticias de Rocío?

—No… le pedí a Moncho que me permitiera ir con él a la Cañada del Arcipreste y me contestó que mis falsos padres habían salido de la cárcel, vivían allí y yo corría peligro si se enteraban de mi presencia. También dijo que no la veía por la escuela desde hacía mucho. Me extraña que Rocío no fuera a visitarme al internado con lo fácil que era pedir a Moncho que la llevara o que le diera mis señas. Esa es otra, le escribí varias cartas con el remite puesto y no ha contestado. Me paso el tiempo imaginando que viene al hospital y abre esa puerta. ¡Cuánto me gustaría abrazarla! Sigo queriéndola mogollón y me pone triste su recuerdo.

—Escucha… una mujer, como tú, que se ha enfrentado con ese valor y alegría a las calamitosas circunstancias que te ha enviado el destino, tiene que sentirte orgullosa de sí misma. Piensa en ello. Para mí, tiene mucho mérito lo que has hecho saliendo adelante en un entorno tan hostil. En fin… ahora he de marcharme; si estás de acuerdo, vuelvo mañana a las diez.

—Cumples tus promesas y confío tanto en que vengas, que no pienso moverme de aquí.

—Esa broma tiene gracia…, se ve que vas sanando el ánimo. ¡Venga! A descansar, que la mañana ha sido agitada.

—Hago lo que puedo.

Al salir de la habitación, Eliseo se giró hacia ella.

—¡Ah!… pasé por Fuentesancho y alguien ha recogido tu coche.

—Te lo dije… Ha sido el empleado del Duque. Ayer tarde me devolvió las llaves del Passat, las de mi casa, me trajo mis dos móviles y también una maleta con ropa. ¿Ves lo mucho que se ocupa de mí?

—Me encanta que te cuide tu cliente. ¿Ha vuelto desde que me tropecé con él en el ascensor?

—No… únicamente vino ese día y se largó diciéndome que se iba a una feria de ganado.

—Su profesión debe ser fascinante.

—¿Le vas a pagar si te la explica? Pues prepara pasta, que a lo mejor te cobra lo que pide por mojar el churro del semental.

—Muy graciosa la niña.

Se aproximó a la cama, le cogió la mano derecha, le dio un beso en el dorso y le dijo:

—Eres una buena chica y me gustas.

—Y a mí me gustas tú. No te me pierdas, ¿vale?

Eliseo tenía la cita en el acceso al salón de actos de la facultad de medicina de la Complutense. Consultó el reloj, era pronto. Se detuvo en el camino, tomó un café, un cruasán y telefoneó a Ernesto, su colaborador, un ex confidente de la policía que se movía en los bajos fondos y al que contrataba de asesor si la trama de la novela en ciernes lo exigía. Él fue quien acudió a la Cañada del Arcipreste a pedir autorización al Basqueró. En esta ocasión le hizo un encargo que requería toda su habilidad profesional.

El escritor y el abogado, puntuales en la cita, accedieron al interior del salón de actos, situándose en la zona de invitados. A iniciativa de Eliseo, se sentaron uno detrás del otro para evitar que pudieran vincularlos.

Aparecieron tres ujieres ataviados a la antigua, pomposos, luciendo guantes níveos, bastón de ceremonia y gorros adornados con una sola pluma, blanca la del primero y negra los de detrás. Precedían a los alumnos y alumnas, todos vestidos con galanura, que fueron sentándose en sillas con respaldo y asiento de terciopelo, alineadas en uno de los laterales de la mesa presidencial. Detrás venían los familiares, mirando y sonriendo a ambos lados hasta situarse frente a los alumnos. Entre ambos grupos, un amplio pasillo estaba rematado por la mesa presidencial. Por último, entraron los profesores, con sus togas amarillas; los decanos; el vicerrector y el rector. Eliseo preguntó a Tino Santacruz dónde estaba Luisa, su apadrinada. Solo la había visto en las fotos que le dieron tras ser elegida becaria.

—Es la quinta de la segunda fila, contando desde el lado más próximo a nosotros.

—La veo… Rebosa felicidad. ¿Y dónde están sus padres?

—Enfrente… los dos que van de negro.

—¿El que lleva bastón de madera y ella luce un pequeño tocado?

—Exacto.

—Cómo se nota que son humildes y qué satisfacción me da comprobar lo orgullosos que se sienten de su hija. Estoy tan eufórico que

me considero un egoísta por sacar ventaja de esta relación.

—Venga, Eliseo, a veces dices cosas que no son de recibo. ¿Esa joven tiene un futuro espléndido gracias a tu altruismo y te acusas de egoísta?

—¡Bah!, yo he dado dinero y recibo felicidad a cambio. Confiesa que es un intercambio desequilibrado a mi favor. Hay una región en la India donde el que agradece es el que ayuda y no el que recibe. Eso tiene lógica; te parezca bien o no, estoy en deuda con ellos y en especial con Luisa, quien ha culminado una carrera larga y difícil regalándome esta satisfacción impagable.

Eliseo había cumplido, en enero de 2000, su sueño más anhelado: crear un fondo de becas destinadas a alumnos carentes de posibilidades económicas. Su abogado, Tino Santacruz, resolvió los trámites legales. Se le ocurrió el proyecto leyendo la frase contenida en un informe de la UNESCO: *El dinero mejor empleado para socorrer a jóvenes faltos de recursos es el destinado a su educación.*

La mayor dificultad fue elegir al premiado, una tarea que encomendó a su amigo íntimo. Al Menti le entusiasmó el proyecto, ofreciéndose a participar gratuitamente y empeñando su honor en guardar secreto. Era el hombre apropiado, aún mantenía contactos con la empresa a la que había encargado la selección de sus ejecutivos y logró involucrar al gerente en el programa.

Lo que hacía único al proyecto era la institución que agruparía a los becados, una hermandad a la que el escritor denominó FIDES: Fraternidad Internacional de Estudiantes Solidarios; nombre que ocultaba el verdadero significado, Fraternidad Internacional de Eliseo Samaniego. Los estatutos no eran contractuales, cada nuevo miembro firmaba bajo la siguiente frase: *He leído lo que precede e intentaré cumplirlo*. El que entusiasmaba a Eliseo pedía, a cada uno de ellos, el pacto voluntario de becar con su dinero, una vez que obtuvieran un trabajo bien remunerado, cuando menos a otro alumno. Se habían otorgado quince becas, ocho chicos y siete chicas, de los cuales dos eran sudamericanos, pero sus miembros ya sumaban dieciocho. Los tres primeros habían cumplido su compromiso becando a su vez a un estudiante sin recursos. Si la cadena perduraba, no habría límites en su futuro.

El abogado los reunía en Madrid en una comida anual de confraternidad donde eran raras las ausencias.

El escritor, desde el anonimato, evitaba vincularse personalmente a un grupo tan numeroso que dependía de él. Era un recurso para protegerse de su tendencia a vivir en exceso los problemas del prójimo. La única cabeza visible, Santacruz, se limitaba a contestar a los interesados que el benefactor era un fondo de becas anónimo.

El discurso del decano y de los dos alumnos que le siguieron, fueron emotivos, aunque convencionales. Finalizada la proyección de los videos describiendo las actividades académicas del curso, comenzó la imposición de becas. Uno a uno, fueron nombrando a los alumnos y a la persona que la iba a imponer. Varias veces coincidieron los apellidos, quizás por ser parientes.

Le tocó el turno a Luisa. Al verla desfilar hacia la mesa presidencial, Eliseo sintió estremecerse la garganta y ese sabor pastoso en la boca acudió puntual a la cita. Después de que le impusieran la beca, al retornar a su butaca, sus miradas se cruzaron casualmente, Luisa le sonrió desconociendo quién era y Eliseo le devolvió la sonrisa lanzándola desde la nube a la que ese sencillo gesto le había encaramado.

Concluida la ceremonia, sostuvo una breve charla con Tino sobre un nuevo proyecto, concebido esa mañana, que requería su dictamen profesional. No era importante, sino urgente. Insistió a lo Samaniego, en el club le llamaban *el de la pluma verde*, y el abogado dio su palabra de tenerlo listo esa misma noche.

CAPÍTULO 20

Madrid.
Miércoles, 8 de septiembre de 1976.

Federico Matey, con las prisas empujándole los talones, tardó poco en regresar a su despacho.

A pesar de las contradictorias declaraciones de Rufina y su hijo, se sentía optimista, persuadido de que el destino le había otorgado un caso que le haría célebre. Era ambicioso y tenía prestigio; no obstante, le faltaba ese impulso que catapulta al elegido por encima del resto de colegas y le coloca entre los mejores, impulso que le podría dar este proceso gestionándolo adecuadamente. Ya imaginaba su nombre ensalzado en los medios como un adalid de la transición iniciada durante la enfermedad de Franco. No se contentaría con la pena mínima que, por cautela, había insinuado a Toni; su objetivo era el sobreseimiento.

Llevaba semanas pendiente del sumario abierto en Zaragoza contra una esposa acusada de adulterio que entonces se penaba con cinco años de prisión y una multa de 50.000 pesetas. El defensor tildaba la petición del fiscal de barbaridad medieval por la desmesurada e inadmisible prisión y la escandalosa multa, pues con ese dinero se podía amueblar un piso de clase media. Pero así lo exigía la ley vigente, una ley que castigaba con duras penas a la esposa *si yacía con varón que no fuere su marido*, sin especificar otras circunstancias, mientras que solo establecía un castigo mínimo al marido adúltero si se probaba que conocía el hecho de ser casada. Era una asimetría legal discriminatoria, inadmisible en un Estado de derecho. En la práctica contenciosa, el acusado podía acreditar con facilidad la ignorancia de tal requisito y, en cambio, se condenaba con excesiva frecuencia a la cónyuge que no disponía de esa vía de escape.

La Asociación Democrática de Mujeres, junto con varias asociaciones femeninas que todavía no usaban el término feminismo y algunos ilustres jurídicos de la ciudad, incluido el decano del colegio de

abogados, habían concienciado de lo vergonzoso de este sumario a renombrados miembros de las instituciones españolas y a uno en concreto de la Casa Real.

Aparte del juicio de la esposa adúltera, quien, según fuentes generalmente bien informadas, iba a ser absuelta, el Consejo de ministros de Adolfo Suárez había presentado a los altos jefes militares el ansiado Proyecto de Ley para la Reforma Política. Federico consideraba que los dos sucesos influirían en el sumario de manera favorable a sus clientes.

Se arrellanó en una butaca y comenzó a escuchar de nuevo los dos testimonios que le tenían perplejo.

Luego analizó las alternativas: Rufina dice la verdad, Toni dice la verdad o lo hicieron de mutuo acuerdo. Esta última hipótesis le repugnaba, eran dos personas incapaces de perpetrar un acto de tal vileza y lo eliminó de la lista. La premura de tener que resolver esa noche le hizo recuperar el plan inicial por el que la madre y el hijo se acogerían al derecho de guardar silencio.

Respecto a las manchas de sangre a alta velocidad y restos de pólvora en las manos y en la ropa, las invalidaría con facilidad, puesto que ambos admitían haber estado junto al difunto al producirse el disparo. En resumen, sería fácil demostrar que esas pruebas no incriminaban a ninguno de los dos, una evidencia que utilizaría en función de las acusaciones del fiscal.

Lo mismo pasaba con las huellas dactilares en la pistola, ya que Toni y su madre reconocían haber practicado con ella en infinidad de ocasiones, lo que justificaba su posible presencia en el arma.

El cuerpo le pedía levantarse y pasear, era síntoma de que una idea se estaba gestionando en su cabeza. Sentado analizaba y de pie se inspiraba.

En efecto, un plan delicado, pero plausible, hasta ahora oculto en el laberinto neuronal, afloró al consciente. Federico se reprochaba no haber descubierto esa solución desde el principio. Era arriesgado, prometedor y lo pondría en marcha de inmediato.

Los comercios estaban abiertos y se encaminó a la armería Arcabuz, acreditada en el mundillo de los coleccionistas, donde se vendían armas inutilizadas de todo tipo, antiguas y modernas, o alquilaban para utilería de cine, teatro, etc. Disponían de la Beretta 1934. Tan solo en ese año se fabricaron un millón de ejemplares y era fácil de encontrar.

El dueño, Valentín Guerra, era un maestro armero experto y enamorado de trabajo. Federico le preguntó las peculiaridades y los detalles de su funcionamiento. Guerra contestó con un entusiasmo infantil que ponía de manifiesto la predilección que sentía por ella. El abogado la alquiló por un día y le encargó un dictamen técnico de la pistola con la que se disparó a Antón Postigo, derecho que otorgaba la ley a cualquier imputado en un homicidio con arma de fuego. Era posible que los análisis le ayudaran a descubrir cómo se había producido el disparo. En ese caso, estaría en mejores condiciones de averiguar cuál de los dos había sido el autor.

Al despedirse en la puerta del local, el dueño le hizo un interesante comentario:

—A esta joya, extraordinaria, le persigue una sombra histórica lamentable. Con una Beretta idéntica, fue asesinado a quemarropa Mahatma Gandhi.

Federico telefoneó a Marian, condiscípula de la facultad de derecho, con la que conservaba una profunda amistad. Aún se reunían esporádicamente en la cafetería California 47 de la calle Goya, donde recordaban anécdotas divertidas de aquellos tiempos remotos y quiméricos. Se citaron a las ocho de la tarde.

Marian, al revés que él, permanecía soltera y entregada a la causa feminista. En los comienzos de la transición, su principal objetivo fue organizar y coordinar una campaña de movilizaciones con el objetivo de suprimir del código penal las leyes que discriminaban a la mujer, como la que castigaba con pena económica y de prisión a una adúltera. El siguiente escalón, más ambicioso, promovería la aparición de nuevas leyes, refrendando la libertad de decidir sobre su cuerpo y su modo de entender la relación de pareja. En el mes de enero, había sido elegida presidenta de una de las asociaciones más activas de Madrid.

Se saludaron con un prolongado abrazo y estuvieron evocando los recuerdos comunes de sus tiempos universitarios. Agotado el tema, Federico le expuso la muerte de Antón sin quebrantar la deontología profesional, ciñéndose exclusivamente a lo que saldría en las noticias. Ella manifestó un vivo interés por lo sucedido.

—Me lo ha contado esta mañana mi secretaria. Si es cierto lo que me has dicho, estamos ante un acto de violencia doméstica grave cuyo

resultado ha sido la muerte del maltratador. Una desgracia con repercusiones políticas insospechadas.

—Coincido contigo y prueba de ello es que he aceptado ocuparme de este caso, no solo por la madre maltratada y su hijo adolescente, que están pasando por un infierno, sino porque preveo un enfrentamiento que puede servir para valorar las verdaderas fuerzas de los reformistas frente a los inmovilistas.

—Fede… este proceso va a ser memorable… te lo prometo. Haremos tanto ruido, que el caso será debatido en todos los ámbitos de la sociedad española hasta que se tome conciencia de la injusticia que supondría aplicar las leyes franquistas a tus defendidos. Y de paso, el resto de nuestras reivindicaciones recibirán un notable impulso. Tenemos clara la resistencia que van a plantear los estamentos adeptos al régimen y, mal que les pese, te garantizo que el juez va a pensárselo dos veces antes de llevarlos a juicio.

—Veo que sigues igual, yo, en cambio, he evolucionado hacia el convencionalismo, ya sabes… esposa… hijos… la suegra… la hipoteca…

—No me engañas, sigues en la brecha desde tu bufete; si no lo crees, analiza los motivos que te han impulsado a reunirte conmigo.

—Quizás sea porque necesito tu colaboración, a ti no te puedo engañar.

—Quizás es una palabra indecisa. Quizás haya algo que no quieres aceptar.

—¡Ojalá!, querida Marian… ¡Ojalá!

CAPÍTULO 21

Madrid.
Viernes, 21 de junio de 2019.

Camino del vehículo policial, Castromena reclamó su derecho a utilizar el teléfono. Garriga lo autorizó conforme a las instrucciones de la teniente Lázaro. El detenido marcó el número de su madre, quien descolgó al instante. Parecía estar esperando la llamada.

—Hola, mamá… no te preocupes por lo que te voy a decir… dos guardias civiles me han detenido. No tienen nada contra mí, te lo juro, lo único que hacía era llevar un coche de Alcobendas a Madrid por encargo de un señor que me ha pagado doscientos euros… Tienes que confiar en mí. Creo que es un delincuente y me van a interrogar para que les ayude a encontrarlo.

—Hijo… ¡No pueden tratarte de esa manera!… ¡Detenido tú!… con lo bueno que eres… ¿Te han hecho daño?

—¡Qué va! Son super amables. Lo que tienes que hacer ahora mismo es contratar a un abogado que no conozca a papá, si él se entera, me echa de tu casa. No cuelgues, enseguida vuelvo contigo.

Tapó el micrófono con la mano. Le había salido bien la jugada de traer a colación que el piso era de ella y no de su marido.

—¿Disculpen, me pueden decir adónde me llevan?

Garriga, que no iba conduciendo, le contestó girando la cabeza para verle mientras le hablaba.

—Pues claro. Al cuartel de la Guardia Civil de Torregaliana.

El detenido retomó la conversación.

—Mamá, escucha atentamente, ¿tienes un papel y un boli?

Una precaución justificada, su memoria era mala y olvidaría el nombre.

—Espera, en mi secreter tengo papel y bolígrafo… ¡Jolín! Se ha secado la tinta, voy al despacho de tu padre, que allí tiene muchos…

Un minuto después:

—¿Sigues ahí?… ya he encontrado uno que escribe.

—Vale… toma nota del nombre: Torregaliana. ¿Lo has escrito bien? A ver… repítelo.

—¿Torrejuliana?

—No… Torrejuliana no, es Torregaliana, repítelo otra vez, porfa…

—¿Torregaliana?

—Eso es… Ni se te ocurra consultarlo con las amigas que a los pocos minutos lo sabrá todo Madrid, mejor encárgaselo al párroco… ese te lo va a solucionar con discreción. Cuando te recomiende uno, ponte en contacto con él y dile que se dirija al cuartel de la Guardia Civil de Torregaliana a toda velocidad.

—Lo haré ahora mismo, me visto y voy a la parroquia.

—Te quiero, mamá, eres la mejor del mundo, no sé qué sería de mí si tú no me apoyaras.

Los dos agentes se intercambiaron sendas muecas de complicidad ante la chusca lisonja maternofilial que habían oído.

Reverte acudió puntual al interrogatorio. Llevaba en el bolsillo un *pen drive* con los videos y fotografías de la manifestación, que mostró a Irene con un inequívoco gesto de orgullo.

—Aquí lo tengo… me ha costado una larga negociación sacárselo a los medios. Si está conforme, le echamos una ojeada tras finalizar el testimonio de Castromena, a ver si localizamos al fulano que se ha esfumado de forma tan habilidosa.

Irene entró en la pequeña habitación donde habían encerrado al joven delincuente, quien, empujado por un resorte automático, se incorporó al verla.

¡Joder, qué pedazo de tía!

Ni ella, ni Reverte, que se relevaron durante el interrogatorio, lograron que desvelase algo provechoso, lo único que dijo es que hablaría después de consultar con su abogado. Era pijo, no tonto. El letrado se demoró una hora. Era un hombre de mediana edad, vestido con un traje a medida, de movimientos pausados y ademanes melifluos. Lázaro, al estrechar su mano, tuvo la misma sensación que la primera vez que jugó con el blandiblú.

El recién llegado reclamó hablar con el detenido.

A solas, en la pequeña habitación, escuchó su relato desde la reunión en el pub hasta que abandonó el coche precipitadamente. De trecho en trecho tomaba apuntes en un bloc. Releyó lo escrito y, aclaradas las ideas, se dirigió a él.

—A ver… Castromena, me has dicho que las cerraduras venían con clave, ¿tú conocías la combinación?

—Sí, pero no me hizo falta, estaba puesta cuando fui a abrirlas. Los cuatro números eran ceros.

—¡Qué suerte has tenido! Ese nimio detalle es el que me permitirá defenderte con éxito. Ambos están al corriente de que no usaste la clave y, gracias a ello, puedes decirles que tu trabajo consistía en llevar los maletines y entregárselos a un fulano en el paseo del Prado, que te dijeron que iban escondidos para evitar que nadie los robase, que abriste uno por curiosidad, que te asustaste al ver lo que había en su interior y que te largaste corriendo. Si hubieras tenido que ponerla, verificar el dinero era parte de tu cometido y te acusarían de pertenencia a organización criminal. En el caso de que quieran saber a qué persona se los ibas a entregar, asegúrales que lo ignoras, pero que lo identificarías si se acercaba a ti preguntándote si te llamabas Castromena y que lo único que tenías que hacer era darle las llaves del coche. Cuéntales también lo del miope y el pub. Muéstrate colaborador, habla poco, despacio y preciso, que no te malinterpreten. ¿Lo has entendido?

—Lo he entendido muy bien. ¿Me van a meter en el calabozo?

—No… si acaso te retendrán un tiempo con la intención de intimidarte para que no reincidas. Según me has dicho, careces de antecedentes y ellos no tienen pruebas contra ti.

El abogado se despidió tras finalizar el interrogatorio y ambos servidores de la ley se quedaron analizando su resultado.

—Comisario… se ha confirmado nuestro pronóstico; Castromena no ha cometido errores y carecemos de evidencias para acusarle de un delito. Si lo detenemos, el juez lo dejará libre sin cargos y es lo que procede. Asimismo, los datos que nos ha facilitado son irrelevantes. Investigaremos lo del pub y el hombre de las gafas, aun sabiendo que será una pérdida de tiempo.

—Me temo que lleva razón.

—¿Le apetece tomar un café? Es de máquina, pero está rico y el ordenador no se va a poner nervioso si nos retrasamos unos minutos. La tenemos en la sala de descanso.

—Sí que me apetece… nos conviene cargar pilas, al menos las mías están a punto de agotarse.

—Pues bienvenido al club de pilas agotadas.

Entraron en el despacho, con las tazas todavía humeantes, y se situaron frente a un sofisticado equipo informático que impresionó a Reverte.

—Si yo trabajase aquí, pedía el retiro anticipado… Tanta electrónica me intimida.

Sacó del bolsillo el USB y se lo entregó a ella con tanta rapidez que parecía estar mordiéndole la mano.

—Es una copia, me he quedado con el original que pienso revisar esta noche durante el insomnio.

—¡Ah!… yo lo haré antes de irme a la cama. No duermo, me desmayo y recupero el sentido cuando suena el despertador.

Tardaron un tiempo en examinar el numeroso contenido de videos y fotografías. Descartaron la mayoría y movieron a otra carpeta los filmados en la zona próxima al aparcamiento a la hora en que Castromena abría el maletín. Los reprodujeron varias veces y no vieron sospechoso alguno. De mutuo acuerdo, se reunirían al día siguiente para una inspección más minuciosa de las imágenes.

Se despidieron con afecto, sentimiento distinto al del día en que se conocieron. La lucha les había unido en una relación que comenzaba a exceder lo meramente profesional.

Lázaro, saliendo del cuartel camino de su coche, vio a Reverte dirigiéndose hacia ella. Al verla en la puerta, aceleró sus pasos con muestras de nerviosismo.

—Acaban de comunicarse conmigo desde Jefatura, ¡es increíble!, han descubierto en Madrid el cadáver de un individuo asesinado en su vehículo. Según creen, ha sido una ejecución de tipo mafioso. Su nombre figura en la lista de sospechosos del expediente Mercurio, aunque no se obtuvieron pruebas que le incriminaran y quedó excluido. Quieren que me reúna con usted para iniciar las pesquisas. Me he tirado el farol de decirles

que ya barruntábamos una represalia semejante y que estábamos en Fuentesancho analizando lo sucedido en la plaza de Neptuno.

—¡Qué fuerte!… Disculpe… están llamando a mi móvil. ¡Ah!… Es de la Dirección General.

Se apartó unos metros y regresó a los pocos minutos.

—Me han transmitido las mismas informaciones que a usted y ordenado que me ocupe del caso, puesto que se ha adscrito a la operación Mercurio. Tenemos que impedir, a toda costa, que este crimen se asocie con la Guardia Civil o con esa operación. Mis jefes y los suyos quieren que se convoque una rueda de prensa en la comisaría del distrito Retiro a las siete y media de la tarde. Con objeto de darle verosimilitud, atenderá a los periodistas el inspector de servicio y no el comisario.

—¡Bravo!… los jefazos han usado la inteligencia.

—Hay que comunicarle lo que puede y no puede revelar a la prensa, él será nuestro secreto portavoz y nosotros permaneceremos en la sombra. ¿Lo solventamos ahora?

Reverte, halagado, hinchó el pecho.

—Este suceso levantará la caza si no lo manejamos con habilidad y discreción. Lo prioritario, me parece a mí, es convencer a los traficantes de que no lo hemos relacionado con ellos.

—Exacto… ese es el objetivo. Propongo que se limite a notificar un crimen por estrangulamiento en un parking de Madrid y que, dado el escaso tiempo transcurrido, ignoran las causas, aunque los indicios apuntan a un homicidio con apariencia de ser una venganza personal y aún carecen de pistas con las que identificar al asesino… en singular lo de asesino. No hará mención de la mafia, ni de la droga, ni de la horca eléctrica.

—Nada que objetar, teniente. He pensado que sería mejor no dar ningún tipo de publicidad al crimen, pero ante la situación política y el hecho de que el difunto sea abogado, levantaría recelos entre los medios que podrían someternos a una dura presión.

—Es el argumento que han manejado nuestros jefes. ¿Quién va a decírselo al inspector?

—Descuide… Yo lo hago.

—Entonces voy a mi despacho y recojo la cámara fotográfica de la unidad. Presiento que nos será útil.

Irene apareció con ella colgada del hombro.

—¿Dónde vamos, Reverte?

—Al depósito de la Ciudad Universitaria y luego al domicilio de la víctima. Ya que vive en Madrid, me he anticipado a enviar dos expertos que inspeccionen a fondo la vivienda entretanto llegamos nosotros y ganar con ello un tiempo valioso.

—¿Y qué hacemos aquí, parados? ¡En marcha! Yo le sigo.

El vetusto edificio, donde estaba instalado el Instituto Anatómico Forense, llevaba activo cuatro décadas y se habían practicado en él casi cien mil autopsias en una sala de cuarenta metros cuadrados equipada con seis mesas de disección. ¡Cuántas historias habrán tenido su final, y a veces su principio, en ese centro! La morgue moderna, fundada en París por Napoleón Bonaparte, se ha considerado en los países occidentales un lugar tétrico, perturbador, atrayente para los morbosos, que apenas incumbe a los ciudadanos, como si hubiera entre ellos un pacto tácito empeñado en extirparlo de la memoria colectiva.

Bajaron juntos los escalones que conducían a la puerta de entrada, percibiendo ese desagradable olor a formol tan inconfundible e intenso que, en el interior del edificio, se hizo insoportable. Era inverosímil que el aire pudiera alcanzar ese grado de viscosidad saturado de hedores capaces de afectar a las papilas olfativas menos melindrosas que, asediadas por tanto intruso, requerían a las piernas una huida rápida al aire fresco de la calle. Había otro olor sutil: era el olor a olvido, el olvido a los muertos que, realizada la autopsia, pierden su protagonismo y el forense tiene que borrar de la memoria porque el siguiente está esperándole.

—He venido infinidad de veces y no entiendo cómo soportan el trabajo en un ambiente tan irrespirable.

—Pues yo jamás había estado aquí y me pasa lo mismo. Seguro que se han acostumbrado con el tiempo. ¿Son muchos?

—Unos trescientos, contando patólogos forenses, administrativos, radiólogos, especialistas en dactiloscopia, odontólogos, fotógrafos, encargados de pruebas y efectos … a ver, que faltan más… sí… los ayudantes de los patólogos, los del registro y los que he olvidado.

Terminada la extensa relación, Reverte se percató de que hubiera bastado con las dos primeras palabras.

¿Por qué me he mostrado tan detallista? Va a pensar que soy un presuntuoso que pierde la cordura al verla, actuando cual mozalbete que

pretende deslumbrarla. He de tener cuidado con estas cosas si quiero que ella me admire.

Reverte sufría idénticos trastornos que Garriga. Irene juzgó natural su ostentación.

—Nunca me hubiera figurado tantos empleados trabajando en una morgue.

El forense había empezado con los prolegómenos de la disección a un silencioso cadáver en la mesa número cuatro, el cual tenía el cuerpo cubierto con una sábana, excepto los pies que sobresalían, exhibiendo cierto aire impúdico. La etiqueta de cartón, con sus datos y número de registro, colgaba de una cuerda de bramante sujeta al dedo gordo del pie izquierdo. A un lado, la mesa auxiliar rebosaba de herramientas propias de un taller mecánico.

—¡Hola, doctor!

—¡Bienvenido a tu casa, Reverte! ¿Qué tal te va? Ha trascurrido largo tiempo desde que estuviste en esta apacible institución.

—Veo que mantienes intacta tu ironía. Yo diría que dos años. Si lo recuerdas, llevé el caso de la anciana asfixiada por una familiar que había introducido papel higiénico en su tráquea.

—Claro que lo recuerdo… ha sido lo más pintoresco que me ha ocurrido como forense. Era una octogenaria cuyo fallecimiento parecía deberse a causas naturales; sin embargo, encontramos microscópicos restos de papel higiénico en la tráquea y certificamos homicidio. Vosotros arrestasteis a la autora, una de sus nietas, quien fue declarada culpable de asesinato con papel del culo como arma letal. Tú estabas en la brigada, ¿verdad?

—Lo estuve… hasta que me destinaron a la UDEF. Perdona… te presento a la teniente Lázaro, trabajamos juntos en una investigación… Irene, este es el doctor Penzias, un viejo amigo.

Ella advirtió que la hábil frase del comisario implicaba igualdad. No se enojó, le produjo ternura.

—Encantado de conocerla.

—Lo mismo digo, doctor.

Penzias señaló con el dedo al interfecto.

—He completado los análisis preliminares y puedo aseguraros que se trata de una horrible ejecución… y os aclaro lo de horrible. ¿Supongo

que habéis oído hablar de la horca eléctrica?

—Tenemos noticias de ese artilugio…, *contestó Reverte al ver la señal afirmativa que le había enviado Irene. E*n los noventa se produjeron tres crímenes seguidos con él, dos en Estados Unidos y el tercero en Marsella. Más tarde apareció en una dramática escena de una película policiaca americana.

—Pues han vuelto a las andadas. Las señales que se aprecian en el cuello son típicas, acerquémonos y os las muestro.

El forense levantó la sábana dejando a la vista el tórax y la cabeza.

—Fijaos en las marcas del estrangulamiento del cuello, se utilizó un cable flexible y robusto, provisto de muescas que facilitan tensarlo con un pequeño motor eléctrico colocado detrás de la nuca, en el mismo sitio que el antiguo garrote vil. Se alimenta con pilas o desde una fuente eléctrica fija o portátil. Estas muescas, en las que se engancha el engranaje del motor, son las que han dibujado las leves discontinuidades en la piel que se aprecian con una simple lupa. Es un sistema silencioso, limpio, barato y cruel que ejerce su trabajo implacable en dos o tres minutos. Luego desmontan el artefacto, que cabe en un espacio reducido, se largan con él y, si te he visto, no me acuerdo.

Penzias cedió la lupa al comisario y este se la pasó a Lázaro. Cuando concluyeron el examen, levantó los dos brazos del difunto.

—Observad las muñecas… se aprecian con claridad las abrasiones agudas que le causaron las esposas con las que probablemente lo sujetaron al volante del vehículo en el que le mataron. Imagino los desesperados esfuerzos que hizo, intentando liberarse, mientras sentía la hora suprema precipitándose, segundo a segundo, sobre su garganta; me da escalofríos pensar en una situación tan horrible. ¡Ah!… os conviene saber que le taparon la boca con una cinta de esparadrapo ancha. Si deslizáis un dedo por sus labios, notaréis la untuosidad del pegamento; de esa forma impidieron sus gritos, que hubieran erizado el cabello de los peatones que circulaban tres plantas más arriba. Ahora os daré las muestras que he sacado para que analicéis el tipo de esparadrapo que usaron. Incluso os he hecho un dibujo de la tira, sacado de la impronta que ha dejado en los labios, en previsión de que localicéis el rollo y coincida el tipo de cinta y los bordes.

Los dos rehuyeron tocar al difunto, limitándose a mirar. Reverte se acercó a una cajonera de la que extrajo un frasco estéril de plástico

conteniendo dos hisopos impregnados de partículas del pegamento y un papel con un dibujo. Se dirigió a Reverte.

—Aquí tienes lo prometido.

—Es indudable que esto lo han ejecutado profesionales del crimen. ¿Averiguaste la hora de la defunción?

—Aún no es oficial… os anticipo, en confidencia, que ocurrió hace tres o cuatro horas a lo sumo.

—Gracias, doctor… siempre tan competente… si no tienes reparo, nos gustaría hacernos cargo de los objetos y fotografías del fallecido.

—Dame un minuto que aviso.

Penzias pulsó un timbre dispuesto en el cabecero de la mesa.

—Algo le ha ocurrido a mi ayudante, no le veo y suele estar aquí antes que yo.

Momentos después, entró el funcionario abrochándose la bata.

—Excúseme, doctor, he tenido un problema doméstico…

El forense echó una ojeada a la tarjeta identificativa del cadáver.

—No pasa nada… Haz el favor de acompañar a la oficial y al comisario al almacén; que el encargado les entregue la caja del… sí… del número 98.724 y que se cerciore de que están las fotos que le hicieron al llegar. Toma las llaves, al regreso les abres la puerta de mi despacho y vienes, tenemos que practicar la autopsia a este pobre desdichado.

Se despidió de ambos.

—¡Que pilléis a los desalmados que han hecho esto!… me arriesgo a deciros que fueron al menos dos.

Recogieron la caja y, una vez en el despacho de Penzias, revisaron su contenido: la ropa del difunto; los zapatos; lo que llevaba en los bolsillos; la funda de las gafas, con ellas dentro, y la cartera de la que Irene extrajo un carnet de identidad.

—Tiene pinta de ser auténtico… Se llamaba Jacinto Manso Aldebarán. ¿Qué opina usted?

Y se lo dio.

—Sí… eso parece.

—A poco de tomar posesión del puesto de Torregaliana, me dediqué a estudiar el expediente Mercurio y recuerdo que su nombre, efectivamente, figuraba en la lista de sospechosos, aunque, como ya sabemos, la falta de pruebas lo descartó.

—Ese detalle es prometedor. Pongámonos a buscar en las fotos.

Repartió la mitad del paquete a Lázaro y él se quedó con la otra mitad. Ambos se dispusieron a inspeccionarlas. De súbito, la expresión del rostro de Reverte cambió del simple interés a la intensa excitación. Estaba viendo una imagen de Jacinto vestido y tumbado en la mesa de disección.

—Fíjese en el tipo de ropa que lleva. ¿Qué le recuerda?

—¡Ostras!, ya lo creo que me recuerda… es parecida a la de un inmigrante marroquí. ¿Será posible que…?

A ambos se les habían iluminado los ojos.

—Rápido… revisemos sus pertenencias, ¡las gafas!, ¡busque las gafas!

—Aquí están… dentro de la funda. ¡Oh!… son simuladas, ¡tome… compruébelo usted!

—¡Es verdad! ¡Lo tenemos, Irene! Vamos a reproducir los vídeos, Penzias me autoriza a usar su ordenador. ¡Ejem!… bueno… mejor lo hace usted… si no le importa.

—Por supuesto que no me importa… deme su *pen drive*, guardé el mío en el despacho del cuartel.

—¡Ah!… un momento, lo dejé en este bolsillo… no… en este no… quizás en el de la chaqueta… sí, ¡aquí está!

Y se lo dio con cara de niño que ha hecho una difícil tarea.

El procesador era antiguo y tardó en arrancar, socavando la paciencia de ambos. Ángel lo apremiaba con ligeros golpes en el borde superior de la pantalla.

—¡Venga!… ¡Venga!… ¡empieza ya!, que eres más lento que el caballo del malo.

Ella lo urgía acariciando el teclado.

—Anda, bonito… pórtate y no me falles…

Aún tardó en aparecer el escritorio.

—Estoy en ascuas… ¡Por fin se ha encendido! Enchufo el lápiz e inspeccionamos los archivos.

—¡Ánimo Irene, que lo está bordando!

Los dos vivían con igual intensidad aquellos interminables prolegómenos.

El nerviosismo aumentaba a medida que revisaban las fotos y los videos. Ángel reparó en un manifestante cuya imagen reclamó su atención y

pidió a Lázaro que lo ampliara. Era Svimtus, borroso pero identificable.

—¡Es él! Fíjese que coincide con el minuto exacto en que Castromena sale del coche. Lleva unas gafas idénticas a las del interfecto y tiene el cuello ligeramente girado hacia el SUV.

Chocaron las palmas de sus manos, al igual que hacen los amigos tras un éxito. Les faltó saltar de alegría.

—Voy a sacar una foto, en primerísimo plano y alta definición, del rostro del fallecido con las gafas puestas. Tengo la intención de retocarla, de manera que parezca un hombre miope y vivo. Le prometo que nadie se dará cuenta.

—¿Y qué pretende con ello?

—Dársela al inspector con el ruego de que la ceda a los periodistas. Eso lo van a apreciar como un gesto de buena voluntad y nos interesa que la divulguen.

—Me gusta la idea… mucho.

—Cuando salgamos de aquí, voy a ir al Centro Informático y de Reprografía y la tendré lista para la rueda de prensa. Nos veremos en el domicilio del difunto.

Regresaron a la sala y, con el permiso de Penzias, que aún no había comenzado la disección, sacó varias instantáneas de su cara con las gafas de miope puestas.

Concluido el cometido, introdujeron los objetos personales de Jacinto en la caja, regresaron al almacén y firmaron el resguardo del material que se llevaban.

Abandonaron el edificio con olfativa precipitación, encaminándose a sus respectivos coches. El comisario se detuvo y se dirigió hacia Irene, quien se disponía a entrar en el suyo.

—Quisiera hablarle de nuestra relación profesional…

—Dígame Reverte.

—El día que fui asignado a este servicio me molestó, profundamente, enterarme de que usted era mujer, joven y que sería la responsable de tomar las decisiones. Le pido excusas y le confieso que, a lo largo de mi carrera, nunca cooperé tan a gusto con un o una colega. Quiero agradecerle la habilidad mostrada por usted en esta relación que, en principio, preveía conflictiva.

—Me halaga Ángel y, confidencia por confidencia, a mí me pasó algo parecido, de modo que estamos en paz.

Y le dio un beso en la mejilla.

Él reventó de felicidad.

Cuando Lázaro llegó al domicilio de Svimtus, los agentes enviados a la vivienda habían cumplido su misión y procedían a abandonarla.

—¿Qué hay de nuevo, Reverte?

—Poca cosa… El experto informático ha requisado un ordenador, con pinta de antiguo, que destripará en la unidad junto con decenas de discos compactos almacenados en una caja de madera.

—Yo he enviado la foto a la comisaría. ¿Le apetece dar juntos un repaso a las habitaciones?, No me refiero a lo protocolario, que lo habrán cumplimentado sus policías, sino a buscar lo insólito, lo fuera de contexto. Terminaremos enseguida y puede que merezca la pena. Aquí, entre nosotros, le confieso que este tipo de indagación me encanta.

—Sí que me apetece… ¡Vamos a ello!

El piso disponía de un espacioso salón y un amplio dormitorio. Comenzaron en el salón, espacio donde había numerosos muebles, una librería, diversos equipos electrónicos y posibles escondrijos. Nada de lo que vieron despertó su curiosidad y pasaron al dormitorio. La pared frontal estaba cubierta por otra librería. Ella se aproximó hasta poder distinguir los títulos.

—Al difunto le gustaba leer. En total habrá dos mil volúmenes… por lo que veo, le gustaba la novela española.

Sacó uno. Era la Regenta de Clarín.

—¡Qué magnífica encuadernación!

—No irá a revisarlos todos.

—Ni se me ocurre… Sería estúpido.

Y lo devolvió a su sitio.

Segundos después, Reverte, que se había desplazado al vestidor, oyó la voz de Lázaro.

—¡Acérquese a ver esto un momento!

—¿El qué?

—Fíjese en la repisa, hay doce tomos grandes de una enciclopedia titulada Historia de las Civilizaciones. Observe la madera de la balda, se

nota que el barniz está desgastado en esta zona y no en el resto. ¿Lo ve?… es aquí… frente al titulado *La Baja Edad Media.*

—Lo veo… está lleno de rayajos.

Tiene una anchura análoga a la de un ejemplar y todo indica que este tomo se ha consultado a menudo; el roce, al sacarlo y meterlo, debe ser lo que ha ocasionado el desperfecto. Es raro que un libro, semejante a los que le rodean, sea objeto de tanta atención.

—Está usted inspirada… tiene pinta de ser pesado, permítame que lo coloque en la cama y lo manejará mejor.

Ella sintió un brote de ternura hacia el comisario, el cual se había apresurado a aliviarla de una pequeña molestia. No tenía costumbre de recibir galanterías. Abrió el libro y, ansiosa por descubrir algún tipo de mensaje, pasó las páginas demasiado deprisa y no encontró lo que buscaba en su interior.

—Voy a revisarlo con calma, estoy convencida de que tiene que haber una sorpresa escondida dentro.

Su tenacidad fue premiada hacia la mitad del grueso volumen.

—¡Lo tengo!… es un CD… el muy astuto ha recortado un círculo en el centro de la página de diámetro ligeramente superior al del disco y lo ha introducido en el hueco pegándolo al borde con cinta adhesiva. Al quedar enrasado con la hoja, si no se abren todas, una a una, es imposible verlo.

—¡Bravo! Esto promete… ¿Lo analizamos en la comisaría?, ya que vamos a ir allí, ganaremos tiempo.

—¿Sabe si sus equipos leen este tipo de soporte digital?

—La mayoría son antiguos y seguro que tienen alguno.

Ambos coincidieron en las dependencias policiales donde recibieron cumplido detalle de la rueda de prensa. Se había desarrollado mejor de lo previsto. Los periodistas, que carecían de sus propias informaciones, le hicieron preguntas comprometidas con la intención de poner en un aprieto al inspector, pero carentes de argumentos en las que sustentarlas. El servidor público supo mantenerse firme en su postura y no cometió un solo desliz.

A petición de Reverte, les cedieron un despacho en el que había una computadora equipada con lector de discos compactos. Lázaro introdujo el

CD y aplicó los procedimientos recomendados en el manejo de archivos peligrosos.

El comisario, de pie, se situó detrás y cerca de Irene. Miraba a la pantalla por encima de su cabeza. De nuevo percibió el aroma fresco del cuerpo de la oficial que le indujo una especie de éxtasis sensorial. ¡Ah!, qué feliz estaba junto a ella. La mujer, precavida, se había rociado unas gotas de perfume después de salir de la morgue. Al notar su proximidad, pidió al cielo para que, en la lucha entre los olores del formol y del perfume, hubiera prevalecido este.

Descargó varios programas, los abandonó por inservibles y dio marcha atrás varias veces hasta que logró su objetivo.

—¡Lo conseguí! Es un archivo pequeño. Voy a abrirlo.

—¿Cruzamos los dedos?

—No hace falta, esto está chupado.

Pulsó la tecla de entrar y surgió en la pantalla un dibujo y un breve texto en la parte inferior.

Reverte, perplejo al verlo, tardó en captar su significado.

Ella se puso a reír con carcajadas tan sonoras, que se oyeron en el resto de oficinas de la comisaría. Abundantes lágrimas de risa comenzaban a deslizarse por sus mejillas. Intentó hablar con Reverte, pero sus palabras sonaron tan interrumpidas que este no se enteraba de lo que decía.

—¡Ja… ja… ja…! Esto es… ¡ja… ja… ja…! ge… ¡ja… ja… ja!... nial.

Y se pasaba el dorso de la mano apartando las lágrimas.

El archivo ocupaba una página con la caricatura de Jacinto Manso Alcorta, dibujada con lápices de colores. Era una obra de arte, llena de grotescos detalles que acentuaban sus rasgos característicos. Se le veía de pie, ligeramente doblado por la cintura, mientras se sujetaba la barriga en actitud de estar, al igual que Lázaro, partiéndose de risa. Para más escarnio, el mafioso tenía los pantalones bajados enseñando el culo. Lo firmaba Svimtus. Debajo, una expresión bufona enfatizaba el mensaje del dibujo.

¿Lo encontraste?, pues la cagaste, ¡cabrón!

La mujer seguía fuera de control. Reverte, que acabó comprendiendo de qué iba aquello, la acompañó con estentóreas y roncas carcajadas,

rápidas, breves y ridículas, que acentuaron y aceleraron las de ella, quien comenzó a palmear sobre la mesa con frenético compás. Era un concierto en ja mayor a tres instrumentos, uno agudo, otro grave y el tercero de percusión, que hizo acudir a la puerta a un funcionario de la comisaría. La habían cerrado y, aunque golpeó con los nudillos reiteradas veces, no le hicieron caso.

Lázaro se levantó de la silla repentinamente, golpeando con la cabeza en la mandíbula de Reverte, al que había pillado desprevenido. Apenas le hizo daño. Ninguno de los dos pudo evitar que se reanudara el espectáculo, ahora menos estruendoso e igual de saludable. Dominadas las ganas de reír, fueron a sus respectivos aseos donde eliminaron los estragos que las carcajadas y las lágrimas habían producido en sus rostros. De regreso al despacho…

—Ángel, esto es lo más hilarante que recuerdo desde que tengo uso de razón. Svimtus era un tío listo de narices; hace falta talento y un genial sentido del humor para idear una broma tan inspirada… Svimtus… desconozco ese nombre.

—No me extraña, es un personaje de los tebeos de Roberto Alcázar y Pedrín, editados en 1940, el único cuyas aventuras duraron varios capítulos. Dada su retorcida mentalidad, debió elegirlo el propio Jacinto. A Svimtus se le conocía también por el Hombre Diabólico, título que aparecía en la portada.

—Deduzco que el dibujo y el texto iban dirigidos a los esbirros de su jefe.

—Seguro. Es su venganza póstuma y sospecho que las marcas de la estantería las hizo a propósito.

—¿Se ha fijado en el sistema de alarma?, es de los mejores que se instalan en este país y demuestra que temía un allanamiento. En fin… creo que hemos terminado por hoy… me llevo el CD, voy a archivarlo junto a los documentos de Mercurio. ¿Qué le parece si damos por concluido el trabajo y descansamos de una vez?

—Creía que no lo iba a decir nunca.

CAPÍTULO 22

Madrid.
Jueves, 9 de septiembre de 1976.

Federico, tumbado en la cama de su casa dispuesto a dormir, no podía conciliar el sueño. Su cerebro se obstinaba en hallar una explicación satisfactoria a las discrepantes declaraciones de Rufina y Toni. Cerraba los ojos y pausaba la respiración tratando de no pensar, pero esa técnica no funcionaba y volvía a dar vueltas a la cabeza, una y otra vez, con dañina obstinación. Se sentía atrapado en un bucle mental que le obligaba a repetirse, hasta la saciedad, la misma pregunta: ¿cómo murió Antón?, o, mejor dicho, ¿quién lo mató? Finalmente, tuvo que admitir que la única alternativa, hasta que ambos se pusieran de acuerdo, era la renuncia de sus clientes a declarar. Por la mañana iría con ellos a notificar al comisario su providencia, si no surgía algo nuevo entretanto.

Eran las dos de la madrugada y seguía despierto. Se levantó en busca del pequeño botiquín guardado en el armario del dormitorio, e ingirió una pastilla del somnífero recetado a su esposa desde que convivía con ellos la madre de esta, viuda novata, a la que, por ser su suegra, llamaba Sué.

La pastilla causó efecto y se rindió en brazos de Morfeo.

A las nueve llegó al piso de Rufina.

Varios periodistas, y un equipo de televisión, vigilaban en la calle con el objetivo de entrevistar a la familia Postigo o a cualquier vecino que se prestase a ello. Un grupo de personas, que iba creciendo con rapidez, se reunía en la acera de enfrente, provisto de pancartas todavía enrolladas y un megáfono que llevaba la mujer encargada de dirigir la protesta. Dos policías montaban guardia junto al portal.

Le recibió Salvador.

—Hola, Salvador. ¿Qué tal está la familia?

—Mal, la situación es tan dura y con tan pocas esperanzas de que salga bien, que estamos descorazonados. Usted es el único que nos puede

sacar de este atolladero y, en vez de ayudarle, lo que hacemos es complicar su trabajo con los testimonios que han presentado mi hermana y mi sobrino.

—Acabamos de empezar y es precipitado darse por vencidos. En lo que a mí respecta, no estoy desanimado, sino todo lo contrario, mi confianza en que ganaremos este caso, es total… Si ambos están listos, los acompañaré a la comisaría.

—Lo están… le aguardan en la cocina.

—Voy a darles instrucciones sobre lo que deben hacer.

Al entrar, la madre y el hijo le miraron con los ojos hundidos en sus pálidos rostros.

—Buenos días… suena mal en estas circunstancias, ¿verdad? Lo que quiero desearles es que, a partir de hoy, sucedan únicamente cosas agradables a esta familia. Anoche resolví lo que tienen que manifestar al inspector Rojas en la comisaría. Va a ser fácil… bastará con una sola frase que han de aprender de memoria: *me acojo a mi derecho de no declarar*, y si él les preguntase algo, sea lo que sea, incluso el día en el que estamos, han de repetir lo mismo: *me acojo a mi derecho de no declarar*. Es un recurso con el que ganaré un tiempo para preparar mejor la estrategia que he de elegir cuando ustedes testifiquen. ¿Lo han comprendido?

Los dos le contestaron afirmativamente.

—¡Vámonos ya! Imagino que se sentirán cohibidos, un inspector impresiona a cualquiera que comparezca ante él, pero les garantizo que no tienen nada que temer, ante todo, es un ser humano y luego un servidor público; créanme que va a tratarles con respeto, con el respeto que ustedes se merecen. Yo le conozco. He ido muchas veces a esa comisaría y tiene fama de ser un profesional moderno, de ideas democráticas, por lo que será nuestro aliado y no un enemigo. Ha sido una suerte que le hayan asignado a esta investigación.

Al aparecer en la calle, un numeroso grupo de personas agitando las pancartas, ahora desplegadas, prorrumpió en aplausos y vítores coreando un eslogan que se haría célebre.

Antón Postigo, la democracia está contigo.

Este pareado le convirtió en una popular figura de la transición que, con valentía, fue capaz de enfrentarse a un padre maltratador defendiendo la

vida de su madre. De hecho, le usaron como un estandarte enarbolado por los partidarios de la reforma democrática. A Federico le disgustó el cariz que había tomado la causa ante la opinión pública que ya había dictado sentencia y le juzgaba autor del disparo, quizás debido a la necesidad de crear un héroe al que se recurre, como estímulo colectivo, en conflictos tan críticos como el que vivía España por entonces.

No era lo único que le inquietaba. Aunque una mayoría de los ciudadanos españoles era ferviente partidaria de la transición democrática, aún existían grupos organizados que, a pesar de ser minoritarios, tenían recursos para poner obstáculos serios a la transición, lo que demostrarían años después con el golpe del 23F. Su propósito era aplicar las leyes franquistas e inculpar con ellas a Rufina y a su hijo.

Los periodistas intentaron interrogarlos y los agentes lo impidieron escoltándolos al taxi que esperaba junto a la acera.

Las previsiones del abogado fueron corroboradas en la comisaría del distrito. Julián Quilmes, el excompañero de Antón, con el que se encontraron en la puerta, y el propio José Luis Rojas, los atendieron con deferencia. Tardaron veinte minutos en cumplir los trámites. Federico aprovechó su estancia en la comisaría para presentar un escrito en el que solicitaba autorizar a Guerra, el experto armero dueño de Arcabuz, llevar a cabo un dictamen técnico de la Beretta.

—Inspector… le ruego sea tramitada con urgencia, ya sabe lo delicada que es la situación de mis clientes.

—Es cierto… Voy a gestionarlo ahora mismo, espéreme aquí, se lo ruego.

Salió taciturno y regresó alegre.

—¿Le parece bien a las cinco de esta tarde? Los técnicos completarán el análisis hacia las cuatro.

—Me parece perfecto y le agradezco que sea tan rápido. ¿Puedo usar algún teléfono de este edificio?, tengo que comunicárselo al armero.

—Naturalmente… llámele desde el mío.

Federico localizó a Guerra y quedaron en la puerta de la comisaría a las cinco menos cuarto. Se disponía a abandonar el despacho cuando Rojas le hizo una seña pidiéndole que se acercara a él y le habló en voz baja.

—Matey… he tenido acceso a una confidencia que quiero revelarle… Usted conoce muy bien la conmoción que este sumario ha

levantado en la judicatura, ¿verdad?, pues hoy se ha producido un intento de tomar medidas preventivas contra sus clientes. La buena noticia es que han intervenido desde muy arriba y el juez instructor se ha visto obligado a dar marcha atrás. Su libertad no está en peligro.

—Valoro su muestra de confianza. Guardaré el secreto hasta que me lo comuniquen oficialmente, si es que lo hacen. Me doy cuenta de lo delicada que es su posición pese a que son numerosos los miembros de las fuerzas de seguridad que, igualmente que usted, desean una justicia con leyes democráticas instaurada en España. En calidad de abogado y de ciudadano, le doy mis más efusivas gracias por su compromiso con el proceso de transición.

—Pertenecemos al mismo bando y eso es suficiente para mí. Le deseo éxito en su trabajo, Matey.

Mientras permanecieron dentro de las oficinas, se escucharon en la calle gritos y consignas en las que se reclamaba el sobreseimiento del juicio. Provenían de un grupo similar al que se manifestó junto al domicilio de Rufina, que iniciaba así la presión al Gobierno y al Poder Judicial. Al ver salir a la calle a los dos encausados, sus integrantes arrancaron en aplausos y corearon ruidosamente desacompasados:

Antón Postigo, la democracia está contigo.

Federico se despidió de la familia en la puerta.

—En cuanto reciba el dictamen que he pedido, iré a su casa para comentarlo con ustedes. Estimo llegar a las ocho. He tenido una idea que puede ser definitiva en la estrategia que he de seguir al acabar la fase de instrucción.

Volvió a la comisaría y habló con Julián, el ex amigo de Antón.

—Estoy tratando de averiguar todo lo que pueda sobre Toni. Usted y su padre fueron amigos y lo conoce bien… supongo.

—Es cierto y será un placer colaborar con usted.

El agente le dijo su opinión del muchacho y le dio las señas del instituto donde estudiaba. Federico acudió allí, se reunió con su mejor amigo, el hijo de Julián; con el director y con uno de sus profesores. Con todos ellos mantuvo una larga e interesante conversación.

El experto llegó a la puerta de la comisaría con una bolsa de cuero idéntica a la que utilizaban los médicos de cabecera en las visitas al domicilio del paciente. Dijo a Matey que tardaría media hora, más o menos, y entró en el edificio.

El abogado resolvió aguardarle sentado en la terraza de una cafetería cercana. Había comprado los periódicos matutinos dispuesto a leer los artículos relacionados con la muerte de Antón. Fue una grata sorpresa descubrir que el de mayor tirada había dedicado el editorial al caso Postigo. El texto lo hubiera firmado Marian, su amiga. Planteaba una cuestión controvertida que parecía soslayar los principios jurídicos comunes a los países democráticos; entre otras afirmaciones, decía: *el gobierno tiene la obligación moral de impedir la aplicación de todas las leyes discriminatorias heredadas de la dictadura, suspendiéndolas hasta que se apruebe la reforma del código penal*. Pudo ser una coincidencia, pero esa semana la esposa adúltera fue absuelta. El resto de la prensa se limitó a relatar el suceso con un enfoque menos comprometido, en su mayoría proclive a sus clientes.

Federico dejó de leer al advertir que alguien se aproximaba a su mesa. Era el armero con su maletín y un aire optimista que se reflejaba en su manera de andar.

—Abogado… he terminado el examen del arma. Sé que necesita el dictamen con premura y me pondré a ello en mi despacho. No tardaré demasiado en prepararlo. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto.

—¿Antón Postigo participaba en concursos de tiro?

—Lo hacía a menudo. ¿Por qué?

—Es mejor que le conteste cuando esté seguro de mis conclusiones.

—Lo comprendo… Nos vemos en la tienda.

Federico se encaminó a su despacho, le convenía pasear.

El aire de la calle, y el mover las piernas con energía, estimularon su imaginación y comenzó a maquinar un nuevo plan. Era arriesgado e incluso desagradable, aunque podría servirle para aclarar la disyuntiva que le tenía perplejo. Especulaba con una hipótesis que había retomado: Toni fue sincero o casi completamente sincero y la versión de Rufina era falsa. Tenía que interrogarlo otra vez, colocarle al límite de su resistencia psíquica,

provocar su derrumbamiento y aprovechar esa debilidad para forzarle a confesar cómo se produjo el fallecimiento de su padre. Ese era el plan.

A las siete y media Guerra le entregó el dictamen. Lo leyó despacio. Estaba lleno de detalles técnicos y cifras que le costó entender. Al examinar las conclusiones, estuvo a punto de dar un salto de alegría. En un párrafo de doce líneas encontró la solución que tanto había buscado. La verdad y toda la verdad emergía de unas cuantas palabras escritas en un simple papel tembloroso sostenido por sus temblorosas manos. Ahora, más que nunca, veía con claridad lo que debía hacer. La idea de someter a Postigo a una fuerte presión tenía muchas posibilidades de hacerle confesar como murió su padre y, con ello, conseguir que se pusieran de acuerdo, madre e hijo, en su versión de los hechos; si no lo conseguía, aquellas doce líneas serían inútiles.

A las siete y media regresó a la casa de sus clientes. Además de detallarles las gestiones llevadas a cabo a lo largo del día, les comunicó una prometedora noticia: los proyectos de ley de la reforma Arias habían sido retirados por el gobierno Suárez, un acontecimiento favorable a sus intereses. Les ocultó el informe del armero, prefería sacarlo a la luz tras interrogar al hijo.

—Quiero hablar unos minutos a solas con Toni.

Salvador miró a su hermana.

—Hoy luce el sol; nos conviene airearnos y de paso te ayudo con la compra. Démonos prisa, que no tardarán en cerrar.

—Vamos ya… Tengo la lista en la puerta de la nevera.

—Yo la cojo.

Federico y Toni no se movieron de la mesa. El abogado advirtió que este seguía mostrando una actitud recelosa.

—Supongo que habrás pasado una mala noche.

—No he dormido ni un rato siquiera.

—Hoy descansarás mejor… Pronto superarás la crisis y es ley de vida fortalecerse con ellas.

—Ojalá… lo que pasa es que estoy tan roto que no tengo esperanzas de que eso ocurra conmigo.

—Llevo veinte años ejerciendo y he asistido a muchas personas en situaciones semejantes a la tuya… se mostraban igual de pesimistas y acabaron superándolo. Sé que estás enfadado conmigo, es lógico, a pesar de

ello, te ruego que veas en mí a un profesional que se esfuerza al máximo en encontrar la mejor solución a vuestros problemas.

—Eso lo sé. Lo que desconozco es el motivo por el que me ha llamado embustero.

La adusta frase demostraba que aún estaba resentido.

—Te lo expliqué en su momento, además… hoy he estado conversando con varios allegados tuyos. Todos ellos coinciden en que eres incapaz de hacer mal a nadie, ni siquiera a los animales, y juzgan inverosímil que hayas disparado a tu padre. A mí también me repugna la idea, por eso vamos a repetir los hechos desde que él golpeó la puerta hasta que cayó mortalmente herido en la sala. Si me demuestras que cuanto has manifestado es cierto, no volveré a molestarte.

El joven se quedó en silencio reflexivo.

—¡Mírame a los ojos!… soy la persona que se ha comprometido a defenderos y únicamente podré lograrlo si confías en mí. De no hacerlo, me veré obligado a renunciar a vuestra defensa. Es un derecho que me ampara en el caso de que los clientes mientan o intenten engañarme. Espero que lo tomes en consideración.

Recibió la callada por respuesta.

—Tenemos poco tiempo… si te decides, prometo que ninguno de los dos será llevado a juicio.

Matey, que había captado las dudas de Toni, pronunció esas palabras, inusuales en un letrado, persuadido de que le animarían a responderle. Él lo hizo con aparente tranquilidad.

—Si me lo promete, le contestaré. Confío en su palabra.

El abogado, dando un suspiro de alivio, sacó la grabadora del portafolio, desenvolvió el paquete que contenía una pequeña caja de cartón y extrajo de ella la pistola alquilada.

Toni se estremeció al verla.

—¡Es la Beretta de padre!

—No, muchacho… es una que he alquilado para que la lleves contigo durante la nueva representación de los hechos que vas a hacer ahora mismo. Me irás describiendo, de viva voz, los mismos movimientos que hiciste el lunes a la vez que los realizas. Te vendrá bien esta práctica, porque, si os enjuician, estaréis obligados a repetirla delante del juez y no podrás vacilar ni cometer errores. Ten en cuenta que el objetivo del fiscal

será acusaros de parricidio en primer grado, alegando que lo hicisteis de mutuo acuerdo y con premeditación. Si perdemos, los dos acabaréis siendo condenados.

Algunos abogados, médicos y otros profesionales, muestran a veces el futuro sombrío a sus clientes con la intención de que acepten su dictamen si se muestran reacios a ello. Federico le abría dos alternativas: una, confesarle lo que ocurrió y tener probabilidades de ser absueltos, y la otra, exagerada a propósito, asustarle con secuelas terribles si no lo hacía. Él era sabedor de que no se atreverían a presentar contra ellos un cargo imposible de demostrar cómo era el de conspiración para cometer asesinato.

El gesto adusto en los labios del joven, se había desvanecido y asomó un atisbo de amabilidad en su mirada que no escapó a los ojos de su interlocutor.

—Aunque te duela, hemos de repetirlo. Eso me permitirá asegurarme de que no has olvidado algún detalle significativo en tu anterior declaración.

—¿No sirve lo que dije ayer?

—No… Además, tendrás que actuar mientras hablas. Te recuerdo que voy a grabarlo. ¿Conforme?

—Hagámoslo ahora mismo. No sé cuánto aguantaré esta pesadilla.

—Ya queda menos… lleva el arma al escondite donde guardabais la otra. ¡Toma!, haz lo que te he dicho, yo te acompaño.

Federico observó cómo se dirigía al dormitorio y la depositaba detrás del cajón de la cómoda sin vacilar. La precisión y diligencia de sus movimientos indicaban que lo había hecho a menudo.

—Perfecto… vayamos a tu dormitorio. Te tumbarás en la cama manteniendo la misma postura que tenías al oír los golpes en la puerta e irás repitiendo y comentando lo que hiciste.

Toni, con cara de fastidio, se tumbó y cerró los párpados.

—Yo estaba justo así en el momento que oí los gritos de padre. Después de que él entrase en casa, sentí la carrera de madre por el pasillo y el sonido del cerrojo de su dormitorio al bloquearse.

—¿Y tú qué hiciste?

—Nada, esos gritos me atemorizaban tanto que no podía ni moverme y seguí acostado en la cama.

—Entiendo… prosigue.

—Luego le oí abrir el dormitorio, el ruido del cuerpo de mi madre al ser arrastrado hacia la sala, los zurriagazos del cinturón, los gritos de ella y las amenazas de que él la iba a matar. Eran tan insoportables que mi cabeza amenazaba con reventar. Entonces me levanté de la cama con gran esfuerzo y…

—Disculpa… vuelve a empezar… tienes que ir haciendo lo que dices.

—Vale…

Toni describía y actuaba.

—Fui al dormitorio, cogí la Beretta, comprobé el cargador, la monté y me dirigí a la sala procurando no hacer ruido.

Postigo, sujetando el arma con firmeza, entró en aquella habitación maldita para siempre.

—Ya hemos llegado a la sala. ¿Qué viste?

El huérfano miró las baldosas sobre las que había caído el cuerpo moribundo de su padre. Cerró los ojos, pretendiendo que esa imagen sangrienta no irrumpiera en su cerebro. Federico esperó hasta que los volvió a abrir.

—¿Qué viste?

—¡No aguanto más! ¡No puedo aguantar más! Usted gana.

Había colapsado. Una reacción prevista por el abogado que corroboraba el acierto de su decisión.

CAPÍTULO 23

Madrid.
Sábado, 22 de junio de 2019.

Eliseo, siguiendo su rutina, se duchó, afeitó, procedió a vestirse y se preparó el desayuno: dos piezas de fruta, un puñado de frutos secos, dos galletas integrales y un generoso tazón de café intenso con una nube de leche, una liturgia que le gustaba preparar personalmente. A punto de sentarse, oyó a su empleada desde la puerta del comedor.

—¿Permiso?

—Pase, Camila. ¿Qué me cuenta?

—Mis disculpas, señor, ayer tropecé con esta tarjeta en uno de los bolsillos de sus pantalones que iba a llevar al tinte y no sé qué hacer con ella.

Había cierto tonillo socarrón en sus palabras y una mirada cómplice al entregársela que aún conservaba mientras se dirigía a la cocina.

Samaniego descubrió la causa del cachondeo que la mujer se traía. Era la tarjeta de Remedios que había olvidado allí, la puta tarjeta que le tuvo en vilo y que ahora se reía de él en manos de su empleada. Se fijó en la pequeña cartulina, era un reclamo eficaz; cualquier aspirante a parroquiano se sentiría atraído por los servicios que ofrecía como si fueran auténticas gangas. De súbito, un improperio escapó de su boca.

—¡Será embustera!

Había recordado lo que ella le dijo en el hospital: *tienes mi tarjeta y puedes hablar conmigo cuando quieras*, pero la tarjeta se la dio el lunes, bajo la morera de Fuentesancho, luego su amnesia tenía que ser fingida, puesto que, según dijo, no recordaba lo que había sucedido ese día. Se enfadó al principio y luego la justificó; era una superviviente acostumbrada a recurrir al engaño para escabullirse de una situación comprometida.

No obstante, algo no encajaba en aquel embrollo: ¿qué le indujo a simular amnesia si con ello desaprovechaba la oportunidad de chantajearle?

Le haría esa pregunta en otra ocasión, no era el momento de avergonzarla.

A las nueve y media de la mañana, Samaniego recibió una llamada de Ernesto, el ex confidente y colaborador suyo. Descolgó ilusionado, ansiando oír que su pequeño proyecto se iba a hacer realidad.

—¡Buenos días, Eliseo! Ayer fui a la Cañada del Arcipreste. Localicé el domicilio de Rocío y no había nadie. Esperé en la puerta hasta que apareció la Yaya con la bolsa de la compra. Me presenté a ella, le dije lo que deseabas y rompió a llorar. Tardó en recuperarse y fue para darme una mala noticia. Lo siento, Samaniego, la niña murió el mes posterior a la fuga de Remedios. Le pregunté, con el mayor miramiento que pude, cómo había ocurrido y me dijo que fue atropellada por un coche cuyo conductor circulaba a excesiva velocidad, perseguido por la policía. Era un traficante payo al que detuvieron camino de Madrid. Rocío sufrió un impacto tan brutal que murió en el acto. Se dirigía a la clase del padre Moncho.

Eliseo acusó el golpe alejando el móvil de su oído como si le hubiese agredido. Se había despertado esa mañana pensando en la alegría de su protegida al ver entrar a Rocío en su habitación y el destino, maldito destino, había arrasado su proyecto. La buscada y sentimental escena del reencuentro se había desvanecido. Desde que se le ocurrió la idea, no había contemplado esa posibilidad y eso que era la explicación lógica a la ausencia de comunicación con Remedios. Lo natural era que Moncho, de haber seguido viva, hubiera encontrado la forma de reunirlas. Hizo memoria de lo que el sacerdote dijo a Remedios, a modo de excusa, para evitar llevarla al poblado: *no la veía por la escuela desde hacía mucho;* una sutil verdad a medias con la que evitaba darle la noticia y hacerla sufrir.

—Ernesto… has hecho un magnífico trabajo, te llamo para quedar la semana que viene, tomamos unas cervezas, me cotilleas las últimas intrigas de la vida madrileña y te pago.

—Ha sido una pena… ¡Qué le vamos a hacer!

—Efectivamente… ¡Qué le vamos a hacer si no podemos hacer nada!

Una frase estoica que él había convertido en su fórmula mágica para ser feliz en este mundo.

El escritor se enfrentó a un dilema que le había mortificado a lo largo de su existencia: ¿cómo hay que actuar si eres testigo de un acto que afecta a una persona a la que quieres y que, debido a sus peculiaridades, es

posible que nunca lo sepa si tú no se lo dices? Le costaba un sufrimiento discernir cuál de las dos opciones, ocultarla o desvelarla, era la mejor.

El episodio más embarazoso, referido a este problema, fue el de un compañero y amigo de la facultad casado con una diseñadora de joyas con la que tenía dos hijos de corta edad y que, por motivos laborales, viajaba a menudo. Él era catedrático de una universidad privada en las afueras de Madrid.

Sucedió en un hotel de París, próximo a la Torre Eiffel, donde había ido a presentar su novela recién publicada, traducida al francés. Había pasado una tediosa tarde sentado en una incómoda silla de una prestigiosa librería, mientras firmaba ejemplares esforzándose en redactar dedicatorias originales. Por la noche, se vio obligado a sufrir una insoportable cena rodeado de pedantes empeñados en hacer alarde de su asombrosa cultura, dos precios a satisfacer si un escritor famoso quiere promocionar su obra en el extranjero.

Al llegar a su habitación, mientras introducía la llave magnética, oyó abrirse las puertas del ascensor y vio salir de él a un hombre y una mujer, cogidos de la cintura, dándose breves y reiterados besitos en la boca, entretanto llegaban, envueltos con risas, a la habitación contigua a la suya. El escritor se quedó patidifuso al comprobar que la dama era la esposa del catedrático y estupefacto al cruzarse sus miradas y advertir que le había reconocido.

A los pocos segundos oyó a alguien que salía de la habitación de su amiga.

Es una escena usual en las relaciones humanas, lo insólito fue la tortura a la que se vio sometido Eliseo y el resultado de su decisión. Tardó en analizar las repercusiones de ambas alternativas. Adoraba a su amigo, un hombre pacífico, afectuoso y volcado con su familia. Por otra parte, ella parecía haber bebido, aunque no estaba borracha, sino achispada. ¿Había sido una debilidad circunstancial o eran amantes?

En un principio se propuso averiguarlo con la colaboración de Ernesto y enseguida lo rechazó al considerar que inmiscuirse en los asuntos privados de su amiga era, a todas luces, un hecho reprobable.

Agotados los exhaustivos análisis, las dudas y los quebraderos de cabeza, resolvió callarse.

Fue un acierto. A su regreso, la esposa estableció dos medidas con la intención de impedir que se repitiera el desafortunado trance: eliminar el alcohol en los viajes e ir acompañada de su marido siempre que fuera posible. El matrimonio se fortaleció y, cuando Eliseo iba a visitarlos, ella le recibía con efusivas muestras de afecto y miradas de agradecimiento, una reacción inusual que demostraba su valía porque al testigo impertinente, en este caso Eliseo, se le suele crucificar para que desaparezca de su entorno y pueda olvidar lo que hizo.

Con Remedios no vaciló, la mejor solución era callar, como había hecho Moncho. Si, pasado el tiempo, llegaba a conocer la trágica muerte de su amiga, se habría amortiguado el sufrimiento y la noticia sería más llevadera para ella.

Samaniego, aún dolorido por la noticia, entró en el bufete de su abogado, quien tenía listo el encargo que le había hecho el día anterior.

No estaba de buen humor, al menos no con él; su expresión de pocos amigos anunciaba borrasca.

—Hola, Tino.

—Hola, Eliseo. Antes de empezar, tengo que puntualizarte ciertas cosas… soy tu abogado y tu amigo, es verdad, lo que no significa que te pertenezca en exclusiva pues todos mis clientes tenéis la misma importancia para mí, de modo que deberás aprender a no agobiarme con tus exigencias. Ayer me acosté a las tantas redactando el dichoso documento y no sé a qué vienen las prisas por tenerlo listo a esta hora.

—¡Vale, hombre!… te pido disculpas… es un proyecto que me ha ilusionado y que quiero solventar mañana.

—Seguro que te has metido en otro de tus líos…

—Cierto… aunque esto es una secuela y no el origen.

—Un día de estos te vas a pegar un batacazo escandaloso… claro que será tu batacazo y no el mío… eso sí, tendrás que recurrir a mí y te anticipo que te va a costar un riñón… ¿Me puedes decir quién es ella?

—Una prostituta joven a la que quiero financiar la ilusión de su vida: retirarse del oficio y montar una floristería en cierto pueblo de la costa mediterránea. Es la que estuvo involucrada en el accidente. Tranquilo, no me mires así, aunque no te lo creas, sé lo que hago.

—Es mejor que te calles, si me cuentas el tejemaneje que te traes, voy a montarte una bronca monumental… ¿A quién se le ocurre tamaño disparate?

—A mí.

Eliseo aprobó las cláusulas y se dirigió presuroso hacia el hospital. Estaba anhelando el momento de entregar el contrato a Remedios.

La vio reposando en la cama rodeada de almohadones. También parecía enfurecida con él. O quizás lo simulaba. Eliseo iba aprendiendo, poco a poco, a distinguir si era veraz o mentía, un empeño difícil.

—¡Vaya con el escritor…! Has llegado con quince minutos de retraso y, por tu culpa, he sufrido la angustia de creer que no ibas a venir. A una enferma grave como yo no se le puede hacer esta faena.

—Anda… que eres muy mala actriz.

—Eso lo dices tú… estoy cabreada y bien cabreada. ¡Que lo sepas!

—No te enfades conmigo, que no me lo merezco. Vengo del bufete de mi abogado donde firmé unos documentos que van a cambiar tu futuro.

Eliseo le acercó el contrato y una bolsa con revistas, la prensa del día y el chocolate.

—¿Me traes papeles? ¿Qué son?

—Son tu liberación de una esclavitud consentida.

El escritor necesitó aclarar varias veces lo que significaban aquellos folios escritos por una impresora. La primera no la entendió, la segunda creyó que era una broma y la tercera sospechó que se trataba de una trampa cuya finalidad no era capaz de descifrar.

—¿Y cómo has sabido que quiero montar una tienda de flores? Esto es extraño, aquí tiene que haber truco… nadie, en su sano juicio, haría lo que tú, a no ser que persiga otras intenciones.

—En eso te doy la razón, mi juicio es poco fiable. En serio… no hay trampa, lo único que pretendo es prestarte un dinero que me devolverás a plazos. Si estás conforme, le digo al abogado que venga.

—¿Y tú que vas a ganar con esto?

—Verte feliz.

—¡Anda ya! Eso no se lo traga ni tú ni tu caballo.

—Escucha, soy soltero, carezco de familia y de compromisos, y la cantidad que te voy a prestar no altera mi salud monetaria lo más mínimo.

Te he cogido cariño, el destino se ha ensañado duramente contigo y yo disfrutaría si me permitieras resarcirte de lo mal que lo has pasado.

—¿Y qué harás si fracaso con el negocio y no te pago?

—Ni te preocupes… el primer año no vas a abonar dinero alguno, ni siquiera los intereses; se llama carencia y te facilitará un desahogo económico hasta que tengas clientela suficiente para cubrir las posibles pérdidas acumuladas durante ese tiempo. Si después no pudieras saldar una mensualidad, lo harás al recuperarte. Confío en ti y estoy seguro de que te va a ir de maravilla. Sería conveniente que dijeras al abogado el lugar en que quieres poner la floristería; él te asesorará en la elección del piso, del local y en la negociación de los alquileres. Es un gran profesional y va a pactar con los propietarios dos contratos que no te darán problemas. Además, mantendrá la confidencialidad del nombre del pueblo en el que vas a instalarte, ni siquiera yo lo sabré, pues me largo a la cafetería, entretanto lees las cláusulas y firmas.

Remedios fijó su mirada en los ojos del escritor, queriendo descifrar el alcance de su ofrecimiento. Le costaba admitir que era una puerta abierta a sus sueños de niña. A ella nunca se le había cumplido ni uno solo y este era el mejor de cuantos tuvo. No obstante, se sentía a salvo a su lado y acabó confiando en él. Acaso fuera realmente Supermán.

—Acércate, que voy a darte un abrazo.

Fue una muestra de amor a distancia, la maldita jaula era un obstáculo insalvable.

—¿Hay novedades sobre tu lesión?

—Sí… y estupendas, esta mañana vino el médico y me ha dicho que el lunes me dan el alta. Y lo mejor es que la enfermera va a quitarme el artilugio infernal dentro de poco. ¡Viva yo! Al fin mi cabeza saldrá de la cárcel y ella se va a enterar de lo simpática que me cae. ¡Ja!

—Es una gozada verte tan alegre… Una última aclaración, no quiero que entre nosotros haya malas interpretaciones.

—¡Me vas a decir la trampa!

—Remedios… basta de suspicacias, pretendo explicarte que cuando comiences con tu nuevo trabajo no nos volveremos a ver. Si fuera preciso, te reunirás con mi abogado, pero nunca conmigo.

—¿Qué dices? ¿Cómo tienes la jeta de largarte y asegurar que me quieres? ¿De qué clase es tu cariño si no deseas verme, ni oírme, ni

abrazarme nunca jamás?

—De la misma que tienen las aves hacia sus crías. Se sacrifican por alimentarlas y enseñarles a volar y, en el momento que se van del nido, ya no las protegen. Es su manera de obligarlas a que aprendan a subsistir antes de que ellas mueran.

—No comprendo de qué vas… sigo pensando que estás chiflado.

—¡Déjalo, por favor!

—No lo voy a dejar. Es horrible que me rechaces, y propio de un egoísta que no quiere complicarse la existencia.

—Seguiré pendiente de ti a través de mi abogado quien me traerá noticias tuyas con regularidad.

—Da igual si es tu abogado o tu carpintero… Serás una buena persona, pero también un cabrón… has logrado que te quiera y vas y me apartas de ti diciéndome cosas que no comprendo ni nadie puede comprender. Para la gente normal, lo que haces es una crueldad y deberías pensar en ello.

—No te aparto de mí… siempre te tendré presente allá donde esté. Las relaciones suelen estropearse con los años y peor aún si hay deudas de por medio. Nuestra amistad se mantendrá incólume, pase lo que pase, hasta que nos despidamos de este mundo. Tú tendrás un bonito recuerdo mío y yo tuyo. Por eso hago lo que hago, es mi modo de preservar este cariño tan valioso.

—No entiendo nada de lo que dices.

—Lo harás algún día. ¿Telefoneo ya al abogado?

Ella se quedó pensativa unos segundos hasta que contestó con voz brusca.

—Sí… llámale.

—Te sugiero que leas las cláusulas mientras él llega y luego le preguntas lo que no tengas claro. Leer y preguntar has de hacerlo antes de firmar un documento, por intrascendente que sea.

Santacruz tardó casi tres cuartos de hora en aparecer.

Remedios firmó delante de Samaniego, a quien le había rogado que se quedara de testigo. En realidad, estaba usando sus conocimientos del comportamiento masculino. Al descubrirle el pueblo donde iba a instalarse,

aumentarían las probabilidades de que fuese a verla movido por la curiosidad de conocer la floristería o cerciorarse de la marcha del negocio.

Tino terminó su trabajo y se fue. Ella se levantó de la cama, colocándose frente a Eliseo. Este le dio un abrazo, también a distancia.

—Felicidades… Tu sueño ya no es un sueño, es una realidad. No tengo dudas de que vas a triunfar con tu negocio, eres decidida, tienes capacidad de sobra y lo harás a la perfección.

Remedios respondió al abrazo con fuerza, encajando la jaula entre el cuello y el hombro derecho del escritor, una fuerza sorprendente que evidenciaba su mejoría física.

—No me abandones, te lo suplico. He vivido desde que nací falta del amor de un padre o una madre que me protegieran, y me dieran abrazos y besos, y me dijeran lo que es bueno y malo, y me curaran si caía enferma, y me regalasen juguetes. Ahora me rechazas justo cuando he aprendido lo que es sentirme segura y querida por un hombre y la tranquilidad que da ese sentimiento. No comprendo los motivos que te han llevado a tomar una decisión tan despiadada y vuelvo a tener miedo de enfrentarme sola a este mundo, como hice de niña siendo nadie, un miedo que había superado gracias a ti y que regresa, también gracias a ti, por culpa de lo que me acabas de decir.

Había hablado con total franqueza, desahogando sus profundas emociones surgidas con vehemencia de su maltrecha alma, breve discurso incendiario que calcinó los propósitos de Eliseo.

Una emoción extraña le hizo bajar y subir la glotis reiteradas veces. Era una mezcla de angustia compasiva y culpabilidad inducidas por el dramático alegato de Remedios. El hecho de que no llorase, acrecentó el patetismo de la escena, pues esas palabras, vestidas de un dolor brutal, alcanzaron los oídos del escritor con toda su magnífica fuerza. Quiso apartarla y ella, aferrada a su cuerpo, lo impidió. Eliseo acercó la boca a su oído. Había sido derrotado.

—Está bien, haremos un trato si me sueltas.

Remedios se separó apenas unos centímetros.

—¿Qué trato?

—Voy a cuidar de ti con una condición: no me pedirás que te resuelva las dificultades cotidianas que surjan en tu nueva vida de no ser graves y mi intervención imprescindible. Iré a verte con cierta regularidad y

tú podrás venir a Madrid con la misma frecuencia. ¡Ah!… y te acompañaré en los acontecimientos señalados.

—¿Y cuáles son los acontecimientos señalados?

—¡Qué sé yo!… la inauguración de la tienda… tu boda… tu maternidad… cosas de ese tipo.

Al advertir que se abalanzaba hacia él, adelantó sus brazos impidiéndolo.

—¡No te acerques!… que antes me hiciste daño en el cuello con tu maldita jaula. Te la van a quitar hoy y el lunes tendré que trasladarte a tu casa. Ese día nos daremos uno fuerte, fuerte… ¿Te apetece?

—Sí… uno de los apretados. ¡Anda!, déjame que acaricie esa cara de perrito afligido.

Eliseo, que iba a replicar. se calló al ver entrar a la enfermera llevando en volandas una bandeja de material sanitario.

—Señorita Martínez… ha llegado tu hora.

—¿Qué pasa, eres la muerte o qué?

—Muy ingeniosa… Vengo a quitarte el halo.

Samaniego insinuó el ademán de irse de la habitación.

—¿Tengo que marcharme?

—Prefiero que no, va a sufrir molestias y si usted está presente se quejará menos.

Remedios, feliz, resolvió ser amable. Le remordía la conciencia al recordar lo mal que se había portado con Amparo. Lo achacaba a su mal humor consecuencia de los agudos dolores que sufría a pesar de la ingestión de un fuerte analgésico tres veces diarias. En su fuero interno, aceptaba que era una excelente profesional y había cumplido sus obligaciones a la perfección.

—Estoy lista… que sea poquito doloroso, ¿vale?

La enfermera se situó junto a ella y, en un santiamén, salió de la habitación con el halo en la mano. Cuatro profundas marcas amoratadas se hicieron visibles en el cráneo. Los tornillos habían cumplido su misión a conciencia.

Eliseo las examinó con curiosidad.

—Da la impresión de que el aparato infernal se ha ensañado contigo. ¿Cómo lo llevas?

—Ni me lo creo. ¡Oye!, es genial lo de las botas de esquí, estoy tan feliz que ha merecido la pena sufrir tanto. ¡Jo…!, qué listo eres.

—Déjate de guasas, que te conozco.

—De acuerdo… todavía me duele, pero me siento mejor. Ahora te toca cumplir lo prometido: dame el abrazo fuerte… fuerte, de esos que comparten los que se aman, tengo que recobrar los que me correspondían y no me dieron.

—Venga ese achuchón… empecemos a reducir el déficit ahora mismo.

Se acercaron el uno al otro. Eliseo, que tenía los brazos largos, rodeó su cuerpo y ella supo que, al lado de ese hombre, estaría protegida de todos los males. Fue una experiencia de la que Remedios andaba escasa y, quizás, Eliseo también. Se retiraron despacio, deseando prolongar ese sabor a gloria bendita.

—Nos vemos el lunes.

—Conque *sábado sabadete…* ¿eh? Aún no me has cotilleado tus intimidades sentimentales.

—Cada cosa a su tiempo.

El escritor, al abandonar la habitación, advirtió que había olvidado preguntarle por su amnesia y eso le gustó.

Remedios acunó en su pecho el contrato y comenzó a cantar, simulando el tono de una nana, la estrofa del himno gitano que le enseñó Rocío.

¡Arriba, hermanos! ¡Es el momento!
¡Vayamos juntos por esta tierra!
¡Disfrutemos de las caras morenas y los ojos negros!
¡Que su belleza es tan dulce como las uvas negras!

Y se imaginaba el resto de su existencia protegida por un hombre que la quería y la ayudaría a cumplir sus sueños de niña cuando iba, acompañada de su amiga, a jugar con la arena de la hondonada y a poner nombres de mares a los charcos mientras las flores surgían mágicamente de la tierra, a su alrededor.

CAPÍTULO 24

Madrid.
Jueves, 9 de septiembre de 1976.

Federico se dirigió a su cliente.

—Lo lamento… si te resulta demasiado doloroso, lo dejamos el tiempo que necesites.

El joven, en completo silencio, corrió hacia su dormitorio y se encerró en él.

El abogado fue a la cocina, se sirvió un vaso de agua, bebió un sorbo y esperó su regreso.

Toni apareció transfigurado. Había sustituido el gesto de congoja por un aire altanero.

—Ya no soy un niño y, aunque me duela, haré lo que me pide. Si quiere, vamos a la sala y le cuento lo que vi allí justo al llegar desde mi dormitorio.

—Bueno… esta actitud me gusta más. Ten por seguro que no te arrepentirás.

Ambos se situaron en el mismo lugar donde se encontraban antes de suspenderse la reproducción de los hechos y el muchacho prosiguió su relato.

—Vi a madre arrodillada en el suelo, con los brazos en alto, protegiéndose la cabeza y un reguero de sangre corriéndole por la frente. Yo me acerqué a padre por detrás sin hacer ruido para que no me viera ni me oyera. En cuanto levantó el brazo, resuelto a pegarla de nuevo, me coloqué rápido frente suyo y, apuntándole al pecho, le dije con toda seriedad que tirara el cinto lejos de sí y que le dispararía si no me hacía caso. Se quedó inmóvil, su expresión era la del que no acepta lo que ve, pero no mostraba miedo y eso me preocupó. Enseguida hizo lo que le pedí sin dejar de mirarme.

—¡Espera! Enséñame, con la mayor precisión que puedas, los lugares en que os encontrabais los tres.

Postigo señaló una zona en el suelo, haciendo un pequeño círculo con el dedo índice sobre tres de las baldosas.

—Yo me encontraba más o menos aquí, padre aquí y madre a un lado, un poco más cerca de él que de mí.

—Vale… visualizo perfectamente a los tres… ahora colócate en tu sitio ¿Cómo reaccionó ella al darse cuenta de que tú controlabas la situación?

—No lo recuerdo…

—¿No lo recuerdas?

—Estaba atento a lo que hacía padre y no me daba para más.

Federico tenía muy clara la manera de proseguir el interrogatorio.

—Atiende, Toni… sé lo que pasó y lo sé por las conclusiones del dictamen técnico de la Beretta que ha realizado un experto. Además, hoy he ido a hablar con Julián, que te conoce desde que eras un recién nacido, luego acudí al instituto a charlar con su hijo Miguel Ángel, tu mejor amigo; asimismo visité al director y a uno de tus profesores y todos han coincidido en que eres una bellísima persona, solidario con los compañeros e incapaz de hacer mal a nadie. Entre lo que he averiguado sobre la pistola y lo que me han contado de ti, me veo obligado a rechazar tu testimonio. Lo que pretendes hacerme creer es inverosímil y, si haces un pequeño esfuerzo, tú mismo te darás cuenta de ello.

Matey tomó nota de que la duda se había instalado en el rostro del joven.

—Continuemos… Ella se encontraba atemorizada, esperando otro golpe del cinto, con su cuerpo de rodillas y arqueado en una postura instintiva de protección. Tú entras, amenazas a tu padre, que se queda petrificado al verte, ¿y no reacciona? Cualquier entendido en conducta humana te dirá que es imposible permanecer inmóvil en esas circunstancias. Imagínate ahora que yo soy tu padre, quiero que apuntes con la pistola a mi pecho y aprietes el gatillo, ¡hazlo!, está inutilizada. Yo te diré lo que hizo tu madre antes de que tú disparases.

Toni permaneció inmóvil.

—¡Te he dicho que lo hagas! ¿No presumes de que eres un hombre?, pues compórtate como tal y dispara.

Él cedió a regañadientes, le apuntó, pero no fue capaz de cumplir la orden y bajó los brazos.

—Ya ves que, aun sabiendo que la pistola es inofensiva, eres incapaz de utilizarla contra una persona. Tu versión se ajusta a la realidad, salvo una pequeña, pero decisiva diferencia, entre lo que has dicho y la reacción de tu madre en el preciso momento que ibas a reproducir. Repíteme lo que hizo.

—Se quedó quieta en el suelo.

—¿Tenías tu dedo pegado al gatillo fingiendo la intención de apretarlo?

—Claro que sí, de lo contrario padre lo hubiera advertido y no me hubiese tomado en serio.

—¿Qué distancia te separaba de él?

—Como dos metros, creo yo.

—¿Lo crees o estás seguro?

—Estoy casi seguro de que eran dos metros aproximadamente.

—¿Aprecias a simple vista lo que es un metro?

—Tengo uno que me regaló padre cuando yo era un niño pequeño y me ha gustado usarlo para medirlo todo: son cinco cuartas de mi mano derecha. Si le interesa… mi estatura, que he ido midiendo desde niño en una jirafa de cartón sujeta a la pared del dormitorio, es de un metro setenta y cinco.

—Perfecto… ¿Repíteme la posición exacta en la que estaba tu madre?

Era tan importante este detalle que necesitaba cerciorarse de que Tony no había cometido un error.

El adolescente señaló de nuevo una baldosa en el suelo, era la misma que había indicado poco antes.

—Según eso, se encontraba a poco más de un metro de tu mano que empuñaba la Beretta. Lo vuelvo a preguntar: ¿qué hizo ella al verte tan agresivo y a tu padre paralizado a su lado?

—No se movió de donde estaba.

Matey observó una leve vacilación en su voz.

—Te repito que es absurdo, por fuerza tuvo que reaccionar, cualquier persona en su lugar habría aprovechado esa circunstancia para salir corriendo. Es indudable que tu objetivo era el de amedrentar; no obstante, persuadiste, al menos a tu madre, de que estabas dispuesto a apretar el

gatillo al verte en la belicosa postura de un tirador. Así que tenemos a los tres en la sala, él de pie, ella en el suelo, y tú, en posición de tiro, decidido a todo menos a usar la pistola y, a pesar de ello, se disparó. ¿Por qué?… ¿Por qué ocurrió esta desgracia que ha destrozado vuestras vidas? Voy a contestar a esa pregunta: en ese instante sobrevino un incidente que me has ocultado y que fue la causa del disparo, ¿me equivoco?

Toni, con aire afligido, relajó los hombros, levantó la cabeza y contestó con docilidad.

—No, señor.

—Hemos llegado al momento crucial… toma la Beretta, colócate en tu sitio y apunta al lugar donde estaba tu padre. Yo me colocaré de rodillas en el suelo en el mismo sitio que tu madre. Haga yo lo que haga, no modificarás la posición de tu mano, ¿está claro?

Antón Postigo se rindió.

—¡No puedo aguantar esto más tiempo! ¡NO PUEDO! Le voy a decir la verdad… necesito decirle la verdad… ella se incorporó y quiso quitarme la pistola, entonces yo disparé…, lo hice yo y nadie más… se lo juro, tiene que creerme. ¡TIENE QUE CREERME!

El súbito desahogo fue un triunfo para Federico. Todo lo desagradable que obligó a hacer a aquel adolescente, llevándolo al límite de su resistencia mental, había merecido la pena. Por fin encontraba una respuesta a la complicada situación provocada por sus clientes. Ya no tenía que recorrer un camino tortuoso, solo era una carretera con algunos baches que sería capaz de sortear.

—Has sufrido, pero diste un gran paso adelante. Sabías que, al ser menor de edad, no te meterían en la cárcel, sino que irías a un reformatorio dos o tres años a lo sumo, precio que estabas resuelto a pagar para que no incriminasen a tu madre. Ahora puedo afirmar, con certeza, que ella se abalanzó hacia tu mano, no para quitarte la pistola y disparar contra tu padre, sino para evitar que lo hicieras tú. Al oír la detonación, pensó que había llegado tarde, creyéndote el responsable de la tragedia. Convencida de ello, intentó protegerte cambiando los hechos, una mentira con la que pretendía salvarte de una acusación de parricidio. ¿Es cierto?

—Creo que sí…

—¿Confirmas que te golpeó en la mano?

—Lo confirmo.

—¿Oíste la detonación, él cayó malherido y tú creíste que fue la intervención de tu madre la que causó su muerte?

—¡No siga… se lo ruego!

—¡Contesta! ¿Estabas convencido de que su intervención causó la muerte de tu padre?

—Sí… lo estaba.

—Eres todo un hombre, Toni. El misterio se ha aclarado y, ahora, por fin, tengo grandes expectativas de que ni siquiera os lleven a juicio. Dispongo de argumentos y pruebas suficientes para asegurarte que nos concederán la audiencia previa y ganaremos. La historia es conmovedora, ambos estabais dispuestos a sacrificaros por amor y ese acto sublime merece ser premiado y no castigado.

Federico sentía un prudente optimismo, prudente, porque España se había dividido, como en tantas ocasiones, en dos grupos irreconciliables: los partidarios de la transición y los del viejo régimen. Estos habían iniciado una lucha enconada cuyo objetivo era ganar el juicio al precio que fuera. Una contingencia improbable que, en aquellas convulsas fechas, era factible.

Rufina y Salvador volvieron de la calle. El abogado, en presencia de los tres, reprodujo la cinta con la confesión del joven Postigo. Ella mantuvo su postura tercamente, pero los ruegos de su hijo para que dijera la verdad y los argumentos de Matey, la forzaron a admitir que había mentido y que lo único que pretendía, al incriminarse, era evitar la cárcel a Tony, una eventualidad que, ella ignoraba, no era posible debido a su edad.

—Ni él, ni yo, lo hubiéramos aguantado… mi niño, tan sensible, declarando de acusado delante de un juez. ¡Ay, señor!… eso no podía ocurrir y tenía que remediarlo a costa de lo que fuera, por eso preferí declararme culpable. Me pareció la mejor solución… Toni es todavía un niño; en cambio, mi vida, fallecido Antón, está agotada.

—Puedo asegurarles que su acuerdo me permitirá defenderles con garantías de éxito. Tendré dificultades, no por esas garantías, en absoluto, sino por las ideas de determinados grupos políticos que piensan obstaculizar el normal desarrollo de este caso. Por fortuna, contamos con la ayuda de instituciones y jerarquías que están haciendo lo indecible por neutralizar la maniobra. Merced a ellos y a la colaboración de los que nos apoyan, la

justicia acabará imponiéndose y su buen nombre quedará limpio de toda culpa. Esta noche pueden ustedes dormir confiados en que todo saldrá bien.

Federico regresó a su despacho y llamó a Marian.

—… Te quería dar las gracias por cuanto has hecho durante estos días, ha sido un trabajo admirable.

—Ni lo menciones, Fede, todos estamos igual de involucrados en este proceso. No te imaginas la cantidad de adhesiones que hemos recibido en apoyo de tus clientes y de nuestras reivindicaciones, incluso de miembros del gobierno. Si pretenden enjuiciarlos, vamos a montar una tan gorda que les hará recapacitar, te lo prometo. Querido amigo… el otoño se presenta prometedor y calentito. Las últimas actuaciones son un ensayo comparado con lo que tenemos previsto para las próximas semanas.

—Eres una extraordinaria mujer Marian, tu dedicación incansable a esta causa significa mucho para mí. Hoy he desentrañado la verdad sobre cómo se produjo la muerte de Antón y si logramos, entre todos, que el juez de lo penal designado sea imparcial, ten por cierto que, durante la audiencia previa, la madre y el hijo serán declarados libres de cargos.

—No lo dudo. El nombramiento del juez es la clave y evitar que pertenezca al franquismo es nuestro objetivo prioritario. Hay dos altos cargos del Poder Judicial que están promoviendo una campaña interna. Su propósito es el de concienciar a los demás miembros de que permanecer impasibles ante la tropelía es de cobardes y que tienen la obligación de participar, implicándose de forma activa, hasta que se extienda por España un clamor reivindicativo que alcance a los responsables de la justicia y al resto de ciudadanos. Nos consta que el gobierno está esperando el final de las diligencias previas, resuelto a impedir que el juez que se nombre pertenezca al grupo adepto al antiguo régimen.

Al oír sus explicaciones, Federico intuyó quién había sido el promotor de aquella iniciativa y por qué se había abortado el intento de encarcelar a Rufina y a Toni, que había promovido el juez instructor.

CAPÍTULO 25

Torregaliana.
Domingo, 23 de junio de 2019.

Irene se levantó dispuesta a disfrutar del prometedor domingo vestido con una luz espléndida y una temperatura agradable. ¡Qué interminable e intenso había sido el sábado y cuán exhausta se acostó en la cama! Un día lleno de emociones, expectativas que no se cumplieron, un asesinato cruel, la morgue y, por último, el Hombre Diabólico y su mordaz sentido del humor.

Después de desayunar, se sentó frente al portátil. Una idea le había pedido audiencia a punto de dormirse, esa hora intermedia entre la vigilia y el sueño en la que el cerebro se dedica a analizar las lucecitas rojas que ha encendido a lo largo del día antes de desmayarse, como ella afirmaba, hasta la mañana siguiente. Era el momento de atenderla y ponerla en práctica. Abrió el archivo del CD y pinchó la pestaña de propiedades. La memoria que contenía era ligeramente inferior a 2.000 kB, que coincidía, según su estimación, con el peso del dibujo y el texto. Luego aplicó las instrucciones recomendadas para sacar a la luz los archivos ocultos sin conseguir resultados.

Piensa diez minutos y soluciona en uno, le aconsejaba su padre al enfrentarse a un problema de matemáticas en el bachillerato.

Lázaro era de la generación del USB y no había usado los discos compactos. Ignoraba el protocolo utilizado para localizar un archivo de esas características y lo buscó en Internet hasta que encontró una idea prometedora: intentar grabar en el CD un fichero de tamaño inferior a la memoria libre y ver el resultado. Eligió uno idóneo, lo arrastró a la carpeta y apareció de inmediato un mensaje en el escritorio: *operación denegada por falta de espacio*; una prueba de que esa memoria la ocupaba otro archivo que, en apariencia, era indetectable. Allí había algo dentro que no permitía introducir más información.

Solo una mente imaginativa como la de Svimtus pudo adivinar que la sorpresa y el bochorno que sufriría el mafioso que accediese a la caricatura y al texto, le convencería de que su única intención era tomarle el pelo y daría como cierto que no contenía otros archivos; un cálculo brillante del difunto que especulaba con la inclinación del ser humano a desprenderse de lo que le está fastidiando, en este caso el ridículo sufrido por la mofa de la que había sido objeto con la pintoresca caricatura y el texto burlón. Era un ardid genial para que las informaciones que contenía no fueran localizadas por sus previsibles asesinos y pudieran llegar a manos de la Guardia Civil.

La teniente estaba al tanto de que se utilizaban varios procedimientos en la grabación de este tipo de archivos, desde el burdo al sofisticado. Desvelar el correcto sería cuestión de paciencia. Al cabo de pocos minutos, lo escondido se hizo visible y numerosas anotaciones, reseñadas de antiguas a modernas, llenaron la pantalla; era un registro minucioso de las operaciones delictivas organizadas por Svimtus desde que se hizo cargo del centro de distribución en Madrid.

Era domingo y envió un *guasap* al comisario como recurso para perturbar su jornada familiar lo menos posible. Enseguida oyó el adagio de Marcello sonando en su móvil.

—Hola, Ángel.

—Hola, ¿en la Guardia Civil no se descansa?

—Yo sí, mi cabeza no.

Y le contó el hallazgo.

—¡Bravo! Es usted una investigadora tenaz como los que nos llaman por teléfono a todas horas para vendernos algo. ¿Qué medidas va a tomar?

—Finalizada su lectura, me pregunté a quién va dirigido el archivo oculto. Es probable que nuestro hombre dejara a la vista el dibujo y el texto para despistarles, con la intención de que los mafiosos lo descubrieran y creyesen que con ello solo pretendía tomarles el pelo, mientras lo que intentaba de verdad era esconder en el mismo CD la relación de sus actividades mafiosas. Es, en mi opinión, una ironía póstuma con la que vengarse de la mafia, facilitándonos los informes que poseía de ella en el mismo soporte digital y delante de sus narices, es decir, va dirigido a nosotros, comisario… a nosotros. No creo que haya pistas reveladoras, la estructura mafiosa tiene todo el aspecto de estar integrada por células

estancas; sin embargo, los correos, al coincidir en los lugares de intercambio, habrán divulgado entre ellos noticias, rumores o confidencias. Si hay charlas informales, hay descuidos. De manera que me voy a pasar las horas frente a la pantalla hasta que no quede un dato por revisar.

—No tengo duda de que lo hará… Hoy han llegado mis nietos a pasar el día en casa; remítame lo que considere destacado, me escaqueo de la familia y le doy un repaso. Si quiere, lo comentamos a continuación de la siesta, que es cuando únicamente duermo de verdad y recupero energías.

—¿Vale hacia las cinco?

El extenso archivo contenía, entre otras cosas menos relevantes, un diario con los apuntes contables de los gastos y los ingresos, las fechas de los envíos, los puntos de intercambio, el monto de cada remesa de dinero y la memoria anual. A su jefe directo le llamaba Gatopardo, y a sus propios esbirros los reseñaba con nombres falsos, quizás porque quería protegerlos al haber sido él quien los eligió. ¡Qué enorme satisfacción la de Lázaro al corroborar que la base francesa desde la que se llevaba el dinero a España estaba en las cercanías de Dax como había vaticinado!

¡*Al tajo! Aquí hay mucha tela que cortar.*

Esa luminosa mañana, Remedios paseaba aburrida por la habitación. Había dormido, desayunado, duchado y recibido la visita de la enfermera que se mostró amable con ella, incluso afectuosa. Ya no era preciso tenerla a raya, en teoría había sido dada de alta y, por ser domingo, se la firmarían el lunes.

Encendió el televisor, la programación era aburrida y la apagó. Salió al pasillo, dispuesta a caminar. Se detuvo junto a la máquina expendedora de botellas de agua fresquita a la espera de un sediento. Recordó a Eliseo llevándole dos. *Qué mono es y cómo está atento a mis necesidades*. Jamás había experimentado un sentimiento parecido por nadie. Lo de Rocío y Moncho era de diferente naturaleza. *¿Dónde estará mi amiga? ¿Por qué no ha venido a verme?*

Volvió a la habitación. La bolsa de plástico, con el chocolate y la prensa, reposaba en el pequeño sofá. Se sentó en él, decidida a comer una sola pastilla que masticó con cuidado, procurando apretar suavemente las mandíbulas. No le dolió, ni le causó molestia. Cogió dos más y las trituró

ansiosa. *¡Qué rico está! Voy a tomarme la última.* Incumplió su promesa y toda la tableta siguió el mismo destino: su estómago.

Se lavó las manos y regresó a la habitación donde se sentó en el sofá cama. Había tirado las revistas a la papelera, releídas tantas veces que las sabía de memoria. Sacó uno de los periódicos con desgana. No solía leerlos, era sensible a las malas noticias que, por regla general, integraban el grueso de su contenido. Pasó las páginas, fijándose solo en los titulares. Llegó a la crónica de sucesos. Una fotografía reclamó su atención. En ella se veía el rostro de un hombre asesinado en un aparcamiento de Madrid. Al reconocer quién era, el pánico hizo borrar, de un soplo, la expresión de aburrimiento que tenía desde que se levantó.

¡No, Dios mío!, ¡no! ¡Ahora no!

Eliseo se había tomado una mañana sabática y seguía en la cama, abstraído en un ejercicio de relajación. Acostumbraba a practicar esta rutina, en un intento de equilibrar sus energías, si la víspera había sido agotadora. A veces entraba en trance y, uno o dos minutos a lo sumo, lograba mantener su cerebro libre de actividad. Una especie de nirvana casero.

Regresó a este mundo y se sintió feliz al recordar que Remedios había renunciado a la profesión de prostituta y que él la ayudaría a cumplir su sueño de la infancia: rodearse de flores, disfrutar de sus preciosos coloridos, de sus aromas, cuidarlas y venderlas a los clientes en pleno esplendor y, todo ello, viviendo al lado de la playa. La pesadilla había terminado, no necesitaba mentir, ni estar a la defensiva ante los imprevisibles sarcasmos de la providencia; el triunfo era rotundo. Hasta el cielo le acompañaba en su euforia, prometiendo un día delicioso. Esa mañana daría un paseo por Majadahonda hasta que le apeteciera ponerse a escribir.

El teléfono sonó violento, enfadado con él. Era Tino. Sus palabras también estaban enfadadas.

—¿Qué le has hecho?

—¿A quién?

—A Remedios… Me ha llamado porque no tenía tu número y ha debido sacar el mío del membrete del contrato. Su voz era la de una mujer

aterrorizada… Necesita verte con urgencia.

—No lo entiendo… estaba tan feliz al despedirme de ella en el hospital. ¿Qué te ha dicho?

—Que vayas inmediatamente a su lado. Debe ser algo grave… ¡Oye!, ¿te has dado cuenta de que me estás jodiendo la existencia con tus putos líos? Hoy es domingo, ¿comprendes lo que significa eso para un padre que no tiene que despertar a sus hijos, ni meterles prisa en vestirse y desayunar, ni llevarlos al colegio? No… no lo comprendes, es la mismísima gloria echada a perder por culpa tuya.

—Lo siento, amigo… lo siento. Me visto y voy corriendo para allá… Descuida que no volveré a darte la lata.

—Me temo que no va a ser así…

Al verle entrar en la habitación, Remedios se levantó de la silla y se refugió en su cuerpo. El escritor notó las convulsiones que la estremecían mientras le daba un abrazo protector, el que se da a un hijo que tiene pesadillas y se despierta aterrorizado.

—¿Qué te pasa?... Tiemblas igual que un pajarillo… No te preocupes, cariño… estoy contigo y voy a cuidar de ti, ocurra lo que ocurra. Nunca he revelado mi secreto y no lo divulgues porque me la lías gorda… Yo soy Supermán, el auténtico. Un día tomé la decisión de quedarme en la Tierra para siempre y, por tenerlo prohibido, el presidente del consejo de ancianos de mi colonia orbital, me obligó a renunciar a mis superpoderes y a convertirme en un hombre corriente. Aquí vivía más feliz que en cualquier otro planeta de la galaxia y no me importó el castigo. En confianza te diré que ser Supermán era aburrido; como siempre ganaba, nunca me sorprendía el final de la aventura. Mi secreto es que esos superpoderes aún puedo usarlos en situaciones excepcionales y esta es una de ellas, de modo que no tengas miedo, nada te puede pasar si yo te protejo.

Tras oír el candoroso recurso de Eliseo, esbozó una sonrisa que se difuminó a la misma velocidad que el débil suspiro que brotó de su alma. Seguía estremeciéndose. Él la cogió con delicadeza y la recostó en la cama sin soltarla.

—Pórtate bien… niña buena… Ahora voy a cubrirte con la colcha.

—No me dejes… no me dejes…

—No te voy a dejar pase lo que pase. ¿Quieres que te cuente un cuento?

Ella dijo un sí, apenas audible. Eliseo le contó el de la golondrina que no quería aprender a volar porque le resultaba cansino tanto trajín, uno de sus primeros relatos infantiles.

Cuando terminó, la sonrisa de la niña buena era un esbozo tímido pero sostenible. Él se fue separando poco a poco y ella no opuso resistencia. La incorporó sobre los almohadones y se sentó en la silla junto a la cama. Remedios le acercó el periódico abierto por la página en la que se veía la foto de Svimtus.

—Este hombre me encargó un trabajo.

—¡Qué susto me habías dado!… Un trabajo es solo un trabajo. No veo motivo para que te alarmes.

—Claro que lo hay… Hace dos semanas sonó mi teléfono particular. Acababa de levantarme. Me sorprendió que fuera desde un fijo desconocido, pues mi número solo lo he dado a mis amigas y no era el de ninguna de ellas. Tengo la costumbre de colgar ese tipo de llamadas, suelen ser gamberros gastando bromas de mal gusto o, peor aún, depredadores de chicas que, utilizando uno público, ocultan su identidad. No sé lo que me movió a ello, el caso es que lo descolgué. Era un fulano ofreciéndome un curro sencillo sin relación con mi oficio. Aunque parecía un hombre respetuoso, desconfiaba de él y rechacé su oferta. Al ir yo a colgar, me dijo que estaba al corriente de cómo me ganaba la vida y que era llevadero compaginar ambos trabajos, puesto que sería un viaje a la semana, de ida y vuelta, que me tendría ocupada solo dos días. Empecé a dudar y él, que debió notarlo, me aseguró que ganaría dos mil euros por cada servicio más los gastos. Eso fue definitivo y lo escuché.

Eliseo intervino, la revelación tomaba un cariz inquietante.

—¿Estás segura de que es el mismo hombre? Ten presente que hay muchos que se parecen y las fotos de los periódicos tienen poca nitidez.

—Lo estoy… la cara y las gafas son inconfundibles.

El tono firme no daba opción a la duda. Al escritor se le metió el corazón en un puño, no quería alarmarla y le costó un gran esfuerzo mantenerse impertérrito.

—Vale, demos por hecho que es el fallecido… ¿Qué pasó después?

—Dijo que se llamaba Roberto, que confiara en él y que nos citaríamos en un sitio público, elegido por mí, con la única condición de que fuera discreto. Esto me tranquilizó y acepté ir… El dinero que iba a ganar anticiparía mi retiro varios años y, además, había resuelto cuándo y dónde encontrarnos sin riesgo para mí: por la mañana, en la ampliación del aparcamiento de Peraleda y cada uno dentro de su coche.

Los párpados de Eliseo se habían abierto tanto, que las pestañas se enredaban con las cejas.

—Parecía una persona seria y educada. Aparcamos uno al lado del otro en direcciones contrarias y, aunque no había nadie por allí, nos comunicamos en voz baja a través de las ventanillas abiertas. Él llevaba la cara oculta por una visera y las gafas grandes de la foto. Entonces me explicó que el curro consistía en trasladar un vehículo a la costa de Cádiz, o de Málaga, y traerlo a Madrid a la mañana siguiente. Era facilón y alcanzamos un acuerdo. No firmamos ni un papel, lo que me escamó bastante. Luego salió a inspeccionar los alrededores. Le debió gustar el sitio, pues dijo que mi primer trabajo saldría desde allí y que solo tendría que seguir a otro coche cuyo conductor me instruiría, en el aparcamiento, sobre el itinerario, los lugares de descanso previstos y lo que debía y no debía hacer a lo largo del trayecto. Me dio el nombre, la matrícula de su coche y, deseándome suerte, se largó de allí.

—No me digas que era el que te aguardaba en el pueblo.

—No era ese, sino Antonio, el que ha muerto. Después de que casi os estrellasteis el uno contra el otro, le seguí con la mirada girando el cuello. Tú chocaste contra el muro y, de resultas, mi cabeza se apagó. El desgraciado debió asustarse por el retraso y se largó poco antes de que llegáramos nosotros. El resto lo sabes y puedes suponer lo que tengo encima. Si han matado a Roberto, irán a por mí. No hay que ser muy lista para darse cuenta de que el crimen tiene que ver con lo que llevaba escondido en el coche, imagino que droga o dinero ilegal.

Eliseo se apartó de ella y, acercándose al ventanal, fingió estar contemplando el paisaje mientras intentaba recuperarse del golpe brutal que la confidencia de Remedios le había asestado en su recién estrenado optimismo. Era una pesadilla que demostraba el empecinamiento del destino en reducirlo a escombros. ¿Cuántos sarcasmos más le enviarían para

acabar con él? No soportaba seguir inerme ante sus caprichos. ¡Se acabó la función!

Amenazó al cielo a través de los cristales.

Si creéis que voy a tolerarlo un día más, estáis equivocados. Hoy mismo dimitiré como objetivo de vuestras burlas… Me doy por vencido. Voy a revelar al comisario lo que hice, echo el telón, os birlo el espectáculo y os quedáis con las ganas de disfrutar del desenlace que tenéis preparado para mí.

Él había visto la foto de Svimtus en la prensa y no la asoció con los mafiosos. Ella prosiguió al verle regresar.

—Te habrás dado cuenta de que mi amnesia es una trola. Yo sospechaba que el trabajo era ilegal, dos mil euros eran demasiados euros, y me la inventé por la costumbre que cogí, siendo niña, de mentir para no ser castigada.

La infancia que le había relatado aquella joven, desfiló delante de sus ojos, provocando en Samaniego un afecto turbador ajeno al que había sentido por ella hasta ese día, que le desconcertó. ¿De dónde había salido tan de repente?

—Hay una cosa que no entiendo… si tenías tanta prisa, ¿por qué me ofreciste tus servicios?

—Por disimular. Nada más ver a un fulano sé si es candidato a parroquiano y tú no lo eras ni de coña. Recurrí a esa bola porque vivía con la sensación de que la gente me miraba como si fuera una delincuente y que, si te convencía de que estaba seduciéndote, no ibas a sospechar de mí.

—Cierto… eso suele suceder a los que infringen la ley por primera vez. ¿Y qué pensabas hacer conmigo?

—Sacarte pasta después de recibir el alta y una vez que se hubiese olvidado lo de Peraleda. Luego, cuando viniste a verme, y me trataste con respeto, y me cuidaste, y me hiciste regalos, te cogí cariño, y esa putada no se la hago a los que quiero.

Eliseo se esforzaba en conservar un aspecto sereno.

Dudo que pretendan actuar en este hospital, sería una imprudencia… tiene agentes de seguridad y cámaras en todas las plantas, pero no quiero correr riesgo alguno y voy a hablar con el comisario que trabaja en la investigación. El martes pasado me convocó en su despacho. Me dijo que

habían localizado una gran cantidad de dinero bajo los asientos del SUV y quería que le refiriera los pormenores del accidente.

—O sea que yo llevaba razón. ¿Y de quién era la pasta?

Eliseo improvisó una frase ambigua.

—Están en ello.

—Da lo mismo, lo que importa es mi seguridad.

—A eso voy. Si me autorizas, le llamo ahora y tú le confiesas lo que me acabas de decir. Te garantizo que no va a tomar medidas en contra tuya y, por añadidura, tu testimonio le será útil.

—¿Y contigo?

—Conmigo tampoco… le caigo bien.

—Vale… hazlo si crees que es lo que me conviene.

—Lo es… En caso necesario, te pondrá un escolta al igual que hizo conmigo.

—¿Qué me dices… tuviste un fulano pegado a tu culito a todas horas?

—No tan pegado, y me lo quitaron en cuanto los dueños del dinero supieron que lo tenía la Guardia Civil.

Eliseo, al oír el mensaje de apagado o fuera de cobertura del móvil de Reverte, le envió un *guasap* rogándole que contestara. Al no tener respuesta, decidió seguir en la habitación. Era improbable que la mafia tomara represalias contra Remedios mientras estuviera en ese hospital, no obstante, una corazonada le exigía permanecer junto a ella; si le ocurriese una desgracia por haberla dejado sola, nunca se lo perdonaría. Bajo la morera sintió curiosidad por ella, incluso admiración; ahora, sobre esos sentimientos, predominaba un vínculo de naturaleza desconocida que no imaginaba descubrir a su edad.

—El comisario tarda en responderme, así que no me voy a mover de aquí… y te prohíbo volver a temblar, eso ofendería al Supermán que llevo dentro.

—Gracias… tú me das seguridad. A lo mejor es verdad que lo fuiste.

—Ni lo dudes.

Al escritor le quedaba pendiente el espinoso problema de su ex amigo, el cabo de la Guardia Civil, al que había mentido y sonsacado en su beneficio. Le produjo un incómodo remordimiento recordarlo. Se merecía

una prueba de lealtad y la mejor sería confesarle el engaño y pedirle disculpas.

—Atiende… Tengo que usar el teléfono y he de salir a la calle. Seré breve… te lo prometo.

—No, por favor… por favor… hazlo aquí, si quieres, me tapo los oídos con la almohada.

Remedios estaba sufriendo otra crisis y Samaniego recurrió a una solución de emergencia.

—Bueno… lo haré en el baño con la puerta cerrada, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, si me prometes no tardar.

La conversación fue embarazosa. Garriga pensó al principio que era una broma gastada por su excéntrico amigo. La evidencia de que había sido sincero le decepcionó. ¡Qué ingenuidad por su parte! El cálido afecto y la admiración que sentía por él se habían convertido en frías y tristes cenizas. Eliseo le rogó que informara a su jefa a la mañana siguiente, después de que él se lo dijese a Reverte esa misma noche, y le deseó éxito en los exámenes. Ricardo ni siquiera se despidió.

Samaniego volvió a la habitación.

—El comisario no da señales de vida y la espera promete ser larga. Te propongo que me cuentes tus aventuras en Fuentesancho, eso nos distraerá. ¿Cuándo te mudaste a ese pueblo?

—Hace tres años.

—¿Y te gusta dónde vives?…

—Me encanta… está en una calle tranquila, cerca de la plaza Mayor, y tiene un garaje enorme, que da a la cocina, en lo que fue un corral. No permito que mis clientes entren por la puerta principal, los recojo con mi coche en un lugar discreto, se apean dentro y evito los cotilleos de la vecindad. Les gusta un montón ese detalle porque pasan desapercibidos. La mayoría tienen pareja, hoy los solteros le dan al fafarique hasta desangrarse y no nos necesitan; lo hacen con las chicas de la pandilla cuando les apetece y gratis total. A veces, ni siquiera pagan el preservativo los caraduras.

—¿Fafarique?

—No es caló, significa lo mismo que chuquí y me la enseñó un extremeño, por lo que debe usarse por aquella región… te lo he dicho para que aprendas vocabulario, que falta te hace.

—Eres un manantial inagotable de sorpresas… ¿Y cuántas habitaciones tiene?

Dos dormitorios y un saloncito. La alquilé barata, es de las antiguas del pueblo y estaba medio en ruinas, por lo que tuve que hacerle unas reformas. Los dueños me van descontando la mitad de la renta cada mes y no tardaré en recuperar los gastos que hice. Si la vieras… parece una bombonera con aire acondicionado y todo. Así que he cogido buena fama y tengo clientes de sobra, salvo durante las vacaciones, que están prisioneros de la familia y no se pueden escaquear, aunque alguno cae si echo las redes en la sierra.

—Me comentaste que tu favorito es el Duque, ¿no?

—Sí… y en plan de cotilleo te diré que es un poco raro.

—¿Sádico, masoquista o cosas peores?

—¡Qué va! Yo no acepto a los sádicos, pero me divierte dar latigazos a los hombres si me lo piden, siempre que no sean violentos. La mayoría del género masculino se lo merece. A los de cosas peores no les consiento ni que se acerquen a mí. Soy joven, estoy maciza y me sobran clientes que sepan comportarse con una dama. Cuando me haga mayor, y no esté en condiciones de rechazar a los que no me respeten, ya me habré retirado.

A Eliseo le cautivaba charlar sobre un mundo marginal guiado por una joven divertida.

—¿Y qué es lo que le gustaba?

Ella le replicó con gesto serio.

—¿Me pides que viole el secreto profesional?

Su pregunta había confundido al escritor y ella comenzó a reírse.

—¡Ah! ¡Te lo has creídoooo! Si es que eres como un niño pequeño… practica el fetichismo, ¡que lo sepas! Se desnuda y luego saca un camisón de su abuela, de esos que tapan los tobillos y tienen un agujero mismamente en el chocho. Llevaba tres y elegía uno en el último minuto.

—¿Quién se lo ponía?

—Yo… acaso has pensado en el conserje del hotel.

—Pensaba en el Duque… sé que hay hombres que lo hacen.

—Este no… El primer día tropezamos con un problema, el dichoso agujero me quedaba a medio muslo porque su abuela debió ser alta. Hice juegos malabares hasta que coincidió con el chichi. Si vieras lo que nos reímos… yo intentando resolverlo tumbada en la cama y él, desnudo frente

a mí, con el pito empinado apuntándome a la cara. Parecía que me iba a pegar un tiro por tardar tanto. ¡Jo…, qué bien lo pasamos! Una costurera hizo un apaño y, a partir de ese día, resultó fácil colocarlo donde corresponde. Oye… tu curiosidad me mosquea. ¿No estarás celoso? Síií… estás celoso… estás celoso. ¡Me gusta mogollón!… es señal de que me quieres.

Eliseo se sentía feliz viendo cómo Remedios había superado el pánico y recobraba la alegría.

Miró el reloj, era una hora prudente para telefonear a su abogado sin importunarle.

Este prestó gran atención al relato de lo que habían hecho él y Remedios y le prometió recomendar a su socio penalista que se hiciera cargo de la defensa de ambos.

Reverte canceló el modo siesta de su móvil, así lo llamaba él, y consultó los mensajes. Había un correo de Irene. Samaniego le había enviado otro y un *guasap*.

Llamó primero a la mujer, quien le hizo un resumen de los datos relevantes extraídos del archivo oculto.

—Le voy a leer lo más significativo que he encontrado: el Gatopardo, que debe ser el jefe de Svimtus, dicta las órdenes a través de Telegram, encriptadas con una clave variable. Hay una lista de los chats usados, de las claves y de las bases en Francia Sur, Madrid y Andalucía, que he enviado al departamento de vigilancia en Internet, a Europol y a la Gendarmería Francesa. Voy a revisar los expedientes de Mercurio, tal vez encuentre pistas que me hayan pasado desapercibidas.

—Seguro que sí… yo recurriré mañana a los de la UDEF especializados en este tema. Si lo estima oportuno, nos reunimos al terminar y cotejamos los resultados.

El comisario recordó el *guasap* del escritor mientras tomaba un café bien cargado para espabilarse del letargo de la siesta. Extrajo exitosamente el móvil del bolsillo, siguiendo los consejos de la oficial, y le llamó.

Eliseo alivió su conciencia, limitándose a revelarle lo que hizo con Remedios en Peraleda con una brevedad telegráfica.

—He terminado… Ahora, lo que me preocupa… mejor dicho, lo que me obsesiona, es el riesgo que acecha a la señorita Martínez. No descarte, por favor, que quien ordenó el asesinato de Svimtus la juzgará

corresponsable de la pérdida del dinero. Por otra parte, si la elimina, desaparecerían los tres testigos de la operación y, con ello, las posibilidades de ser castigado por la cúpula mafiosa serán nulas.

—Es una hipótesis que carece de fundamento, Samaniego, no veo que peligro supone ella si nada conoce de ellos, no ha cumplido misión alguna y padece amnesia.

—Remedios le aclarará lo de la amnesia, yo pretendo demostrarle que hay pequeños indicios inquietantes en esta historia. El que Svimtus le llamara a su teléfono privado, que solo tienen sus amigas, es extraño y apunta a que hay un enigma detrás que ignoramos y que usted debería investigar.

—Quizás se lo diera una de ellas o vaya usted a saber de dónde lo sacó, hoy, con el Internet ese, cualquiera puede enterarse de lo que desee.

El escritor se había estrellado contra un muro resentido. Era inútil insistir.

—Usted es un experto comisario y domina mejor que yo estas cuestiones… Le paso con ella y me atrevo a recordarle que no ha cometido acto delictivo alguno, desconocía la existencia de los maletines y desea colaborar con la policía por propia iniciativa.

—Lo tendré presente, Samaniego.

Oída la explicación de Remedios, Reverte volvió a hablar con Lázaro.

—Los acontecimientos se precipitan… Prepárese porque tengo que darle una noticia que le va a dejar sin habla…

Y le contó los testimonios de ambos.

—Es inaudito… hemos barajado infinidad de conjeturas y teníamos la solución delante de nuestras narices. Me siento mal por no haberla previsto.

—¿Qué culpa tiene usted?

—La tengo, en la Academia nos dieron una clase dedicada a un principio metodológico denominado la navaja de Ockham.

Ángel quedó apabullado por su preparación científica.

—Desconozco ese principio… ¿De qué va?

—El enunciado es elemental: la solución más simple a un enigma suele ser la más probable.

—Estoy de acuerdo con eso, tan de acuerdo que mi instinto, sin haber oído siquiera su nombre, lo ha aplicado siempre que me enfrenté a uno.

—Este caso, en lo relativo a lo que sucedió en Peraleda, lo doy por resuelto si usted no tiene objeciones que hacer. Antonio, el fallecido, espera a Remedios en el aparcamiento. Se desata la tormenta, se pincha una rueda del Passat y ella lo aparca en Fuentesancho. No puede llamar a su enlace, pues había recibido la orden de dejar el móvil en casa. Desconcertada, se quedó allí porque no podía hacer otra cosa. Aparece el escritor y, nunca mejor dicho, ve el cielo abierto. Ella le camela, él la permite subir y la lleva al pueblo. Remedios vigila la carretera, atenta a la aparición del SUV por el camino, en previsión de que a su compinche Antonio se le haya ocurrido largarse sin esperarla. Esta contingencia ocurre en el instante exacto para que se produzca el accidente, Samaniego traslada el cuerpo que creyó cadáver y Garriga se topa con el alijo.

—¡Qué fácil es cuando lo descubres!

—Solo falta darnos una palmada en la frente… Ahora hay que solventar lo que hacemos con ellos.

—Por mucho que esté dolido con Samaniego, creo exagerado aplicarle medidas preventivas a no ser que me las exija el juez cuando le entregue su confesión… Con la chica estamos en mejores condiciones que con el pijo. Ha declarado voluntariamente y ni siquiera emprendió el viaje. Sugiero no hacer nada contra ella, considerando, además, que se va a retirar del oficio gracias al apoyo económico de Samaniego. Si la incriminamos, mientras resuelve la justicia podría abandonar su proyecto.

—¡Eso no lo sabía! ¿Tienen algún tipo de relación amorosa?

—Se lo pregunté y me dijo que la ayuda porque la quiere. Este hombre es una paradoja, ha fundado una asociación de estudiantes universitarios a los que financia sus estudios desde el anonimato y fue capaz de desprenderse de lo que él creía un cadáver y engañarme con un descaro inaceptable. Lo peor es que me lo creí todo… ¡todo! ¿Cómo pude ser tan pardillo? Reconozco que estoy dolido… no digo la palabra que tengo en la boca por respeto a usted, humillarme a mí… un comisario con el colmillo retorcido y a punto de jubilarme.

—Deje de mortificarse, verá cómo enseguida se le pasa el berrinche … Y referente a Remedios, ¿opina que su vida corre peligro?

—En absoluto… la mafia no mata por matar y ella es inofensiva… únicamente tuvo contacto con Antonio y el hombre Diabólico y los dos están muertos. Recuerde que, aunque me dijera que es fingida, en su ficha hospitalaria figura que tiene amnesia temporal. Con estos argumentos persuadí a Samaniego, o eso pensé entonces, quien estaba obsesionado con la seguridad de su protegida. A propósito del escritor, le he retirado el pasaporte. No sé… no sé…, acaso la animadversión me haya empujado a tomar medidas que se podrían calificar de represalias. Desconozco si consta en nuestros archivos un hecho similar al que perpetró en Peraleda y, con franqueza, aun siendo punible, no lo veo tan grave. Él cumplió sus obligaciones al atender a los dos jóvenes, llamar al 112 y cuidar de ella en el hospital ejemplarmente.

—En mi opinión, usted ha procedido como un buen policía y nada se le puede reprochar.

—No estoy tan convencido. Otra cosa… espero que mañana nos envíen noticias de Europol o de la Gendarmería. Somos una gran organización trabajando sin descanso y cabe confiar en que pronto obtengamos resultados.

—¡Ojalá!

Samaniego llamó a Daniela para contarle la asombrosa declaración de Remedios y la de ambos a Reverte. Daniela le interrumpía pidiéndole aclaraciones. Era tan complicado que a veces no asimilaba lo que le estaba diciendo. Fue una larga charla. Ella, satisfecha su curiosidad, elogió su decisión. Estaba en Londres, como ayudante del instructor, para dar un curso de refresco en el simulador que había alquilado su compañía e ir adquiriendo experiencia en su manejo.

—¿Qué te parece si vienes a Majadahonda cuando regreses? Tengo una sorpresa para ti.

—¡Miau!

Eliseo y Remedios pasaron juntos el resto del domingo. Él logró convencerla de que no tenía motivos para preocuparse en contra de su creencia de que podría estar equivocado, porque se encontraba tan nerviosa que era preciso calmarla, aunque fuera recurriendo al engaño. La opinión de Reverte, afirmando que los mafiosos no irían a por ella, era prematura,

puesto que carecía de suficiente información. Ese convencimiento le provocaba una ansiedad resbaladiza.

Cenaron tarde. Eliseo se dispuso a descansar extendiendo el pequeño sofá que contenía una cama plegable cuyo colchón apenas tenía diez centímetros de ancho.

—¿Has visto qué buena pinta tiene?

—Qué mentiroso eres, ¡ahí no duerme ni un zombi!

—Sí, soy un mentiroso incorregible que promete enmendarse. ¿No crees que me parezco a cierta mujer que me mira a través de unos barrotes?

Se quitó los zapatos, se recostó sobre uno de los almohadones de la cama en postura de relajación y evocó las conversaciones que había mantenido con Remedios. Una en particular era tan enigmática que necesitaba resolverla si quería dormir. Miró a la cama, Remedios parecía muy atenta a un programa televisivo.

—¡Oye…! ¿Me escuchas?

Ella bajó el volumen del aparato.

—¡Dime!

—¿Cuántas compañeras tienen tu número privado?

—Cinco… ¿Qué se te ha ocurrido?

—Los misterios me fascinan y, al no entender de qué forma pudo obtener Roberto el tuyo, he pensado que quizás fuera cliente de una de ellas. De ser cierto, cabe la posibilidad de que le hubiese hablado de ti, poniéndote por las nubes, y él le pidiera tu teléfono. Se lo da, pero antes de concertar la cita contigo, uno de sus correos enferma y recurre a ti para sustituirle. Sé que son excesivas casualidades, pero a veces suceden cosas inconcebibles, que me lo digan a mí, y esta no hay que descartarla. Vale, no pongas esa cara de cachondeo y llámalas.

—La he puesto porque me choca un montón, lo suyo es que le hubiera dado el que uso para trabajar. Además, nunca elogiamos a las colegas, sería tonto. ¿Has oído a un profesional dar bombo a la competencia? Suele ser al revés, ¿no?

—Ahí me has pillado, aun así, me gustaría que te pusieras en contacto con ellas, tenemos que agotar todas las posibilidades antes de darnos por vencidos.

—¿Con las cinco? A esta hora suelen estar ocupadas.

—Sí, con las cinco.

—Lo dicho… eres un chiflado.

Tardó en localizar a todas.

—¡Hala! A seguir estrujándote la mollera. No han dado mi teléfono a persona alguna.

—Seguiré, tenlo por seguro, necesito resolver este enigma ya.

—Pues a pensar en otra cosa, mariposa.

—¿Damos un paseo hasta los ascensores? Se me están anquilosando hasta las ideas.

—¿Sin escalas intermedias? Venga… vamos allá y, si te asfixias en el camino, pedimos a mi amiga la enfermera que te haga el boca a boca.

De vuelta a la habitación, Eliseo se tumbó en el sofá cama, intrigado con el misterio de los dos teléfonos. Minutos después, una insólita idea se abrió paso en su cerebro, era la única solución posible.

—Presta atención, te voy a hacer dos preguntas y no respondas si tienes la más mínima duda.

Habló despacio. Era esencial que Remedios interpretara sus palabras a la perfección. La experiencia le había enseñado que la comunicación verbal es mucho más imprecisa de lo que la gente se cree. Es frecuente que, sobre todo en una ambiente de tensión emocional, el interlocutor entienda lo que has dicho justo al contrario de lo que pretendías.

Ella se quedó perpleja, luego contestó a las dos.

El reloj marcaba la una y media de la madrugada, lo que no le impidió llamar a Reverte.

Este va a escuchar, sí o sí, lo que tengo que decirle.

CAPÍTULO 26

Madrid.
Septiembre y octubre de 1976.

El martes, 14 de septiembre, Federico supo el nombre del fiscal nombrado para las diligencias. Era don Demetrio Vacas quien, al igual que el juez instructor, pertenecía al núcleo reaccionario. Los juristas, o personas afines, saben que la asignación de un caso al juez instructor y al fiscal es en teoría casuística, sin embargo, en este proceso, la evidencia de que los dos pertenecieran al grupo contrario a las reformas influyó en la opinión pública, que en general ignoraba ese detalle, calificándolo de turbia maniobra; opinión que no emitía sentencias, pero influía en las decisiones judiciales si presionaba adecuadamente.

Aunque no llegaron a ser amigos, Federico y Demetrio salieron juntos en la misma pandilla cuando eran estudiantes: jóvenes empeñados en divertirse hasta la extenuación durante las noches madrileñas, precursoras de la movida que comenzaría en 1977.

El fiscal, jurista meticuloso, tenía el defecto de poseer, muy a su pesar, un carácter impulsivo. Desgraciadamente para él, ese corcel se desfogaba a veces en el momento más inoportuno.

Federico, escuchado el último testimonio de Toni y la posterior ratificación de Rufina, resolvió la estrategia a seguir. Una vez completada la fase de instrucción y enviadas las conclusiones al juez de lo penal, solicitaría audiencia previa con un único asunto a debatir: el sobreseimiento basado en las nuevas evidencias que presentaría a la Sala, demostrando la inocencia de sus clientes.

Ya se imaginaba cómo iba a desarrollarse el acto: cada uno de los actores en su sitio, deponiendo bajo la atenta mirada del juez; el fiscal pendiente de pescar el menor fallo en sus alegaciones y él tratando de sacarle de quicio recurriendo a subterfugios con los que excitar su impulsividad. La escena final, preparada a conciencia, prometía ser

sorprendente. Todo ello ante la presencia, silenciosa e intimidatoria, de la Beretta encima de la mesa de pruebas.

Demetrio dedicó sus conocimientos y experiencia a urdir las acusaciones que presentaría en la audiencia. En ello se jugaba su futuro. Al principio analizó la posibilidad de acusar a los encausados de conspiración para cometer asesinato. Leídas las declaraciones de Juan Quilmes, las de los vecinos, las evidencias acerca de la acreditada honradez de ambos y los informes periciales de la BIC, se vio obligado a admitir que ese supuesto carecía de consistencia. Un leve soplo del abogado defensor bastaba para desmontarlo con tanta facilidad que le dejaría en ridículo.

Solo descubrió dos puntos fuertes en los que apoyarse: la desproporción de medios entre la pistola y el cinturón, y la experiencia de Toni en el manejo del arma corroborada por Julián, el que fue amigo de su padre, y que participó con ellos en las prácticas de tiro que hacían en la cantera. Era un policía prudente que hubiera merecido el reconocimiento de la familia. Haber dado ese detalle, que era cierto, no favorecía al fiscal sino a Matey. Tenía que haber ocurrido un incidente extraño para que no hubiera alojado la bala en el pecho de Antón, encontrándose a tan corta distancia de él.

Los puntos débiles eran preocupantes para Vacas, en especial la lista de los centros hospitalarios donde fue curada Rufina y las lesiones, que figuraban en los certificados médicos, causadas por los salvajes maltratos de su marido, que serían incluidas por Federico entre las pruebas exculpatorias. La lista y las lesiones, eran abrumadoras e iban a tener una notoria influencia en el dictamen del juez. Al igual que el abogado Matey del hombre inconfundible, le envió su apoyo un renombrado jurista, adepto al régimen, recomendándole no apuntar demasiado alto porque le podrían caer los perdigones en su cabeza.

Examinadas todas las alternativas, aceptó que su única opción era acusar a Toni culpable de un homicidio en segundo grado, confiando en que su oponente se aviniese a pactar una sentencia asumible si la considera un mal menor. En las negociaciones, le ofrecería la atenuante de apremio, justificada por la agresión que sufría Rufina en los momentos previos al disparo. Este tipo de negociaciones era una práctica habitual por aquella época, en sumarios similares, dada la incertidumbre que suponía para cualquier acusado el posicionamiento político del juez. Teniendo en cuenta

esa circunstancia, había preparado las conclusiones cuyo objetivo perseguía un veredicto de culpabilidad. La mayor o menor dureza de la sentencia le daba igual. Sería una victoria formidable que el presunto parricida fuera condenado apoyándose en las leyes del código penal franquista. Una maniobra para prolongarlas a la expectativa del deseado acontecimiento que daban por inminente. Ese era el quid de la lucha, si no ganaban, reinstaurarlas sería inviable.

Marian supo aprovechar la dudosa coincidencia de que el juez instructor y el fiscal perteneciesen al núcleo duro para promover artículos de fondo en los medios de comunicación. Además, seguía organizando movilizaciones en Madrid y había logrado extenderlas, con la ayuda de otras asociaciones femeninas, a tres ciudades con peso político: Barcelona, Zaragoza y Sevilla.

La situación se había convertido en una rotura de hostilidades entre los reformistas y los franquistas, un ensayo preparatorio del enfrentamiento que se avecinaba con el que pretendían valorar cuáles eran sus verdaderas fuerzas. El caso Postigo equivalía, en términos militares, a una cota pequeña de gran valor estratégico en cuya conquista utilizarían todos sus recursos.

A las once de la mañana, Matey recibió una misteriosa llamada de un hombre que dijo llamarse Ildefonso y aseguró actuar por encargo de un mandatario que deseaba entrevistarse con él. Su voz y su lenguaje le sugirieron que era mayor, distinguido y acostumbrado a dar órdenes. A instancias suyas, se citaron a la una, en la sala seis del Museo del Prado, frente a la obra David gana a Goliat de Caravaggio. Le identificaría por llevar un bastón con la empuñadura de marfil. En otra circunstancia, Federico hubiera rehusado acudir; en esta, aceptó ante la perspectiva de que fuera un emisario de un grupo jurídico, político o militar que apoyaba la transición.

Coincidieron en el lugar convenido. La conjetura del abogado había sido acertada, el misterioso sujeto era mayor y tenía una prestancia que le transmitió buenas sensaciones. Sus modales, la barba rasurada, el pelo corto y la ropa impecable, revelaban a un militar de alta graduación, quizás retirado. Fingieron mirar el cuadro mientras hablaban en voz baja.

—Señor Matey, conforme le dije en nuestra conversación telefónica, hay una persona, de la que no estoy autorizado a dar su nombre, que quiere verle. Le ruego que acepte ir, mañana a las doce, a la joyería que hay en la zona comercial del hotel Villamagna; le aseguro que no se arrepentirá. A esa hora estará comprando un regalo. Le ruego no se acerque a él hasta que alguien se lo indique.

—Me ha dejado perplejo don Ildefonso… Esto es inusual, ¿no le parece?, así… de sopetón y desconociendo quién es…

—Entenderá los motivos de mi prudencia en cuanto lo vea… ¿Sabe dónde está el hotel?

—Sí, he ido allí algunas veces.

—Pues confíe en mí y acuda.

El abogado se dejó seducir por aquel hombre cuya imagen desprendía honorabilidad e inspiraba respeto.

—De acuerdo… Estaré a las doce.

—No se arrepentirá, Matey.

Esa mañana, Federico había consultado al armero si era factible ajustar, a idéntico valor que la del difunto Antón, la fuerza precisa para vencer la resistencia del gatillo de la Beretta alquilada. El experto le aseguró que bastaba un pequeño ajuste y que, si la necesitaba, la tendría disponible por la tarde.

A las siete, el abogado abandonaba Arcabuz con una caja cuyo contenido era su esperanza.

Con la colaboración de su pasante, un entusiasta que se divertía con el experimento, reprodujo infinidad de veces la escena, que proyectaba interpretar en la audiencia, hasta que se cercioró de que no iba a fallar. Con objeto de estar más seguro aún, volvería a repetirla el día precedente a su celebración. El futuro de Rufina y Toni dependía de que, en el momento crítico, todo se desarrollase con arreglo a lo esperado.

Federico entraba en la joyería a las doce de la mañana del miércoles 15 de septiembre de 1976. Supo quién era el personaje nada más oírle, su voz inconfundible le delataba. Departía con el dueño del negocio, como si fuera un amigo de toda la vida, frente a un mostrador sobre el que se veían diversas alianzas de distintas formas y materiales. El abogado se situó al lado opuesto de la tienda, donde no había nadie, admirando las lujosas joyas

que se exhibían en una vitrina blindada. Enseguida vio venir hacia él un individuo de aspecto imponente que hizo aparecer en su rostro el gesto más amable.

—Disculpe, ¿es usted el abogado Matey?

—Sí… lo soy.

El guardaespaldas hizo una discreta seña al cliente que miraba las alianzas. Este se aproximó al abogado a la vez que alargaba la mano invitándole a que se la estrechase.

—¡Hola, Federico! Te doy las gracias por haber venido.

—Gracias…

Matey se sintió ridículo por decir gracias sin venir a cuento. Un rubor carmesí inundó su rostro. El de la voz inconfundible simuló ignorarlo y se dirigió al dueño.

—Paco… ¿Me permites usar tu despacho? Es un minuto… voy a charlar con este caballero.

—Lo tiene a su disposición, señor.

Matey salió del hotel eufórico. El dignatario se había mostrado afable en grado sumo. Durante la breve conversación le dijo que tenía muy buenas referencias suyas y estaba enterado de lo que hacía. Se despidió con una frase que elevó a las alturas su recién estrenado optimismo.

—No estás solo, te apoyamos, confiamos en ti, y deseamos que ganes.

El abogado se dirigió a su despacho entusiasmado. Una vez allí, pasó el resto de la mañana planificando al milímetro la escena decisiva que representaría ante un juez de lo penal, predispuesto, ahora lo sabía, a ser imparcial.

El fiscal calificó los hechos y el juez instructor dio por finalizada la primera fase con inusual rapidez, probablemente a consecuencia de la fuerte presión de los medios y a las multitudinarias manifestaciones organizadas por las asociaciones femeninas en diversas ciudades del territorio español.

Federico recibió, por fin, las conclusiones preliminares junto con los informes periciales de la BIC. Dentro encontró los detalles técnicos que corroboraban su hipótesis, aunque faltaba uno fundamental: el resultado de la prueba de los análisis de parafina sobre la pólvora depositada en los cuerpos y ropa de los implicados. Había sido anulado por una razón técnica

reglamentaria e inusual: desde que se produjo el disparo hasta que se ensayaron las muestras en el laboratorio transcurrieron cinco minutos más de las dos horas que estipula el protocolo como tiempo máximo permitido, una circunstancia imprevista provocada por el socavón que colapsó el barrio de Chamberí. El albur le había jugado una mala pasada a Federico. Sin embargo, en el mismo documento, descubrió un dato, hasta ahora desconocido por él, que le podría servir de prueba decisiva. El margen, igualmente estrecho, pero sobrado según sus cálculos, demostraría la inocencia de Toni con precisión geométrica en el desarrollo de la audiencia.

Aún faltaba la designación del juez que asumiría la responsabilidad de presidir el juicio oral. Un nombramiento decisivo en el que volvieron a enfrentarse reformistas y conservadores.

El miércoles, 29 de septiembre, se publicó su identidad. El prestigioso magistrado Baldomero Galiana Aldebarán sería el encargado de administrar justicia en nombre del Estado español. Era Galiana un hombre honesto, reconocido jurista independiente y elogiado por sus fundamentadas sentencias. La designación fue calificada de éxito por los reformistas y tenía la enorme ventaja de que ningún grupo de presión se atrevería a cuestionar su imparcialidad. Federico Matey registró ese mismo día la solicitud de una audiencia previa.

La petición de Federico fue admitida y el acto se celebraría el lunes, 14 de octubre, a puerta cerrada por razones de orden público.

CAPÍTULO 27

Madrid—Torregaliana.
Lunes, 24 de junio de 2019.

Eliseo y Remedios se levantaron temprano. Ambos habían pasado la noche en un estado de vigilia turbulento. Una pesadilla contumaz despertó a la joven reiteradas veces y él se consagró a calmar su cuerpo y su alma, hasta que recuperaba el sueño. No tenía hijos y carecía de esa experiencia tan común en los padres con niños pequeños; a pesar de ello, supo desenvolverse con eficacia.

A las diez y media llegó el cirujano.

Su paciente esperaba impaciente, apoyada en la cama, con la maleta en el suelo junto a sus piernas.

Eliseo, estaba de pie cerca del ventanal, agobiado por un hervidero de preguntas en la cabeza.

—Buenos días, señorita Martínez, ¿qué tal te encuentras hoy?

—Cansada y feliz.

—Lo supongo… Voy a revisarte el cuello y, si está bien, te daré el alta.

—Cuando quiera, doctor.

El prestigioso cirujano echó un vistazo rápido a las imágenes electrónicas que llevaba su ayudante y rogó a Remedios que se pusiera de pie. Examinó y manipuló meticulosamente las vértebras afectadas. Luego le movió el cuello en todas las direcciones, despacio y suave al inicio y luego con rapidez e intensidad. Ella no sintió dolor, ni siquiera molestia.

—Felicidades… ya estás curada. Tu excelente constitución ósea ha sido la causante de tu pronta recuperación. Ahora la enfermera te va a colocar un collarín… no te alarmes, es una medida precautoria. Lo llevarás una semana y luego te lo puedes quitar tú sola cuando se cumpla ese plazo. Por incómoda que te sientas con él, es mejor aceptar las molestias que tener

que traerte de nuevo al hospital y repetir la tortura del halo. Así que no lo hagas antes de tiempo.

—Gracias, doctor. Yo creo que ha sido su trabajo. Si se me vuelve a romper el cuerpo, pediré que sea usted el que lo arregle porque, además de cirujano genial, es un rato guapo. ¡Ah!, y prometo que haré lo que me ha pedido.

—Me gustan tus piropos, pero preferiría no verte por aquí, así que procura cuidarte.

Remedios habló con la enfermera

—Amparo, te agradezco tu estupendo trabajo y la paciencia que has tenido conmigo. Sé que he sido un incordio y te pido perdón; me gustaría que me disculpases, aunque sea un poquito. No soy tan mala como te habrá parecido, te pido que imagines lo que es aguantar un aparato de tortura días y días sin que las medicinas apenas me aliviasen el dolor. Eso cabrea un huevo y lo pagas con el que menos se lo merece.

—Tranquila… sé lo que has tenido que sufrir. Lo que importa es que estás curada.

—¿Entonces me perdonas?

—No hay nada que perdonarte.

Y se dieron un beso en la mejilla.

Eliseo, que había aparcado en el sótano del hospital, llevó a Remedios a su domicilio, donde la acompañó durante veinte minutos, al cabo de los cuales fue al supermercado. Tardó una hora en regresar. Abrió el maletero que contenía numerosas bolsas de comida y bebida. Extrajo dos, una en cada mano. Remedios, que había salido al oírle, le dijo algo señalando a la puerta del garaje. Eliseo miró al resto de las bolsas que quedaban dentro del maletero y eran demasiadas. Introdujo las que había cogido, lo cerró y aparcó el vehículo en el antiguo corral. Sería más rápido acceder a través de la puerta de la cocina que pasar las bolsas por el recibidor. Había comprado alimentos y bebidas para un mes.

La secuencia de idas y venidas se repitió. En la siguiente apareció con ropa adquirida en unos grandes almacenes. Una parte iba en fundas con perchas que colgaban de los asideros de las ventanillas traseras. El resto eran zapatos, mudas y prendas menores guardadas en cajas o envueltas en paquetes con un elegante papel. A la ida, con la conformidad de Remedios, había depositado en el contenedor de una organización religiosa las prendas

que utilizaba ejerciendo la profesión de prostituta, incluidos los zapatos y la ropa interior. Nunca las volvería a usar. Al irse de allí, Eliseo reparó en que no había sido el lugar idóneo en el que desprenderse de ese tipo de ropa. La metedura de pata había sido clamorosa. Se regocijó al imaginar la cara que pondría el encargado de clasificarla, seguro que un religioso o vinculado a la religión. Lo que hubiera dado por tomarle fotografías en el momento de advertir el tipo de prendas que estaba manejando.

Remedios saltó de júbilo a la vista del montón de paquetes distribuidos entre el sofá y la mesa del saloncito. Al desenvolver uno, daba pequeños gritos alborozados, muy agudos, que llenaban de satisfacción a Eliseo. Abiertos todos, llevó las prendas a su dormitorio desde el que pasó a la sala, vestida con cada una de ellas, imitando delante del escritor a una modelo sobre la pasarela.

Debidamente colocado cada regalo y tirados a la basura los envoltorios, bolsas, cajas, etcétera, se dispusieron a comer. Una bandeja de pata negra, inevitable, sirvió de aperitivo. El ágape fue copioso considerando la frugalidad del hospital. Habían sufrido una noche en vela y, tras engullir energías bastantes para recuperarse, se dispusieron a descansar. La necesaria y ansiada siesta fue larga y reparadora, ella en su dormitorio, Samaniego en el gabinete. Le pareció limpio y acogedor. Aún se apreciaba el rastro del olor a lavanda a pesar de haber estado sin ventilar una semana. El futón ofrecía un aspecto impoluto y la cera pulida hacía brillar el parqué. La decoración, imitando a un indefinido estilo árabe, poseía cierto ingenuo encanto.

El escritor se despertó con la urgencia de ir al servicio. Al entrar, vio una puerta en la pared de enfrente y la abrió por curiosidad. Era compartido y comunicaba con el dormitorio de Remedios, a quien vio semidesnuda volviendo a probarse la ropa. Había oído a Eliseo. No le miró ni pronunció una sola palabra, eso los hubiera colocado en una situación embarazosa. Él cerró al instante, quedándose en el baño.

A las 6, Samaniego hizo otra escapada. A las 8, regresó aparcando en la cochera y se quedó en la casa. A las 9, sacó su coche dirigiéndose a Madrid, se detuvo junto a la puerta, bajó del vehículo y pulsó el timbre del telefonillo de Remedios.

Tardó en oír la respuesta.

—¿Quién es?

Remedios… Soy Eliseo, me he dejado el móvil en la mesilla del gabinete, ¿puedes traérmelo, por favor?

—Espera que me ponga el albornoz, estaba entrando en la ducha.

Poco después, el escritor regresaba a su vehículo con el móvil en la mano.

Una cámara de audio video en miniatura, oculta en un pequeño y viejo coche, robado y situada frente a la vivienda, había transmitido las idas y venidas de Samaniego. No era de la policía, sino de los dos sicarios del Gatopardo, Cástor y Pólux, que instalaron poco después de eliminar a Svimtus. Durante todo el lunes se fueron relevando en la vigilancia de lo que se veía y oía a través del portátil.

Las dos instrucciones de su jefe, consumada la pérdida del dinero en la plaza de Neptuno, eran claras. La referente a Svimtus la habían cumplido con éxito, perpetrarían la segunda esa noche, también con la horca eléctrica. El asalto había sido programado entre las dos y las cuatro de la madrugada, dependiendo de la hora en que se hubieran apagado las luces del dormitorio, buscando el momento en que una persona está más indefensa: la fase REM del sueño. El Gatopardo no solo mataba para castigar las torpezas graves, lo hacía asimismo con la intención de que el resto de sus subordinados supieran lo que les esperaba si no cumplían bien su trabajo. A más dramatismo, más intimidación. De ahí su entusiasmo por la horca eléctrica.

Se dirigieron a Torregaliana vestidos con trajes de cuero negro mate y cascos haciendo juego. Viajaban cabalgando una potente motocicleta equipada con dos bolsones en los laterales. Recibían las señales de la cámara web de la furgoneta a través de un receptor portátil que manejaba Pólux desde el sillín posterior. A lo largo del trayecto no detectaron movimientos en la calle de Remedios. Llegaron a la una en punto de una noche serena y oscura.

Apagaron el motor a unos cien metros de su destino y, empujaron la moto hasta llegar a un edificio en obras y vacío de inquilinos. Lo habían elegido por estar en el barrio antiguo, próximo a donde vivía Remedios y a salvo de curiosos. Saldrían desde allí para asesinarla. Abrieron la tosca cerradura, introdujeron el vehículo y se sentaron en unas cajas de madera haciendo tiempo.

A las tres de la madrugada salieron con la horca, una pistola cada uno, dos tiras anchas de esparadrapo pegadas al borde inferior de la

cazadora, dos dispositivos ópticos de visión nocturna, dos pares de guantes de fino látex y las llaves de la puerta principal de la casa de Remedios.

Accedieron dentro una vez cerciorados de que la calle estaba vacía. Revisaron el equipo: las tiras de esparadrapo al alcance, el alambre de la horca desplegado, las manos enguantadas y las pipas de 9 milímetros, Luger VP9, en la funda sobaquera. Recuento correcto.

La mala suerte estaba echada.

Castor giró la manilla de la puerta del dormitorio y la abrió con sumo cuidado. Su compinche estaba atento al menor ruido. Las bisagras nuevas no chirriaron.

La habitación estaba a oscuras. La persiana bajada impedía el paso a la luz del alumbrado público. Al frente vieron un biombo chino delante del armario ropero y, a la izquierda, una generosa cama flanqueada por dos mesillas. Adosada al piecero se distinguía una pequeña butaca.

Pólux no pudo reprimirse al vislumbrar la figura de la mujer desnuda que reposaba encima de la cama y susurró al oído de su compinche:

—Joder, tío… está en pelotas y maciza que te cagas. ¿Nos la follamos antes de liquidarla?

—¡Cállate, imbécil!

Habían ensayado la maniobra tantas veces que eran capaces de ejecutarla con los ojos cerrados. Pólux, al costado izquierdo, se abalanzaría hacia ella, inmovilizándola y tapándole la boca con el esparadrapo para impedir que gritara. Cástor, en el costado derecho, introduciría el cable de la horca por la cabeza hasta dejarlo en el centro del cuello, tensaría el alambre tirando de la manija, activaría el motor eléctrico y ayudaría al otro a sujetar a la víctima.

No podían fallar y no fallaron. El motorcito eléctrico enganchó el alambre y tiró de él hasta cumplir la misión para la que había sido diseñado.

CAPÍTULO 28

Madrid.
Martes, 19 de octubre de 1976.

Una audiencia previa no es un juicio oral, sino un trámite que requieren las partes alegando diversos motivos: desistir si hay acuerdo, presentar o rechazar pruebas, etc. Suele ser más breve y, por tanto, menos aburrida.

La presión popular alcanzó su mayor intensidad en los minutos precedentes a la apertura de la sesión convocada a las diez de la mañana. Una multitud ruidosa colapsaba los alrededores del juzgado, excepto la zona protegida por un cordón de fuerzas antidisturbios.

A las diez menos cuarto, Toni, Federico y su pasante entraron juntos en el edificio, aclamados por la gente que repetía incansable el famoso eslogan:

Toni Postigo, la democracia está contigo.

Rufina se quedó en el piso, atendida por su hermano Salvador. Llevaba enferma dos semanas. Había sido sometida a un completo examen médico cuyo diagnóstico fue confuso. Sus órganos funcionaban bien, los análisis no revelaron indicadores anormales y, no obstante, permanecía en un estado de postración extremo. Le faltaba energía, sus palabras apenas salían impulsadas fuera de la boca y sus ojos, siempre tristes, siempre abatidos, daban la impresión de que un peso insoportable había aniquilado su hálito vital.

El juez, don Baldomero Galiana, entró en la sala a las diez. Detrás venían los dos asistentes. Parecía un sacerdote seguido por sus monaguillos camino del altar, solemne, erguido y serio. Se sentó y declaró abierto el acto.

Los preámbulos fueron rápidos, dirigidos a consultar a las partes si había habido acuerdo, a exhortarlas a ello en caso negativo y otras cuestiones protocolarias. Inmediatamente, se procedió al juicio de la prueba que defendería Federico Matey en una demostración escénica, tan crítica y tan elaborada por él, de los minutos que precedieron a la muerte de Antón.

El desarrollo de la audiencia alcanzó su momento álgido en el turno de reproducción de los hechos por parte del abogado defensor, quien hizo un ofrecimiento inusual a Vacas.

—Señoría, el fiscal calificará de artimaña la evidencia que surja de lo que vamos a ver a continuación, lo comprendo puesto que yo haría igual en su lugar; por eso, antes de empezar, le ofrezco la alternativa de que no sea Toni Postigo el que empuñe la pistola en el momento del disparo y me atrevo a recomendarle que lo haga una persona de su total confianza.

Galiana intervino.

—¿Tiene algo que objetar a las palabras del defensor?

—Si lo tengo… esto es una irregularidad, ¿cuándo se ha visto que en una audiencia no actúe el imputado si está en la sala?

Federico mostró un folio que guardaba en el cartapacio.

—Con la venia… Aquí traigo la reseña de un juicio, celebrado el 23 de marzo de este año, en el que el demandante, de nombre Isidoro Maluenga, lesionado de gravedad por las agresiones intimidatorias de los ladrones a los clientes durante el asalto a una farmacia, fue sustituido por un funcionario.

Matey se aproximó a la mesa y entregó el papel al juez, quien le echó una ojeada rápida. El fiscal replicó de inmediato.

—Protesto… reitero que Antón Postigo está aquí y no procede aludir al caso Maluenga.

La cara de Vacas amenazaba tormenta. El juez matizó la proposición de Matey.

—El abogado ofrece a la fiscalía que, al tratarse de una evidencia susceptible de ser malinterpretada, lo haga alguien de su confianza. Tenga en cuenta que, si desiste, no aceptaré la impugnación del resultado.

Federico refutó al fiscal.

—Con la venia… quisiera puntualizar que el demandante tenía varias costillas rotas y el pie derecho aplastado por un pisotón de uno de los delincuentes. Se movía con dificultad, pero acudió a la sala. Fue

reemplazado, a exigencias del juez, debido a su torpeza que hubiera alargado el juicio en exceso. Maluenga se limitó a guiar verbalmente al sustituto.

La ira contrajo el rostro de Demetrio. El juez medió en la disputa mostrando, cierta impaciencia.

—¿Desea el señor Vacas aceptar el ofrecimiento o comenzamos la reproducción de los hechos?

—Lo deseo, señoría… Yo empuñaré el arma.

Lo dijo como si fuera a disparar contra Federico, el cual apenas pudo disimular su regocijo al oírlo, quien se dirigió al centro de la sala y, con la ayuda de un metro y una tiza, marcó tres círculos que indicaban las posiciones de los tres actores, al igual que hizo en las baldosas de la sala donde se produjo la muerte de Antón.

El escenario estaba listo. Matey haría el papel de Rufina; su pasante suplantaría al fallecido Antón y el fiscal a su hijo. Federico advirtió a Vacas que tendría que imitar la postura de un tirador de pistola, recalcándole que la yema del dedo índice debía estar en contacto con el gatillo sin llegar a oprimirlo y que se abstuviera de realizar un solo movimiento, por mínimo que fuera, a iniciativa propia. Vacas replicó.

—Requiero al abogado que me explique cuál es esa postura de la que habla si pretende que la reproduzca.

—Será un placer; Toni se colocará ahora en la que él adoptó con la intención de amedrentar a su padre. De esa forma, usted podrá repetirla correctamente. Pido a su señoría que me autorice a usar la Beretta que se halla en la mesa de pruebas. Es indispensable si quiero demostrar la inocencia de mis defendidos.

Ante la remota posibilidad de que le denegase su petición, llevaba en el portafolio la que había alquilado de nuevo en Arcabuz.

El juez hizo una seña afirmativa. El funcionario que la custodiaba se la entregó al imputado, quien, por consejo de Federico, previo a la audiencia, comprobó que la recámara estaba vacía con gestos rápidos y precisos, propios de un experto en su manejo.

Matey ubicó a los dos actores en el sitio exacto que había marcado con la tiza en el suelo. El pasante a la izquierda y Toni, con los pies separados, a la derecha, sosteniendo el arma en la postura que se enseña a los aspirantes a policía armada en la fase de instrucción.

—¿Considera el fiscal que ya está en condiciones de imitar la actitud de mi cliente y ponerse en su lugar? No es necesario que lo haga con total exactitud, basta con que sea aproximada, pero es imprescindible que sujete firmemente la pistola con las dos manos para mantener la dirección de tiro y disparar con precisión.

—Claro que lo estoy y lo haré como dice.

El juez mostraba un vivo interés por el enfrentamiento entre los letrados.

Federico puso una mano en el hombro de su cliente.

—Con la venia, reitero que este muchacho tiene una magnífica puntería. Su señoría está al corriente de que practicó el tiro al blanco infinidad de veces, habiendo sido acreditado este punto en las deposiciones de los testigos, entre las que se incluye el de un policía que presenció aquellas prácticas con regularidad. Y yo me pregunto: ¿cómo pudo ocurrir que, a tan corta distancia, si apretó el gatillo voluntariamente, el proyectil no impactara en el pecho de la víctima, al que apuntaba, sino en la parte alta del cuello en trayectoria ascendente y no horizontal, lo que debiera haber ocurrido al tener ambos idéntica estatura? Voy a situarme donde se encontraba la esposa del difunto en relación con su esposo y su hijo y no tardaré en darles la respuesta. Ruego al señor fiscal que vaya a su puesto y se coloque en la posición que ha mantenido el encausado.

Le dio la Beretta, supervisó que su postura efectivamente era aceptable y se puso de rodillas en el lugar que debería haber ocupado Rufina.

—Correcto letrado… Es el momento de proseguir… La esposa del fallecido, al observar que Antón se había quedado inmóvil, se levantó, con la rapidez que su estado físico le permitía, no para refugiarse detrás de su hijo, lo que hubiera hecho cualquier otra mujer en sus circunstancias, no señoría, sino para impedir que apretase el gatillo, una eventualidad que ella creyó inmediata al verle proceder tan decidido. Es notorio que el joven únicamente quería intimidar a su padre para que dejase de maltratar a Rufina, cuya vida se veía amenazada si continuaba pegándola con la hebilla del cinturón.

Todos miraron a Toni, una maniobra premeditada de Federico, quien había especulado con la ternura que provocaba en cuantos se fijaban en él, incluyendo especialmente al juez en ese cálculo.

Matey se quedó en suspenso; parecía estar oyendo el redoblar del tambor que precede al arriesgado ejercicio de un trapecista. Luego se incorporó hacia la mano de Vacas que sujetaba la Beretta y le dio un golpe de abajo hacia arriba, no muy fuerte, dado el estado de debilidad en la que se encontraba Rufina, tratando de impedir que la utilizara. Al instante se oyó el topetazo del percutor contra la recámara vacía. Un suspiro de alivio brotó silencioso de su pecho. Matey había pasado miedo y supo dominarlo. Era valiente.

Se hizo un breve silencio que inundó la sala.

—Ahora, pregunto al fiscal si ha presionado el gatillo o se disparó el arma sin su voluntaria intervención.

Vacas, perplejo, permaneció en silencio. El juez le conminó a responder y él lo hizo.

—No moví el dedo por mi propia voluntad… si es lo que me ha preguntado.

—Bien, a ese ligero ruido, que habrán escuchado, le hubiera seguido una detonación en el caso de que la recámara hubiese contenido un proyectil. También habrán observado que, a causa del golpe en la mano que sujetaba el arma, esta cambió la posición horizontal por una ligeramente ascendente, lo que justifica la trayectoria del proyectil.

El abogado llevó un nuevo documento al juez.

—Este es el dictamen técnico de un experto armero cualificado en el que se describe la reforma que el difunto Antón hizo en la pistola con el propósito de mejorar su puntería en los concursos a los que era muy aficionado. En él se especifica, con datos numéricos exactos, la fuerza precisa para vencer la resistencia del gatillo previa y posterior a la modificación que, conforme a lo que viene reflejado, disminuyó en una cifra sensible. Si bien es innegable que mejoró la puntería y llegó a ganar el siguiente campeonato en que intervino, no lo es menos que se acrecentó el riesgo de producirse un accidente fortuito, lo que desgraciadamente sucedió el día de autos. Y no quiero alargar esta audiencia. Vistas y oídas las numerosas pruebas, testimonios, certificados y la evidencia incuestionable de que la muerte de Antón Postigo fue accidental, no procede achacar la responsabilidad del hecho a su hijo. He terminado, señoría.

El murmullo de las pocas personas presentes fue cortado por el juez.

—Ruego que guarden silencio. Señor fiscal… es su turno.

—Con la venia… De manera deliberada, Matey ha dado por cierto que hay una sola causa que justifica la trayectoria oblicua del proyectil. Y yo pregunto: ¿es correcto? No señoría, no lo es y lo voy a demostrar con toda rotundidad, ya que hay otra más lógica que rebate la que ha exhibido aquí en un alarde teatral. El difunto Antón, sin preocuparle las amenazas de su hijo, se precipitó hacia su mano con la intención de arrebatarle la pistola, persuadido de que la autoridad que ejercía sobre él le impediría usarla, pero se equivocó y Toni apretó el gatillo con plena consciencia de lo que hacía y no por accidente. Fue, por tanto, un asesinato voluntario en el que la desigualdad de medios entre un simple cinturón y un arma de fuego no admite otra calificación. Respecto a la trayectoria ascendente, se explica si Postigo padre alcanzó a tocar la mano del encausado al intentar desviarla de su posición. En consecuencia, la tesis que ha planteado mi colega es un intento fallido de ocultar la realidad y pido que la audiencia concluya con la negación de lo que ha solicitado Matey y se convoque el juicio correspondiente, por la vía rápida, dada la notoriedad que este proceso ha levantado en el país.

El fiscal sujetó con los dedos pulgares e índices las dos solapas de la toga, convencido de haber asestado el golpe final. El juez invitó a Federico a intervenir.

—Tiene la palabra el abogado defensor.

—Gracias… Ruego a mi pasante y al fiscal que permanezcan en su sitio unos segundos. Don Demetrio conoce, igual que yo, el suceso que obligó a descartar el test de parafina en busca de restos de pólvora en el cuerpo y ropa del difunto: un socavón en la calle de San Bernardo que produjo el colapso circulatorio del barrio. Por ese motivo, transcurrieron dos horas y cinco minutos desde el momento que se recogieron hasta que se efectuó el análisis en el laboratorio, excediéndose el tiempo máximo de dos horas regulado por la ley en tan solo cinco minutos, señoras y señores, son pocos, pero suficientes para que el resultado sea nulo y no sirva de prueba. Es una lástima que por un tiempo tan nimio no se acepte la conclusión del informe, según la cual las manos de Antón Postigo no contenían restos significativos de pólvora, lo que…

El fiscal interrumpió bruscamente su argumento.

—Protesto señoría

—Ha lugar… Señor Matey, no procede mencionar pruebas descartadas con arreglo a la ley. Usted tiene el deber de respetar las normas y me veo obligado a amonestarle. De repetir semejante desacato tendré que imponerle una dura sanción. Señor fiscal… la aseguro que cuanto ha manifestado el abogado referente a los análisis de parafina no será tenido en cuenta.

Federico, antes de hablar, había asumido la amonestación del juez, un precio que pagó gustoso al haberle permitido sacar a la luz dos detalles cruciales: que en las manos del difunto apenas encontraron restos de pólvora, lo que descartaba su cercanía a la pistola en el acto de dispararse, y que la prueba había sido invalidada por excederse cinco minutos del tiempo máximo regulado en la ley. Dio amplias excusas al juez, fue a su mesa, sacó de nuevo la cinta métrica del cartapacio, una cuartilla de papel escrita y, con todo ello, se instaló en el centro de la sala.

—Voy a leer el último párrafo de uno de los análisis que la Brigada de Investigación Criminal hizo al cuerpo del difunto Antón Martí y que figura en la documentación que obra en poder su señoría. Es breve y dice: *De lo expuesto anteriormente se infiere que el disparo se produjo a una distancia mínima de un metro y diez centímetros y máxima de uno ochenta, desde la boca del cañón de la Beretta al orificio de la bala en el cuello del fallecido*. Poniéndome en contra de los intereses de mi defendido, aplicaré la mínima distancia a que hace referencia el párrafo citado, con lo que las conclusiones obtenidas de la fase final de la reproducción que vamos a hacer serán irrefutables.

Matey se calló, esperando a que el secretario localizase el documento y se lo diera al juez.

—Visualicemos la escena que nos ha descrito el fiscal: Toni está empuñando el arma, como mínimo, a un metro y veinte centímetros de distancia del pecho de su padre. ¿Alguno de ustedes sabe lo que mide el brazo normal de un hombre de tipo medio?… No se molesten en responder, voy a averiguarlo.

Entonces pidió al muchacho que extendiera el brazo derecho y tomó la medida desde su arranque hasta el extremo de la yema del dedo corazón. Luego hizo lo propio con la longitud de su mano.

—Parezco un sastre… Aquí lo tengo: el brazo y la mano miden un total de ochenta centímetros de los que 18 corresponden a esta. Menos de lo

que parece, ¿verdad?, eso se debe, señor fiscal, a que, sin percatarnos de ello, incluimos el hombro al calcularlo a ojo. Quiero recordar a la sala que la complexión del padre y la del hijo son similares hasta el punto de que intercambiaban la ropa. No obstante, para mayor seguridad, he ido a la sastrería que confeccionaba su uniforme y aún guardaban la ficha. Efectivamente, las mangas de Antón medían 62 centímetros de largo a los que sumando 18 de la mano, tenemos los 80 mencionados. Si añadimos a esto que la boca del cañón de una Beretta empuñada queda a la misma distancia que la mano extendida sin ella, la cifra es válida a efectos de lo que quiero probar aquí. En el sumario hay un certificado de la sastrería que avala mis datos.

Mostró la copia, y el juez le hizo una seña invitándole a llevársela. Matey, una vez que lo hizo, se dirigió al fiscal tratando de provocarle.

—Señor Vacas, ¿tiene objeciones que hacer al documento que he presentado?

—Esta audiencia se está convirtiendo en un circo, incluso da la sensación de que usted está burlándose de nosotros. Solicito a su señoría que la suspenda por razones obvias.

—Eso lo decidiré cuando el abogado defensor termine su deposición y le aseguro que, si lo considero pertinente, tomaré las medidas disciplinarias que correspondan. Por ahora, aparenta tener un objetivo legítimo.

A continuación, Federico midió ciento diez centímetros, desde donde estaba el fiscal, en dirección al pasante que sustituía al difunto Antón, hizo una nueva marca en el suelo, rogó al pasante que se colocara allí y a Vacas que volviera a situarse en actitud de disparo sin moverse de su posición.

—Invito a mi ilustre colega a que demuestre cómo el fallecido pudo golpear la mano de Toni, provocando con ello el disparo voluntario, al que usted ha hecho mención, y la trayectoria ascendente del proyectil si, estirando los brazos al máximo, le quedaban treinta centímetros para alcanzarla. Son pocos, como también fueron pocos los minutos que invalidaron la prueba de la parafina, pero desmontan concluyentemente la tesis del fiscal.

El juez interpeló a Demetrio, a punto de sufrir un ataque de apoplejía por no haber sido más meticuloso en las mediciones. Efectivamente, según había apuntado Matey, dio por hecho que el brazo era más largo.

—¿Desea el letrado Vacas alegar?

—Deseo manifestar, con todos los respetos, que no estoy conforme con el procedimiento seguido en esta audiencia y elevaré mi protesta al Consejo.

Baldomero Galiana deliberó con sus dos colaboradores, intercambiando comentarios en voz baja. Entretanto, los asistentes permanecían atentos a cada uno de sus gestos con la intención de adivinar el veredicto.

CAPÍTULO 29

Torregaliana.
Martes, 25 de junio de 2019.

Irene y Reverte habían tomado café en el bar próximo al cuartel y regresaban al despacho de ella dispuestos a preparar el informe de las actuaciones conjuntas llevadas a cabo el domingo y el lunes. A Reverte le humillaba la sola idea de que le vieran a su lado en las dependencias de la Brigada Central porque suscitaría jocosos comentarios entre sus subordinados, de ahí que prefiriera desplazarse a Torregaliana.

—Al final, vamos a tener que felicitar a Samaniego. Convenga en que su participación ha sido decisiva.

—De acuerdo… lo que pasa es que, si un individuo me pone en ridículo y encima tengo que agradecérselo, es duro de digerir.

—Venga, Ángel… que no es tan grave, usted se va a jubilar con un gran éxito, ¿no le parece una justa recompensa?

—Lo es, pero este hombre se ha convertido en una china dentro de mi zapato. Si la olvido, no me duele y, si la recuerdo, me atormenta. Además, no veo la trascendencia de la intervención de Samaniego, usted ya disponía de datos suficientes para pescar al jefe de Svimtus.

—No tantos, en realidad aún ignoraba todo sobre él. Cierto que Europol había enviado una lista, obtenida de los chats que utilizaba el Gatopardo para sus comunicaciones internas, en la que se detallan las fechas y las ciudades que había visitado los últimos tres meses: París, en dos ocasiones, Londres, San Sebastián y Dublín, en una. Esa relación nos permitiría encontrarlo tarde o temprano, porque cualquier ciudadano va dejando pistas de lo que hace desde que se levanta hasta que se vuelve a levantar. El ordenador, fijo o portátil; el móvil; la tarjeta de crédito; los cajeros; los peajes; las cámaras web en infinidad de lugares y las *cookies;* son chivatos que registran lo que hacemos, o pretendemos hacer, convirtiéndonos en trasparentes.

—Qué razón tiene y cuánto me inquieta este problema. Con las cosas que veo a mi alrededor, voy a tener que creer que, si Dios lo sabe todo y está en todas partes, Google es Dios. Usted se habrá percatado de que corremos, al igual que borregos, en una dirección que acabará con nuestra intimidad para siempre.

—Ya la hemos perdido y lo confirmamos cada día en las redes sociales… Siguiendo con mi argumento, debe tener en cuenta que, aun estando a mi alcance localizar al Gatopardo, los datos necesarios eran tan numerosos que, una vez introducidos en el programa, el resultado tardaría demasiado en salir, lo que hubiera sido desastroso. Si él se entera de nuestras pesquisas, cosa muy probable dada la enorme capacidad de información que tenía, le daría tiempo a esfumarse. Ahí es donde interviene su amigo, el escritor.

Habían llegado al despacho y se sentaron en torno a la mesa de Irene.

—Le propongo repasar ahora lo que ocurrió en la madrugada del domingo al lunes. El trajín de ayer nos ha impedido comentar a fondo el desarrollo de la operación.

—Es verdad… Pues yo diría que todo empezó con la conversación que mantuve con Eliseo el domingo. Durante ella, se mostró tan alterado que me dieron ganas de colgarle. Era la una y media de la madrugada y ya le había dado toda clase de explicaciones pocas horas antes. Comprenda usted lo que me irritó su terquedad. Yo seguía bajo los efectos del insomnio y mi superiora dormía a pierna suelta. Eliseo, fuera de sí, repetía insistentemente que era mi obligación intervenir antes de que matasen a Remedios y que él estaba seguro de que lo harían la noche del lunes. Pensé que se había trastornado.

—¿De veras?, ¿lo dijo con esa precisión?

—Así lo dijo. Me esforcé en calmarlo y conseguí cabrearlo más, incluso me amenazó con esconderla en el fin del mundo si yo no actuaba de inmediato.

—Esa escena me gusta: un excitado intentando apaciguar a otro excitado.

Reverte congeló sus labios, en lo que semejaba una sonrisa.

—Visto así, quizás tenga gracia…

—¿Qué hizo usted?

—Fui a la cocina para que mi esposa pudiera dormir, y le escuché armado con toda mi paciencia.

—Eso está bien, Ángel, en el fondo es un hombre sensible que quiere preservar su imagen de duro.

—Puede que el paso y el peso de los años me hayan cambiado.

—O ya lo era y no lo quiere admitir. ¿Qué le contó el escritor?

—Un relato sorprendente… voy a ser breve… no nos conviene que se alargue en exceso, que luego toca escribirlo.

—Claro que no nos conviene… la burocracia es el aspecto ingrato de este trabajo y cuanta mayor brevedad, mejor. Si quiere, lo graba con la APP que le instalé y luego lo pasa a texto sin tener que escribir ni una palabra.

—Buena idea. A ver si soy capaz de hacerlo como me ha enseñado.

La sonrisa de satisfacción que ofreció a Remedios tras abrir la APP y ponerla en marcha, revelaba que había tenido éxito.

—Esto es genial… continúo con el rollo… Samaniego me dijo que la joven vio la foto de Svimtus en el periódico y, aterrorizada, lo reconoció como la persona que, unos días antes, la había contratado para hacer de correo. A partir de ahí, se precipitan los acontecimientos. Eliseo acude inmediatamente al hospital en su auxilio, ella le explica la crítica situación en la que se encuentra y él, al verla tan fuera de sí, se esfuerza en convencerla de que no corre peligro. Lo insólito del asunto, siempre según el escritor, es que el Hombre Diabólico utilizó, para ponerse en contacto con Remedios, su número privado, un número que solo conocían las cinco amigas que tenía. Nuestro hombre presiente que ese misterio puede ser la clave y le pide telefonear a las cinco. Ella lo hace y todas confirman que no lo habían facilitado a persona alguna.

—Menudo enredo.

—Prosigo… Eliseo se comunica con su computadora y lee en un archivo lo que había escrito del accidente y las consecuencias posteriores.

—Sé de lo que habla… Garriga me dijo que estaba trabajando en una novela basada en sus últimas experiencias, nada agradables al parecer.

—Exacto… sirviéndose de esas anotaciones, elabora una hipótesis en la que todas las piezas encajan, me la expone, me convence y me pongo en marcha iniciando las diligencias.

—¿Cuál fueron las pruebas que utilizó?

—En realidad, se trataba de una concatenación de sucesos que se justifican únicamente con su teoría. El primero, en orden cronológico, es que un cliente asiduo de Remedios Martínez, de nombre Hermenegildo, fue a visitarla al hospital a los dos días de su ingreso. ¿Cómo lo supo tan pronto si en el periódico no figuraba su nombre ni su fotografía?

—Tal vez a través de sus amigas.

—Ninguna estaba al tanto del accidente, fue Remedios la que las informó después de que la visitara Hermenegildo. El segundo misterio es que este fulano envió a un empleado suyo al hospital pidiéndole las llaves de su casa y las del Passat con la excusa de que iban a arreglar el pinchazo, trasladarlo a su garaje, recoger sus móviles, la ropa que necesitaba y llevárselo todo al hospital. ¿No son excesivas molestias?

—No si consideramos la dependencia sexual que tenía de ella.

—El escritor me dijo que era un argumento poco consistente, que él ya había contemplado esa eventualidad y lo que hizo era altamente sospechoso. Entonces se aprestó a resolver el misterio intentando responder al enigma principal: ¿por qué Svimtus conocía el número privado de la señorita Martínez y le ofreció trabajo sin conocerla, si ese hombre no tenía relación con Peraleda ni con Torregaliana? Al ser el Hermenegildo, su jefe, el único con potestad para pedirle que la contratara, por fuerza debía estar vinculado con Remedios. Convencido de ello, le preguntó si le había facilitado su número particular. Ella admitió que pudo haberle dado por error su tarjeta privada, y no la de trabajo, cuando estaba con él en la playa de Santander, pendiente de vigilar las idas y venidas del hombre que la había llevado allí, para que no le pillara ligando con él.

—No me cuadra… la chica podía enterarse a que teléfono le llamaba Hermenegildo consultando sus dos móviles.

—Eso ya lo investigó Samaniego en el hospital y no podía… las escasas que recibió eran de sus esbirros y, con toda seguridad, desde una cabina pública. Además, él quedaba con ella de palabra tras cada cita. No obstante, he pedido que me hagan un listado de todas las que ha recibido los últimos tres meses.

—Es evidente que las exageradas precauciones de Hermenegildo lo hacían sospechoso.

—Y percatarse de ello es un mérito a favor de Samaniego. Considerando todas estas circunstancias, llega a la conclusión de que su

cliente favorito tiene que ser forzosamente el jefe de la banda. Era una alternativa consistente y sencilla… únicamente hay una casualidad: el encuentro de Remedios con él en la playa del norte. La tormenta de Peraleda lo que hace es precipitar la secuencia lógica y concatenada de los episodios posteriores. Recuerde a Ockham.

—Tocada… Ángel.

—En conclusión, terminó de explicarme su teoría y me vi forzado a admitir que había grandes probabilidades de que fuera certera.

—¿Y qué le indujo a usted a admitir que actuarían la noche del lunes?

—Analizando la tesis del escritor en la que planteaba las consecuencias que la pérdida del dinero tendría para el mafioso. Según él, al haber exigido el Gatopardo a Svimtus que contratase a Remedios, puede que con la intención de recompensarla por los excelentes servicios sexuales que le prestaba, se convierte en el principal responsable del fracaso porque la llegada tarde de ella a Peraleda es la causa del accidente y, por tanto, de la pérdida del dinero. Si Svimtus comentó con Remedios que su número de teléfono se lo había dado su jefe, era posible que, mientras viviese, se fuera de la lengua o que la cúpula mafiosa descubriese la relación que tenían interrogándola y, en caso necesario, sometiéndola a torturas.

—Eso es dudoso. Sufría amnesia y Hermenegildo carecía de fundamentos para temer nada de ella.

—A no ser que supiera que era fingida. Eliseo había intuido esa alternativa y le hizo la pregunta crucial: ¿Estaba su cliente al corriente del engaño? Remedios contestó que sí, que confiaba en él y, a causa del miedo que tenía por no haber llegado puntual a la cita, el día que fue a verla al hospital le reveló, en un acto de ingenuidad, que se había inventado la amnesia.

—Sin embargo, Svimtus ignoraba el nombre real de su jefe y a este no debería preocuparle lo que pudiera decir Remedios.

—Utilicé ese argumento con Samaniego y lo rechazó porque, según él, un mafioso contempla cualquier contingencia presumiblemente peligrosa para su vida y era obvio el riesgo que corría si la cúpula mafiosa se enteraba de sus imprudentes relaciones con la prostituta. Los hechos apuntaban a que el Gatopardo Hermenegildo se veía obligado a liquidar a Remedios y evitar, con ello, que la interrogaran.

—Reconozca que las apreciaciones del escritor fueron atinadas.

—Lo fueron. Le recuerdo que él me envió la foto del mafioso que había sacado en la cafetería del hospital, desconociendo lo útil que iba a ser. Gracias a ella usted pudo identificarlo cuando se la envié. En conclusión, dejar viva a Remedios era arriesgado y Hermenegildo, alias el Duque, alias el Gatopardo, decide estrangularla con la horca eléctrica, ciertamente apesadumbrado, para impedir que su jefe averiguase los graves errores cometidos con su amante y la siguiente víctima fuera él.

—¿Y cómo planifica el crimen?

—Pues ofreciéndole resolver sus problemas. Ella se lo cree y entrega las llaves del coche y de su domicilio a un esbirro del Duque, quien acude junto con su compinche, hace un croquis de las habitaciones, un duplicado de las llaves y aparcan el vehículo con la videocámara vigilando la casa. Samaniego estaba seguro de que al Gatopardo le asustaba la posibilidad de que la cúpula de la organización se enterase de su craso error; por consiguiente, a mayor tiempo trascurrido más crecía esa posibilidad. Basado en ello, dedujo que esa misma noche intentaría matarla.

—Esto ha sido genial, el caso está resuelto y, mal que le pese, hemos de asumir que la actuación del escritor ha sido crucial.

—De acuerdo… Lo que me fastidia es que, en mi conversación con Samaniego, le aseguré que Remedios estaba a salvo y él me contestó que yo carecía de información suficiente y era prematuro afirmarlo. Es fácil suponer cuánto me escoció que sus predicciones se cumplieran.

—No se mortifique… Usted actuó con profesionalidad: investiga a Hermenegildo, me comunica lo que le dijo Samaniego de madrugada, yo localizo la mini cámara e inicio la operación Jaula cerca de mi cuartel. ¡Fue fantástico! A propósito, le eché de menos, ya sabe que los altos jefes acordaron que en el asalto a la vivienda de Remedios solo participaría la Unidad Especial de Intervención de la Guardia Civil bajo mi mando.

—Lo comprendo… a cambio, tuve la satisfacción de detenerlo al descender del avión que venía de Dublín. ¡Si viera la cara que puso al verme!, en nuestro oficio vivimos momentos inolvidables y este ha sido uno de los más gloriosos de mi existencia.

—Tenemos que celebrarlo… No solo hemos destruido varias ramitas del frondoso árbol y parte del ramaje, incluso el tronco está en peligro de ser talado según sus deseos. El Gatopardo, jefe absoluto de la organización

en España, ha cesado en su actividad delictiva, el centro de distribución de Madrid y los de Andalucía están desarticulados y la Gendarmería ha hecho lo mismo con el de Dax en Francia.

—Cierto. Al final, me despido de este trabajo cumpliéndose mi deseo de hacerlo con un gran éxito… En fin, eso era todo, ahora le toca a usted detallarme lo que hizo.

—Pues allá voy… Empezaré por la noche del domingo al lunes… serían las dos de la madrugada…

CAPÍTULO 30

Madrid.
Martes, 19 de octubre de 1976.

Llegó el instante esperado y el juez, repartiendo una mirada volátil entre los presentes, anunció que el caso contra Antón Postigo quedaba sobreseído. El alegre golpeteo de una campanilla dio el broche final a la sesión.

Retratar con detalle el rostro de cada uno de los presentes equivaldría a escribir un voluminoso tratado de psicología aplicada. El juez, un hombre serio y circunspecto, hizo perceptibles esfuerzos para permanecer impasible. El ayudante del fiscal puso cara de que aquello no iba con él, en cambio, su jefe la tenía congestionada y un tic le obligaba a cerrar y abrir, continuamente, el párpado superior del ojo derecho. Insinuó el ademán de irse, pero se contuvo. Toni fue a abrazar a Federico quien, emocionado, disfrutaba del rotundo triunfo exhibiendo una sonrisa de oreja a oreja. ¡Qué momento!

La noticia trascendió con inusitada rapidez. Al salir ambos del juzgado, los manifestantes prorrumpieron en aplausos y vítores agitando incansables las pancartas.

El abogado se dirigió, acompañado de su cliente, al domicilio de Rufina. Ansiaba comunicarle, en persona, el resultado de la audiencia. Ella, postrada por una debilidad extrema, no pudo levantarse de la butaca al verle llegar. Le costó comprender las explicaciones de Matey y él se las repitió con frases sencillas.

—Señora, su hijo ha sido declarado inocente y el nombre de ustedes ha quedado limpio. Puede estar tranquila porque la sentencia es definitiva.

—¡Ay dios!… ¿Es de verdad?, ¿a mi Toni no le harán nada?

—Nada Rufina… se lo aseguro.

—Gracias… gracias, abogado. Ha sido usted tan bondadoso con nosotros…

Entretanto, el muchacho la abrazaba y besaba mostrando el profundo cariño que sentía hacia ella.

—¿Ves qué bien, madre? Ya no tienes motivo para estar enferma. El tío y yo te vamos a cuidar igual que a una reina y te recuperarás enseguida, solo necesitamos que pongas tu voluntad en ello… ¿Vale?

Salvador se dirigió a Federico.

—Le reitero nuestro agradecimiento… me faltan palabras con las que expresar lo que sentimos hacia usted.

—Este trabajo ha sido tan gratificante, que le ruego no haga mención a ello; en este juicio hemos ganado todos.

—Si me disculpa…, aunque reconozco que no es el lugar ni el momento, quisiera confiarle un asunto, antes de que se marche y no nos volvamos a ver, al menos no en su calidad de abogado. Carezco de medios y de influencia y me veo forzado a recurrir a usted porque, a pesar de haber visitado decenas de despachos, he sido incapaz de solventarlo. Quizás sea el único que puede sacarme de este apuro.

—Dígame de qué se trata y lo intentaré, se lo prometo.

—Es complicado… El día de la muerte de Antón, mi sobrino se sinceró, en una charla privada, revelándome un conflicto íntimo grave que yo ni siquiera había sospechado. Odia su cuerpo debido al asombroso parecido que tiene con su padre, al que adoraba, incluso evita utilizar el espejo. La circunstancia de llevar su mismo nombre agrava la situación. Además, su fotografía ha aparecido en la prensa y en la televisión, convirtiéndole en un ídolo popular. La gente le reconoce por la calle, le felicita, le sigue a veces, o le aplaude o jalea su nombre. Él no aguantará mucho esta insostenible situación.

—¡Vaya!… sí que es un conflicto… imagino el mal trago que estará pasando. Deduzco que recurre a mí para intermediar en alguna diligencia con la administración.

—Exacto… Después del juicio, sugerí a Rufina mudarse a un pueblo de la periferia, de esos que están prosperando a un ritmo extraordinario. Lo aceptó y alquilé un piso para ellos. Toni abandonará su barrio actual, su colegio y ni él ni su madre volverán a ver el lugar en que cayó muerto Antón, motivo añadido que les apremia a irse de aquí.

—Es una excelente idea, Salvador.

—Que no resuelve el fondo de la cuestión… Mi sobrino está empeñado en cambiarse el nombre y el apellido, al pobre le resulta insufrible convivir con ellos. Se dedicó, con un tesón admirable, a indagar los trámites legales y, al final, me pidió ayuda porque, al ser menor de edad, se lo negarían si no iba con una persona mayor cualificada.

—Efectivamente, es posible hacerlo si lo ratifican sus padres o su tutor, basta con una diligencia burocrática y el visado del Ministerio de Justicia.

—Ahí está la clave, era obligado resolverlo con anterioridad a la mudanza y el funcionario, al que entregué la instancia, me aseguró que tardarían al menos tres meses. Las gestiones que hice, alegando la urgencia, han sido inútiles. Ni Rufina ni Toni podrán residir aquí más tiempo y a él no le conviene mudarse manteniendo su nombre, es indudable que sabrán quién es en cuanto se traslade.

—Lo entiendo…

Federico estudió cómo podría acelerar los trámites hasta que le vino a la memoria una persona que estaba capacitada para ello: ¡el hombre inconfundible! Le debía una por haber ganado el juicio, aunque de no haber sido así, estaba seguro de que también atendería su petición.

—Voy a recurrir a una autoridad que se prestará a ayudarle… sin embargo, por mucho que su sobrino cambie de nombre, le identificarán al verle.

—Pensó en eso y se está dejando una melena parecida a la de los Beatles, ha recortado sus pobladas cejas y va a comprar ropa muy diferente a la que ha vestido hasta ahora.

—Ya había notado algo raro en su aspecto. El chico es listo, ¿eh?

Esa misma tarde, Federico recibió un telegrama del mandatario felicitándole por su brillante victoria y agradeciéndole el éxito en representación de todos los españoles democráticos. El abogado aprovechó la ocasión y le contestó con una carta en la que le explicaba el problema que le había planteado Salvador.

El destino parecía haber enderezado el futuro de la familia Postigo tras la violenta muerte de Antón; en cierto modo, ese dramático suceso había sido una liberación para ellos. Ya no había maltratos, ni gritos, ni insultos, ni blasfemias en aquella casa, y todos estaban dispuestos a superar el duelo lo más pronto posible y reanudar una vida normal, todos menos

Rufina. Su salud física siguió deteriorándose a un ritmo cada vez más preocupante. Una tarde, después de comer, se sentó en la butaca de la sala dispuesta a reposar, como hacía siempre. Cerró los ojos y falleció apaciblemente, sin emitir sonido alguno, sin sufrir enfermedad alguna, solo impulsada por el deseo de abandonar este mundo y reunirse con su marido del que, a pesar de todo, siempre estuvo y seguía estando enamorada. Eran las 15 horas del sábado, 23 de octubre.

Había desaparecido algo más que una mujer, había desaparecido uno de los muchos vergonzosos ejemplos de una época durante la cual una esposa podía ser maltratada impunemente por el marido como consecuencia de las leyes discriminatorias asimétricas que lo facilitaban. Gracias a casos como el de ella, de los que se hicieron eco todos los medios de comunicación, comenzaron a desarrollarse los primeros movimientos, ahora feministas, que impulsarían una ley de protección integral contra la violencia de género que se aprobó en el año 2004.

El viernes, 29 de octubre, Toni, acompañado por Salvador, ahora su tutor legal, acudió a la oficina del Ministerio de Justicia donde tenía que recoger los documentos que acreditaban su nueva identidad.

Había cinco personas esperando delante de ellos y una sola ventanilla que enmarcaba la cara del funcionario que les atendería. No parecía de buen humor. Se sentaron en dos sillas contiguas, las más alejadas, las únicas que quedaban libres. Tocaba esperar. Ambos permanecieron en silencio hasta que Toni se dirigió a Salvador.

—Te agradezco lo que estás haciendo por mí y lo bien que cuidaste a madre durante su enfermedad. Te has volcado con nosotros más de lo que cualquiera hubiera sido capaz de hacer.

—No creo que sea para tanto.

—Yo pienso que sí… y lo de hacerte mi tutor, obligándote a cuidar de mí hasta que sea mayor de edad, es una responsabilidad muy grande que confirma lo buena persona que eres.

—No sigas que me voy a poner a llorar. Estoy solo, tú también, eres mi sobrino, y que mejor cosa puedo hacer que cuidar de ti. Ya te dije que comenzaremos una nueva vida juntos en el piso que alquilé para vosotros. El mío está muy viejo, y tengo que subir tres plantas a pie. Además, en la zona donde viviremos están construyendo muchas urbanizaciones y me lloverán los contratos. Estoy seguro de que salgo ganando con el cambio.

—Siempre ves el lado bueno de las cosas. De no ser por ti, creo que yo también me hubiera muerto de pena como madre. Ahora debo superar lo que ha ocurrido y solo puedo conseguirlo si descubro las respuestas a las preguntas que me hago cada noche al acostarme.

—Te conozco y sé que eres reacio a abrir tu corazón, pero en este caso, deberías confiar en mi capacidad para ayudarte. Soy la persona que más te quiere y ahora también tu tutor, lo que me obliga a ocuparme de todos tus problemas en cualquier momento y circunstancia.

—Cierto, por eso algún día te pediré consejo sobre lo que me tiene desconcertado.

—Pues no deberías esperar porque cuanto más tiempo pase, más sufrirás. Este puede ser el adecuado, tendremos más de media hora de espera hasta que nos llegue el turno. Ya te confiaste a mí la tarde de la tragedia y me lo agradeciste porque te saqué de las dudas que tenías. Prueba ahora.

—Esto es todavía más complicado, quizás debería consultarlo con un sacerdote, mi confesor ha sabido cómo responderme cada vez que le he preguntado algo.

—Inténtalo conmigo y si no resulta, siempre puedes recurrir a él.

—Está bien… a ver si te lo puedo explicar… Madre era muy buena persona y yo creo que también lo soy, ¿es verdad?

—Sin duda.

—Pues si Dios premia a los buenos y castiga a los malos, según me ha dicho el profesor de religión en el instituto, por qué se ha ensañado de esta forma con nosotros. Es una injusticia tan grande que no acierto a comprenderla. ¿Por qué nosotros y no otros? Primero fueron los abuelos, que se arruinaron y fallecieron todavía jóvenes; luego te tocó a ti, que tuviste que abandonar tu carrera y convivir con la mujer que te amargaba la vida; ahora han muerto padre y madre… dime cómo es posible tanta desgracia contra unas personas que no hemos hecho daño a nadie como madre tú y yo.

Salvador le miró con ternura y con preocupación, le tocaba abrirle los ojos acerca de ciertas creencias con las que él no estaba de acuerdo.

—No todo lo que dicen los profesores de religión es verdad y voy a intentar convencerte de ello. Si Dios interviniera en nuestra vida, ocurrirían dos cosas: no tendríamos libertad, que es la que da mérito a cualquier acto

que hagamos, y sería injusto porque favorecería a unos y perjudicaría a otros. ¿Y cómo se puede creer que castigue sus hijos, los seres humanos, con el fuego eterno del infierno? Un suplicio de una crueldad extrema. Ese no es el Dios que yo quiero, sino un ser cruel y vengativo que me da miedo.

—Llevas razón… nunca había pensado en eso. ¿Y entonces cuál es la causa de que ocurran las desgracias o nos acompañe la suerte?

—Pues precisamente la libertad. Cada persona puede elegir entre el bien o el mal y lo que haga, repercute en los demás, que es lo que ha ocurrido con tu padre y con nosotros, pero el Dios bueno no intervino en ello, intervino la casualidad, el azar o, si quieres, llámalo el destino.

—Sabes que… tío, lo he entendido muy bien y ahora, en vez de odiar a Dios, odio al destino.

—Odiar hace daño, di mejor que no te gusta.

—Vale, no me gusta… pero me las pagará.

—¿Y de qué manera vas a conseguirlo?

—Ya la averiguaré cuando sea mayor y entonces haré todo lo que pueda para vengarme.

La firmeza con la que pronunció esas palabras impresionó a su tío, quien se dio cuenta de que estaba hablando con un hombre dispuesto a todo para conseguir su objetivo.

Les llegó el turno. El funcionario pidió a Toni el carnet antiguo y le dio el nuevo junto con el certificado del Ministerio de Justicia que refrendaba el cambio. Había elegido el nombre de su abuelo materno y, de primer apellido, el segundo de su madre. A partir de esa mañana, se llamaría Eliseo Samaniego. La vida comenzaba para un adolescente renacido de sus cenizas.

CAPÍTULO 31

Majadahonda.
Sábado, 29 de junio de 2019.

Daniela había regresado a Madrid la tarde anterior tras completar su formación como profesora del simulador del Airbus A-320 en el centro de instrucción de París. Acababa de llegar al chalet de Eliseo, dispuesta a tomar el aperitivo, comer juntos y disfrutar luego de una siesta compartida. Aunque su amante le había comentado brevemente por teléfono los sucesos del domingo 23 y del lunes 24, tenía ganas de oír la versión completa. Este tipo de conversaciones encantaba a ambos, era como si, cada uno de ellos, al hacer partícipe a la pareja de sus experiencias, se fundiera con ella. *Yo solo soy mi cuerpo y mis recuerdos y, si te los transmito, paso a formar parte de ti,* le había dicho alguna vez Samaniego. La aviadora estaba ansiosa por enterarse de lo ocurrido y le rogó que comenzase sin demora su relato. Se habían sentado en el salón con dos jarras de cerveza y algunas viandas al alcance de la mano. El equipo de música, puesto a un volumen íntimo, reproducía una relajante música ambiental.

—Pero cuéntamelo con pelos y señales, que me gusta enterarme de todo.

—Eso es una imprudencia. Si te hago caso, entre lo detallista que soy y la complejidad del relato, se nos va a echar la hora de cenar encima.

—Nada, nada, prefiero correr el riesgo.

—¡Alla tú!... Pues la historia se precipita después de que yo hablase contigo para informarte de la confesión que Remedios y yo habíamos hecho al comisario. Los dos estábamos asustados con motivo, ella por el asesinato de Roberto, el mafioso del que ya te he hablado, cuya foto descubrió leyendo la prensa, y yo convencido de que tratarían de eliminarla en cuanto pudieran. Pasé gran parte del día, especialmente al anochecer, estrujándome la sesera hasta que logré topar con una solución sorprendente que encajaba a la perfección en el puzle. Entonces contacté de nuevo con el

comisario Reverte… serían las dos de la madrugada. Fui persuasivo y me prometió informar de lo que yo le había revelado a la jefa de la operación, que es una oficial de la guardia civil. Ella se lo tomó en serio y dio la orden de enviar a la calle de Remedios un vehículo camuflado, provisto de un moderno equipo de transmisiones, capaz de detectar cualquier tipo de señales electrónicas en las proximidades.

—Qué curioso, Samaniego, nunca me habías hablado de ella, o sea, que había una chica mandando a un comisario a punto de jubilarse. ¡Me encanta!

—No recuerdo si te la he mencionado, pero era la que dirigía el cotarro. Mi idea fue certera, puesto que localizaron una cámara web en miniatura instalada en un viejo coche aparcado frente al garaje de mi protegida, que habían llevado allí los sicarios de Hermenegildo, su cliente más asiduo e importante. Ese hallazgo demostró que, efectivamente, ella estaba vigilada y su vida corría peligro. La teniente Lázaro me comunicó de inmediato que, a la vista de las evidencias, sus superiores la habían nombrado única responsable de la operación y que en esos momentos se dirigía al hospital para reunirse conmigo y tomar las primeras medidas. Nos citamos junto a la máquina expendedora de bebidas en la planta de Remedios.

—O sea, que serían las tres de la madrugada… ¡Vaya horas!

—Fue una noche toledana. Llegó vestida de paisano, ¿acompañada de…?, ¡adivínalo!

—¿De tu ex amigo?

—Sí… de Ricardo Garriga, al que habían asignado el servicio.

—¡Esto se está poniendo que me voy a morder las uñas!

—Su actitud hacia mí fue impecable.

—Y, ¿cómo es?

—¿Cómo es quién?

—La teniente… al mencionarla, te sale un tonillo admirativo.

—¡Qué sagaz eres! Una sola palabra la describe: ¡magnífica!

—No me vale… ¿Es alta, baja, rubia, morena, guapa, regular, tipazo, lista? A ver, explícate, que parece como si haberla recordado, te hubiese dejado lelo.

—Te diré cinco… inteligente, profesional, alta, morena y guapa.

—¿Algún defecto tendrá?, ¿no?

—Tiene al menos uno: el aliento le huele fatal.

—¿Qué?… ¡Ah!… basta de cachondeo, que estoy fascinada con la historia y se me va la concentración.

—Sigo y prometo corregirme… Irene estaba al tanto de que Remedios tenía una cochera y que los dos esbirros del Gatopardo habían aparcado el Passat en la calle, detalles que le ayudaron a diseñar las líneas generales de sus próximas intervenciones.

—¿Tan rápido? Tiene que ser audaz al planear una misión tan complicada en tan escaso tiempo.

—No te quepa duda. Después de reflexionar, se interesó por mi automóvil. Le dije que era grande, equipado con lunas tintadas y que lo había aparcado en el sótano del hospital, minucias que, yo sospechaba, le serían útiles. Enseguida se puso a dar órdenes. A mí me pidió que llevase a Remedios a su domicilio en cuanto recibiera el alta. Lázaro y un miembro del cuerpo especial de la Guardia Civil vendrían con nosotros en el habitáculo trasero a salvo de ser descubiertos gracias a las lunas tintadas. Un recurso que les permitió acceder a la cochera de Remedios, en cuyo interior habían previsto montar el centro de operaciones, ocultos a la cámara espía.

—Esto es una película policiaca en toda regla.

—No me interrumpas que a mí también se me va el hilo… Ella me hacía partícipe de sus problemas porque necesitaba mi colaboración. Eran tres: introducir en la vivienda a otros cinco agentes; persuadir a los sicarios de que su víctima se quedaba sola y, el último, que dormía en la cama cuando entraran en el dormitorio, dispuestos a matarla. La jefa me pidió que hiciera tres salidas fingiendo cualquier justificación que se me ocurriese. Yo le sugerí realizar una primera para adquirir alimentos en el supermercado, la segunda para comprar ropa a Remedios y la tercera para engañarlos, haciéndoles creer que se quedaba sola. Ella lo aprobó y me puse en marcha. Todos mis movimientos fueron paripés… el ir y venir con las bolsas del mercado… la ropa colgando del agarradero de la puerta, etc. Los sicarios se tragaron el anzuelo y yo he triunfado con mis dotes de actor.

—¿Es que no puedes hablar sin alabarte? ¿Y resolvió el tercero?

—No lo hizo.

—¿Qué quieres decir con que no lo hizo?

—No lo hizo ella, fui yo.

—Veo que te apuntas a todas.

—Estaba deseando colaborar con una propuesta original. Al referirse al tercer objetivo, la vi dubitativa hasta que me consultó si yo, escritor de novelas de intriga, tenía alguna idea que ofrecerle.

—Y se la diste.

—Por supuesto… la mejor era alquilar una muñeca sexual.

—¿Una muñeca inflable?

—Más sofisticado que esa vulgaridad.

—Supongo que no tendrá relación contigo.

—La tiene… Entre los personajes creados para una de mis novelas figuraba un obseso de la fornicación cuya pareja era una muñeca sexual, de nombre Nancy, y que suprimí al tener notables similitudes con el guion de Berlanga y Azcona *Tamaño Natural*. La descubrí en la página web, que visito a menudo, en la que publican los últimos inventos y avances de carácter original o sorprendente. He de confesarte que me impresionaron sus cualidades. Tiene la piel tan suave como la de una mujer; un mecanismo regulado a voluntad que contrae los músculos de la vagina; un pequeño circuito electrónico que produce gemidos muy bien simulados; una estructura que imita a la perfección la carne y los huesos; un termostato que mantiene su temperatura a 36 grados y tres pelucas intercambiables que dan el pego. A Remedios le habían afeitado la cabeza y no tuvimos que usarlas.

—Pues el futuro se anuncia oscuro para el género femenino.

—No te creas… adquirirla cuesta una pasta…, casi lo que un utilitario, pero menos que un matrimonio.

—Me habías prometido formalidad.

—Perdone, señora… creí que le gustaría el chascarrillo. Prosigo... A la jefa le gustó la idea y me preguntó cuál era el precio del alquiler, se lo dije y resolvió utilizar la muñeca previa autorización de su jefe, con quien se pondría en contacto a las ocho de la mañana. Yo le aclaré que hasta las diez no sabría si estaba disponible, aunque, por ser lunes, las probabilidades eran altas. El plan se cerró pendiente del alquiler. Lázaro me pidió que le repitiera los pasos que yo debía dar. Se los dije al pie de la letra, quedó conforme y convenimos en que a las diez y cuarto de la mañana del lunes le confirmaría si contábamos con la supercompañera de cama.

—¡Cómo estoy gozando! ¿Y te la alquilaron?

—Sí, a las siete de la tarde fui a recogerla, a las ocho se la entregué a la teniente en el garaje de Remedios, donde me esperaba inquieta. La había llevado allí junto con la ropa comprada en los grandes almacenes. A las nueve y media, interpreté mi última escena saliendo de la vivienda con Remedios escondida en mi auto camino del hotel en el que durmió esa noche bajo la protección de un policía. Para que creyeran que se había quedado sola en casa, nada más arrancar, paré el motor, salí del coche y llamé reiteradas veces a la puerta. Al poco, se encendió la luz del saloncito y una voz femenina preguntó quién llamaba. Dije en voz alta que era yo y que me había olvidado el móvil en la cocina. Segundos después, se entreabrió la puerta y un brazo de mujer, cubierto con albornoz, asomó lo justo para entregármelo. Era la teniente Lázaro.

—El resto, que me lo relató ella acto seguido de firmar mi testimonio, no requiere apenas explicaciones. Estrangulada Nancy con un aparato denominado la horca eléctrica, irrumpieron por las dos puertas del dormitorio, ante los deslumbrados ojos de los criminales, seis gigantes equipados con potentes focos integrados en los subfusiles, armas cortas y ropa balística. Iban bajo el mando de una oficial de la Guardia Civil, quien les ordenó rendirse a través del megáfono con el volumen activado al máximo, orden que obedecieron con una sumisión impropia de criminales de su catadura.

—¿Y qué le ocurrió a la muñeca?

—Es el único daño colateral… casi le seccionan el cuello. El importe de la reparación, que tuve que aprobar, aunque no pagar, ascendía a quinientos euros. El gasto no ha contrariado a los jefazos de la Guardia Civil y de la UDEF. El triunfo conjunto ha encumbrado a ambas instituciones y, en especial, a Lázaro y a Reverte.

—¿Qué ha sido de Ricardo? Me gustaría que os reconciliarais… le afectó lo que le hiciste, ¿verdad?

—Le afectó mucho, y a mí también… Pregunté a su jefa si había aprobado la oposición y me dijo que no se presentó al examen alegando que iba mal preparado. Yo intuyo que hubo otra razón: seguir en la Guardia Civil al menos un año, viéndola a diario y conservando un vínculo con ella, aunque fuera profesional, a la espera de su ingreso en el Cuerpo Superior.

—La historia me parece preciosa, le desespera la posibilidad de perderla si ingresa en el Cuerpo Superior de Policía y arriesga su futuro

permaneciendo a su lado. Es un sacrificio tan romántico… mira la pelusilla de melocotón de mis brazos… se está poniendo de punta solo de pensar en ello. Si lo analizas a fondo, verás que hay argumento de sobra para escribir tu nueva novela. Deja los crímenes por una vez, aunque solo sea para desintoxicarte, y pásate al bando contrario: el amor. En fin, olvídalo, es la primera vez que te hago una proposición semejante y no soy la más indicada. No sé por qué me he atrevido a hacerlo.

—Quizás no seas la más indicada, pero sí la más lista. Te prometo que pensaré en ello si se me ocurre algún crimen en el que puedan investigar dos enamorados.

Ambos se rieron a carcajadas. Habían terminado de comer. Recogieron, se dirigieron al salón y se sentaron en el sofá.

—Qué tal evoluciona Remedios.

—Ya ha recuperado la normalidad y vive en su domicilio. Tino le ha reservado un local en la planta baja y un piso en el ático del mismo edificio, ubicado en Roquetas de Mar, que tiene una pequeña terraza con vistas al Mediterráneo. Ambos inmuebles le han gustado en las fotografías del anuncio. Antes de alquilarlos, quiere verlos y comprobar que son lo que parecen. Irá en tren, aún no se atreve a conducir sola.

—Me alegro de que la aventura haya terminado con un final feliz para los dos. Esta vez el destino ha sido bueno contigo.

—Eso parece… aunque desconfío de él. Lo he hecho desde que era un adolescente. Creo que es el momento de agradecerte lo comprensiva que has sido conmigo. A otra mujer le hubiese enojado mi insensatez de Peraleda y sentido celosa con Remedios, tú, en cambio, has mantenido una postura admirable, apoyándome en lo que hice sin desconfianzas ni reproches y dándome tus opiniones cuando eran oportunas. Eres magnífica, cariño.

—Gracias, querido. ¿Vas a adoptarla?

—¿Cómo lo has adivinado? Lo cierto es que, ayer por la tarde, me dediqué a sopesar las ventajas e inconvenientes de esa decisión. El domingo y la noche, que pasé junto a ella, experimenté un nuevo y profundo sentimiento mientras me ocupaba de sus problemas o intentaba convencerla de que a mi lado nada malo podía pasarle o la abrazaba al verla temblar de miedo… hasta le conté un cuento. Te concedo que me sentí padre durante unas horas. Fue maravilloso y gratificante.

—¿Pero…?

—Llegué a la conclusión de que sería perjudicial para ella. Ha emprendido una nueva vida, es verdad que con un préstamo mío que deberá devolverme y que, he de admitir, pudo haber conseguido de un banco, pues tenía bastante dinero en la cuenta corriente. Yo me he limitado a anticipar el inicio de su proyecto. Si la adopto y tiene resuelto el futuro, existe el riesgo de que pierda la ilusión de ser ella, con su esfuerzo, la que triunfe; la que demuestre lo que es capaz de hacer; la que se sienta orgullosa de sus éxitos; en fin, la que sea feliz gracias a un trabajo que la ilusiona, residiendo en el lugar que había soñado y rodeada de amigos con los que se sentirá afín.

—No te habrá influido la coraza que llevas protegiéndote del sufrimiento ajeno. ¿O sí?

—No lo creo. Esa noche, de la que te he hablado, descubrí mi capacidad de resolver un conflicto que podía afectar a la seguridad de Remedios, a la que ya quería profundamente. En ningún momento perdí la calma ni me desconcertaron sus gritos y temblores. Quiero decir que verla angustiada me alteró, pero no me desmoronó. Quizás estoy superando mi trauma.

—Qué complicadas son a veces las relaciones humanas. Me convences a pesar de que, a cuantos consulte este dilema, dirán que lo mejor para ella sería adoptarla.

—Es posible. ¡Ah!… olvidaba decirte que la esposa de Cosme, el conserje de la urbanización, ha dado a luz una niña. Quiero hacerle un regalo, ambos son buenas personas y se lo merecen. ¿Me ayudarás a elegirlo?

—¡Ni hablar!

—¿Qué significa eso de que ni hablar?

—¡Que no te voy a ayudar, hombre!… Lo elegiré yo y tú apareces a la hora de soltar el dinero. Solo me faltaba que vinieras conmigo a comprar canastillas de bebé.

—¡Ah!… No me gusta que te moleste comprar canastillas en mi compañía, con lo excitante que es… Ahora en serio… ¿Has leído la prensa de hoy?

—No… ¿Por qué?

—Porque viene una noticia que me ha enfurecido. Un matrimonio, mayor y humilde, al regresar de un viaje del IMSERSO, se ha encontrado a

dos delincuentes habituales ocupando su casa: un hombre y una mujer, junto con un niño pequeño que no es su hijo. Es inadmisible que hubieran sido detenidos, reiteradas veces, mendigando en la calle con él y puestos en libertad a los pocos minutos. El juez ha manifestado en público que hay que estudiarlo despacio… que son cosas complejas y que se limita a aplicar las leyes vigentes, lo cual es cierto. El pobre matrimonio, cuyo hogar fue invadido en un acto ilegal, lleva dos meses, en el de su hijo mayor, durmiendo en una colchoneta sobre el suelo de la sala, el único sitio posible debido a lo pequeño que es el piso.

—¿Y qué quieres insinuar con tu historia?

—Conozco el nombre del juez y tengo sus señas. Mi cerrajero, pagándole lo que pida, me abriría las puertas del cielo si yo se lo requiriera y también conozco a un marido y su esposa, con tres hijos pequeños, despedidos de sus respectivos empleos, que van a ser desahuciados por no abonar las mensualidades de la hipoteca. ¿He pensado que si…?

—¡¡¡Samaniego!!!

—Entras al trapo con dos de pipas. ¡Que era una broma Guadiana! Ni conozco al juez ni a ningún cerrajero que me abra las puertas del cielo. ¿Pero… a que la idea es genial?

—Genial o no genial, si vuelves a las andadas te vas a enterar. Y ya que hablas de jueces, ¿qué ha dictaminado el que lleva tu caso? ¿Hay algo que quieres ocultarme para que no me inquiete?

—¡En absoluto! Te dije que me había citado en su despacho porque Reverte se vio obligado a denunciar lo que hice en Peraleda. He de aceptar, en su favor, que le dio palabras de elogio hacia mí. Ayer hice la comparecencia y el juez se limitó a leerme la notificación del comisario. Yo le dije que no tenía alegato que hacer y me sentenció a dos meses de trabajo social, un dictamen que considero justo.

—Está bien que pagues por lo que has hecho. ¿Ha dispuesto la forma en que lo vas a cumplir?

—Le pedí dar clases de gramática y literatura en la escuela de la Cañada del Arcipreste y lo aprobó. He alquilado un utilitario para ir allí, no sería prudente aparecer conduciendo un coche de lujo. Empezaré el 9 de septiembre y concluiré el 8 de noviembre. Quiero visitar el asentamiento, ver a Moncho y estudiar el modo de construir un edificio digno sustituyendo al barracón; incluso tengo elegido el nombre que llevará:

Rocío Salazar. Es el de la amiga de Remedios que murió atropellada cuando iba a clase. Estoy seguro de que recaudaré los recursos precisos gracias a mi asombroso poder de convocatoria y porque he logrado hablar con el Basqueró quien me ha prometido su apoyo.

—Ya salió a relucir tu modestia. Anda… ven que te dé un beso, pedazo de pan.

Fue más que un beso, un reguero de ropa señaló el camino al dormitorio en el que los cuerpos de Samaniego y Daniela se fundieron en uno, al tiempo que ella susurraba al oído de su amante:

¡Mátame otra vez!... como la noche del día del accidente.

FIN

Querido lector: Si te ha gustado "Mátame otra vez", te ruego que dejes tu reseña o valoración. Te llevará poco tiempo y me harás un gran favor al ayudarme a difundir esta novela.

Muchas gracias.
Víctor Navajo.